

J
A

RAMON GARRIGA

**GUADALAJARA
Y SUS
CONSECUENCIAS**

**DOCUMENTOS DE LA GUERRA
CIVIL ESPAÑOLA 1936-39**

RAMÓN GARRIGA

GUADALAJARA Y SUS CONSECUENCIAS

DOCUMENTOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 1936-39



Ramón Garriga Alemany nació en Barcelona en septiembre de 1908. En julio de 1936, cuando estalló la guerra civil, logró pasar los Pirineos y trabajó en la oficina que Francisco Cambó había establecido en Rapallo.

Después de pasar unos meses en Italia, ingresó, en abril de 1937, en el Servicio Nacional de Prensa y Propaganda que funcionaba en Salamanca. En octubre de 1937, al formarse el primer Gobierno nacional en Burgos, fue nombrado jefe de información del Servicio Nacional de Prensa, que dependía del Ministerio del Interior, que concentraba todas las informaciones que se difundían en España y el extranjero.

En agosto de 1939 llega a Berlín para actuar de corresponsal de Prensa, siendo nombrado, más tarde, agregado de Prensa en la representación diplomática española en la capital alemana.

En el verano del año 1942 es llamado a Madrid por el ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer, para colaborar en la preparación de un proyecto de traspaso de control de la Prensa desde la Subsecretaría de Prensa y Propaganda al Ministerio de Relaciones Exteriores. Se pensaba por entonces, ante la inminencia de un desembarco aliado en África, concentrar la propaganda y la diplomacia en unas mismas manos. Tal proyecto no fué aprobado y Serrano Súñer salió del Ministerio.

Arias Salgado, en funciones de vicesecretario de Educación Popular, prohibió a Garriga escribir en los diarios españoles, pero el ministro Jordana lo mantuvo en su puesto de agregado de Prensa en la Embajada de Berlín.

Al finalizar la segunda guerra mundial regresó a España y colaboró en varias publicaciones; en el año 1951, al ser nombrado Arias Salgado ministro de Información y Turismo, decidió marcharse a América y se estableció en Buenos Aires donde reside actualmente.

Ramón Garriga, además de su labor periodística, se ha convertido en un estudioso de la historia contemporánea española y ha publicado varios libros.

RAMÓN GARRIGA

GUADALAJARA

Y SUS

CONSECUENCIAS

G. DEL TORO. Editor MADRID

Ocurrió que una patrulla de reconocimiento del Batallón «Garibaldi» tropezó con una avanzadilla de la columna motorizada de la III División que partiendo de Brihuega se disponía a seguir su marcha hacia Guadalajara. Al oír que los garibaldinos hablaban en italiano creyeron los legionarios que eran de los suyos y se les preguntó si sabían «los amigos» el camino que conducía a Brihuega. «Lo conocemos, acerquense», contestó el jefe de la patrulla de reconocimiento. Sin sospechar que caían en una emboscada, fueron hechos prisioneros. Entre los capturados figuraba el jefe de un batallón del C.T.V., el comandante Luciano, que resultó saber mucho más de lo que le correspondía por su cargo. Además de ser pintoresco, cubría su cabeza con un gorrito adornado con piel de astracán, lucía una camisa parda y pantalones de montar negros, ceñidos por polainas marrón; resultó ser un gran parlanchín. En el curso de los interrogatorios proporcionó datos de mucho valor. En su cartera de campaña se encontró el mapa topográfico y documentos que revelaban el plan de Roatta.

ÍNDICE

CAPITULO PRIMERO SE ALCANZA LA CUMBRE DE LA GLORIA	4
CAPITULO II. HITLER, EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL	12
CAPITULO III UN VIAJE DE GOERING A ROMA.....	16
CAPITULO IV. LA OCUPACIÓN DE MALAGA	20
CAPITULO V. LA BATALLA DEL JARAMA	25
CAPITULO VI FRACASO DEL VIAJE DEL DUCE A LIBIA.....	33
CAPITULO VII. LA CONTENCIÓN.....	41
CAPITULO VIII. LA CONTRAOFENSIVA	58
CAPITULO IX. ÉXITO DE LA PROPAGANDA.....	67
CAPITULO X. MUSSOLINI SE DEFIENDE.....	73
CAPITULO XI. DESUNIÓN ENTRE LOS VENCEDORES.....	79
CAPITULO XII. LA NO INTERVENCIÓN	85
CAPITULO XIII. LA CAÍDA DE LARGO CABALLERO.....	92
CAPITULO XIV. SANTANDER Y TORTOSA.....	98
CAPITULO XV. HENDAYA Y BORDIGHERA	103
CAPITULO XVI. AQUELLOS PERSONAJES... ..	109

CAPITULO PRIMERO SE ALCANZA LA CUMBRE DE LA GLORIA

En los primeros días de marzo de 1937 saboreaba Benito Mussolini una sensación de gloria como la miel que los dioses reservan para sus hijos predilectos. Le faltaban cuatro meses para cumplir los cincuenta y cinco años de edad, pero se sentía satisfecho de la vida, porque creía haber alcanzado las metas que había fijado su ambición. Había vencido a todos sus adversarios y superado los obstáculos que surgieron en la ruta que había emprendido. El mundo estaba pendiente de sus palabras y de sus actos. Esto lo sabía bien, de igual manera que no se olvidaba que debía a sus propios méritos el ser considerado y admirado como uno de los grandes triunfadores de los pocos que presenta la historia. Sus sueños de antaño le causaron las pruebas que tuvo que vencer en sus múltiples aventuras.

La vida le había enseñado mucho, y estaba contento de haber sabido aprovechar las lecciones que se reciben exclusivamente cuando se lucha contra la adversidad. Recordaba que su padre fue un humilde herrero; que él mismo, en circunstancias difíciles, tuvo que trabajar de peón de albañil; más tarde se ganó el sustento diario como maestro rural y, finalmente, del periodismo saltó a la política.

Comenzó como un agitador de la masa obrera, y en sus tiempos de refugiado en Suiza conoció a Lenin, quien pronosticó que sería el líder de la próxima revolución italiana. Aunque mucho aprendió del teórico del bolchevismo, que aprovechó más tarde para el desarrollo del sistema fascista, sus verdaderos maestros fueron Maquiavelo y Nietzsche. Del florentino aceptó como principio que todo está permitido cuando se trata de alcanzar el objetivo perseguido; del filósofo alemán aceptó la *Herrén und Sklavenmoral*, la moral de los amos, de los fuertes, y la de los que nacen para ser esclavos. Zaratustra lo había definido así: «Hay que mandar a los que no saben obedecer.» Se considera un superhombre, uno de estos raros seres humanos que reciben toda clase de favores de los dioses a fin de cambiar el destino de la historia. Mussolini entendía que tenía la misión de crear una Nueva Italia y un Nuevo Hombre Italiano, y que para cumplir su mandato tenía a su disposición la masa, o sea el pueblo italiano, que debía obedecer y seguir la ruta que le fijara él. Así, un día gritó a los ex combatientes reunidos en Pe-rusa: «Italia necesita ser fuerte, *Chi ha del ferro ha del pane*.» Quería un pueblo de guerreros, que supiera manejar el hierro, a fin de conquistar las tierras que necesitaba Italia para dar pan a todos sus hijos. De esta manera justificó y lanzó a su país a la aventura de Abisinia.

Mussolini había establecido orden público, dado trabajo al pueblo y llevado la tranquilidad al alma de la numerosa gente que se conforma con una vida sin aventuras. Hemingway, que en dos ocasiones se entrevistó con Mussolini, y por quien no sentía simpatía alguna, reconoció que nada tenía de loco y era un extraordinario organizador. Los trenes funcionaban con puntualidad, se construían magníficas carreteras, se recuperaban las lagunas pontificias para la agricultura, la industria conocía un desarrollo creciente, y Balbo, con aviones construidos en Italia, volaba hacia el continente americano, en una contribución señalada al avance de las comunicaciones aéreas. Muchos extranjeros, después de visitar la península, sostenían que el fascismo era una gran felicidad para Italia. El mismo Churchill, en conferencia de Prensa que celebró en Roma después de visitar a Mussolini, reconoció que el sistema fascista era la réplica más eficaz que existía para combatir la perturbación mundial provocada por Moscú. Muchos emigrantes italianos, que residían principalmente en Brasil y la Argentina, se mostraban encantados por el prestigio logrado por Italia bajo Mussolini.

Era evidente que como político tenía una imaginación fecunda y un instinto para despertar ciertos sentimientos de la masa. En toda la aventura de Abisinia demostró que poseía una habilidad de gran virtuoso. No era precisamente el pan lo que buscaba en el imperio del Negus, sino incrementar el prestigio nacional y convertir a Italia en una nueva potencia colonial. ¿No era el pueblo italiano heredero del imperio romano?, argumentaba Mussolini. Y los italianos se sentían orgullosos de que su Duce reivindicara para ellos la gloria de aquellas legiones romanas que llevaron la civilización a tantos pueblos bárbaros europeos. En el fondo, se trataba de una expedición colonial como tantas se habían conocido, sin que con su ejecución se pusiera en peligro la paz del mundo. Sin embargo, los ingleses cometieron una grave falta al proceder de una manera tan brusca. La presencia de la flota británica en el Mediterráneo permitió a Mussolini jugar una de sus más brillantes partidas. El 10 de setiembre de 1935, poco después de mediodía, la flota inglesa empezó a entrar en el Mediterráneo. Se trataba de un movimiento naval espectacular, ya que se

dirigían hacia la península italiana nada menos que 144 naves, con un total de ochocientas mil toneladas. Con menos alardes de fuerza, Londres había solucionado muchos conflictos que se escaparon de las manos de sus diplomáticos. Pero Mussolini no se arredró y dejó trascender en los círculos periodísticos y diplomáticos romanos que preparaba un ataque por sorpresa contra las bases británicas de Alejandría y de Malta. Sus íntimos hicieron circular una frase tremenda que le atribuían: «En una noche se puede cambiar el curso de la historia.» La tensión mundial fue intensa, pero al final de todo no ocurrió nada, porque ante la decisión mostrada por Mussolini se apresuraron los ingleses a explicar que la presencia de sus naves únicamente se debía a la intención de frenar la expedición fascista a Abisinia, y que la orden del Almirantazgo era de mantener los cañones silenciosos. En junio de 1935, Stanley Baldwin había reemplazado a Ramsay Mac Donald como primer ministro; Samuel Hoare sustituía a John Simón en la cartera de Relaciones Exteriores; dos conservadores pasaban a desempeñar las funciones que ejercieran un laborista y un liberal, partidarios del desarme mundial y del apaciguamiento, que con su política debilitaron militarmente a Gran Bretaña. Hoare estaba considerado como un político hábil y de gran experiencia, pero su debilidad era ser impulsivo en exceso. En lugar de negociar una solución con Mussolini creyó resolver la cuestión de Abisinia mediante amenazas. Pero éstas no podían surtir efecto, porque en Roma su contrincante era un jugador ducho, que conocía las debilidades de Londres, que consistían, la principal de ellas, en amenazar con la guerra sin la menor disposición de recurrir a las armas para resolver el pleito. De esta manera se envió a la poderosa flota británica a danzar en el Mediterráneo, con la orden de mantener callados los cañones.

Mussolini jugó con aplomo sus cartas. Tenía a su favor la enorme ventaja de haber descubierto todo el juego que desarrollaría su contrincante. Y este enorme privilegio lo debió a un personaje sumamente modesto, como sacado de un cuento de Pirandello. Francesco Constantini entró como cadete en la Embajada inglesa en Roma cuando sólo contaba catorce años de edad, y con el tiempo ascendió a la categoría de criado de la misión. Servicial y discreto, se convirtió en uno de esos tipos de confianza que sólo se encuentran en los organismos sumamente respetables. Se cuidaba de adquirir las entradas de los teatros que pedían los secretarios, el envío de ramos de flores y algunas discretas funciones para favorecer los amores de los jóvenes diplomáticos de Su Majestad británica. Su campo de acción se fue ampliando, y su actividad se extendió a varias funciones oficiales aparentemente insignificantes. Una de ellas fue su intervención en la quema diaria de los despachos cifrados que se recibían de Londres. Al comienzo, esta quema ritual de los mensajes la efectuaba Francesco bajo la mirada atenta del secretario responsable de la cifra. Luego, la labor se convirtió en rutina, y el diplomático británico sólo prestaba atención al humo que salía del horno para tener la garantía de que se había llevado a cabo la operación. Nuestro hombre tenía su corazón, y éste se inclinó por Mussolini cuando vio que al abrir el rey Víctor Manuel las puertas al fascismo se restablecía en Italia el orden y la tranquilidad. Tímidamente ensayó quemar en la hoguera unos papeles cualquiera y quedarse con el original de algunos mensajes. La mirada del diplomático se daba por satisfecha al ver cómo salía el humo anunciador de que se efectuaba la operación. Francesco encontró la manera de hacer dinero con los mensajes británicos; por una modesta suma de liras se los adquiría el servicio de espionaje militar italiano. De esta forma tan simple se daba el placer Mussolini durante su desayuno de leer los informes secretos que Londres enviaba a Roma al mismo tiempo, y a veces antes, que lo hiciera el embajador británico Sir Eric Drummond. Así se comprende que pudiera Mussolini llevar su juego habilísimo en el tablero internacional, pues cuando la flota inglesa penetró con tanta arrogancia en el Mediterráneo respondió gallardamente a la amenaza, pues sabía que el Almirantazgo tenía órdenes de no provocar incidente alguno para que las naves volvieran a Gran Bretaña pacíficamente luego de finalizar su exhibición de poderío naval. También el 18 de noviembre de 1935, al imponer la Sociedad de Naciones sanciones contra Italia, sabía Mussolini de primera fuente, gracias a los servicios del modesto y fiel Francesco, que las mismas no tendrían otro efecto que buscar otro intento de amedrentar al Duce. El golpe maestro de éste fue la publicación en *Giornale d'Italia*, a comienzos de 1936, del texto de un informe sumamente confidencial del gobierno británico en el que se declaraba que «ningún interés vital británico existía en Etiopía que impusiera al Gobierno de Su Majestad la necesidad de resistir por la fuerza la ocupación italiana».

La revelación de que Roma conocía algunos documentos oficiales británicos importantes causó gran desolación en Londres, donde por todos los medios se investigó el canal por el cual pudieron caer en manos del espionaje italiano. Sin embargo, Francesco Constantini continuó ocupando su modesta función en la Embajada, sin que nadie sospechara el importantísimo papel que venía desempeñando en la pugna que el fascismo sostenía con los ingleses. Un año más tarde abandonaba

sus funciones de criado y espía fiara dedicarse a un negocio de compra y venta de madera que había montado con el dinero ahorrado en su práctica diaria de hacer humo' para que los ojos de un diplomático británico se llenaran con la satisfacción de ver que se había cumplido su misión.

Vinieron las sanciones ginebrinas que tampoco sirvieron para modificar el curso de los acontecimientos. Alemania y los Estados Unidos no formaban parte de la Sociedad de Naciones y, por tanto, fue por esa brecha por la cual se debilitaba la eficacia de las sanciones; Hitler, luego de la firma del tratado naval anglo-alemán, cuidaba la amistad con Londres, pero estaba encantado con la disputa planteada entre Francia e Italia, que amenazaba con quebrantar el frente común que París y Roma habían establecido para oponerse a varias de las reivindicaciones del Tercer Reich, como ocurrió con el intento de anexión de Austria en 1934, en cuya ocasión concentró Mussolini varias divisiones en la frontera austriaca. Los Estados Unidos, por su parte, practicaba la política de neutralidad y Roosevelt prohibió todo trato con los dos bandos beligerantes, Italia y Abisinia. Francia, a su vez, no quería renunciar a su alianza con Roma, vital para ella para detener los avances de Hitler, y se vio a Laval asegurar a Mussolini que los suministros de petróleo a Italia no serían interferidos. En la misma Gran Bretaña se produjo la división entre los políticos: los jóvenes, encabezados por Edén, se mostraron antirromanos pues consideraban que Mussolini era más enemigo que Hitler, con quien sería posible entenderse un día; el otro bando, acaudillado por el secretario permanente de Relaciones Exteriores, Robert Vansittart, entendía que Alemania era el verdadero peligro y necesitaba a Italia a su lado para formar el frente común contra Hitler. El mismo Churchill, que ya por ese entonces daba la señal de alarma con el Tercer Reich, permaneció el otoño de 1935 alejado de Inglaterra para no tenerse que pronunciar a favor o contra Italia.

La Liga de Naciones votó efectivamente sanciones económicas contra Italia, pero no dio el segundo paso aprobando sanciones militares cuando vio que fallaban las económicas. Mussolini aprovechó magníficamente los debates ginebrinos para hacer vibrar el orgullo natural, de los italianos. ¿Cómo es posible que el Duce pudiera ser considerado un igual al Negus? Y gritaba la multitud: «Quién puede pretender colocar a Italia a la altura de un pueblo africano.» La víctima real de las sanciones votadas en Ginebra y que no fueron aplicadas, fue el emperador de Etiopía, quien seguro del apoyo mundial prometido solemnemente y de las seguridades dadas por Londres se negó a toda clase de negociaciones con Roma para evitar la invasión armada italiana.

Los ingleses conservaban la serenidad y contemplaban con optimismo el futuro. Podían fallar las sanciones, de igual manera que no dio el resultado esperado el envío de la flota al Mediterráneo; pero la opinión de los expertos militares tenía que cumplirse. Estos aceptaban que los italianos estaban en condiciones de conquistar Abisinia, pero para derrotar al Negus necesitaban, cuando menos, dos campañas invernales. Antes de transcurrir dos años, argumentaban los mencionados expertos, las dificultades económicas que surgirán en la península italiana ejercerán sobre la voluntad de Mussolini un peso más decisivo que las sanciones ginebriñas. Entonces, señalaban, quedará abierto el camino para negociar y la diplomacia británica tendría ocasión de hacer triunfar su criterio. Esta era la opinión dominante entre los generales y almirantes ingleses. Los historiadores que han escrito sobre aquel período subrayan que es humano y lógico que las opiniones técnicas reflejen el punto de vista político de quienes las dan. Los generales y almirantes británicos estaban contra una guerra que políticamente consideraban indeseable. Habían hecho la Primera Guerra Mundial y formaban una casta sumamente conservadora. Además, admiraban a Mussolini; en el fascismo encontraban, argumentaban, el cultivo y empleo de las virtudes militares. Y ello ocurría cuando la Liga de Naciones hacía todo lo posible para apartar a los militares de los grandes problemas mundiales. Para ello, creados en la gran tradición victoriana, Ginebra equivalía a la Conferencia de Desarme, es decir, al abandono de la soberanía nacional a fin de implantar unos ideales internacionales utópicos y prácticamente irrealizables. No se podía esperar que estos expertos militares estuvieran dispuestos a luchar en una guerra en que actuarían como agentes de la Liga de Naciones. Se pronunciaron, por tanto, a favor de las sanciones ginebrinas sosteniendo que Mussolini sería vencido debido a los efectos provocados por la guerra económica; aprovecharon igualmente la oportunidad para denunciar a los políticos defensores del desarme como los grandes culpables de la debilidad en que se encontraban en aquel momento las fuerzas armadas británicas. Los sucesores de Nelson faltaron a la tradición y se pronunciaron por el empleo de la guerra económica sin el apoyo de la artillería de la flota. En aquella ocasión, los consejeros militares ingleses opinaban que la armada británica, concentrada en el Mediterráneo, se hallaba en condiciones de inferioridad ante las fuerzas combinadas italianas de mar y aire.

Los expertos fallaron una vez más y la campaña de Abisinia duró únicamente siete meses; el 2

de octubre de 1935 comenzaron las operaciones militares y el 1 de mayo siguiente huía Haile Selassie de su país para exiliarse en Inglaterra. Una semana más tarde, desde el balcón de la plaza Venecia, proclamaba Mussolini la fundación del nuevo imperio romano. Los hechos le habían dado la razón; con el *acero* era posible conquistar no sólo el pan, sino fundar un nuevo imperio y vencer a este gigante mundial que surgió de la derrota del corso Napoleón. El Duce había jugado magníficamente sus cartas, sin perder la serenidad y maniobrando magníficamente. Cuando las fuerzas italianas que combatían en Abisinia parecían detenerse en su marcha, no vaciló en entregar la dirección de la campaña al general Badoglio, considerando como nada simpatizante con el fascismo, para lograr la amplia colaboración de los militares, aunque luego tuvieran que compartir los laureles de la victoria entre el Ejército y las Milicias, cosa que al comienzo no entraba en los primeros planes. Luego, cuando el 7 de diciembre viajó Hoare a París, y de acuerdo con el gobierno Baldwin, se entendió con Laval para hacer un ofrecimiento sumamente favorable a Mussolini para detener las hostilidades en Abisinia —Italia recibiría las llanuras fértiles del país y el emperador conservaría su viejo reino en las montañas—, desde Roma salió una rotunda negativa. Las armas iban a decidir totalmente el pleito, pues los acontecimientos se precipitaban: El Negus, que se había presentado en Ginebra para protestar en persona ante la Liga de Naciones, recibía la bienvenida oficial en Londres que le daba el propio Edén y se establecía en Bath, como protegido de la Gran Bretaña, cosa que no evitó que el 10 de junio Neville Chamberlain, actuando por primera vez como su propio ministro de Relaciones Exteriores, condenara la continuación de esas sanciones como «el solsticio de verano de la locura». El 18 de junio se apresuró Ginebra a levantar las sanciones.

Mussolini tenía motivo justificado para sentirse orgulloso de su extraordinario triunfo. Ante él no sólo se había inclinado cortésmente Gran Bretaña reconociendo que había perdido la partida, sino que teóricamente entre los vencidos figuraban las 52 naciones que en Ginebra se habían pronunciado en favor de aplicar sanciones económicas a Italia. Todo justificaba el orgullo del Duce, pero en un hombre inteligente y humano era de esperar que dividiera los méritos de la victoria entre sus propias virtudes y el factor, siempre decisivo como aliado de la suerte. Sin embargo, todo el triunfo se lo reservó egoísta para él sin reconocer nada a nadie. En el libro que cinco años después de la guerra de Abisinia dedicó a la muerte de su hijo Bruno, cuando el destino le había demostrado repentinamente que no podemos olvidarnos nunca de la contribución que los hados dispensan a nuestras vidas, de igual manera que no podemos separarnos de nuestra sombra, estableció Mussolini un balance de aquellos hechos. Son unas pocas líneas que merecen leerse para entender algo de la psicología del Duce. «Italia ha vivido del 2 de octubre de 1935 al 9 de mayo de 1936, uno de los períodos más dramáticos, más intensos, más luminosos de su historia. Aquellos ocho meses cantan en muchas almas aún como una epopeya vivida. Todo ha sido firme, decidido, viril, popular y todo, visto a distancia, parece romántico, tanta fue la belleza, la poesía, el esplendor revelado en el ánimo de los italianos. Nunca una guerra fue más sentida que aquella. Nunca el entusiasmo fue tan sincero. Nunca la unidad de espíritu fue tan profunda. Una guerra a la distancia de cuatro y seis mil kilómetros; un enemigo numeroso y cruel; un mundo sin explorar; la Sociedad de Naciones hostil; la flota inglesa en el Mediterráneo, las sanciones y el 3 de octubre el paso de Mareb. Luego las batallas decisivas de la primavera y la fantástica marcha hacia Addis-Abeba. Tres concentraciones improvisadas del pueblo como no se dieron en la historia y después la noche triunfal del 9 de mayo, la vibración más grande del alma colectiva del pueblo italiano.» Cuando los italianos leyeron las palabras transcritas en 1942, llenas de orgullo y vanidad, Mussolini había recibido otra de las grandes lecciones que le reservaba el destino: el 5 de mayo de 1941, el emperador de Abisinia retornaba a su vieja capital, reconquistada por las fuerzas del general Wavel, quien se apresuró a declarar que la primera víctima del Eje había sido restaurada. No, Mussolini, gran temperamento de jugador, no supo retirarse a tiempo cuando por sus manos empezaron a pasar malas cartas. El conde Ciano anotó en su Diario, fecha 22 de julio de 1940, al referirse al discurso que Hitler pronunció ofreciendo negociar la paz con Gran Bretaña, después de la derrota sufrida por Francia, que él sacó de las conversaciones que aquellos días celebró en Berlín con Hitler, Ribbentrop y Goering la sensación que los alemanes eran sinceros en buscar la paz. Al comentar la cuestión con Mussolini, éste le confesó su temor de que los ingleses aceptaran las razones de Hitler y pudieran entablar negociaciones para restablecer la paz. Ciano anotó: «Sería un dolor para él, porque ahora, más que nunca, quiere la guerra.» Su pasión de jugador no le dejaba ver la realidad. Y esta inclinación de confundir los sueños con los hechos reales significó la pérdida de su prestigio, no sólo entre el pueblo, sino entre sus más íntimos colaboradores, que se sirvieron del Gran Consejo fascista para reunirse en su ausencia y expulsarlo del poder en julio de 1943.

Fue a partir de la proclamación del nuevo imperio romano cuando Mussolini pareció perder

aquel instinto poderoso que tenía y que le permitía descubrir las debilidades del adversario para atacarlo por el punto más flaco. Cree que ha creado una Nueva Italia y un Nuevo Hombre Italiano y se olvidó, entonces, que en su juventud fue un socialista convencido y que existía realmente la posibilidad de buscar, a través de un Estado corporativista, la manera de imponer la paz del trabajo y un avance en la justicia social. Este sistema le hubiera permitido seguir mejorando el nivel de vida de los muchos desheredados de la sociedad que existían en la Italia de 1937. Pero la victoria de Abisinia, obtenida sobre el imperio inglés, dominador de los mares, y las 52 naciones que votaron lá aplicación de las sanciones, le hizo creer que lo más importante en la vida de una nación es producir acero, que se empleará para la construcción de armas, y con la fuerza que las mismas rendirán en sus manos tendrá asegurado el pan de su pueblo. Se olvidó que el bienestar y la tranquilidad solamente se obtienen del fruto del trabajo, y que es mejor lograr el pan con el sudor de los campesinos que conquistarlo con la sangre de los soldados. A partir del pleito abisinio, de su boca saldrá en repetidas ocasiones la amenaza de que dispone de ocho millones de bayonetas para imponer su voluntad. De esta política audaz y beligerante, traducida en la conquista de Abisinia, ninguna ventaja recibirá el campesino y el obrero, porque de la tierra del Negus poco de provecho se llegará a sacar y, en cambio, son enormes los gastos que ocasionan la organización y consolidación del régimen fascista en el territorio que permitió la proclamación del nuevo imperio romano. Por el contrario, los grandes beneficiarios de la realización de los sueños mussolianos son las industrias que producen armamentos. Las estadísticas señalaban que las cotizaciones de las compañías metalúrgicas, navieras y químicas iban subiendo y los dividendos repartidos ascendiendo a medida que aumentaba la fiebre bélica del Duce.

Estaba seguro Mussolini de haber creado una Nueva Italia, pero su satisfacción y orgullo se concentraba principalmente, en el Nuevo Italiano que él estaba forjando con sus propias manos. Y como modelo del nuevo tipo de hombre que se iba desarrollando se complacía en presentar a su hijo Bruno. En él y en los jóvenes como él veía la consolidación de la obra imperial que había comenzado. No era Mussolini ese tipo de político y gobernante que abandona el cuidado de los hijos y de la vida familiar a seres extraños para dedicar todo su tiempo y su mente a los asuntos públicos; en el caso de Bruno prestó una atención y las horas necesarias para contribuir a formar física y moralmente a su hijo. En ciertos aspectos recuerda el amor que el Papa Borja experimentaba por su hijo César. Pero si éste, producto del Renacimiento, sabía manejar como nadie el puñal y el veneno, a Bruno, resultado de los Tiempos Modernos, se le enseñó a pilotar aviones y arrojar bombas para aplastar a los adversarios. A los diez años el futuro superhombre conducía ya motocicleta y a los trece participó en el primer circuito de Littoria, terminando en tercer lugar con una velocidad de 130 kilómetros por hora, datos anotados por su padre. Naturalmente, Bruno, de niño, fue presentado como un modelo de «Balilla moschetieri» y a los catorce años tomaba parte como «Avanguardista» en aquellas marchas que duraban diez días y en que se fortalecían los cuerpos al andar bajo la lluvia y dormir en tiendas de campaña.

Se le preparó para una vida dura y de sacrificio, muy lejos de las delicias que conocen muchos de los jóvenes que saben aprovecharse de la posición privilegiada que gozan sus padres. Su gran pasión fue la aviación y recién cumplidos los diecisiete años superó las últimas pruebas para recibir el título de piloto. Mussolini se trasladó al campo de aviación para seguir el examen de Bruno y cuando aterrizó finalmente se precipitó a abrazarle y comentar: «No se dirá que yo preparo a mis hijos para una vida cómoda.» Al comenzar la guerra con Abisinia, Bruno fue de los primeros en presentarse como voluntario para participar de la lucha. El orgullo paternal se desborda al recibir el 13 de marzo de 1936 un telegrama del mariscal Badoglio que anunciaba haber concedido la medalla de plata a Bruno «por prueba absoluta de valor en 110 horas de vuelo sobre el enemigo». Al finalizar la guerra, este padre que cuida tanto a su hijo, abandona todos sus compromisos de gobernante en unas jornadas agitadas para correr al aeródromo a fin de recibir personalmente a su hijo. Los ojos descubren que ha adelgazado, pero su corazón le subraya que ha adquirido la toga viril, después de nueve meses de guerra. No se puede pedir más a un joven de dieciocho años. El Duce pondera los méritos de su hijo y toda la Prensa italiana se hace eco de las hazañas de este héroe tan joven. El padre estaba contentísimo de que su vástago progresara por el camino de las virtudes castrenses y no se daba cuenta que del corazón del joven guerrero desaparecían los sentimientos humanos para despertar sus instintos crueles. Los viejos romanos se convertían en héroes atacando con vigor con la espada mientras sabían defenderse hábilmente con el escudo; los que contribuyeron a forjar el nuevo Imperio Romano lo fueron, pilotando aviones y arrojando bombas desde el aire sobre seres humanos que no tenían cómo defenderse. Bruno describió su actuación en Abisinia con estas palabras: «He lanzado un torpedo aéreo en el mismo centro de un racimo de

indígenas, y el grupo se ha abierto como una rosa cuando florece. Fue muy divertido.»

Mussolini buscó forjar una nueva generación de seres fuertes y nada sentimentales para alcanzar por las malas lo que no se podía obtener por las buenas. Se olvidó de aclarar a Bruno y a los jóvenes italianos que el empleo simple de la fuerza no es realmente un triunfo, pues en un sentido moral la violencia no es otra cosa que la admisión del fracaso en encontrar otro camino para alcanzar la meta. Obtener cosas simplemente con amenazas está en los puños de cualquier bruto, mientras que convencer a la gente y lograr que de buena voluntad entreguen lo que pedimos es un acto en que interviene la inteligencia civilizada. El destino demostró cruelmente a Mussolini que predicar y ejercer la violencia termina por provocar enormes tragedias. Este mismo Bruno, que se divertía atacando desde su avión a los súbditos del Negus, participó en dos guerras más. En el otoño de 1937 como voluntario voló desde Palma de Mallorca sobre la zona de la España en guerra. Poco tiempo actuó porque Franco hizo comprender a Mussolini que su presencia no era necesaria y se corría el riesgo que debiera efectuar un aterrizaje forzado y cayera prisionero de los republicanos. Cuando Bruno parte para Mallorca, su cuñado y ministro de Relaciones Exteriores, el conde Ciano, anotaría en su Diario: «Lo envidio. Pero, al menos por ahora, estoy atado a esta mesa de trabajo.» Sorprende que un hombre fino pudiera creer que era mejor tirar bombas desde un avión que manejar los hilos de la diplomacia para llegar a una meta fijada. Pero el culto de la fuerza continuaba siendo la norma de Mussolini. El yerno escribió por la misma época en su Diario las siguientes palabras pronunciadas por su suegro: «Cuando termine la guerra en España inventaré cualquier otra cosa, pues el carácter de los italianos debe crearse en el combate».

Pero sigamos con el desarrollo de los hechos. Italia entró en la Segunda Guerra mundial y Bruno Mussolini participó en su tercera guerra. En la mañana del 7 de agosto de 1941, cuando el Duce se encontraba en el Palacio de Venecia, se le comunicó que su hijo había muerto al caer el aparato que tripulaba en las cercanías de Pisa. En público se vio a Mussolini con rostro impasible asistir al entierro de su amado hijo, sobre quien había depositado tantas esperanzas, pero sus íntimos observaron que una crisis enorme lo consumía. Sin embargo, en el libro que escribió sobre Bruno no confesó lo que había pensado durante la crisis provocada, por la desaparición del hijo amado, sino después de señalar que un verdadero soldado prefiere la muerte en acción de guerra que de resultados de una enfermedad, recordó que una vez se preguntó a César cuál era la muerte preferida por él y la respuesta obtenida fue: la inesperada. El destino fue cruel para toda la familia: Bruno desapareció a los veintitrés años, Ciano fue condenado a muerte y fusilado como traidor en enero de 1944, sin que su suegro hiciera nada para evitar la muerte del padre de sus nietos, y, finalmente, al término de la guerra fue ejecutado el propio Pvlussolini por un grupo de guerrilleros. Predicar el uso de la guerra como arma política dio por resultado una de las grandes tragedias familiares de los tiempos modernos. Nadie puede hacer oídos sordos a la conciencia, de igual manera que no podemos renunciar a nuestra sombra.

Para comprender algo más de la situación anímica de Mussolini en los primeros días de marzo de 1937, cuando creía ser uno de los grandes favoritos de los dioses, es menester recordar algunos aspectos de la propaganda relacionada con la campaña de Abisinia. No utilizaremos, la literatura impresa durante el curso de las operaciones; tampoco lo haremos con la que se conoció después de la caída del fascismo. Usaremos los tomitos que escribió un tal Alberto Giaccardi y que con el título «L'Opera del fascismo in África», publicó en 1939 la editorial Mondadori. Habían transcurrido ya dos años desde que terminó el conflicto. Era de esperar, como cosa natural, que los ánimos se hubieran calmado y se empezara a ver el asunto con serenidad. Pero al comienzo encontramos que la decisión de colonizar Abisinia se tomó cuando Mussolini declaró: «Hemos tenido cuarenta años de paciencia con Etiopía, basta ya.» Luego siguen unos buenos ejemplos de literatura fascista: «Ningún obstáculo puede detener a Italia en su marcha arrasadora, y el imperio se perfila ya en el horizonte de su historia.» Y continúa: «No es un pueblo (el italiano) que marcha solamente a la conquista de un desahogo económico y demográfico; es un pueblo que marcha para vengarse de todos los desengaños e injusticias sufridos en el pasado, y que debe afrontar no sólo al viejo enemigo africano, sino también a los nuevos enemigos de Ginebra y Versalles.»

¿Qué era Abisinia para que se la pusiera en pie de igualdad con Italia en la Liga de Naciones? Y el autor responde: «Abisinia era una colonia explotada por un pueblo aún bárbaro y que, siendo relativamente reciente, no podía invocar los derechos históricos del pueblo abisinio.» El Negus tenía una pésima administración de la justicia, estaba ausente la más elemental organización sanitaria y escolar y persistía la inhumana esclavitud. Y la conclusión a que llega el autor es: «Nunca como en el conflicto etíope, cumplía Italia una misión tan civilizadora. La obra redentora la

llevó a cabo el Duce con "férrea voluntad" y "fregándose" de las sanciones impuestas por 52 naciones reunidas en Ginebra.»

¿Mandó a Abisinia diez divisiones, 100.000 obreros, 300 aviones, contando, además, con 150.000 soldados indígenas de sus posiciones de Eritrea y Somalia, con artillería y pertrechos proporcionados «al grandísimo esfuerzo que se debía afrontar»? ¿Contra quién iba a pelear esta fuerza impresionante? No se conocía la existencia de fortificaciones inexpugnables o ejércitos poderosísimos. No se comprende cómo los expertos militares británicos pudieron opinar que las fuerzas armadas italianas tardarían, como mínimo, dos inviernos para realizar su campaña de Abisinia.

El Negus, cuenta Giaccardi, tenía un plan de defensa, pero ninguno de sus altos jefes era capaz de ponerlo en ejecución. Solamente el ras Kassa entendía algo cuando se le ponía un mapa ante sus ojos; todos los demás, excepto el ras Nassibu, quien contaba con la ayuda de un turco llamado Nassibú, estaban a la altura de los tiempos de Manelik, es decir, atacaban a la masa, sin coordinación ni acción efectiva durante la batalla. A ello se añadían las sospechas y los celos recíprocos y el deseo de sobresalir a fin de obtener los favores del Negus. En cuanto a los efectivos militares, se precisaba únicamente que la guardia imperial podía considerarse como un ejército propiamente dicho, cuyos efectivos oscilaban entre los cinco y seis mil hombres. Los demás formaban una horda en opinión de Giaccardi, quien concluía: «Una multitud de miserables reunidos para defender su miseria e indignos de mejor suerte.» Sin embargo, los abisinios presentaron en ciertas ocasiones una defensa firme y feroz, hasta el punto que a los efectivos italianos mencionados debieron completarse con más hombres, armas, tanques y aviones, y hubo necesidad de concentrar divisiones, artillería y aviación para superar ciertos obstáculos y proseguir la marcha hacia Addis-Abeba. No obstante, continúa contando el autor, «en el combate, este ocioso impenitente (el abisinio), este desharrapado metido en un saco sucio se transforma como por milagro». Badoglio debió recurrir a furiosos contraataques en Taga-Taga, Dansá y Adi-Sembet para seguir avanzando. Para poner en fuga al orgulloso ras Mulugueta fue menester movilizar 280 piezas de artillería con más de 23.000 disparos, la aviación hizo 546 incursiones para lanzar 396 toneladas de explosivos, y los indígenas se declararon vencidos sólo después de dejar 20.000 hombres en el campo de batalla. Finalmente se describe «la más audaz empresa de toda la guerra», es decir, la rápida marcha hacia Addis-Abeba. Dice el autor: «Atacados por los eritreños y por la tribu de los Azebó Galla, y furiosamente ametrallados y bombardeados por la aviación, las fuerzas del Negus se repliegan en desorden hacia el Sur. Por decenas y decenas de kilómetros los cadáveres, amontonados uno encima del otro, escapan a todo posible cálculo.» Esta «conquista civilizadora», que exigió una gran movilización de hombres y material bélico, en la pluma del escritor, se llevó a término mediante «heroicos combates» y «gloriosas hazañas militares».

Terminada la guerra, que fue seguida por lo que se describe como «limpieza y ocupación integral del territorio», confiaba el pueblo italiano nadar en la abundancia ya que de las tierras conquistadas tenían que llegar millones de toneladas de productos agrícolas, millones de toneladas de minerales y petróleo, millones y más millones de maderas, recursos forestales, industrias de tejidos, de pieles, de café, de aceites, de carnes y subproductos animales. Sin embargo, los éxitos de las armas fascistas no se notaron en las masas de la gente humilde. La cosa principal que había sucedido era que habíase transformado en realidad el sueño dorado del Duce: el sueño imperial. Italia ya no era una península; «gracias al genio del Duce, dice Giaccardi, es el Imperio que cuenta con el África Oriental Italiana», y a las colonias conquistadas se enviarán los trabajadores italianos desocupados para poner en práctica un plan de desarrollo que permitirá con el tiempo obtener, primero, y luego enviar a la península los productos agrícolas, los minerales y tantas otras cosas que esperaba encontrar en el que fue imperio del Negus y que no se hallaron. Una gran parte del inteligente pueblo italiano, amante como el que más de la paz y de la justicia, vio claramente que había sido engañado, ya que en lugar de ver mejorar su nivel de vida descubría amargamente que con la aventura militar no se buscó otra cosa que satisfacer el ansia imperialista de los fascistas, y procurar llevar a la práctica el anhelo de Mussolini, quien en 1927 como prefacio a la colección de resoluciones del Consejo Fascista, editado en aquella fecha, escribió simplemente: «El nombre que Italia dará al siglo xx será el del Fascismo y. nada más.» La gente esperaba otra cosa. Los italianos durante la prueba de las sanciones gine-brinas aceptaban que pertenecían a un país pobre, pero con orgullo recordaban que formaban parte del pueblo que más había contribuido a la civilización de Europa. Todas las clases sociales aceptaban las privaciones que pudieran venir para contribuir al triunfo nacional. Se vio a las dueñas de los prostíbulos echar a la calle a las francesas que trabajaban en sus casas para castigar así la actitud adoptada por Francia en Ginebra; las familias de

clase superior, despidieron a las inglesas y francesas que tenían en la casa para que los hijos aprendieran bien los idiomas extranjeros y para demostrar, de esta manera, su patriotismo. En el libro que los hermanos Tharaud dedicaron a los acontecimientos de Abisinia se lee que una niña de doce años, cuya madre era francesa y el padre italiano, al regresar a su casa dijo: «Mamá, en el colegio se avergüenzan porque eres francesa. Tendrías que dejar a papá.» Y después de unos momentos de silencio, continuó: «No te data un abrazo mientras continúen las sanciones.» Se asistió al espectáculo de ver a la Reina dar el ejemplo de entregar su anillo de boda y alguna joya para contribuir a los gastos de la guerra. Desde la patricia romana a la humilde mujer napolitana sacrificaron sus recuerdos adornados con oro en el llamado altar de la patria. Todos tenían conciencia de que se iniciaba una nueva etapa de la historia nacional. Y la gran mayoría de los italianos se mostraban orgullosos y tranquilos porque estaban convencidos que la pericia de Mussolini conduciría a puerto seguro la nave estatal que se vio agitada por la tormenta provocada por las sanciones ginebrinas. Todo señalaba que el Duce conocía el momento más glorioso de su vida política.

CAPITULO II. HITLER, EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

Mientras los italianos continuaban combatiendo en Abisinia pasó a ocupar el centro del escenario europeo un extraordinario aprendiz de brujo. El 7 de marzo de 1936 Hitler envió a las tropas alemanas a la zona desmilitarizada del Rhin. Fue un golpe audaz en extremo porque los mismos generales alemanes eran contrarios a la jugada; prácticamente no disponían de hombres ni armamentos para correr el riesgo de una guerra. El Reich nazi había empezado a construir sus primeros tanques en 1934, después de la denuncia del Tratado de Versalles; hasta dicha fecha las maniobras militares se venían efectuando con tanques de madera, en espera de que un día se dispondría de verdaderos que reemplazarían a los que entonces se consideraban juguetes para que se divirtieran los generales. La aviación de guerra, la que luego sería la poderosa Luftwaffe de Goering, no se fundó hasta 1935. Los hombres adiestrados de la vieja y profesional Reichswehr se hallaban dispersados como instructores entre la nueva fuerza armada organizada a base del servicio militar obligatorio. El nuevo ejército alemán estaba lejos de ser una fuerza militar eficaz. Hitler tuvo que prometer a los generales, que protestaban contra la operación romana, que procedería a la retirada de la fuerza simbólica que ocuparía la zona desmilitarizada al primer síntoma de reacción francesa. Sin embargo también aseguró a sus generales que la operación se realizaría sin dificultad alguna y que todo terminaría bien, lo que significaría un extraordinario éxito para su régimen.

La desmilitarización de la zona renana establecida por el Tratado de Versalles y ratificada por el pacto de Locarno, significaba para Francia una garantía de máxima seguridad. Había sido aceptada por Alemania y endosada por Gran Bretaña e Italia. El desafío de Hitler constituía el fin del orden europeo en caso de coronar con éxito su acción. Hoy, cuando podemos manejar los archivos secretos de la época, sabemos que el 10 de marzo, por la tarde, cinco regimientos que pertenecían a los cuerpos de ejército VI, IX y XIII, subieron a unos trenes especiales. Llevaban municiones completas, pero creían que iban a participar en unas maniobras; ni moral ni militarmente estaban preparados para combatir. Cuando los coroneles, instalados ya en los vagones, abrieron las órdenes selladas que se les habían entregado se enteraron de que tomarían parte en la ocupación militar de la zona renana. Los trenes se pusieron en marcha hacia el Oeste y se detuvieron en la orilla derecha del Rhin, frente a las ciudades de Colonia, Coblenza y Maguncia. Tres de ellos solamente, cada uno transportando un batallón, cruzaron el río para dirigirse el primero a Aquisgrán, el segundo a Tréveris y el tercero hacia Sarrebruck.

La reocupación de la zona desmilitarizada no cogió al Gobierno francés por sorpresa. Aguardaba que se plantearía la cuestión desde que comenzó el asunto de Abisinia. En enero de 1936 había abandonado Laval la cartera de Relaciones Exteriores, víctima, igual que su colega Hoare, de las protestas que provocó el plan Hoare-Laval que abría la puerta al entendimiento con Mussolini. Flandin, que reemplazó a Laval, hizo una visita a Londres para discutir con el Gobierno británico el problema de Renania. Baldwin le salió al paso con una pregunta: ¿Qué había decidido el Gobierno francés si se planteara el caso? Flandin contestó que no se había decidido nada y regresó a París para arrancar una decisión a sus colegas. Lo único que pudo lograr fue una declaración según la cual: «Francia pondría todas sus fuerzas a disposición de la Liga de Naciones para oponerse a la violación de los tratados.» Y esta declaración fue formulada por París cuando el organismo ginebrino estaba herido mortalmente a causa del fracaso obtenido por las sanciones económicas decretadas contra Mussolini. El 7 de marzo, los ministros franceses se reunieron sumamente indignados al enterarse que había comenzado la ocupación de la zona renana. Cuatro ministros, entre ellos el jefe del Gobierno Sarraut y el mencionado Flandin, eran partidarios de una acción inmediata. Pero la mayoría ministerial acordó llamar al general Gamellin, jefe del Estado Mayor, para que expusiera su opinión técnica sobre la cuestión. El primer militar de Francia en la época, empezó su exposición con palabras enérgicas. Naturalmente, el ejército francés podía avanzar en Renania y derrotar a las fuerzas alemanas que habían penetrado en la región. Después de tan rotunda afirmación fue presentando las dificultades que podían surgir. Recordó que Alemania sostenía que contaba con un millón de hombres bajo las armas, de los cuales 300.000 se encontraban ya en la zona renana. Algunas clases de reservistas franceses debían ser llamadas; y en el caso de tropezar con alguna resistencia por parte alemana, sería menester la movilización general. Indicó que era de prever una guerra larga; y debido a la superioridad industrial de Alemania, Francia tenía pocas posibilidades de ganar si luchaba sola. Debía contar, por tanto, con la seguridad de tener apoyo de Gran Bretaña y Bélgica. Y este apoyo era menester por razones

políticas, pues el Tratado de Locarno autorizaba a Francia a actuar inmediatamente sólo en caso de «flagrante agresión».

El movimiento de las tropas alemanas en Renania ¿puede estimarse una «flagrante agresión»? preguntó Gamellin a los ministros. Si no afecta al «territorio nacional» de Francia, teniendo en cuenta la línea Maginot, la amenaza a la seguridad de Francia podía considerarse como una cosa remota. La conclusión del primer militar fue: Si Francia actuaba sola podría encontrarse condenada ella misma como agresora por las potencias de Locarno y el Consejo de la Liga de Naciones.

Gamellin basó su demanda al Gobierno de proceder a la movilización general en caso de encontrarse con resistencia según los informes que había recibido de los servicios de espionaje. Nuevamente se demostraba la importancia que tiene saber exactamente los medios con que cuenta el adversario y el juego que pondrá en práctica. Y el famoso *Deuxième Bureau*, en este caso, falló por completo. Estimó en 295.000 hombres, equivalente a 22 divisiones, las fuerzas alemanas que se hallaban en Renania, sumando unos efectivos que sólo existían en la imaginación de los espías. A unos presuntos 30.000 hombres de la Wehrmacht seguían otros 30.000 de la policía, 30.000 del Servicio del Trabajo, que únicamente manejaban el pico y la pala, 30.000 del Cuerpo Nacional Automovilístico, que transportaban a la gente a las grandes concentraciones nazis, y 175.000 miembros de la S.S. y S.A., que podían ser entusiastas hasta el fanatismo, pero que entonces carecían de verdadero valor militar. Cuatro ministros —Sarraut, Mandel, Paul Boncour y Flandin— aceptaban las exigencias formuladas por Gamellin, pero el resto rehusó por entender que la intervención armada en la región renana significaba la guerra. Además, iban a celebrarse las elecciones y los políticos que buscaban triunfar en las urnas no firmarían la movilización general militar que podría traducirse en la pérdida de votos.

Hoy es difícil entender el comportamiento adoptado por Gamellin y los ministros franceses. Sin embargo, León Blum y Charles de Gaulle lo han explicado con toda claridad. El generalísimo francés no podía hablar de tomar la iniciativa contra Hitler porque lo hacía imposible la psicología a que dio origen la línea Maginot. Los militares y políticos franceses, recordando que Francia había sido invadida en las guerras de 1870 y 1914, creyeron que la seguridad de la nación estaba en una política de defensa. Así se realizó toda clase de sacrificios para construir la línea Maginot, una costosa y gran fortificación destinada a defender la frontera francesa, de cualquier invasión alemana. Los hombres que proyectaron e impusieron la construcción no vieron que ofrecía la gran paradoja de que los trabajos comenzaron cuando Alemania contaba con un modesto ejército que no podía superar los 100.000 hombres. La gran contradicción consistía en que Francia pretendía mantener su papel de gran potencia e inconscientemente, pero de una manera genuina, se resignaba a una posición defensiva, y por lo tanto modesta.

Lo que no pudieron resolver los generales se dejó en manos de los diplomáticos. Estos examinaron los instrumentos que tenían a su disposición: Italia, firmante del Pacto de Locarno, nada haría mientras pesaran contra ella las sanciones votadas en Ginebra; Inglaterra tenía todas sus simpatías por Francia, pero carecía de fuerzas en número suficiente para apoyar militarmente a sus aliados. Además, el primer ministro Baldwin señaló que la opinión pública británica era contraria a la intervención por considerar que Renania era territorio alemán y Hitler no había hecho otra cosa que reocupar lo que pertenecía al pueblo alemán. Polonia manifestó que cumpliría las obligaciones estipuladas en el tratado firmado en 1921 con Francia, pero éstas tenían un carácter estrictamente defensivo. Cuando el Consejo de la Liga de Naciones se reunió en Londres, Litvinoff, en nombre de la Unión Soviética, propuso que se aplicaran sanciones a Alemania, pero fue evidente que pedía demasiado para ser escuchado. Finalmente, todo terminó con un triunfo diplomático de Hitler, quien fue invitado a negociar un nuevo arreglo para mantener la seguridad de Europa, a fin de reemplazar la que había sido destruida con los últimos acontecimientos. Hitler respondió a la invitación jurando que no tenía reclamaciones territoriales que formular en Europa, que quería la paz y ofrecía un pacto de no agresión, por veinticinco años, con las potencias occidentales. Londres pidió a Berlín que contestara una serie de definiciones a unas preguntas precisas que formulaba; la respuesta alemana fue el silencio y así se enterraron los restos que quedaban del Tratado de Versalles y del Pacto de Locarno.

El 7 de marzo de 1936 marca un cambio en la historia por haber alcanzado Hitler una doble victoria en lo que fue su primera gran aventura en el terreno internacional: venció a los franceses, que no supieron reaccionar como era debido, y se impuso a los generales alemanes que hicieron todo lo posible para frenar el paso peligroso que iba a dar y que le podía costar la misma jefatura del Reich. Si bien los franceses, en su gran mayoría, entendían que en manos de París se encontraba

el fin de la carrera de Hitler. Entre las múltiples declaraciones que formularon los generales alemanes al término de la Segunda Guerra Mundial encontramos unas palabras decisivas de Jodl, el mejor colaborador militar que tuvo Hitler, «Nos encontramos —dijo— en la situación del jugador que arriesga toda su fortuna con un golpe de dados. El ejército alemán alcanzaba entonces su punto máximo de debilidad porque los 100.000 hombres de la Reichswehr de Versalles estaban diseminados como instructores en una multitud de unidades y no representaban una fuerza organizada.» Y el mariscal Blomberg, jefe de las fuerzas armadas cuando la operación de Renania explicó: «Estábamos convencidos que los franceses iban a replicar. En tal caso, lo máximo que podíamos hacer nosotros, era intentar de oponernos a que pasaran el Rhin. El ejército estaba muy debilitado. No podía contar con ningún apoyo de la aviación; el único aparato capaz de transportar una bomba era el "Ju-52" y era extremadamente lento.» Una semana de temores vivieron los militares alemanes. Pero París no reaccionó con el empleo de la fuerza y, entonces, Hitler con aire de vencedor se dirigió a los generales para preguntarles simplemente: ¿Quién tenía razón?

La reocupación de Renania iba a tener más consecuencias de lo que parecía en realidad. Desde el punto de vista defensivo, la seguridad de Francia no sufría deterioro si realmente la línea Maginot era tan inexpugnable como se creía. Pero no se podía decir lo mismo con respecto a los compromisos contraídos por París con sus aliados orientales Polonia y Checoslovaquia. La zona renana reocupada por las fuerzas militares alemanas equivalía, según entendían los militares, que Francia abandonaba cualquier idea, si realmente la tuvo, de acudir activamente en apoyo y defensa de los polacos y checos. Al mejorar la posición estratégica de Alemania adquiere nueva fuerza el viejo sueño de Hitler de resolver el problema vital del pueblo alemán mediante la expansión hacia el Este, es decir, Rusia. Esta fue la consecuencia principal de la reocupación de Renania y así lo entendió Stalin cuando ordenó a Litvinoff, comisario de Relaciones Exteriores, que en nombre de la Unión Soviética pidiera que la Liga de Naciones aplicara sanciones a Alemania. *Lebensraum*, en su sentido más crudo, significaba en boca de Hitler un espacio desocupado en el cual pudieran establecerse los alemanes. En las siete páginas que el tema ocupa en «Mein Kampf», habla Hitler de Ucrania pero nada indicó sobre los ucranianos. ¿Pensaba explotarlos como si fueran seres coloniales? ¿Decidiría su exterminio Para que sus granjas fueran ocupadas por colonos alemanes? Jamás se expresó claramente sobre la cuestión. Sin embargo, su idea de conquistar Ucrania, presentada como una cruzada contra el bolchevismo, recibió no solamente el apoyo de la mayoría de los alemanes, en quienes se despertaba la sangre conquistadora, sino de muchos elementos de la clase media y capitalista de Europa Occidental que consideraban a Hitler como el campeón de la civilización europea. Un sector importante de la opinión inglesa, sin olvidar los franceses que compartían el mismo criterio, sostenían que era menester apaciguar a los nazis. Estos apaciguadores creían que una nueva derrota de Alemania sería seguida por el dominio de la Unión Soviética sobre una buena parte de Europa; por tanto, argumentaban, únicamente aquellos que deseaban que los soviéticos ocuparan el lugar de Alemania estaban en condiciones de condenar a los apaciguadores. Y Neville Chamberlain fue el campeón de los apaciguadores y bien se sabe que especuló antes y después de Munich desviar hacia Rusia la furia bélica que había acumulado Hitler. Joseph Kennedy, embajador norteamericano en Londres y padre del futuro presidente de los Estados Unidos, hizo buena propaganda del propósito del primer ministro británico entre el mundo capitalista yanqui. Desde que subió al poder, en 1933, la idea central en política exterior de Hitler era llegar a un entendimiento con Inglaterra. El no quería destruir el imperio británico porque sostenía que esta enorme y complicada organización política lograba mantener apartada del bolchevismo a las masas humanas y miserables del Asia. Había asegurado varias veces a sus íntimos colaboradores Ribbentrop y Goering, que los hombres de Londres acabarían por aceptar su punto de vista. Pero para convertirse en el brazo armado del imperio británico quería, en cambio, el derecho de reorganizar la Europa Central y la libertad de resolver la cuestión del espacio vital del pueblo alemán mediante la conquista de las ricas tierras de Ucrania.

Según unas declaraciones de Goering, Hitler para alcanzar un entendimiento general con Inglaterra, estaba decidido a garantizar la integridad absoluta de Holanda, de Bélgica y Francia, renunciando a los territorios de Alsacia y Lorena. La posibilidad de entenderse con los dirigentes de Londres creyó verla cuando en 1934, después de denunciar el Tratado de Versalles, los ingleses firmaron el acuerdo naval con Berlín en virtud del cual se comprometía Hitler a que los efectivos de su marina de guerra, que entonces prácticamente no existía, no pasara de un tercio a los de la flota británica. Los franceses consideraron que dicho acuerdo significaba que Londres premiaba el paso dado por Hitler no sólo contra Versalles, sino contra la alianza firme que existió hasta entonces entre Londres, París y Roma para presentar un frente común contra la agresión. Al quebrarse la alianza

antialemana formada por Inglaterra, Francia e Italia por iniciativa, precisamente, de Londres, pensó Hitler que sus sueños de expansión iban a convertirse en una cosa real y tangible. La puerta que abrieron los ingleses permitió salir a Hitler al campo libre y escoger una ruta que llevaría a todo el mundo hacia la mayor catástrofe que ha conocido la humanidad en los tiempos modernos. Aquella tempestad desencadenada el 7 de marzo de 1936 no se detendría en la barrera natural de los Pirineos. La península ibérica destinada, al parecer, a no compartir las desgracias del resto del continente europeo, como recientemente ocurrió en la guerra mundial del 14, esta vez se convirtió en escenario cruento de la lucha armada que no se produjo debido a la campaña de Mussolini en Abisinia, ni por la ocupación de la región renana por Hitler. El suelo español se ensangrentó como el cruel preludio de lo que sería más tarde el aniquilador choque bélico entre el fascismo y el bolchevismo, porque los bandos españoles en lucha recibieron el apoyo, los unos de Hitler y Mussolini, y los otros de Stalin, para asistir a los cinco meses de terminar su guerra civil, agosto de 1939, al insospechado entendimiento del Führer alemán y del dictador del Kremlin, que con las manos manchadas todavía de sangre hispana y la sonrisa cínica en los labios, daban el último paso por el camino que condujo a la Segunda Guerra mundial. Todos los planes de 1937, ya que los alemanes se lanzaban a la lucha contra los ingleses, de los que en 1936 querían ser los grandes amigos, daban su beneplácito al enfrentamiento bélico. Aquellos que se consideraban los superhombres modernos terminaron siendo víctimas del destino, cuyas leyes no escritas acaban siempre por cumplirse.

CAPITULO III UN VIAJE DE GOERING A ROMA

Mussolini no podía mirar con buenos ojos la consolidación del régimen republicano de España, porque en sus planes figuraba la manera de evitar el transporte al territorio francés de los efectivos militares indígenas con que contaba Francia en el norte de África. Sin el cuantioso aporte de senegaleses, argelinos y marroquíes las fuerzas armadas francesas quedarían notablemente debilitadas. La República española les dejaría cruzar la Península a todos estos africanos para que pudieran disponer París de su enorme refuerzo en caso de guerra. Se comprende perfectamente que Mussolini prestara atención a la propuesta que, en marzo de 1934, le formularon cuatro conspiradores españoles que buscaban ayuda para restaurar la monarquía en su país. El resultado de las gestiones que se efectuaron en Roma fue que el 31 de marzo el monárquico Antonio Goicoechea, el teniente general Emilio Barrera y los tradicionalistas Rafael Olazábal y Antonio Lizarza firmaran un acta con el Duce. Este, como jefe del Gobierno italiano, se declaraba dispuesto «a ayudar con la asistencia y medios necesarios a ambas partes de la oposición al régimen existente, con el fin de derribarlo y reemplazarlo por una Regencia que prepararía la restauración completa de la Monarquía». Italia daba armas, dinero y anunciaba posteriores ayudas. El tradicionalista Lizarza, en un libro que publicó en 1954 en Pamplona, especificó el alcance del compromiso contraído en Roma: «Nosotros, por nuestra parte, nos comprometíamos a derrocar la República, instaurar la Monarquía tradicional, hacer un pacto de amistad con Italia, y, en caso de conflagración en el Mediterráneo, denunciar el tratado existente entre la República y Francia, evitando así que las tropas del imperio francés pudieran cruzar España.» Mussolini debía mostrarse encantado con el pacto firmado con los antirrepublicanos españoles cuando pocas semanas después leyó las informaciones extensas que, de manera destacada, publicaba la Prensa mundial sobre la gran manifestación antifascista que el 29 de abril tuvo lugar en Barcelona. Los organizadores, la víspera de la concentración, encendieron grandes fogatas en las cumbres de las montañas de Cataluña; se estimó que ardieron unas 2.000 y se especificó que era el primer acto simbólico de la protesta catalana contra el fascismo. Unas cien mil personas tomaron parte en el imponente desfile. No se trataba precisamente de un acto contra Mussolini, pues se presentaba, principalmente, como un repudio a las fuerzas de la CEDA y de su jefe, Gil Robles, a los que se acusaba de fascistas. La presencia de 30.000 campesinos «rabassaires» que viajaron a Barcelona para participar en el desfile, subrayaba la importancia que tenía el pleito planteado entre la Generalidad y el Gobierno de Madrid, sobre el régimen de cultivo de las tierras agrícolas. Pero la Prensa mundial destacaba la presencia en la manifestación antifascista catalana de un grupo de italianos desterrados, que llevaban una bandera italiana enlutada. Todos los oradores, y el último de ellos el presidente Companys, atacaron a los políticos de derecha y al fascismo y afirmaron que Cataluña, fiel a la democracia y a las libertades, se mantenía alerta, dispuesta a dar la batalla a la reacción, proclamando, si fuera necesario, la tercera república catalana. Lo que molestó principalmente a Mussolini fue la presencia de los antifascistas italianos. Para él este desfile de Barcelona significaba que no todos los dirigentes antifascistas habían muerto y mantenían el silencio impotentes ante el sistema de orden, tranquilidad y trabajo que estaba implantado en Italia y que era aceptado, por lo menos aparentemente, por todo el pueblo italiano. Ahora, las banderas enlutadas que desfilaron por las calles barcelonesas constituían un mentís, por insignificante que fuera, a las rotundas afirmaciones de la propaganda mussoliniana. Y todos los ciudadanos de Barcelona que habían asistido a su paso en el desfile las habían aplaudido mientras se oían algunos mueras al Duce y al fascismo.

La manifestación antifascista catalana tuvo lugar antes de los sucesos de octubre de 1934, en que fueron derrotados la Generalidad y los mineros de Asturias, acontecimientos que dieron entrada al gobierno de Gil Robles y sus hombres. Posteriormente, después del triunfo del Frente Popular, Madrid fue escenario de una de las concentraciones más importantes realizadas en España. El motivo fue la fiesta de los trabajadores del primero de mayo y en el desfile tomaron parte toda clase de organizaciones políticas y gremiales. El humor madrileño no podía faltar y así se vio la presencia de algunos disfrazados de Negus, cuya aparición era saludada con vítores y mueras; pero la nota descollante fue la actuación de un pequeño grupo que representaba en primer término a Adolfo Hitler seguido por varios que lo estaban azotando. Risas, aplausos y palabrotas le acompañaron en todo el recorrido. Los madrileños, al igual que los barceloneses, dos años antes, al parecer nada querían saber con el fascismo, y menos con los personajes que lo encarnaban.

Cuando estalló el movimiento del 17 de julio existía ya en la mente de Mussolini y en la de Hitler

una idea clara de cuáles eran los amigos y quiénes los enemigos. A todo ello se añadían las ventajas de saber que al inclinarse a determinado bando se favorecía la política que Roma y Berlín practicaban contra Francia, Inglaterra y, sobre todo, contra la Unión Soviética. Los campos estaban ya perfectamente delimitados y todos sabían las posiciones que debían ocupar en la partida que iba a comenzar en el suelo español.

Luis Bolín, en su libro «España: los años vitales», ha detallado cómo llegó a Roma el 21 de julio, después de haber dejado al general Franco en Tetuán para que se hiciera cargo de la jefatura de las fuerzas armadas sublevadas en Marruecos español. Los hombres de Franco estaban bloqueados sin medios para cruzar el Estrecho de Gibraltar y prestar apoyo a los militares que participaban en el Alzamiento. Bolín contó su primer contacto en Roma con Alfonso XIII y por consejo de éste se unió con el marqués de Viana, oficial de la marina española, en las gestiones realizadas cerca del conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores, para obtener el apoyo aéreo que en aquellas circunstancias tenía un valor de vida o muerte. Este venció los últimos escrúpulos que detenían a Mussolini en el umbral de la aventura española y el 30 de julio doce «Savoiani-81» partían de Cerdeña, rumbo al aeródromo de Nador, cercano a Melilla. Los doce aparatos, formados en escuadrilla, iniciaron su vuelo de seis horas con poca fortuna, pues un bombardero se estrelló por el camino y sus tripulantes se mataron, otro tuvo que aterrizar cerca de Oran y sus ocupantes sufrieron heridas, y el tercero desapareció en el mar con su dotación completa. Los nueve restantes llegaron a Melilla y junto con otros nueve «Savoias» que llegaron dos días más tarde y un pequeño petrolero que seguía a los bombarderos desde Córcega, con gasolina especial y bombas, se pudo planear y realizar la difícilísima operación de forzar el paso del Estrecho por las tropas de África. Fue una participación decisiva la de Mussolini en los primeros días de la guerra, ya que las naves que transportaban las tropas de África sólo pudieron salir al mar abierto y cruzar el Estrecho, controlado por los buques leales a la República, porque contaban con el poderoso apoyo de las alas italianas. La facilidad con que Mussolini vio triunfar al bando que contaba con su protección contribuyó a que meditara poco sobre los obstáculos que se presentarían y que se deberían vencer. A los primeros doce aparatos de bombardeo se fueron añadiendo más aviones, artillería, tanques, naves y divisiones completas a medida que las necesidades impuestas por la lucha fueron en aumento. Cuatro años más tarde, el 4 de octubre de 1940, se entrevistaron Hitler y Mussolini en el Brennero para analizar la posible entrada de España en la Segunda Guerra Mundial. El alemán y el italiano estaban descontentos por los obstáculos que ofrecía Franco para su participación bélica en el conflicto, sobre todo en forma de exigencias territoriales y alimenticias, cuando Mussolini se refirió a los tiempos de la guerra civil española y observó que se debía ser prudente con las exigencias franquistas pues la primera demanda fue de doce aviones de transporte y al término de la lucha se habían enviado a la Península 800 aparatos. Hitler también se quejó que Madrid no se había preocupado de abonar la deuda contraída durante la guerra civil y quedaba pendiente de pago la suma de 500 millones de marcos, cosa que no evitaba que ahora se solicitaran cereales, petróleo (56.000 toneladas mensuales), y Gibraltar, Marruecos y Oran, para dar una respuesta afirmativa. A este balance puede añadirse las cifras que en julio de 1939 dio Ciano sobre la participación fascista en la guerra española. Fueron publicadas en la revista *Gerarchia* bajo su firma y fueron: 3.227 muertos, 11.227 heridos y 5.318 bombardeos aéreos. Mussolini, que conocía un momento de gran euforia por haber terminado victoriosamente la campaña de Abisinia, tal vez hubiera meditado dos veces el asunto de la intervención militar en España de no haber sido empujado por el entusiasmo de su yerno y ministro. Más tarde argumentará que el esfuerzo llevado a cabo por Italia en la lucha española había dilatado considerablemente el desarrollo económico y bélico del país con fatales consecuencias cuando se presentaron los días de prueba de la Segunda Guerra Mundial, a la que entró voluntariamente como seguro vencedor y acabó totalmente derrotado. El, que conocía bien y admiraba tanto a Napoleón Bona-parte, recordaría que el curso en su exilio de la isla de Santa Elena admitía que su política en la península ibérica fue una de las principales causas de su fracaso, pues de haber dispuesto de las tropas que dejó en España para luchar contra los guerrilleros, el empleo de estos efectivos le hubieran permitido terminar victoriosamente la campaña de Rusia. Pero los políticos no pueden remediar los errores de cálculo cometidos, pues éstos no pueden subsanarse con un simple... «si en vez de hacer esto hubiera seguido otro camino».

Mussolini había escogido otra ruta y por ella seguía avanzando. El 13 de enero llegó a Roma el segundo hombre de importancia de Alemania, Hermann Goering; su visita constituyó una demostración pública de la alianza entre los dos pueblos formalizada por el Eje Roma-Berlín y una ocasión para que Mussolini analizara el panorama internacional con una de las figuras más destacadas del nazismo que unía su criterio político a su mente. formada por los temas militares. Cinco

días permaneció el ilustre visitante en Roma, donde fue recibido por el monarca, Mussolini, y todos los personajes del régimen. El 18 partió hacia Nápoles, donde visitó al príncipe heredero Humberto. El mismo día se retiró a Capri para descansar hasta el 22. El 23 regresó a Roma para sostener una entrevista «de síntesis», según especificó el comunicado oficial publicado el mismo día, que añadía que la conversación había durado dos horas.

Goering se comportó en varias ocasiones como un personaje arrancado de una ópera de Wagner, tanto por su vestimenta como por sus gestos. El punto culminante de su actuación tuvo lugar dos días después de la llegada, el 25, cuando en compañía del Duce visitó la Academia de Esgrima del Foro. En el curso de la misma propuso el alemán a Mussolini sostener un asalto a sable. Este debió recordar alguna ópera de Verdi y aceptó. Esta sesión de esgrima, que duró veinte minutos, fue presenciada por la esposa del ministro germano, el embajador alemán von Hassel, el personal de la Embajada, las delegaciones nacionalsocialistas, miembros del Partido Fascista, el subsecretario Ricci y profesores de la Academia de Esgrima. Uno de los asistentes manifestó a un cronista de «United Press» lo siguiente: «Mussolini se caracterizó por su mayor rapidez y agilidad, denotando los años de su adiestramiento constante; Goering, por su parte, mostró velocidad sorprendente, para una persona de su cuerpo; en todo momento estuvo a la altura de un esgrimista consumado.» El cronista añadió que, luego del lance, Goering presenció el desfile de 10.000 niños de la organización balilla, que efectuaron demostraciones atléticas en el estadio. No se sabe si esta parte de la visita fue filmada, pero puede aceptarse que la misma era digna de servir de introducción a la película «El Dictador», de Chaplin. El sentido teatral en las expresiones de Goering y Mussolini encontró una excelente oportunidad para ponerse de manifiesto. Pero todo no fueron payasadas en aquellas jornadas. Tenemos el texto, el intérprete, embajador Paul Schmidt, redactó la entrevista que el Duce y Goering celebraron el mencionado día 25, en presencia de Ciano y del citado Schmidt. Todos los temas, importantes y menores, fueron analizados por los esgrimistas de ayer convertidos ahora en estrategas. Mussolini quiso conocer su opinión del jefe de la Luftwaffe sobre la aviación italiana. Este expresó que observaba que en el arma aérea existía un gran optimismo, cosa natural, pero señaló que se corría cierto peligro al supervalorar la fuerza combativa de la aviación en relación con la marina. Goering no creía que una flota aérea pudiera destruir de manera decisiva a una fuerza naval. Contó la reciente experiencia de las bombas de 250 kilogramos lanzadas sobre el acorazado español «Jaime I»; aunque la nave recibió impactos directos hasta el punto que estallaron depósitos de municiones, pudo llegar a puerto, ser reparada y en estado de volver a operar. Esta prueba demostraba, según Goering, que los aviones no estaban en condiciones de destruir las naves acorazadas. Se refirió a la protección extraordinaria con que cuentan los buques de guerra con su numerosa artillería antiaérea. Explicó que Hitler quería saber si no sería mejor destinar a la producción de aviones todo el dinero que se emplea para la construcción de una nave de 35.000 toneladas. El, como ministro del Aire, después de meditar y analizar la cuestión, no pudo desaconsejar la construcción de 35.000 toneladas. El Duce respondió que pronto Italia contaría con cuatro nuevos barcos, dos transformados y dos nuevos de 35.000 toneladas de manera que Italia acabaría por tener un total de ocho acorazados. Goering observó que entonces Italia con ocho naves, Alemania con otras ocho y el Japón por lo menos con doce, formarían una fuerza naval muy considerable en relación con la de otros países. En un reciente discurso, Edén se refirió al Mediterráneo para recordar que continuaba siendo una ruta muy importante para Gran Bretaña.

Pronto pasaron al examen de uno de los asuntos principales, el de la guerra española. Estaban de acuerdo en la respuesta que Roma y Berlín darían a Londres sobre el control de los voluntarios que llegaban a España a fin de evitar, como pedía el Comité de No Intervención, que fuera aumentando el número de extranjeros que luchaban en la Península. Mussolini subrayó que el frente común italo-alemán «había demostrado su expresión en el frente militar común en España». Era su voluntad que continuara así en el futuro. El Duce se pronunció por la continuación de la política antibolchevista y sobre todo eliminar la influencia de Rusia sobre el Occidente. Para ello, constituiría un gran éxito que la política alemana consiguiera romper el nudo que existía entre París y oscú, cosa que él consideraba muy difícil.

Volvió a debatirse el tema español y Goering preguntó qué situación se crearía en el caso de no poderse llegar a un acuerdo sobre la prohibición de enviar más voluntarios a España. En la cuestión española declaró: «Alemania entiende llegar solamente al límite de lo posible y evitar que de las complicaciones españolas salga una guerra general.» Es de temer que Moscú haga del asunto español una cuestión de prestigio y «no sostenga con sus propios soldados, en una medida cada vez mayor, las fuerzas rojas españolas».

Mussolini respondió que existían varias posibilidades de solución: Primero, Franco podría obtener un éxito militar completo y, en este caso, la cuestión española se resolvería sobre el plan puramente militar (ésta sería, naturalmente, la mejor eventualidad); segundo, «posibilidad de un compromiso entre los dos bandos españoles con exclusión de los extremistas». El Duce expuso seguidamente a su visitante qué informaciones tenía sobre el caso español y cuál era su pensamiento. En la cuestión de los voluntarios, la posición de Italia y Alemania era muy favorable, pues ante una posible prohibición se habían efectuado en los últimos días grandes envíos; el número de voluntarios italianos alcanzaba a los 44.000. Si la prohibición sobre los voluntarios no se decide, entonces Italia continuará enviando más voluntarios a España. En la cuestión española, Italia estaba decidida a comprometerse hasta el límite extremo, sin llegar al peligro de una guerra general. No creía, por otra parte, en la posibilidad de semejante conflicto para 1937: León Blum y sus colaboradores quieren evitarlo, y si piden y gritan «armas y aviones para España», lo hacen simplemente por razones de política exterior. Aún si Inglaterra teme un conflicto general, Rusia no dejará ciertamente que las cosas vayan más allá de cierto límite. Por otra parte, Rusia no ha enviado ningún grupo de voluntarios, sino solamente jefes y material, y se adaptará ciertamente a una derrota de los rojos. Debe tenerse en cuenta que los socorros a los rojos por parte de los comunistas se intensificaron cuando los rojos españoles habían detenido a Franco en las puertas de Madrid; en el campo de las izquierdas, la atmósfera había mejorado un poco. Si la situación debiera empeorar de nuevo para los rojos, el entusiasmo de los voluntarios que toman parte a su favor cesaría también y nadie estaría dispuesto a dejarse matar por una causa perdida.

Ciano interrumpió el optimismo de su suegro para observar que el embajador de Italia en Moscú, entonces presente en Roma, le había comunicado que los bolcheviques se preparaban lentamente a una derrota de los rojos en España, y que se preocupaban "exclusivamente de realizar un acuerdo internacional que les serviría de excusa ante el pueblo ruso para compensar el fracaso de su acción española. Litvinof buscaría una especie de excusa bajo la forma de un acuerdo internacional.

Mussolini concluyó su exposición señalando las dificultades que ofrecía la situación interior rusa, como la probaban los procesos de Moscú contra la vieja guardia bolchevista, y repitió una vez más que Rusia jamás había enviado tropas propiamente suyas a España; se limitó a enviar a los comunistas de Francia, Bélgica y Suiza a unirse a los rojos de España.

Goering pasó a ocuparse de otro tema importante: un posible entendimiento con Inglaterra. Recordó las tentativas hechas con los elementos conservadores. El hombre de la calle en Inglaterra, añadió, alienta sentimientos de simpatía hacia Alemania. Los medios conservadores es verdad que están preocupados por la fuerza de Alemania, pero su gran temor es el bolchevismo, hasta el extremo de estar dispuestos definitivamente a colaborar con Alemania. Lo contrario ocurre con el Foreign Office que, tanto por razones ideales como por motivos tradicionales, observa una actitud totalmente hostil hacia Alemania. Un obstáculo ulterior a la colaboración anglo-germana, añadió Goering, reside en la fuerte influencia que ejercen los masones y los judíos en el imperio británico. El alemán expuso con sutileza que los adversarios no creían en la solidez del Eje de Acero porque esperan su rotura cuando se planteara otra vez el problema germano-austriaco. Lo importante, con miras al futuro, era demostrar al mundo exterior que entre Berlín y Roma existía una colaboración completa e íntima. El último deseo expresado por el jefe de la Luftwaffe es que se desmintiera oficialmente la versión que circulaba de una próxima boda entre Otto de Habsburgo, pretendiente al trono de Viena, con la princesa María, la hija menor del rey Víctor Manuel. La suerte que se reservaba al pueblo austríaco no se decidió totalmente en el curso del viaje de Goering a Italia, pero el terreno empezó a prepararse para los acontecimientos que tuvieron lugar un año más tarde y que finalizaron con el Anschluss, para evitar el cual, en 1934, movilizó Mussolini varias divisiones para enviarlas al Brennero. El segundo de Hitler actuó hábilmente en aquel viaje a Roma. En sus declaraciones, después de asegurar que el entendimiento entre Roma y Berlín constituía una sólida base para la paz constructiva de Europa, Goering se refirió a la cuestión española con estas palabras: «Italia y Alemania se oponen resueltamente a la implantación del bolchevismo en España. La amenaza bolchevista ha llegado ahora a una fase aguda en España. Italia y Alemania están firmemente resueltas a oponerse a toda clase de acontecimientos aptos a propiciar semejantes peligros.»

CAPITULO IV. LA OCUPACIÓN DE MALAGA

Cuando Mussolini explicó a Goering cual era su plan para resolver la cuestión española mediante una victoria militar rápida, ya estaba en marcha todo el gran dispositivo destinado a convertir en realidad su plan. Desde fines de enero al 10 de febrero fue llegando a la Península un formidable convoy naval compuesto por 66 naves, de las cuales 58 atracaron en Cádiz, 4 en Sevilla y 4 en Huelva. Se asistió al desembarco de millares y millares de hombres, junto con cantidades imponentes de material bélico. La rapidez con que se había efectuado el embarque se tradujo en una situación caótica creada por falta de listas y etiquetas. Los combatientes salían pronto de Cádiz hacia el Norte, pero no eran seguidos rápidamente por el material que necesitarían. Así se perdió un tiempo .precioso que demoró la realización de los planes estratégicos que se habían establecido. Este comienzo desafortunado del C. T. V. (Cuerpo de Tropas Voluntario), no afectó el romanticismo de algunas plumas que nos describen «il volontarismo italino, riprendendo la grande tradizione del Risorgimento, scese in campo a ristabilire la sorti di Franco o contrapporsi alie brigate internazionali».

Aquí, antes de seguir adelante, es menester puntualizar que el C. T. V., no era una entidad regular del ejército italiano, sino una especie de milicias, integradas por fascistas y mercenarios, mandados por oficiales profesionales, que buscaban en la guerra española contraer méritos para avanzar en jerarquía dentro del partido o de grado en el ejército. El mariscal Badoglio, vencedor de Abisinia y jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas italianas, se había desinteresado de la expedición a España, cosa que a los ojos de muchos se interpretaba que estaba lejos de aprobar la nueva aventura mussoliniana. El *condottiere* de toda aquella máquina de guerra era el general Mario Roatta, que escondía su verdadera personalidad bajo el nombre de «Mancini» y que tenía la ambición de emular a aquellos guerreros italianos del Renacimiento, que al frente de grupos de mercenarios ponían su brazo armado al servicio de la causa que más le convenía. Roatta no sólo era uno de los generales más amigos y fieles del Duce, sino que mantenía excelentes relaciones con la Alemania de Hitler. En setiembre de 1935, vísperas de estallar la guerra de Abisinia, Roatta, entonces jefe de los Servicios de Espionaje Militar, se entrevistó en Munich con el almirante Canaris, que dirigía los Servicios de Inteligencia del Tercer Reich. Ambos acordaron firmar un pacto para intercambiar las informaciones secretas que fueran de utilidad a sus respectivos países. Al comenzar la guerra civil española, Canaris buscó la colaboración de su amigo Roatta para unificar los esfuerzos que Berlín y Roma iban a realizar para prestar ayuda a los generales que encabezaban el Alzamiento. El 26 de agosto Roatta y Canaris, a bordo de un avión alemán especial, se presentaron en Sevilla donde se entrevistaron con Queipo de Llano y luego se trasladaron a Cáceres para reunirse con Franco. Las manos del general italiano y del almirante alemán manejaron algunos de los principales hilos de la ayuda que Italia y Alemania prestaron a las fuerzas nacionalistas.

El Ejército del Sur, al mando de Queipo de Llano, había comenzado el 17 de enero la campaña para conquistar la ciudad de Málaga, con todo el resto de la provincia y lo que quedaba de la de Granada en poder de los republicanos. Se buscaba disponer de otro puerto para comunicar con Italia. Además, la campaña se traduciría en laureles para Queipo de Llano que no había tenido hasta entonces oportunidad de poner de manifiesto sus dotes de estratega. Las fuerzas del Sur avanzaron por la costa con el apoyo de la artillería de varias unidades para entrar en Estepona y detenerse en Marbella. Faltaba el golpe final y decisivo para la caída de Málaga. Y finalizar así la campaña. Queipo pidió la colaboración de Roatta y éste vio que se le ofrecía una magnífica oportunidad para hacer una gran exhibición de lo que podía obtener la columna blindada. Se organizaron diez columnas —cinco españolas, cuatro italianas y una mixta— que al recibir la orden oportuna debían avanzar para confluir sobre Málaga. Los grupos españoles estaban compuestos por simples infantes con un mínimo de apoyo artillero y fuego de ametralladoras. Las columnas italianas debían partir desde tierra adentro y bajar hacia el mar, desde Antequera, donde Roatta había instalado su cuartel general, de Loja y Alhama. Todos los efectivos se estimaron al equivalente de cuatro divisiones, o sea, unos 50.000 hombres. La novedad de la maniobra consistía en que entrarían en lucha dos compañías de tanques, una compañía de motocicletas con ametralladora, una compañía de autos blindados y diez baterías de artillería. La columna principal totalmente mecanizada, iba a las órdenes directas de Roatta con el general Rossi como jefe de operaciones; la de la derecha, mandada por el coronel Rivolta, tenía por misión apoyar la acción de la central; finalmente, la de la izquierda debía avanzar hasta Vélez para cortar la retirada a los que

huyeran de la capital malagueña. La ofensiva comenzó el 3 de febrero, pero no hubo verdadero contacto antes del 5, lo que demuestra la debilidad de la defensa republicana. Los tres puntos señalados como defensas naturales donde se daba por seguro que serían defendidos, era el paso de Zafarraya, a la izquierda, el de Venta de los Alazores, en el centro, y la cota 860, en el sur. Desde el mediodía del 5, los blindados de Roatta penetraron profundamente a lo largo de la carretera que une Antequera y Málaga. A pesar del mal tiempo que retrasó las operaciones e impidió la intervención de la aviación en las primeras horas, la victoria fue extremadamente rápida. El 8, por la mañana, las primeras tropas hicieron su entrada en Málaga; el 10, Motril fue también ocupado. Se efectuaron miles de prisioneros, mientras el ejército republicano huía en una desbandada general empujando a decenas de millares de refugiados que obstruían las carreteras. El C. V. T. se apuntó un éxito sensacional, pues, los críticos militares vieron en la acción un ensayo eficaz de la táctica de ofensiva relámpago, que los ejércitos de Hitler popularizarán en la Segunda Guerra Mundial con el hombre de *Blitzkrieg*. En una batalla real se había visto a la aviación atacando la retaguardia de los defensores para posibilitar el envío de refuerzos, la artillería batir las fortificaciones para abrir paso a los tanques que avanzaban velozmente seguidos por camiones cargados con soldados de infantería que irían ocupando el territorio invadido. Roatta ante los ojos de los tácticos militares se convirtió en una figura destacadísima. Este y otros factores políticos hicieron posible ocultar la importancia considerable que los italianos habían tenido en la conquista de Málaga. Nadie pudo creer que el artífice de la victoria terrestre era el general Queipo de Llano que había seguido la operación a bordo del crucero «Canarias», rodeado de sus ayudantes, en compañía del almirante Moreno y la alta oficialidad del buque. Desde Sevilla, Queipo de Llano sostuvo que fueron las fuerzas al mando del coronel Borbón, duque de Sevilla, las primeras en entrar en Málaga. Los italianos sostuvieron lo contrario y lograron que el jefe provincial de Falange les extendiera una declaración, que distribuyeron fotográficamente, «un jefe de centuria con dos oficiales italianos y un chófer falangista en un automóvil marca «Renault», gris, custodiado por dos carros de asalto, fueron los primeros en entrar en Málaga». En la tarde del mismo día 8, Roatta se apresuró a comunicar que «la batalla por la conquista de Málaga se había desarrollado y concluido de acuerdo con las líneas y horarios establecidos; y ello gracias a la pasión y al valor de los comandantes de las columnas y de sus oficiales y tropas». Subrayó que los combatientes marcharon dando vivas al Duce y al fascismo, victoriosos nuevamente en los campos de batalla. Afirmó que las pérdidas del enemigo en vidas y material eran enormes, y que se necesitarán «varios días para conocer las cifras». A esta manifestación siguió un comunicado anunciando que el comandante de la primera brigada de voluntarios, general Rossi, cedió el poder civil y militar de la ciudad de Málaga al coronel José de Borbón, duque de Sevilla. Vino luego la orden número 3 firmada por el general de División Mancini (Roatta) dirigida a la tropa, cuyos párrafos principales merecen citarse: «En Málaga os habéis cubierto de gloria. En tres días de marcha y lucha habéis liberado la provincia de la barbarie roja, habéis devuelto a Málaga la paz, la libertad y la vida. Así actúa el fascismo, la vanguardia de la lucha por el ideal. Habéis demostrado tener dinamismo. Os felicito, oficiales y voluntarios, así como a vuestro comandante el general Arnaldi, que os ha conducido a la conquista de Málaga. Esta felicitación interpreta igualmente los deseos de quien desde lejos os contempla.» El fascismo celebró como propio el éxito de la operación de Málaga hasta el punto que el diario romano *Il Tevere* reprodujo un resumen del artículo publicado en el *Manchester Guardian*, en el cual el periódico inglés afirmaba que la victoria de los nacionales en Málaga «es esencialmente una victoria italiana», y 12.000 soldados y material de guerra italianos fueron desembarcados en Cádiz el 6 de enero último. Como esta reproducción no motivó comentario alguno en el diario italiano, ello se interpretó como la admisión clara de que lo dicho por el diario inglés era exacto.

Todas estas manifestaciones de petulancia, que eran utilizadas por la propaganda fascista para demostrar que los combatientes italianos eran los mejores del mundo, fueron las primeras gotas de amargura que se derramaron sobre el corazón no sólo de Queipo de Llano, sino de la mayoría de oficiales españoles que debieron mantener contacto con los subditos de Mussolini. Se sentían incómodos porque las fuerzas que mandaban carecían casi de las cosas fundamentales en materia de armamentos, mientras que los italianos contaban con lo mejor que existía entonces y con tanques, artillería y camiones podían operar impunemente ya que la táctica seguida por los defensores de Málaga consistió en abandonar las posiciones que ocupaban y escapar a la sierra a la vista del primer tanque enemigo. Con su comportamiento, Roatta y los suyos parecían decir: «Les hemos liberado el territorio que ustedes no podían conquistar, ahora nos place entregárselo para que dispongan de él.» Queipo y los otros militares tenían que callarse, aunque en su fuero interno recordaban que el cartaginés Aníbal, en su invasión de la península romana, llevaba a iberos entre

sus mejores tropas y que Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, salió vencedor de todos los combates que libró en suelo italiano. Una gran falta de tacto y el desconocimiento más absoluto de la psicología del español fueron las características del «Condotiero Mario Roatta».

Sobre la entrada de los italianos en Málaga poseemos un excelente documento debido a Arthur Koestler, que se encontraba en la zona republicana como corresponsal del diario liberal *News Chronicle*. El que se convertiría en un escritor mundialmente conocido, contaba entonces treinta y dos años de edad y había trabajado hasta 1936 en el departamento de Propaganda que el Comintern poseía en París. Las circunstancias y el trato que mantenía con el científico inglés Sir Peter Chalmers-Mitchel, de setenta y tres años, que en Málaga había encontrado un anticipo del paraíso, junto con la seguridad de que la bandera británica izada en la casa ocupada constituía una garantía para los que eran poseedores de un pasaporte inglés, hicieron que Koestler se creyera impune y se quedara, seguro de que tenía entre sus manos un tema periodístico sensacional. Y no le faltaron los avisos para actuar con prudencia y alejarse del peligro de caer en manos de Queipo, Precisamente acababa de salir en París un libro suyo a base de las crónicas que escribió cuando al comienzo de la guerra visitó Sevilla y estaba bien convencido que la lectura del mismo habría despertado la ira del actual virrey de Andalucía. Sabía que la ciudad no estaba en condiciones de defenderse pues nadie se había preocupado seriamente de organizar la resistencia. Unos días antes veinte camiones con municiones destinadas a Málaga no habían podido pasar más allá de Almería. La oficina de transporte de Almería debía hacerse cargo de la carga y cuidarse de su entrega a Málaga, pues los camiones llegados de Valencia tenían orden de regresar inmediatamente a su punto de partida. En Almería se sostuvo que correspondían a los camiones de Valencia continuar el viaje hasta Málaga, y el resultado fue que las municiones fueron descargadas en cualquier parte de Almería, los camiones regresaron a Valencia y los defensores malagueños se vieron privados de medios para oponerse al avance del adversario. La filosofía que reinaba no era nada favorable para la moral de resistencia. Al hablar con el responsable de la reconstrucción del puente de Motril, destruido por la aviación y que constituía la vía principal del tránsito entre Málaga y Alicante, Koestler anotó la respuesta: «Ustedes, los extranjeros, son siempre impacientes. Puede darse que perdamos Málaga, igualmente puede perderse Madrid y la mitad de la Cataluña, pero al final ganaremos a pesar de todo.» A un capitán de sector a quien preguntó por qué no se había demolido la ruta, le contestó con indignación que eso no se hace, ya que se tiene necesidad de la carretera para una posible ofensiva. Las fortificaciones laterales bastan para detener el avance de la infantería enemiga. «¿Y si tienen tanques?», pregunta. Y el capitán levantó los hombros: «Contra los tanques no hay nada que hacer.» Y al inquirir lo que harían si se presentaban, recibió por toda respuesta: «Nos marcharemos a la sierra.» Una moral similar encontró el cronista cuando el domingo 7, la víspera de la caída de Málaga, consiguió hablar con el coronel José Villalba en su cuartel general. No tenía tiempo para atenderle, pero de sus labios salió esta declaración: «Todo lo que puedo decirle es que la situación es seria, pero Málaga se defenderá.» El coronel partió inmediatamente y Koestler desde una ventana contempló cómo Villalba y sus ayudantes subían en un coche que se alejó. Al preguntar hacia dónde iba, un oficial le contestó con toda tranquilidad: «Despierta.» Los primeros conquistadores que vio el cronista, refugiado en la residencia del viejo científico inglés, son doscientos infantes italianos que en buen orden marchaban por la carretera. Saludaron jovialmente a un grupo de obreros situado al borde del camino, quienes ayer aún levantaban el puño con ardor, y ahora al parecer con entusiasmo hacen el saludo fascista. El jardinero de Sir Peter le indica la necesidad de levantar el brazo porque, explica, «ahora tenemos un nuevo gobierno.» El teniente que manda las fuerzas se presenta correctamente y pidió permiso para pasar al cuarto de baño. Todo pareció estar en calma y al parecer era cuestión sólo de paciencia para salir de la situación. Pero el destino se cruzó en su camino en la persona de Luis Bolín, que actuaba de jefe de la Oficina de Prensa del gran cuartel general nacionalista. Fue este mismo Bolín quien le procuró la entrevista que celebró con Queipo; ahora, al margen de sus actividades de jefe de propaganda, se dedicaba a buscar a un tío suyo que era vecino de Sir Peter. No perderá la oportunidad que se le ofrece de tomar represalias sobre el corresponsal del *News Chronicle* que escribió contra Queipo. De la gran aventura malagueña saldrá Koestler con vida porque sus amigos lograrán que salga de la cárcel de Sevilla mediante un canje por la esposa del conocido piloto Carlos de Haya, que estaba retenida en Valencia. Su testimonio pudo salvarse así para la historia.

Para apreciar el valor documental del relato de Koestler basta revisar lo que escribió Manuel Azaña en Barcelona en abril de 1937, cuando continuaba ejerciendo sus funciones de presidente de la República. «La velada en Benicarló» pone en boca de un capitán la siguiente versión de lo ocurrido en Málaga: «Allí tuvimos hasta hace poco un comandante militar extraordinario. Yo no hago

fortificaciones, decía, yo siembro revolución. Si entran los facciosos, la revolución se los tragará. Con esta moral se pretendía preparar la resistencia de una ciudad floja y revuelta de por sí. Asombra que no la tomasen antes. Bocado fácil. Desembarcar en Estepona no les costó nada. ¿Qué íbamos a oponerles? Revolución solamente. En Málaga disponíamos de seis piezas y de siete u ocho mil fusiles para cubrir un frente de unos 50 kilómetros. Por qué no había más, es otro cuento. Se habla... Seguramente el gobierno no disponía de tropas ni de material. ¡Y Málaga cae tan lejos!».

Si el presidente de la República explicaba la pérdida Por el caos imperante, su jefe de Gobierno, Francisco Largo Caballero, cargó toda la culpa sobre los hombros de los comunistas. «El jefe director de la resistencia era, por su sola voluntad, el diputado comunista por Málaga, señor Bolívar», escribía Largo en sus memorias. Los militares que no aceptaron el carnet comunista eran un cero a la izquierda; los socialistas, republicanos, cenetistas, etcétera, estaban de hecho eliminados de la dirección. Largo, en sus funciones de ministro de la Guerra, afirma que hizo todo lo que fue posible para ayudar a Málaga enviando material para su defensa. El Ayuntamiento malagueño envió, ocho días antes de la caída de la ciudad, un telegrama dando las gracias al Gobierno por la ayuda prestada. El coronel Villalba fue procesado por no serle favorable la información que se abrió sobre su comportamiento. La pérdida de la ciudad andaluza causó enorme impresión, y en Valencia los partidos y las organizaciones obreras llevaron a cabo una manifestación pública ante la presidencia del Consejo, que duró varias horas, de adhesión al Gobierno en aquellos momentos difíciles. Pero los comunistas creyeron que la derrota de Málaga era una magnífica ocasión para deshacerse de los militares que rodeaban a Largo e intervenían en el curso de la guerra, elementos que no aceptaban siempre órdenes que salían del Comité del Partido Comunista. Unos días más tarde y también en Valencia, tuvo lugar un mitin en el que habló Jesús Hernández, ministro de Instrucción Pública. En su discurso censuró a Largo Caballero y dio a entender que protegía a los sospechosos de la traición y que por eso se había perdido Málaga. Se refería principalmente al general Asensio, que ocupaba la subsecretaría de Guerra. «Me pareció intolerable el hecho —contó Largo—, y escribí una carta a su partido para comunicarle que Hernández cesaba en el cargo y que diese otro nombre para sustituirle. El Comité me visitó para rogarme que desistiera de ese propósito, prometiéndome que no se repetiría un hecho semejante. Un momento de debilidad me hizo ceder, y Jesús Hernández continuó siendo ministro.»

Los comunistas, sin embargo, en lugar de aceptar su parte de culpa y trabajar en favor de la unidad de fortalecer la máquina militar, aprovecharon la caída de Málaga para incrementar sus críticas contra el gobierno de Largo Caballero.

La Pasionaria contó que, a fines de enero, llegó a Valencia el diputado Bolívar, que actuaba de comisario en Málaga y era miembro del Comité Central del Partido Comunista en España.

Su viaje obedecía a la necesidad de exponer ante Largo Caballero la situación angustiosa de los frentes andaluces, en los que faltaban las armas y las municiones, al mismo tiempo que a denunciar la actitud de los anarquistas que se negaban a ingresar en el Ejército popular y se obstinaban en mantener sus propias milicias. Después de su visita al ministro de la Guerra, el médico malagueño pidió a sus camaradas y al Comité Central comunista que le ayudaran a vencer la resistencia de Largo Caballero, que se negaba a suministrar los pertrechos bélicos. «¡Ni un fusil ni una peseta más para Málaga!», dicen que respondió Largo Caballero, y su terquedad no pudo ser vencida por los ministros comunistas que apoyaban las demandas de Bolívar. Según la Pasionaria, el culpable de la intransigencia de Largo era el general Asensio, que influía sobre él y sostenía que con las armas existentes en Málaga había más que suficiente para la defensa de la ciudad. La derrota republicana colocó a Largo y a su subsecretario, Asensio, en mala posición, cosa que fue aprovechada por los comunistas.

Era menester cambiar de política, sostenían los comunistas, que exigían una depuración del alto personal del Ministerio de Defensa y la disolución de las milicias anarquistas para incorporarlas al Ejército popular, cuyos mandos iban ocupando los partidarios de Moscú. Pero Largo se negó a tomar ninguna medida que llevase al esclarecimiento de lo ocurrido en Málaga y a la depuración del aparato militar. Para vencer la resistencia del líder socialista, los comunistas organizaron un mitin en Valencia para denunciar ante el pueblo a los culpables de la pérdida de Málaga. En el acto, además de Jesús Hernández, según recordó Largo Caballero en la cita que hemos dado, habló también la Pasionaria para insistir con fuerza en la necesidad de crear un ejército regular, un ejército depurado de traidores y agentes del enemigo. «Queremos un ejército —subrayó— en el que no haya generales que, mientras el pueblo y los soldados luchan con heroísmo, mientras nuestras mujeres y nuestros niños son ametrallados por la aviación fascista en las carreteras de Málaga, ellos se

divierten en prostíbulos y lupanares. Las mujeres españolas estamos dispuestas a todos los sacrificios, pero no consentiremos que nuestros hijos estén mandados por generales que no sienten nuestra causa, que es la causa de la libertad y de la independencia de España.» Aquella misma noche dimitió el general Asensio y comenzó a germinar en la mente de Largo que, ante el avance comunista en copar todos los puestos destacados de la máquina popular, no existía otro camino que la unión de las dos fuerzas obreras —cenetistas y ugetistas— para formar un Gobierno sindical que acabara con las maniobras que venían realizando los comunistas y ciertos políticos. *Mundo Obrero* pronto tomó posición contra el plan que estudiaba Largo y publicó un editorial en que se sostenía: «Ningún marxista puede defender un Gobierno sindical porque sería la negación de todos los postulados socialistas, cuya eficacia se ha comprobado en la lucha de la clase obrera mundial y fundamentalmente en el triunfo del socialismo en la Unión Soviética.» La condena del viejo dirigente de la UGT estaba dictada y sólo se aguardaba el momento de ejecutarla.

Entretanto, en el campo internacional, sobre todo en Francia, la caída de Málaga y la confesión de Roma de su gran participación en la operación, provocó una gran tormenta. Maurice Thorez, el jefe comunista francés, acababa de regresar de España, donde habló en Barcelona, Madrid, Valencia, Murcia y Albacete, para transmitir los saludos del pueblo francés al español. Al hablar en París condenó Thorez la política de No Intervención, culpable de la caída de Málaga, pues permitió que Italia y Alemania prestaran una gran ayuda a los adversarios del Gobierno republicano. Anunció que el Partido Comunista iniciaría inmediatamente una campaña intensa en todo el país para que Francia reanudara las relaciones comerciales con la República española, a fin de que pudiera contar con medios para defenderse de Hitler y Mussolini. Poco después habló el jefe del Gobierno francés, León Blum, para asegurar que la única solución del conflicto español era organizar un control internacional y que su Gobierno, decidido a luchar por la paz, «seguirá el camino emprendido sin hacer caso de las emboscadas e incertidumbres de la diplomacia». Las palabras sirvieron para desmentir que, por parte de Francia, existiera la amenaza de reasumir su completa libertad de acción en el caso de una nueva ayuda italiana a Franco.

Desde Roma seguía Mussolini los acontecimientos con satisfacción. Todo parecía indicar que las cosas marchaban de acuerdo con sus planes. ¿Qué es lo que buscaba el Duce? Hemos visto que en su reunión con Goering le indicó que veía dos maneras de resolver la cuestión española. Además de la militar, señaló la posibilidad de que los dos bandos en pugna se pusieran de acuerdo prescindiendo de los extremistas. Roberto Cantalupo, el primer embajador italiano acreditado ante Franco, habló en enero con los principales funcionarios militares y diplomáticos antes de partir para Salamanca. De las mencionadas conversaciones y de una entrevista celebrada con el Rey, Cantalupo dedujo que después de la conquista de Málaga continuaría el avance de las fuerzas italianas hacia Alicante y Valencia, mientras que por parte española se haría un esfuerzo para cortar la carretera que unía Madrid con Valencia. Alcanzadas estas dos metas, quedaba el camino abierto para negociar un entendimiento entre los españoles sobre la base de establecer un régimen que fuera aceptado por todos. ¿Se trataba de la restauración monárquica? Cantalupo recordó que en su visita a Víctor Manuel, le expuso que era su Gobierno el que establecía la política que se debía seguir, pero que en su familia sólo existía una política, y añadió que no habían olvidado «la triste sorte di mió zio Amadeo». ¿Cuál era el verdadero plan de Mussolini? No lo sabemos, pero no es menester especular sobre el tema, ya que el curso de la guerra obligó a modificar el empleo del C. T. V. en las operaciones. Por otra parte, quien conocía mejor el pensamiento del Duce sobre España no era Cantalupo, sino el general Roatta; el embajador recibió instrucciones concretas en Roma de mantenerse al margen de la actuación de Roatta en la Península y de todo el cuerpo expedicionario italiano.

CAPITULO V. LA BATALLA DEL JARAMA

La caída de Málaga y la crisis provocada por la nueva derrota republicana, hizo que no se prestara bastante atención a la nueva acción militar que comenzó el 6 de febrero, que se conocerá con el nombre de Batalla del Jarama, y tenía por objetivo envolver por el Este a Madrid entre el Jarama y el Tajuña. Se trataba de la tercera fase de la batalla de Madrid, que se esperaba terminaría con la resistencia que venía ofreciendo la capital desde que a comienzos de noviembre llegaron a su cinturón las primeras fuerzas nacionales. Tenía que haber coincidido con la operación de Málaga, pero fue aplazada dos semanas a causa del mal tiempo. El responsable de la acción era el general Luis Orgaz, quien había reemplazado al general Mola como comandante en jefe de las tropas del frente central cuando no pudo coronarse con éxito el primer intento de conquistar Madrid. Orgaz, pequeño de estatura, estaba dotado de un buen talento como organizador y de una fuerte voluntad. Se hallaba en las islas Canarias el 19 de julio, y Franco sabía que podía contar incondicionalmente con su colaboración. Como alto Comisario del Protectorado de Marruecos, el otoño anterior dio Pruebas de su talento organizador manteniendo el orden en el territorio y reclutando miles de rífenos que pasaron a luchar en la Península. Ahora se le ofrecía la oportunidad de demostrar su talento militar y cubrirse de gloria en la que era la tercera, y tal vez última fase, de la toma de Madrid.

A las órdenes de Orgaz y al mando directo de las tropas de choque se hallaba el general José Enrique Várela, valiente y magnífico conductor de sus soldados al combate, admirado por éstos, que tenían confianza absoluta en él. Díscolo de carácter, como lo demostró durante el régimen de Primo de Rivera cuando se opuso abiertamente a la idea que abrigaba el Dictador de evacuar Marruecos, en las circunstancias presentes no callaba sus simpatías por la causa carlista. Diez veces estuvo herido; la última, el día de Navidad, cuando recibió tres impactos mientras recorría una posición avanzada del frente de Madrid. Había salido recientemente del hospital para tomar parte en la nueva batalla. A sus órdenes y al mando de tres Agrupaciones se hallaban los experimentados coroneles Asensio, Sáenz de Buruaga y Barrón.

Cuando los nacionales iniciaron su ataque, los republicanos estaban ultimando los preparativos entre Toledo y las fuerzas que presionaban sobre Madrid. La realización práctica de la operación se fue demorando debido al retraso con que llegaba el armamento ruso y la lentitud con que se organizaban e instruían las nuevas diez brigadas, que eran las que permitía formar el nuevo material bélico. Se fijó el comienzo de la operación para el 5 de febrero, o sea, un día antes de iniciar el avance las fuerzas de Várela. Para asegurar el éxito de la futura ofensiva, se decidió emplear no menos de 18 brigadas de infantería, de ellas ocho de nueva formación, de 50 a 60 tanques, 100 cañones de diferentes calibres y toda la aviación. El golpe principal se asestaría en dirección a Valdemoro y el secundario sobre Seseña. La primera acción corría a cargo del Ejército del Centro y la segunda se confiaba a las tropas de la defensa de Madrid que deberían participar en esta ofensiva con las reservas disponibles. De coronarse con éxito la operación, los republicanos confiaban penetrar profundamente y envolver a parte de las fuerzas nacionales que tenían establecido el asedio de la capital. Con miras a estas acciones, los hombres y materiales del Ejército del Centro se iban concentrando en la orilla oriental del río Jarama. Los servicios de información denunciaron al mando republicano la presencia de fuertes contingentes enemigos con probables fines ofensivos, precisamente en la misma zona en que se iba a producir el ataque republicano. Se advirtió que los nacionales parecían tener adelantada su organización con respecto a la republicana, y que, probablemente, el aplazamiento de su plan de ataque se debía al mal tiempo reinante durante el mes de enero. Los planes ofensivos republicanos no se transformaron en defensa ante el esperado ataque de Várela, pues se consideró que era menester llevar a cabo la maniobra para ver de levantar o reducir la gran presión que existía sobre Madrid. Cuando las nuevas brigadas iban ocupando los puntos que se les había asignado y estaban constituyendo los mandos y Estados Mayores de las nuevas unidades republicanas, en esta fase de preparación final de la ofensiva, surgió el 6 de febrero el primer episodio del ataque nacionalista del Jarama, exactamente en la misma región en que el Ejército del Centro iba a lanzarse a la ofensiva. Los propósitos de Orgaz eran ambiciosos pues había preparado ya el bando que debía fijarse en las calles de Madrid cuando fuera ocupada la capital. Por primera vez la «Legión Cóndor» operaba en estrecha colaboración con las fuerzas nacionales. Los alemanes exhibieron su moderna y rápida artillería y demostraron la eficacia de sus cañones.

El 6 de febrero se puso en marcha el dispositivo. Las tropas de Várela partieron de la carretera

de Andalucía, o sea, desde Getafe por la de Pinto y Valdemoro, A las dos de tarde las vanguardias habían avanzado diez kilómetros hasta La Marañosá y seis kilómetros hacia Ciempozuelos. Se consiguió el efecto de sorpresa, pues los republicanos no esperaban que las fuerzas nacionales avanzasen entre el fango y con intensa lluvia. Los días 7 y 8 se emplearon en realizar pequeñas rectificaciones, todas ellas en medio de intensos aguaceros. El factor sorpresa dejó de jugar, pues los atacados hostilizaban con intenso fuego y se observaba la continua llegada de camiones con tropas y provisiones, así como artillería. El frente republicano quedó totalmente hundido, perdieron la zona de maniobra que poseían en la margen derecha del Jarama, desde la cual debía partir la ofensiva planeada, y las tropas de Várela quedaron en posiciones dominantes sobre el valle. Orgaz podía mostrarse satisfecho de los progresos obtenidos en la primera fase de la acción.

El día 9 la Agrupación de Barrón, que había ocupado La Marañosá, recibió la orden de avanzar hasta la carretera de Valencia. Por Vaciamadrid se buscaba alcanzar la confluencia del Manzanares y del Jarama. Caía una lluvia torrencial, que dificultaba el avance y la acción de la artillería; sin embargo, a media tarde se comunicaba que se tomaron dos cotas que dominan la carretera de Valencia, que virtualmente quedaba cortada entre los kilómetros 17 y 25. El mando republicano aprovechó las fuerzas que se estaban concentrando y se hallaban próximas, para ver de contener urgentemente al enemigo. El contragolpe fracasó y en la noche del 11 al 12 en un audaz golpe de mano los nacionales conquistaron, sin destrucción, el puente de Pindoque, por donde cruza el Jarama la línea del ferrocarril de la Azucarera de Arganda. La acción corrió a cargo de un batallón de tiradores del Rif, veteranos en la guerra de Marruecos y maestros en el arte de las emboscadas y el manejo del cuchillo. Los centinelas republicanos fueron sorprendidos dormitando y no tuvieron oportunidad de dar la voz de alarma. Una compañía de zapadores de Larache siguió a los rifeños para reconocer el puente y destruir los cables y conexiones preparados para la voladura. Poco después, la quietud ¿el amanecer se quiebra por el estampido de las granadas de manó y la fusilería. Los tiradores asaltaban las trincheras enemigas y sorprendieron a sus ocupantes. Cuando todo parecía terminado se oyó una fuerte explosión que hizo saltar parte del puente; uno de los cables no había sido advertido, pero la explosión sólo fue parcial. Los ingenieros lo repararon provisionalmente.

El paso de la Caballería constituyó otro movimiento de sorpresa, pues los jinetes en una carga avanzaron hasta la carretera de Chinchón. A continuación cruzó el puente la infantería de Asensio y Barrón. Várela demostró nuevamente que un general puede permitirse los golpes de audacia cuando se dispone de fuerzas aguerridas y disciplinadas. Se procedió a la ocupación del Pingarrón, que domina todo el sector, que se fortificó inmediatamente, porque su pérdida equivaldría retroceder hasta el Jarama. Los republicanos siguieron concentrando hombres y material, pero sólo lograron hacer más lento el avance de Várela con una serie de combates sangrientos, pues en los choques intervienen cuantos hombres disponían ambos bandos. Los servicios de sanidad trabajaron continuamente retirando a los heridos del campo de batalla. Una idea de la dureza de la situación la dio un ayudante de Várela que expresó que el río lo cruzaron 18.000 hombres y en sentido contrario, entre muertos y heridos, retornaron 10.500 durante los días 12, 13 y 14.

En Madrid se dieron cuenta de la gravedad de la situación, pues de no lograrse detener el avance de una manera terminante, la capital quedaría cortada de Valencia, pues en la dirección principal del avance adversario, que- era San Martín de la Vega, Loeches y Alcalá de Henares, le bastaba progresar únicamente 25 kilómetros Para dejar Madrid aislado de Levante. Miaja describió el ataque de esta manera, verdaderamente pintoresca: «Esta lucha entablada alrededor de Madrid es parecida a lo que ocurre con las mujeres que van a dar a luz: hay momentos dolorosísimos, pero después de nacer el niño todo el mundo es feliz nuevamente.» Lo que no sabía, cuando los periodistas recogían las palabras textuales del defensor de Madrid, era si la criatura sería franquista o republicana; todo dependía de las reservas que contara Orgaz para que Várela las empleara en el combate de desgaste que se venía sosteniendo.

Ante la gravedad de las circunstancias, en la tarde del 15 de febrero dispuso Largo Caballero, como jefe de Gobierno y ministro de Defensa, que por la relación que los hechos del Jarama guardaban con la defensa de Madrid, se concentrara el mando de todo el frente en el general Miaja. Nuevamente el coronel Vicente Rojo tuvo el encargo de preparar la contraofensiva. Primero creó el III Cuerpo de Ejército, con tres Divisiones, con el propósito de unificar todos los esfuerzos de los defensores. Luego se planteó el problema de saber si Orgaz empleaba pocas tropas en el Jarama a fin de destinar nuevas fuerzas para lanzarlas al ataque por otro punto del frente madrileño. Pero Várela era ya dueño de una gran cabeza de puente y acumulaba sin cesar tropas y materiales, con

lo que descubría que en la Batalla del Jarama era donde buscaba la decisión. Después de llegar a esta conclusión sólo quedaba llevar al Jarama todas las reservas que tenía Miaja a sus órdenes. En la contraofensiva republicana tomaron parte las Brigadas Internacionales, las españolas de nueva formación y las tropas seleccionadas de la defensa de Madrid, que contaban con fuerte apoyo de artillería, pues la mitad que montaba guardia en la capital participó en la batalla, y con la continua actividad de los tanques. Por primera vez los ataques de la aviación enemiga fueron disminuyendo por el fuego de las baterías antiaéreas. A esto se sumó la colaboración que los aparatos de caza prestaron a las tropas de tierra, que en algunos momentos fue decisiva. En el cielo del Jarama, día tras día, la aviación veló por las fuerzas que se batían en tierra. Los combatientes presenciaron varios combates aéreos en los que intervinieron más de un centenar de aparatos, los más grandes habidos hasta entonces en guerra alguna. El coraje que ponían los pilotos republicanos —casi todos ellos soviéticos— causaba un efecto saludable en los militares que se batían en tierra, pues veían que recibían una ayuda importante. Finalmente, la presencia de los pesados tanques rusos, dotados de un cañón, que se enfrentaban a las tanquetas italianas, provistas sólo de ametralladoras, fue importante y pudo ser decisiva de no haber hecho acto de presencia, por primera vez, los cañones antitanques alemanes de pequeño calibre que consiguieron paralizar los avances de los carros de asalto. Igualmente, para rechazar los ataques de los hombres de Várela, se utilizó, por vez primera en esta guerra, el fuego de barrera de seis u ocho baterías de distintos calibres, que levantaban una cortina de metralla ante las trincheras y zanjas ocupadas por la infantería republicana, así como el fuego conjunto de dos o tres baterías, y a veces más, sobre los diferentes objetivos del adversario.

Para obligar a los nacionales a retroceder hasta volver a cruzar el Jarama, era menester apoderarse de la posición denominada el Pingarrón. Sobre ella se concentraron los esfuerzos republicanos, que comenzaron el día 17. Durante tres días, Pingarrón fue objeto de incesantes acometidas con el propósito de ocuparla, para luego descender hacia el río y cortar el paso, por San Martín de la Vega, a las fuerzas atacantes que habían cruzado el Jarama. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, pues Várela acudió con sus mejores tropas que defendieron con éxito la posición. Finalmente, las muchas bajas sufridas por ambos bandos impusieron la necesidad de reorganizar las fuerzas y se pasó a fortificar las líneas que se ocupaban.

Varela conoció la amargura de no poder coronar con éxito la operación que había iniciado con tanta fortuna. El día 14 se había dado cuenta que sus columnas conocían ya el agotamiento. Sus mismos jefes le comunicaron que tenía que esforzarse y actuar para que sus hombres recuperaran la moral. Eran muchas las bajas que se producían. Várela veía que, a pesar de los sacrificios hechos hasta el presente, no se conseguiría la meta que se le había fijado: cortar la carretera que une Madrid con Valencia. No queriendo abandonar su puesto de mando en aquellos difíciles momentos envió a su jefe de Estado Mayor para que informara detalladamente al general Orgaz de cuanto ocurría «y le haga presente que resulta temerario, dado el cariz de la lucha, el intentar un nuevo esfuerzo. Las tropas, absolutamente desgastadas, apenas están en condiciones de mantenerse a la defensiva». Orgaz escuchó el relato que se le hacía y con voz que indicaba emoción contestó: «Diga usted al general Várela que he seguido paso a paso el desarrollo de la operación, el comportamiento de nuestras tropas es admirable, a nuestra infantería no se le puede pedir más, y estoy seguro que no hay en el mundo otra capaz de igualarla. Yo bien quisiera enviar refuerzos, que el general Várela solicita y estima justos, pero no dispongo más que de la 5.^a Bandera de la Legión que en estos momentos cruza el río para incorporarse a la Agrupación de Buruaga.» Luego de una corta pausa, prosiguió: «El mando superior, al que oportunamente he pedido nuevas unidades, me hace presente, en este telegrama que acabo de recibir, de la *imposibilidad absoluta* de contar con *un solo hombre más*, y a la vez reitera la orden de continuar la maniobra, pues así lo exige la situación del conjunto de nuestra guerra. Hágalo presente al general Várela que, siempre en las situaciones difíciles, supo arriesgárselo todo y nunca mira hacia atrás cuando se trata de ir adelante.»

El 23 de febrero Franco, acompañado de Orgaz, visitó a Varela en el frente. La operación del Jarama ya no podía dar más de sí. Se decidió estabilizar la situación, misión que se confió a otro general, ya que Várela era hombre de acción, un conductor de tropas en movimiento, y no para puestos de quietud. Orgaz le llamó unos días más tarde a su cuartel general y por orden de Franco le comunicó que era ascendido a general de División, y se le confiaba el mando de la División de Avila. Se retiró del escenario que había visto los combates más duros y sangrientos librados hasta el momento. No lo hizo cubierto de los laureles de vencedor, pero pudo sentirse satisfecho, ya que si bien no logró el corte de la carretera de Valencia, consiguió la conquista de una fuerte base para posteriores operaciones sobre Alcalá de Henares. La operación había costado a los nacionales más

de 6.000 bajas, mientras que los republicanos perdieron 10.000 hombres, entre ellos 2.800 de las Brigadas Internacionales. Estas cifras subrayan hasta dónde podía llegar un combate de desgaste, pues Várela comenzó su ofensiva con cinco Brigadas reforzadas que sumaban en total 18.500 hombres.

Orgaz ya no volverá a intervenir activamente en acciones militares. El 25 de marzo, finalizada la batalla del Jarama, se le nombró jefe de «los Servicios de movilización, instrucción y reparación». En dicho cargo dio pruebas de su talento organizador, pues aumentó hasta 22 el número de academias de oficiales, cada una de las cuales disponía de asesores alemanes, de las que salieron los millares y millares de alféreces provisionales que fueron encuadrando las tropas nacionales y que sin duda contribuyeron poderosamente a disciplinar las formaciones militares y al triunfo decisivo de las armas franquistas. Hay que recordar que para ingresar en dichas academias se necesitaba haber cumplido los dieciocho años y poseer cierta cultura; al margen de la política de partido, se les inculcó la moral para salvar la Patria, y a la religión de caer en manos del total dominio bolchevista.

De retorno a Madrid, después de su largo exilio en América, el general Vicente Rojo dio a la publicidad un libro editado en México en 1967, con nuevos apuntes sobre su participación en las grandes batallas que se sostuvieron durante la guerra, analizando los principales factores que intervinieron en la Batalla del Jarama, Según él, tres elementos desempeñaron sobresaliente papel: la aviación, los carros de combate y la artillería. A pesar de la intervención de nuevos modelos de aparatos alemanes, los cazas soviéticos se adueñaron del aire y evitaron así que los bombarderos atacaran con precisión las concentraciones y las líneas republicanas. En tanques, también los que actuaron en el bando republicano se mostraron superiores en número y eficacia. En cambio, en el campo artillero hizo su aparición el famoso «88» alemán y se ensayaron nuevos métodos de tiro de sorprendente precisión. La presencia, seis años más tarde, de este tipo de artillería alemana en los campos de batalla de Libia, cuando empezaron a intervenir las fuerzas de Rommel, sorprendió a los ingleses, cosa injustificada porque los servicios de espionaje británico tuvieron buena oportunidad de verlos funcionar en los alrededores de Madrid, en cuya capital actuaba la Embajada británica con su agregado militar y varios ayudantes. Esto último prueba que las informaciones que se poseen sobre el adversario siempre son defectuosas, como veremos al decidirse el general Roatta por la ofensiva de Guadalajara, cuando dedujo que si los nacionales carecían de tiempo para recuperarse y organizarse a fin de participar en una nueva maniobra, en igual situación se hallarían los republicanos, cosa que no ocurrió como examinaremos oportunamente.

Quienes analizaron y compararon fríamente las batallas que en el mismo mes de febrero se libraron en Málaga, bajo clima mediterráneo, y en el Jarama, en las heladas e inhospitalarias tierras castellanas, debieron darse cuenta que se trataba de mundos y seres totalmente dispares. En Málaga se asistió a la superioridad de unas fuerzas dotadas de poderoso material bélico sobre una masa carente de disciplina y moral combativa. En el Jarama se estuvo ante un choque de tropas adiestradas, apoyadas por una cantidad de tanques, artillería y aviación que si bien no logró inclinar la victoria a un bando haría que no se pudieran llevar a término los planes estudiados minuciosamente, Rojo, en su libro de 1967, dirá que la Batalla del Jarama «puede considerarse como la más activa cooperación de internacionales, y al autor de este libro le sirvió para estimar la magnitud, la eficacia y también el peligroso significado que esas fuerzas podían alcanzar». Es una lástima que Rojo no se extendiera en puntualizar cuál fue la participación concreta de los militares rusos. Habla de los consejeros soviéticos y llega a hacer el elogio del coronel Goriev, agregado militar en la Embajada de la Unión Soviética, y sostiene que «se trataba de un jefe extraordinariamente inteligente, correctísimo, discreto, activo, sincero y leal», para afirmar más tarde: «Fue un valiosísimo auxiliar en las horas difíciles de la Batalla de Madrid, cuando empezaban a llegar con alguna intensidad los medios de guerra soviéticos, así como durante las batallas del Jarama y Guadalajara, en las que actuaron las unidades de tanques y aviación de manera sobresaliente.» La discreción demostrada por Rojo ha hecho difícil poder precisar cuál fue realmente la participación de los militares soviéticos en las batallas del Jarama y de Guadalajara, que se mantuvo oficialmente callada hasta que en 1965 decidió Moscú reunir en un tomo los recuerdos de varios mariscales y generaos, todos ellos figuras destacadas en la lucha de Rusia contra Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, que tomaron parte en la guerra civil española. El libro, titulado «Bajo la bandera de la España republicana», llevaba el prólogo de la Pasionaria, en el que se decía que se publicaba con motivo del XXV aniversario de la desaparición del régimen republicano. Sin embargo, de la lectura de los recuerdos de los militares rusos se desprendía un anhelo de querer demostrar que todos ellos se batieron como mejor pudieron en los frentes de batalla y que si la

República española fue vencida se debió a circunstancias extrañas a ellos; una de las principales, aunque no lo digan claramente, era la depuración sangrienta que Stalin efectuaba en el cuerpo de oficiales soviéticos. Hay que tener presente que en enero de 1937 tuvo lugar en Moscú el proceso en /que Karl Radek, de la vieja guardia bolchevista y antiguo director de *Izvestia*, declaró que conocía la existencia de una vasta conspiración para sabotear el sistema ferroviario soviético, a fin de asegurar la derrota de Rusia en caso de una guerra con Alemania y el Japón. Trostky fue denunciado como la cabeza de la nueva revolución y el mismo Radek testimonió ante sus jueces de Alemania, qUe como premio a su colaboración, recibiría las ricas llanuras de Ucrania, y él Japón, las provincias marítimas de Oriente. El nombre del mariscal Tukhachevsky, jefe del Ejército rojo, fue mencionado durante el proceso de Radek. Poco después dejó de vérselo en los actos oficiales celebrados en Moscú. Reapareció de nuevo a fines de marzo para asistir a un banquete que en la Embajada norteamericana se dio en honor del Ejército rojo. En abril se anunció que el mariscal había sido nombrado, representante oficial de la Unión Soviética en los actos preparados para la coronación de Jorge VI de Inglaterra; poco después se informó que el lugar de Tukhachevsky sería ocupado por el mariscal Orlov. El 11 de junio era detenido y un día después condenado y ejecutado junto con tres de los cinco mariscales que existían, trece de los quince comandantes de ejército y muchos otros. Estas informaciones, que venían inquietando a los oficiales soviéticos que se encontraban en territorio español, causaron verdadera sensación. En el relato que hace Malinovski de su permanencia entre los republicanos hallamos un eco del acontecimiento; escribe: «Cuando recibí la orden de repatriarme a la Unión Soviética (sería en mayo), mi conciencia de militante del Partido no podía resignarse en modo alguno con el regreso sin haber realizado aún ni la mitad de lo que podía haber hecho. Cuando hablé de ello al consejero superior, G. Stern, éste me apoyó: "Haré todo lo posible para que se quede usted." Y cumplió su promesa, despidiéndome cariñoso cuando marché destinado al Estado Mayor del frente del Centro.» Y tal vez de no haber continuado de consejero de las fuerzas republicanas no habría llegado a mariscal, dos veces Héroe de la Unión Soviética y ministro de Defensa. Basta recordar la suerte de Stern, así como el tanquista Paulov y el aviador Schmutchkievich. Muchísimas fueron las cabezas que cayeron durante aquellos años terribles de la Rusia de Stalin. Entre 1936 y 1939 del 1.200.000 miembros del Partido, la mitad de ellos, o sea, 600.000 fueron detenidos, y de éstos, sólo recuperaron la libertad 50.000.

La purga efectuada por Stalin entre los funcionarios y civiles que pudieran abrigar simpatía por las ideas revolucionarias de Trotsky, tuvo sus efectos poderosos en la guerra española, como veremos. Es menester precisar aquí que la primera fase de la intervención soviética en la lucha civil fue obra del Comintern. Gran parte de los miembros de las Brigadas Internacionales fue producto de la recluta efectuada por los partidos comunistas en los países europeos, menos en Rusia. Los jefes de las Brigadas no eran rusos ni militares profesionales; se trataba de comunistas foráneos que habían encontrado refugio en Moscú y que dependían del Comintern. En la Batalla del Jarama no insistió la propaganda comunista en realzar la actuación de las Brigadas Internacionales y de sus Jefes; se subrayó la presencia de los héroes españoles como Líster y Valentín González, «El Campesino». Se había dejado de hablar de Kléber, la figura en torno de la cual se sostuvo que había girado la defensa de Madrid. El gran héroe internacional —vivirá siempre en las páginas de *La Esperanza*, de Malraux— se había convertido ahora en un simple aventurero. Se conocía ya su vida y milagros; era un personaje digno de figurar en una película. Entonces contaba cuarenta y un años, era relativamente pequeño de estatura, pero con una cabeza impresionante, con labios y ojos que reflejaban seguridad, y muchas canas que revelaban experiencia. Su nombre era Lazar Stern, pero se hacía llamar Emile Kléber en honor del alsaciano Jean-Baptiste Kléber que conquistó el bastón de general en la Revolución francesa y luchó a las órdenes de Napoleón. En el campamento de los internacionales establecido en Albacete, el segundo Kléber actuó como gran astro.

André Marty cuenta algo sobre su misteriosa vida. Nació en la Bucovina, cuando esta región formaba parte del Imperio austro-húngaro, y hecho prisionero por los rusos y trasladado a Siberia, logró escapar para unirse al bando comunista en la guerra civil que estalló cuando la revolución leninista. Algunos le hacían participar en la ejecución de la familia del Zar. Luego estudió en la Academia militar Frunze de Moscú y más tarde ingresó en el departamento militar del Comintern. En misiones secretas estuvo en China y posiblemente en Alemania. Cuando para contribuir a la defensa de Madrid se pidió a Albacete el envío de internacionales, a última hora déla tarde del 8 de noviembre desfilaba Kléber al mando de la XI Brigada Internacional por las calles madrileñas. A partir de su presencia en la lucha, todos los éxitos defensivos fueron atribuidos a Kléber, cosa que prácticamente era imposible, porque los efectivos internacionales días después pasaban poco de los mil combatientes. Es indudable que sus hombres sabían batirse como los mejores; también era

verdad que Kléber buscaba el contacto con los periodistas extranjeros para presentarse como autor de la mayoría de éxitos obtenidos por los defensores de la capital. Las exageraciones a que dio lugar esta política de relaciones públicas, hizo que un autor norteamericano escribiera: «Madrid fue salvado cuando los tres batallones de la XI Brigada, al mando del general Kléber, se desplegaron en la Casa de Campo y, apoyados por tanques y aviones soviéticos, resistieron la carga de los veteranos de Várela.» Los jefes de las otras Brigadas Internacionales también resultaron ser funcionarios del Comintern que residían en Moscú en julio de 1936. Kléber, desacreditado ya, no intervino en la Batalla del Jarama.

La segunda fase de la intervención rusa corrió a cuenta del Ejército Rojo. Tukhachevsky, jefe del Estado Mayor, buscaba la manera de ensayar el material bélico ruso y adiestrar personal especializado; su interés principal era comprobar el rendimiento de los tanques en los campos de batalla. En este aspecto, la intervención soviética emprendía el camino de la Alemania hitleriana.

Cuando comenzó la guerra civil, el general Guderian, el experto alemán en carros de combate, envió sin demora a su segundo, el coronel Von Thomas, para que comprobara el rendimiento práctico de los nuevos tanques que Alemania empezó a construir en 1934; por su parte, Goering hizo lo mismo con Sperrle, el primer jefe de la Legión Cóndor, y manejó aviones, entrenó a pilotos con miras al perfeccionamiento de la Luftwaffe. Von Thomas contó, después de la Segunda Guerra Mundial, cómo pagaba 500 pesetas a los moros que le capturaban un carro de asalto ruso intacto, que más tarde enviaría a Alemania para que Guderian y sus ingenieros estudiaran la técnica rusa e introdujeran modificaciones en el material alemán. Los estrategas de las grandes potencias estudiaban igualmente los nuevos armamentos para ponerse al corriente de la nueva técnica bélica mundial. El desarrollo de las *Panzerdivisionen* germanas preocupaba especialmente a los franceses y los que vieron actuar en el Jarama los tanques alemanes buscaban tranquilizar a la opinión francesa diciendo que si bien eran pequeños y resultaban poco más eficaces que los carros blindados franceses, el blindaje de 18 milímetros de espesor los hacía muy inferiores a los tanques pesados de Francia. El conservador *L'Echo de Varis* escribía, en febrero, que la experiencia de los tanques alemanes en España demostraba que era inútil sacrificar el tamaño y el peso a la velocidad. A las críticas sobre el material alemán agregaban los comentaristas franceses que la falta que experimentaba la Wehrmacht hitleriana era la de oficiales adiestrados. Un experto escribía en *Le Petit Parisien* que las fuerzas armadas necesitaban 30.000 capitanes y comandantes. Añadía que Alemania dispondría de 20.000 a fines de año, pero los otros 10.000 serían preparados muy lentamente, y concluía: «Alemania necesitará dos años para reparar sus deficiencias, mientras aumentaban los armamentos de otras naciones.» Esto se escribía en febrero de 1937 y, efectivamente, dos años y medio más tarde invadía la Wehrmacht el territorio de Polonia y comenzaba la Segunda Guerra Mundial. Una buena parte de los especialistas que manejaban los tanques y aviones, elementos fundamentales de la *Blitzkrieg*, habían servido seis meses en España en las filas de la Legión Cóndor, cuyos efectivos de 6.000 hombres eran reemplazados cada medio año por elementos nuevos. Si Berlín actuaba de esta manera en España, no nos puede sorprender ver más tarde cómo varias de las primeras figuras militares soviéticas de la Segunda Guerra Mundial ejercieron y perfeccionaron su profesión en nuestros campos de batalla.

En el Jarama se vio a Enrique Líster al frente de una División formada por las brigadas 11, 15 y 17. La propaganda se dedicó a difundir las hazañas de este hijo del pueblo, de treinta años, nacido en Calo, provincia de La Coruña, de oficio cantero, como su padre. Afiliado al Partido Comunista Español pasó tres años en la Unión Soviética (de septiembre de 1932 a septiembre de 1935), que repartió por partes iguales entre estudiar en la Escuela Leninista, trabajar como barrendero en la construcción de la primera línea del «metro» de Moscú y un curso en la Escuela Militar. La propaganda, que no escatimaba tinta para explicar cómo un hijo del pueblo pudo llevar a término tantas proezas en la Batalla del Jarama, mantuvo un silencio absoluto sobre cómo hacía para coordinar las acciones de artillería, tanques y aviones que apoyaban a sus infantes en sus ataques o en los movimientos defensivos. Los mejores enterados de las cosas de la guerra insinuaban que algún consejero militar ruso colaboró con Líster. Casi treinta años después de la sangrienta lucha, sabemos con precisión lo que pasó por lo que han escrito los dos autores principales: el general Líster y el mariscal Malinovski.

Durante los encarnizados combates en torno a la posición del Pingarrón se presentó el oficial soviético al puesto de mando de Líster, Este, para demostrar a sus hombres que nadie le ganaba en coraje, acostumbraba a tener su puesto de mando casi siempre en primera línea; en esta ocasión lo había establecido en una casita de pastores. El adversario lo tenía localizado y algunos proyectiles

hicieron blanco. Se movieron los sanitarios y atendieron a los heridos. Sobre las cabezas silbaban ráfagas de ametralladora. «Pero —escribe el que luego fue mariscal de la Unión Soviética— Líster sigue hablando conmigo en el corralillo, erguido, con la gorra de uniforme gallardamente ladeada, y me estudia sin quitarme ojo: "¿Qué, le agrada esta música? ¿No vas a bajar la cabeza a las balas?", parece decirme. Debo hacer constar que acepté ser consejero de Líster con cierta reserva, pues aunque se había ganado mercedamente la reputación de ser un jefe valiente y buen táctico, en cambio no soportaba ingerencia extraña y, menos aún, ninguna clase de tutela. Hablaba un poco el ruso (durante su permanencia en la Unión Soviética, Líster estuvo al frente de un equipo de picadores en las obras del Metropolitano de Moscú) y mandaba al cuerno, cuando estaba malhumorado, a todos los que le daban consejos inoportunos. "Me entenderé." Ahora veía que Líster me hacía objeto de un examen *sui generis*. Silban las balas sobre nuestras cabezas y sobre entecos y desnudos matorrales. Pero Líster y yo, como si tal cosa, seguimos paseando desde la casita hasta la cerca del corral, de la cerca del corral a la casita. El general tiene el aspecto del hombre que realiza su moción de sobremesa. Yo también demuestro que las balas no me importan más que una mosca. Hablamos con frases cortas, todo acerca del trabajo práctico... De la casita a la cerca, de la cerca a la casita. Comienza a anochecer. Como la cosa más natural, examino el rasgón que me ha hecho una bala en la manga: "¡Coronel Malino! —exclama sonriente Líster—, todavía no hemos celebrado nuestro encuentro." Y llama al ayudante: "Trae uña botella de buen vino".»

¿Coraje o locura?, es la pregunta que surge cuando se lee este relato. Debía ser una mezcla de ambas cosas para explicar el comportamiento del gallego de treinta años y el ruso de treinta y ocho. Pero el resultado de esta prueba de valentía insensata fue que los dos se entendieron perfectamente. Aclara Malinovski: «Por mi parte procuraba siempre respetar su amor propio, dándole unos u otros consejos sin que nadie lo advirtiese y sin excederme en mis funciones. Todas las decisiones las tomaba él unipersonalmente y cuando tenía que planear las misiones combativas a sus subordinados nunca me encontraba a su lado.» Debe añadirse que este coraje no era el don exclusivo de un determinado bando o sector *político*. Los defensores del Pingarrón se batían con igual denuedo. Premio a su intrepidez en el Pingarrón el comandante Zamalloa recibió la Medalla Militar individual y la Laureada, y a las fuerzas, la Laureada colectiva. En el año 1963 ascendido ya a teniente general, Zamalloa exponía sus recuerdos a un periodista: «En la madrugada del día 19, cuatro hombres —él y sus ayudantes que se dirigen a tomar el mando del sector— van camino de un verdadero infierno. Por fin vimos una lucecita. Era el puesto de socorro de la posición, lleno de muertos y heridos». Rememora entonces uno de los ataques y la dureza de los combates, y con aire triste continúa: «De los ciento veintiséis hombres que integraban la compañía, sólo quedaron treinta supervivientes.»

Todos eran vaheantes y se batían con furia. Malinovski subraya que en los combates del Pingarrón luchó excelentemente la 70 Brigada anarquista, añadiendo, «si bien es cierto que hubo que designarle como consejero al camarada Petrov, subjefe de la Brigada de tanques. Fue él quien condujo varias veces la Brigada al combate, poniéndose en todo momento en primera fila como un soldado más, empuñando un fusil. Admirado por el arrojo del camarada soviético los combatientes le seguían en el ataque.» Y el mariscal y ministro de Defensa de la Unión Soviética, al repasar aquellas jornadas de lucha, recuerda igualmente la simpatía que tenía entre los españoles el voluntario soviético Pablito, bajo cuyo seudónimo se batió formando parte de la 9.^a Brigada de Líster, Alexander Rodimtsev, dos veces héroe de la Unión Soviética por su actuación como defensor de Stalingrado Que, quince años más tarde, se libró a orillas del Volga y dio motivo a cruentos combates entre alemanes y rusos.

Era menester detenerse en algunos detalles de la batalla del Jarama a fin de comprender mejor algunos de los acontecimientos que se produjeron más tarde. Se lucilo casi al mismo tiempo en Málaga y en el Jarama, pero el desarrollo de cada una y su final fueron totalmente diferentes. A orillas del Mediterráneo, los republicanos prácticamente no ofrecieron resistencia alguna; en la meseta castellana se batieron encarnizadamente con intervención de nuevas armas que nunca habían sido ensayadas todavía en campos de batalla, y si bien los nacionales lograron avanzar su línea hacia la carretera que une Madrid con Valencia, puede decirse que los dos bandos quedaron agotados y nadie pudo proclamar haber alcanzado la victoria.

Pocos fueron los que analizaron los resultados de la Batalla del Jarama y dedujeron la lección correspondiente, que no podía ser otra que: concentrar los hombres y material bélico necesarios para lograr superioridad absoluta sobre los defensores de Madrid, o bien buscar la clave de la victoria en otros campos de lucha. El coronel Juan Vigón, jefe entonces del. Estado Mayor de Mola,

y uno de los mejores estrategias del lado nacional, no aguardó muchos días para expresar su opinión. El 1 de marzo, en carta que escribió al general Kindelán y que éste reprodujo en *Mis cuadernos de guerra*, Vigón le exponía la necesidad de *acabar de una vez* con el problema del Norte. Todo lo que pedía eran tres o cuatro batallones y hasta cinco baterías. La cosa era empezar, y Vigón rogaba a Kindelán que actuara de abogado de aquella causa cerca del Generalísimo, con quien Kindelán, como jefe de la Aviación, mantenía frecuentísimo contacto. Al día siguiente, Vigón anunciaba a Kindelán que ya tenía ultimado el plan y una semana más tarde, el 10 de diciembre, al suponer que su plan había sido aceptado, lo precisaba: «Desearíamos operar, a partir del 17, el primer día bueno. Con Mola tengo estudiado, por si llega el caso, ulteriores operaciones hasta Asturias, especialmente una fácil sobre Santander.» Las ideas de Vigón no encontraron eco inmediato porque Roatta había decidido que el C. T. V. hiciera lo que no pudieron lograr los españoles; una ofensiva partiendo de Guadalajara para alcanzar Alcalá de Henares y posiblemente entrar en Madrid. El general italiano gozaba de todo el prestigio militar que le daba la victoriosa conquista de Abisinia por el Ejército italiano en sólo siete meses; en cambio, el coronel español era de presencia modesta, y había estado alejado de las cosas de la guerra durante los años de la República por haber marchado a la América latina donde ejercía su profesión de ingeniero; cuando se produjo el 19 de julio se embarcó para España a fin de poner sus conocimientos militares a disposición del bando nacional. En ésta pugna desigual, el estudioso y cuidador de los menores detalles, fue vencido por quien se creía un nuevo César, capaz de repetir el «Veni, vidi, vici», con que anunció al Senado la rapidez de la victoria que acababa de obtener cerca de Zela. Roatta y Mussolini, buenos conocedores de la historia romana, se olvidaron que a un centenar de kilómetros de Guadalajara y en los alrededores de Soria se conservan las ruinas de Numancia, que fue el baluarte de los celtíberos contra los generales romanos y donde fracasaron los, esfuerzos de Pompeyo Rufo que buscaba la rendición incondicional de los numantinos y pronunció la orgullosa frase «Roma no se trata con sus enemigos sino después de desarmados». El desprecio del adversario en más de una ocasión se ha pagado con el alto precio de la derrota. Vigón se dio cuenta que en el Centro existía un ejército que contaba con la excelente infantería española en un momento de euforia, apoyada por los elementos modernos que eran la artillería, tanques y aviación que facilitaba Rusia y que servían oficiales soviéticos. En cambio, Roatta creyó que se trataba de una nueva marcha como la que sus fuerzas llevaron a cabo con tanta facilidad en la conquista de Málaga. Y bien se sabe que acostumbra a salir mal toda operación que no ha sido cuidadosamente planeada.

CAPITULO VI FRACASO DEL VIAJE DEL DUCE A LIBIA

El mes de marzo de 1937 tenía que ser uno de los más gloriosos para Mussolini y el fascismo. Los dos extraordinarios acontecimientos que iban a producirse eran de tipo político y militar. Estaba el viaje a Libia del Duce, preparado cuidadosamente para que tuviera un esplendor excepcional, y estaba la ofensiva de las divisiones italianas que operarían al norte de Madrid con miras a la conquista de la capital. El 8 de marzo se pusieron en marcha ambos acontecimientos: Mussolini se dirigió a Nápoles para pasar revista, a bordo de una nave de guerra, a la flota italiana cerca de la costa de Libia, y Roatta lanzaba sus divisiones del C. T. V., a la conquista de Guadalajara. Ambos hechos iban a demostrar al mundo que la Italia fascista se había convertido, como Imperio, en una de las grandes potencias mundiales. Además, con su nueva ofensiva, los generales italianos ponían en práctica su segundo ensayo de *Blitzkrieg*, pues, como señalaban sus críticos militares, las características fundamentales de las tropas legionarias eran rapidez de maniobra, sorpresa, violencia en el golpe, todo ello obtenido más por la velocidad que del número de la masa combatiente.

Antes de abandonar Roma camino del norte africano, el Duce había aprobado todas las decisiones de Roatta.

Luego de desestimar el primer proyecto de proseguir el avance, partiendo de Málaga y a lo largo de la costa mediterránea, para alcanzar Valencia pasando por Almería y Alicante, porque se entendió que una marcha de 680 kilómetros estaba reñida con los principios de la guerra relámpago, se estudió una operación fulminante que consistiría en dividir la zona republicana en dos partes. Se trataba de lanzar las Divisiones acorazadas italianas en un golpe audaz, violento y rápido desde Teruel hasta Sagunto, o sea, que debían recorrer los 140 kilómetros de la carretera que unía la ciudad aragonesa con el puerto mediterráneo. La distancia entre el punto de partida y la meta final estribaba en las posibilidades fijadas por los teóricos de la *Blitzkrieg*. Sin embargo, la realización de este plan exigía un requisito: la seguridad de que las tropas republicanas no emprenderían una poderosa contraofensiva y que se dispondría de una cantidad importante de fuerzas nacionales para ir ocupando el terreno que dejaría a su espalda el avance fulminante del C. T. V. La Batalla del Jarama demostró que la República contaba con unas Divisiones adiestradas y que podían pasar a la ofensiva pues contaba con artillería, tanques y aviación. Por otra parte, la tercera fase de la ofensiva contra Madrid, llevada a cabo por Orgaz y Várela, no habían conseguido el fin buscado de cerrar la tenaza con que se presionaba a la capital. Roatta, animado por el optimismo que le dio la fácil victoria alcanzada en Málaga, creyó que la gloria la tenía al alcance de la mano, completando el cierre de la tenaza formada en torno a Madrid, cosa que seguramente significaría la derrota definitiva de la República, que emprendiendo la audaz marcha de Teruel a Sagunto, ya querrá difícil predecir qué pasaría después de llegar el C. T. V. al puerto mediterráneo. De esta manera decidió Roatta realizar la operación en que no habían tenido éxito aquellos generales. Los españoles asistieron entonces al desfile por las carreteras de millares y millares de camiones que formaban las columnas que se dirigían desde Cádiz y Málaga pasando por Valladolid, para concentrarse en la zona de Sigüenza. La gran mayoría de los legionarios fascistas recorrieron alrededor de mil kilómetros hasta llegar a los puntos en que se daría inicio la que será la Batalla de Guadalajara.

El coronel Faldella, jefe del Estado Mayor del C. T. V. en aquella oportunidad, dijo en su libro *Venti mesi de guerra in Spagna* que el plan Teruel-Sagunto fue modificado porque el cuartel general franquista designó al C. T. V., para la misión de actuar en el sector de Sigüenza para conquistar Guadalajara, a fin de dar la mano a las fuerzas españolas, que partiendo de la zona que ocupaban entre los ríos Jarama y Tajuña, parecía que iban a llegar a Alcalá de Henares. La misma versión se encuentra en la obra del general Beiforte *La guerra civile in Spagna* y en los apologistas del Duce. La versión española, recogida por mí de labios autorizados en mis tiempos de Salamanca, y Burgos después, es que fue el propio Roatta quien pidió que se diera al C. T. V. la oportunidad de cerrar las comunicaciones de Madrid con la zona oriental y provocar, de esta forma, la rendición de la capital. Y esta versión se ajusta a la verdad, pues es la que insinúa claramente el aviador y excelente historiador Jesús Salas Larrazábal en su libro *La guerra de España desde el aire*. Confirma él que el general Mola", jefe del Ejército del Norte, en cuya zona iba a intervenir el C. T. V., se desentendió en parte de la ofensiva, «ya que el Cuerpo italiano solicitó depender directamente del Generalísimo». Mola se limitó a prestar parte de las fuerzas de la División de Soria, la 2.^a Brigada, que al mando del general Moscardó debía proteger el flanco derecho italiano, en la zona entre los ríos Badiel y Henares.

Roatta, en su desenfrenado optimismo, se olvidó por completo que el factor sorpresa es importante en toda operación militar y que también es decisivo conocer los planes con exactitud y las fuerzas que controla el adversario. Parece mentira que quien estuvo desempeñando las funciones de jefe de espionaje militar y fuera amigo del almirante Canaris, maestro en el manejo de los servicios secretos, actuara con tanto desparpajo, lo que tenía que facilitar que su enemigo conociera todos sus movimientos. Y no sólo se dejaba de ocultar a los republicanos lo que se pensaba hacer, sino que los propósitos se difundían en todo el mundo. El conocido periodista norteamericano Reynoid Packard, que cubrió la guerra de Abisinia por la United Press acompañando a los ejércitos italianos, el 22 de febrero de 1937, escribió una crónica fechada en Avila y que apareció en muchos diarios importantes del mundo. En Buenos Aires se reprodujo en forma destacada por *La Prensa* bajo titulares que decían: «Considérase próxima la toma de Madrid por los franquistas Carecen los gubernamentales de fuerzas militares suficientes para continuar la resistencia.» Packard había presenciado el despliegue de las fuerzas italianas y esto le hacía afirmar: «Los nacionalistas parecen estar en espléndidas condiciones y cuentan con abundancia de refuerzos.» En cambio, según él, «los republicanos se encuentran agotados y ante el tremendo convencimiento de que no pueden emprender una ofensiva más enérgica». El norteamericano carecía de información sobre lo que significaba la Batalla del Jarama y haciéndose eco de lo que decían sus amigos italianos señalaba: «La facilidad con que fue tomada Málaga tiene doble importancia. A mi parecer, ha revelado que los gubernamentales sufren de escasez de fuerzas militares y han resuelto abandonar las ciudades que encuentre a su paso la *aplanadora* nacionalista al atacar en diversas direcciones.» Y llegaba a la siguiente conclusión: «Los generales izquierdistas se verán obligados a decidir dentro de pocos días si seguirán defendiendo la capital, o la abandonarán. El tiempo apremia. Si resuelven defenderla, corren peligro de verse envueltos en un movimiento circular de tenazas que embotellaría el grueso de sus fuerzas y dejarían a los demás sectores presa fácil del enemigo.» Y se permitía dar consejos: «Si los generales republicanos quieren retirar sus tropas deben comenzar inmediatamente, pues llevaría varias semanas el evacuar tantos soldados.» Finalmente anunciaba a los numerosos lectores que tenía en el mundo, que existían preparativos militares destinados a arrasar la resistencia de las fuerzas republicanas alrededor de Madrid, «que probablemente ha de caer dentro de pocas semanas». A este optimismo yanqui se añadía pocos días después, el 26 de febrero, la predicción de Queipo de Llano en un cable que difundió la United Press y que especificaba: «En la transmisión hecha esta noche por radiotelefonía, a las 22,30, por el general Queipo de Llano desde Sevilla, predijo que Madrid caerá el 12 ó el 14 de marzo.»

De la lectura de los despachos que recibía de los generales que tenía en España y de los recortes de Prensa que le facilitaba su servicio de propaganda, no podía surgir nada que creara en la mente de Mussolini una duda o provocara inquietud. Cuando al embarcarse en Nápoles para su visita a Libia se le comunicó que las divisiones de Roatta habían iniciado su marcha hacia Guadalajara, el Duce sonrió y tuvo la seguridad de que todo marcharía de acuerdo con lo que estaba previsto y que terminaría su visita africana anunciando la gran victoria italiana en España, o tal vez incluso la liberación del Madrid bolchevique por obra del heroísmo de los legionarios fascistas. Era un momento glorioso en la vida del Duce. Hacía unos años que no había salido de Italia; lo hizo en 1926 precisamente para visitar Libia durante cinco días. Ahora su gira correspondía al prestigio del fundador del nuevo Imperio romano. Su comitiva la integraban alrededor de 300 personas. Se prestó atención especial a la propaganda. Setenta periodistas extranjeros y sesenta italianos seguían al Duce para informar sobre sus palabras y gestos; equipos de radiotelegrafía de campaña se utilizaron para la transmisión de cualquier noticia, mientras un avión especial partía diariamente rumbo a Roma para llevar las crónicas a todos los diarios. Había que demostrar al pueblo italiano que un viejo sueño se transformaba en realidad. La campaña militar de 1929 había acabado con los rebeldes árabes y la paz y el bienestar florecían ahora en la región formada en torno a la bahía de Bengasi, donde existía un tráfico regular de pasajeros y mercaderías. Mussolini se preocupaba de encontrar lugar para asegurar trabajo y bienestar a las familias que tropezaban con dificultades para su desarrollo en la península. El poder demográfico italiano era tal que estaba previsto que dentro de veinticinco años una cadena sin fin de italianos podría extenderse desde Porto Bardia, en la Cirenaica, junto a la frontera de Egipto, hasta Ben Gardame, en la frontera de Trípoli y Túnez. Para facilitar esta expansión había hecho construir Mussolini la ruta costera que va desde la frontera con Túnez hasta la frontera con Egipto; para los fascistas se trataba de la vieja vía pública *Populi Romani*, la que unía Cartago con Alejandría y vio desfilar las legiones romanas. Todo se había organizado para que el orgullo del Duce se viera satisfecho. Quienes siguieron de cerca aquella gira pomposa, o los que leyeron las informaciones aparecidas en los diarios y contemplaron

los noticieros cinematográficos, recordarían siempre el momento en que Mussolini apareció, victorioso e imperial, montado en caballo blanco. No obstante, ni fieles ni adversarios del Duce pudieron imaginarse que no transcurrirían cinco años en convertirse Libia en el escenario de un extraordinario guerrero germano, Erwin Rommel, que a la cabeza del Afrika Korps realizaría toda clase de hazañas que le valieron el nombre de el "Zorro del Desierto". Entonces, de aquel nuevo Imperio romano que en marzo de 1937 festejaba el Duce, poco o nada quedaba. Pocas veces han sido mejor aplicadas las palabras del Eclesiastés: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*.

Es menester recordar aquel viaje, aunque sea en síntesis ajustada. La larga caravana que con Mussolini recorrió en cinco días toda Libia, desde Egipto a Túnez, llegó el 17 a Trípoli. Los muros y la misma tierra estaban cubiertos de tapices y banderolas multicolores. Los árabes, colocados a ambos lados de la calle, cantaban y agitaban antorchas. El minarete de la mezquita y numerosos monumentos resplandecían bajo la luz de los proyectores. La ciudad parecía un hormiguero. A las veinte en punto tronó el cañón, y se prendieron otros reflectores. La plaza Castello se volvió aún más resplandeciente. Mussolini, con el simple uniforme de cabo de honor de las milicias, se adelantó en medio de aclamaciones; iba precedido por ocho oficiales blancos, por *spahis* y *baullas* indígenas y jinetes árabes. A su lado marchaban dos libios negros, portadores de un pesado haz licticio. Le escoltaban el mariscal ítalo Balbo y varios ministros. El príncipe Caramandi, rodeado por los notables de la ciudad, saludó al jefe del Gobierno italiano; éste agradeció, y seguidamente reanudó la marcha. Se oían desde lejos los gritos que lanzaba la muchedumbre congregada frente al palacio del gobernador, y que se disponía a presenciar el desfile de las organizaciones fascistas y aclamar al Duce.

Terminadas estas ceremonias, llenas de color y pompa, habló Mussolini. Recordó que habían transcurrido once años desde que efectuó su viaje por estas tierras, y que en este período de tiempo no sólo ocurrieron acontecimientos felices y gloriosos. La bandera tricolor era respetada desde el Mediterráneo hasta el oasis de Kufra. Elogió al mariscal ítalo Balbo y subrayó que los musulmanes podían estar seguros de que sus usos y costumbres serían absolutamente respetados.

«Desde 1926 —continuó el Duce— las ciudades se transformaron y se establecieron. En las campiñas, robustos campesinos italianos labran una tierra que dormía desde hace siglos. El camino translibio forma parte de esa vasta obra de transformación. Solamente los ingenieros y obreros italianos trabajaron durante varias estaciones, en condiciones de clima mucho menos privilegiado que las del lago Lemán (a orillas del cual estaba la sede de la Liga de Naciones). La más poderosa de las coaliciones trató de debilitar a Italia. Si algunos piensan que todo esto está olvidado deben desengañarse.» Seguidamente abandonó el tono amenazador y prosiguió: «Es lamentable la campaña alarmista que una supuesta democracia realizó con motivo de mi viaje a Libia. Este alarmismo continuo no sirve a la causa de la paz y altera profundamente la atmósfera entre los pueblos.» Definió su política colonial: «*Mi viaje es imperialista en el sentido que los pueblos viriles dan a esa palabra*. No tiene ningún fin oculto. En el Mediterráneo y fuera de él Italia quiere vivir en paz con todos, y ofrece su colaboración a todos los que expresen la misma voluntad.» Justificó seguidamente la política de armamentos de Italia, provocada por el rearme de los demás, y finalizó pidiendo que se dejara a Italia en paz, porque estaba empeñada en una difícil y larga tarea.

A los grandes gestos guerreros siguieron pasos que revelaban el deseo de Mussolini de convivencia. En el curso de aquella gran jornada efectuó una visita a la sinagoga local, a fin de demostrar que el Nuevo Imperio se adaptaba a todo el mundo. Habló a los judíos, y, entre otras cosas, dijo: «Pueden contar con mi protección.» En nombre de la colectividad le respondió el rabino doctor Aldo Lattes, quien declaró: «Los judíos de Libia estamos orgullosos de estar bajo la protección de la bandera tricolor italiana.»

Todo parecía indicar que con la visita a Libia buscaba Mussolini concluir una etapa de aventuras peligrosas para empezar otra que le permitiera aprovechar lo que acababa de conquistar con miras a la Nueva Italia que pensaba desarrollar. Virginio Gayda, en el oficioso *Giornale d'Italia*, revelaba el pensamiento mussoliniano en el comentario que dedicó al discurso de Trípoli: «Es el tiempo de la paz viril. No es una amenaza a nadie. La ruta que une a Egipto con Túnez es la síntesis de la civilización europea. Italia no busca más que la conciliación y la colaboración del Islam.» Tal vez aquel 17 de marzo significó el punto más alto que conoció el prestigio de Mussolini en toda su carrera de estadista. A partir de la fastuosa jornada que se vivió en Trípoli dos factores intervinieron de manera decisiva en el comportamiento del Duce: el descalabro que sus armas conocieron en Guadalajara y el abrazo cada vez más fuerte que ató su destino al de Adolfo Hitler.

La detallada visita de Mussolini a la sinagoga de Trípoli nos sirve para ver cómo se va operando

la transformación del Duce. Antes del 17 de marzo no existía en Italia la cuestión judía. Los hebreos italianos formaban una comunidad poco numerosa, algo más de cincuenta mil, casi asimilada completamente a la población italiana, como quedaba demostrado por los matrimonios mixtos, que representaban la mitad de los efectuados por los judíos. En esta sociedad bien adaptada, con todas las puertas abiertas para ocupar cualquier cargo, el sionismo tenía cierto éxito en el plano cultural e ideológico, pero sus resultados prácticos eran casi nulos: desde 1926 hasta 1938 solamente 151 judíos italianos emigraron a Palestina. El antisemitismo era cultivado por una escasa minoría de la extrema derecha nacionalista. Mussolini mismo pudo en cierta oportunidad asimilar a los judíos de alta finanza y al bolchevismo, pero entre sus amigos y colaboradores más íntimos figuraban tres judíos: Jarach, Cesare y Margherita Sarfatí, directora de la revista teórica del fascismo *Gerarchia*. En 1932 confió el Ministerio de Finanzas al judío Guido Jung. Varios judíos le prestaron apoyo económico en los primeros tiempos del fascismo; en primer lugar, el financiero Giuseppe Toeplitz, y fue Cesare Goldmann quien le facilitó el salón donde se celebró la histórica reunión el 23 de marzo de 1919. Tres judíos se consideraron dignos de figurar en el martirologio, oficial de «la revolución fascista», y 230 recibieron el certificado de su participación en la Marcha sobre Roma. Los puestos clave de subsecretario del Interior y jefe de la Policía son desempeñados por los judíos Aldo Finzi y Dante Almansí, respectivamente.

Mussolini, en sus primeros tiempos de gobernante, afirmaba que en Italia no existía la cuestión judía. Cuando recibió a los dirigentes sionistas Weizman y Mehum Sokolov se mostró favorable al proyecto de crear un Estado judío. El presidente del Ejecutivo judío, Sokolov, hizo el elogio del Duce en unas declaraciones aparecidas en *Giornale d'Italia*. Decía: «Los verdaderos judíos nada tienen contra los fascistas.» Las adhesiones hebreas al partido fascista ascendieron en octubre de 1933 a 4.920 con relación a octubre de 1928. Las relaciones entre el fascismo y los judíos son excelentes durante la época del apogeo de Mussolini, de 1935 a 1937, cuando ya en Alemania está en marcha la persecución antisemita. Se registra la presencia de voluntarios judíos en la campaña militar contra Abisinia, y no faltan, aunque en número más reducido, entre los legionarios que combaten en España. La máquina de la persecución fascista comienza a mediados de 1938, con un manifiesto de los «sabios», que termina con la siguiente afirmación: «Los judíos no pertenecen a la raza italiana.» La prensa y la radio controladas intervienen apoyando la campaña de agitación. Finalmente, luego de una reunión del Gran Consejo Fascista, se van tomando medidas: censo de los bienes y de las personas; prohibición de matrimonios mixtos; interdicción de ejercer ciertas profesiones; no otorgar permisos de residencia y expulsión de los judíos extranjeros; depuración de las bibliotecas (una lista de 114 autores judíos es eliminada), y eliminación de los judíos de la Administración pública. Nada ganó Mussolini imitando a Hitler en la política racial, pues si bien las enajenaciones y renuncias al judaísmo se multiplicaron entre las familias ricas e influyentes, en cambio perdió a verdaderos científicos, como Enrico Fermi, cuya participación en la construcción de la bomba atómica fue considerable, y despertó un sentimiento de compasión en muchas conciencias italianas, que ayudaron a los judíos y reaccionaron hasta pasarse posteriormente a la resistencia antifascista. Finalmente, una de las consecuencias, y no la menor, consistió en que todos los medios de la propaganda internacional se utilizaron para presentar a Mussolini como un ser tan brutal como Hitler. El, mismo Ciano reconocerá que «se creó un problema que afortunadamente no existía antes», y siempre será difícil llegar a entender cómo el político realista que era o pretendió ser Mussolini cayó en el error tremendo de querer copiar a Rosenberg, Goebbels, Himmler y Streicher. Precisamente de este último, director del semanario *Der Stormer*, la publicación antisemita más extremista de todas, recoge Ciano la anécdota que en septiembre de 1937 le contó el embajador alemán Von Enzzel. Streicher, de paso por Roma, visitó una escuela alemana y cubrió de elogios a una muchacha que él creía que era la más hermosa y la más inteligente de todas. Era la única hebrea de la escuela. El Duce, en la cuestión judía, dejó de ser un político realista para convertirse en un simple admirador del Führer, pues se olvidó que uno de los puntos básicos de los que interinen en la cosa pública es procurar siempre crear nuevos problemas en el campo adversario y prestar mucha atención a que no surjan dificultades en el terreno propio.

En este aspecto, Mussolini se olvidó bien de su maestro Maquiavelo.

En el asunto de España también actuó con ligereza, sin estudiar bien el problema y sin tomar toda clase de recaudos. Si Badoglio hubiera intervenido y controlado la intervención italiana en la península ibérica, las cosas hubieran seguido otro cauce. Pero Mussolini quería que los éxitos que se alcanzarían fueran para el fascismo, y el general Roatta actuó libremente, sin que pesara sobre él el control de Badoglio, el vencedor de Abisinia y actual jefe del Estado Mayor. Un verdadero general no se deja dominar por el optimismo ni se descuida de los servicios de información. Esta

doble norma le permitirá conocer aproximadamente en qué condiciones se encuentra el adversario y se evitará el riesgo de encontrarse con una sorpresa desagradable. Roatta, además del defecto de dejarse llevar por un optimismo desbordante, estaba dominado por la vanidad adquirida por el rotundo y fácil triunfo alcanzado en la campaña de Málaga. No se había fijado, como hemos señalado oportunamente, que Málaga era el único frente republicano aún en proceso rudimentario de organización, en el cual la disciplina en el mando y en los combatientes brillaban por su ausencia. En cambio, la Batalla del Jarama había revelado que el Ejército republicano contaba ya con hombres disciplinados y entrenados —muchos habían participado en la defensa de la capital—, que contaba con tanques y artillería manejada por técnicos rusos y, cosa muy importante, disponía de una aviación que lograba el dominio del aire, al menos sobre líneas propias. Un buen estratega no hubiera iniciado la ofensiva de Guadalajara sin haber preparado antes, debidamente, otro gran ataque, partiendo de las posiciones que las fuerzas nacionales ocupaban desde que terminó la Batalla del Jarama. Lo que ocurrió únicamente tiene una explicación: el optimismo de Mussolini, su falta de información, un desprecio olímpico hacia sus adversarios y demostrar a todo el mundo que Italia era una verdadera potencia militar. Pero si, muchas veces, los mejores cálculos fallan, no debió sorprender a muchos lo que ocurrió en Guadalajara.

La fase final de la visita a Libia debía concluir con un extraordinario espectáculo teatral en Sabrata, el anfiteatro que se conservaba de la época imperial romana, seguido del regreso a Trípoli, pasando bajo un arco de triunfo construido especialmente para la ocasión. Esta fabulosa fiesta debía coincidir con la esperada y segura noticia de la liberación de Madrid merced al esfuerzo de las tropas legionarias fascistas.

Mientras saboreaba el espectáculo que se daba en el anfiteatro de Sabrata, tal vez rememorando otros grandes romanos que se sentaron en el mismo lugar en que se encontraba él, y rodeado de su séquito e invitados, entre ellos los setenta periodistas extranjeros que le acompañaban en la gira, recibió el telegrama secreto que desde Salamanca había cursado el embajador Cantalupo a Ciano, y que éste retransmitía al jefe de Gobierno. Es un verdadero documento histórico que merece leerse y tener presente para juzgar el cambio que se operó en el Duce. El texto es: «El Generalísimo ha iniciado consultas con los generales españoles para decidir la respuesta que debe darse a la cuestión planteada ayer tarde por Roatta: si conviene colocarse en la defensiva en el frente de Guadalajara, por iniciar próximamente diversas y más vastas maniobras en otros sectores, o bien conviene insistir dentro del corriente mes para ocupar Guadalajara y aislar Madrid, como estaba preordenado. Mi impresión, que expongo con reserva, es que Franco, por razones poéticas y personales, se inclinaría para una represa de las naciones contra Guadalajara y Madrid. Respecto a sus consultas político-militares, permítame someterlas al criterio de V. E. como consideraciones más estrechamente Personales, de las cuales V. E. hará el uso que desee. Se basan únicamente sobre el conocimiento de los hechos y no han sido comunicadas a otras personas que a V. E. Las operaciones de Guadalajara comenzaron entre el pesimismo de los comandantes, de manera que algo se desprendía a la partida con consecuencias nada buenas. Entiendo que la moral de la tropa está ahora ligeramente deprimida, cosa que absolutamente no debe continuar. Permítaseme sugerir que a nuestro mando se le haga llegar instrucciones altísimas a fin de que se desarrolle una activa acción de optimismo de propaganda entre las tropas, como es característica en nuestro Ejército.»

Cuando Mussolini leyó este mensaje no pudo ocultar su enojo y preocupación. Regresó a Trípoli, donde le aguardaban otros telegramas todavía más pesimistas de Cantalupo. Decidió cortar los festejos programados en Libia y volvió a Roma tres días antes de lo que estaba fijado. Estaba turbado, perplejo, como pocas veces le había ocurrido en la vida, sobre las complicaciones que había creado su política española. Su primera reacción fue cargar sobre las espaldas españolas el fracaso de Guadalajara. El 19 de marzo recibía Cantalupo el siguiente telegrama de Ciano: «El Duce telegrafía desde Trípoli lo que sigue: Es sumamente deplorable la pasividad de los españoles durante la batalla, y sumamente deplorable la pasividad de sus organismos de propaganda frente a las inexactitudes cometidas contra las tropas italianas de parte del antifascismo europeo. Hable a Franco sobre la segunda parte (de la primera ya he tratado con Roatta) y comunique la respuesta.»

«Roma no me dijo otra cosa», comentó Cantalupo. El Gobierno ofrecía una sola reacción: preguntar por qué los españoles no se defendían ante la campaña internacional desencadenada contra Italia, campaña que puso en juego el valor técnico y humano del Ejército italiano; el cual, expresa Cantalupo, «no debía estar en juego, porque el verdadero Ejército italiano no participa en la campaña de España», y lo que ayer eran los brillantes legionarios fascistas, herederos de las glorias

de la antigua Roma, ahora, según Cantalupo, no formaban otra cosa que una agrupación de oficiales que intervenían a título personal, voluntarios y legionarios de Etiopía, escuadristas y jefes, oficiales de la milicia y ex militares valerosos combatientes de otras guerras, intrépidos mutilados y condecorados, además de desocupados, espíritus aventureros adiestrados demasiado rápidamente y superficialmente para poder entrar en fuego. Los organismos de propaganda de Salamanca no se destacaron en la defensa del valor y eficacia que los legionarios italianos demostraron en la Batalla de Guadalajara; el agudo sentido crítico de los españoles se hacía sentir por doquier, pues probablemente los que residían en una y otra zona estaban de acuerdo, por primera vez desde el 19 de julio, que era bien merecida la lección que los fanfarrones habían recibido en Guadalajara, ya que es difícil tolerar que en su propia casa les tuvieran que dar lecciones de coraje y amor propio.

Tuvieron los mismos italianos que bajar a la palestra para defender el prestigio de sus hombres de armas. Abrió el fuego Virginio Gayda con un artículo titulado «El que ríe último ríe mejor», que apareció el 21 en *Giornale d'Italia*. Quien pasaba por intérprete del pensamiento de Mussolini estableció un paralelo entre los acontecimientos de España y los de Etiopía para invitar a «ciertos círculos extranjeros» hostiles a la Italia fascista a no «cantar victoria demasiado pronto». Recordó que las más sombrías predicciones que se formularon al comenzar la campaña de Abisinia no impidieron a las tropas italianas llegar a Addis Abeba. «Aseguramos a nuestros feroces profetas — agregaba— que se engañan una vez más. Todas las profecías de los amigos de los gubernamentales fueron destruidas por la toma de Málaga. La victoria de los franquistas es más que segura. La historia de las empresas guerreras, así como la de todo otro acontecimiento nacional, se compone de largos capítulos, y no de horas o de jornadas.» Y concluía: «En Madrid también el antifascismo recibirá la lección que se merece.»

Y la catástrofe militar tuvo también derivaciones en el campo diplomático y, sobre todo, en los medios propagandísticos. Se asistió a la explotación de un hecho de armas por todos los medios de difusión como nunca se había visto. Herbert Matthews, el corresponsal de *The New York Times* que escribió sobre Guadalajara desde el campo republicano, afirmó que se repetía el caso de Bailen, donde la derrota de los franceses por los españoles estremeció a toda Europa, que vio claramente que Napoleón no era tan invencible como se había creído hasta entonces, y fue el punto de partida de la decadencia de las armas imperiales. Hemingway, que llegó a la península ibérica inmediatamente después de la Batalla de Guadalajara y habló con los prisioneros italianos, se apresuró a escribir un análisis del combate de Brihuega, donde comentó la retirada italiana y expresó su convicción de que la derrota fascista era la mayor sufrida por Italia desde Caporetto en la primera guerra mundial. Matthews y Hemingway no eran comunistas, y sus artículos se publicaban en muchos diarios liberales y conservadores, que en sus editoriales procuraban siempre atacar la política de la Unión Soviética. La Prensa de Francia, donde gobernaba el Frente Popular, era natural que aprovechara la oportunidad para atacar a Mussolini, pero el lenguaje empleado en los periódicos ingleses hirió profundamente a los fascistas, molestos ya por la invitación cursada al emperador Hailé Selasie para la ceremonia de la coronación de Jorge VI.

La presencia del Negus haría que no pudiera enviarse una representación de Roma al acto, y se criticaba al Foreign Office que aplazare la reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones, en el cual estaba previsto la liquidación de la cuestión de Abisinia y el reconocimiento del triunfo italiano. La propaganda italiana acusaba a la Prensa británica de destacar el valor episódico de ciertas acciones militares y olvidar a sabiendas la contribución de los voluntarios italianos en la toma de Málaga, que se consideraba una plaza inexpugnable; poco después Málaga caía con la ayuda de los italianos, de cuya presencia no se olvidaron los comunicados de Valencia. *Giornale d'Italia* reprochaba igualmente a los británicos echar en olvido que los voluntarios italianos defendían a Europa del bolchevismo, y añadía irónicamente: «Probablemente los británicos, que simpatizan ahora con los bolcheviques, el día de la victoria de los revolucionarios tratarán de congraciarse con la España republicana, para sacar ventaja de la exhausta economía española.» Una de las cosas que más molestó a Mussolini fue la revelación hecha por Matthews del contenido del mensaje que había cursado el día 13, y que decía: «A bordo del *Pola*, rumbo a Libia, he recibido sus despachos en relación con la gran batalla que está en marcha en dirección a Guadalajara. Estoy siguiendo los incidentes de la batalla con confianza inquebrantable, porque estoy seguro que el ímpetu y osadía de nuestros legionarios quebrará la resistencia enemiga. Aplastar las fuerzas internacionales será un gran éxito, incluso en el aspecto político. Comuníqueme a los legionarios que sigo su acción hora a hora y que sus esfuerzos serán coronados con la victoria.» El texto de este mensaje fue distribuido entre los soldados italianos el día 16, es decir, dos días antes de producirse la catástrofe, y la re-

elación de su contenido por el periodista norteamericano servía para demostrar el poco efecto que tuvo la inflamada literatura mussoliniana en el coraje de los combatientes. Y todo esto se producía estando todavía ausente el Duce de Roma, pues el crucero *Pola* no entró en el puerto de Nápoles hasta el día 22 por la mañana. Mussolini desembarcó y fue acogido por un numeroso público reunido en la dársena y dispuesto a tributarle el homenaje de costumbre. Pero en esta ocasión el Duce no quería perder tiempo, y seguidamente subió en un automóvil, que en medio de las aclamaciones del público partió con destino a Roma.

A las cinco de la tarde, Mussolini, hacía su entrada en el Palacio Venecia, donde le aguardaban sus colaboradores. No se realizó ninguna concentración fascista con motivo de su regreso; los preparativos que se habían hecho para cerrar con una gran manifestación popular el término de su gira imperial por Libia quedaron suspendidos. Oficiosamente se indicó que el regreso anticipado del Duce a Roma se debía a la «tempestad de arena» que soplabá en el desierto libio, pero el *Daily Mail*, de Londres, publicaba como enviado por su corresponsal en Roma que «los acontecimientos de España han influido en la decisión de Mussolini de volver lo más pronto posible». Todo indicaba que Mussolini se disponía a tomar una importante decisión. El *Daily Express*, también de Londres, comentaba por su parte: «El prestigio militar de Italia se halla en juego, y durante los últimos combates librados en España resultó muerto uno de los mejores generales italianos. En espera de la decisión del jefe del Gobierno, en los campos de reclutamiento se continúa aceptando voluntarios para España.» Se anunciaba que el embajador italiano en París había sido llamado a Roma y que no regresaría a la capital francesa. Se apreciaba que una parte de la opinión pública y de la Prensa extranjera entraba en una especie de coalición antiitaliana como la que se produjo durante la guerra de Abisinia. Se aguardaba conocer la reacción de Roma y se formulaban toda clase de comentarios. El londinense *News Chronicle*, por ejemplo, escribía: «Si la importancia de la derrota italiana en Guadalajara no es tan grande, se reconoce que las consecuencias pudieran ser muy graves. Esta prueba de la intervención italiana en España permite difícilmente al Foreign Office y al Quai d'Orsay pretender que la política de No Intervención haya sido coronada por el éxito. Se hace cada vez más difícil permanecer neutral ante semejante provocación, y la inquietud de Francia crece diariamente.» El mismo diario preveía que si la intervención de Italia continuaba, tomaría en España la forma de una participación en la guerra aérea, pues los aviones «no están sometidos a la vigilancia internacional».

Quedaba para Mussolini el trago amargo de explicar al pueblo italiano lo que había pasado en Guadalajara. Era difícil hacerlo, porque la propaganda fascista se había cansado de presentar a los legionarios que luchaban en la península ibérica como el prototipo del combatiente intrépido, audaz y hábil. Hasta el 23 de marzo los diarios italianos se limitaron a reproducir los comunicados del cuartel general de Salamanca y alguna otra información extranjera que los confirmaba. Finalmente, el *Giornale d'Italia* publicó la descripción de las últimas operaciones en Brihuega sobre la carretera de Madrid. Según el corresponsal italiano, las brigadas internacionales y las milicias republicanas comprendían aproximadamente 20.000 hombres, con carros de asalto y artillería. La aviación roja disponía de aeródromos que fueron organizados en la época de paz, y que el mal tiempo no había deteriorado. El máximo esfuerzo de los republicanos tuvo lugar el día 18. Cuarenta y dos aviones bombardearon los emplazamientos de la artillería legionaria y le causaron pérdidas y daños muy intensos. El ataque comenzó a las catorce, rumbo a Brihuega y otros puntos; fue detenido por los legionarios. Un segundo ataque se lanzó al caer la noche; los gubernamentales avanzaron tenazmente. En la lucha cuerpo a cuerpo cayó un coronel legionario, acto que provocó un debilitamiento de todo ese frente, pero la situación se restableció. Entonces los republicanos lanzaron nuevas fuerzas a la batalla y penetraron en la línea de rotura de los ataques anteriores, amenazando el flanco legionario que ocupaba la carretera de Guadalajara. Los rojos perdieron la mitad de sus efectivos, y el comando legionario resolvió replegarse al norte de Brihuega. El sábado no hubo luchas y el domingo fue día de relativa calma. Terminaba la crónica subrayando que la nueva línea legionaria estaba completamente reorganizada. Lo que no se contó entonces fue cómo las divisiones italianas fueron retiradas de la línea de fuego de la zona de Guadalajara. Las gestiones para lograr que Franco ordenara sustituir la infantería italiana por tropas españolas no fueron fáciles; es de imaginar el enojo que debió experimentar Mussolini cuando se le pidió que interviniera directamente con Franco para lograr lo que venía pidiendo Roatta. El episodio lo relató el embajador Cantalupo en el libro que publicó en 1948.

Cantalupo tenía la orden terminante de Ciano de no intervenir en los asuntos de Roatta y del C. T. V. Pero el 21 de marzo el coronel Gelich, que actuaba de enlace entre el C. T. V. y el cuartel general de Salamanca, se presentó en la embajada para exponer la grave impresión en que se

hallaba el frente. Describió la batalla y luego con tinta oscura la situación en aquel momento. Comunicó que acababa de recibir una comunicación de Roatta ordenándole, como comandante del C. T. V., de intervenir sin demora cerca del cuartel general de Salamanca para obtener la inmediata retirada de las tropas legionarias, agotadas después de quince días de combate, de nieve y aun con escasez de alimentos, equipadas como estaban, muchas con uniforme de tela de la campaña primaveral de Abisinia. Gelich pidió al embajador que interviniera, cerca de Franco con la autoridad de su cargo para obtener la inmediata sustitución por tropas españolas de las italianas. Cantalupo replicó que no podía intervenir, porque tenía órdenes de Roma de «mantenerse alejado de las cosas militares». Gelich, entonces, hizo una llamada a su deber de italiano. «En un momento de grave peligro—decía, emocionado— no se puede dudar; se expone a la reprimenda de su ministro, pero se ayuda.» Decidió actuar y cursó el mensaje siguiente a Ciano: «El enemigo continúa atacando. Nuestros voluntarios, en opinión de Roatta, no reaccionan. Franco rehusa hasta ahora sustituir nuestras unidades por tropas españolas. A requerimientos de la misión militar pido aún en nombre de la Embajada que Franco reciba inmediatamente un telegrama del Duce para obtener la rápida sustitución arriba indicada. La situación se agrava día a día.» Cantalupo personalmente cifró el mensaje y lo depositó en el telégrafo para asegurarse su inmediato envío.

Una hora más tarde de nuevo se presentó el coronel Gelich, y le expresó que sucesivas comunicaciones de Roatta le obligaban a pedirle la intervención inmediata del embajador cerca de Franco. Cantalupo escribió, sin esperar la respuesta de Roma a su mensaje, una nota para Franco, que se encontraba en Valladolid, pidiendo la inmediata sustitución de los legionarios italianos por tropas españolas, pues habían estado combatiendo sin interrupción durante dos semanas y habían cumplido con todos sus deberes, «sin conocer la solidaridad española». Puesto que no había accedido a igual demanda de la misión militar italiana, ahora aguardaba que daría curso a la de la Embajada. El mismo Gelich se encargó de leer por teléfono la nota a Franco. «El Generalísimo no había vacilado en aceptar mi demanda, y tuvo palabras de afecto y gratitud hacia Italia y sus soldados. No pedía otra cosa que ser útil», según informó Gelich a Cantalupo. Este telegrafió inmediatamente a Ciano: «Debido a la grave situación y viva insistencia de la misión militar, que solicitaba mi intervención cerca de Franco para obtener la inmediata sustitución de nuestros voluntarios por tropas españolas, he actuado. He obtenido telefónicamente de Franco, que se encuentra en Valladolid, que una brigada española llegue esta misma noche al sector italiano para sustituir posiblemente a toda nuestra infantería. Nuestra artillería y algunos servicios podrán todavía resistir.»

Este episodio final de la catástrofe de Guadalajara quedó entonces inédito, pues es fácil imaginarse cómo hubiera sido aprovechado por los que intervinieron en la campaña periodística contra el fascismo de haberse enterado de que el mismo embajador, que unas semanas antes había oído de labios de Ciano que se apresurara a partir para su nuevo puesto, pues era inminente la entrada de los legionarios en Madrid, tuvo que intervenir para pedir a Franco que retirara de la línea de fuego a las divisiones italianas que habían fracasado en la ofensiva que perseguía dos ambiciosos objetivos: la liberación de la capital española y probar que el Ejército italiano se había convertido en un especialista de la guerra relámpago. El resultado era simplemente lamentable, pues los que se habían presentado con gesto de «¡Venimos a salvar al pueblo español del caos bolchevique!», se veían ahora obligados a agachar la cabeza y pedir protección. La cotización italiana había descendido tanto en la misma zona nacional que Hedilla, en nombre de Falange, hizo publicar un «Manifiesto de simpatía» hacia el Duce y el pueblo italiano, pero no tuvo la virtud de silenciar las bromas que sobre el comportamiento de los legionarios circulaban en toda la zona y que provocaban las carcajadas de todos, sin distinción de ideas o simpatías por uno u otro bando. A este regocijo general se sumaron también los combatientes. Las compañías navarras que formaban parte de las fuerzas que al mando del general Moscardó operaban a la derecha del C. T. V. no dejaron escapar la ocasión para devolverles a los italianos su pose de superioridad sobre los españoles a causa de los modernos medios de transporte con que contaban. Para ello se sirvieron de una cantinela, cuyo texto conoció varias modificaciones, y que a los acordes del himno fascista decía:

Guadalajara no es Abisinia.

*Los españoles, aunque rojos,
son valientes.*

Menos camiones y más cojones

CAPITULO VII. LA CONTENCIÓN

Los resultados obtenidos en los primeros días de la Batalla del Jarama despertaron ilusiones en el campo nacional como en octubre de 1936, cuando se creía que se estaba en vísperas de la liberación de Madrid, pues con la nueva situación se cumplirían los viejos anhelos. Por un prematuro optimismo los resultados de la acción emprendida contra la carretera de Valencia, al sur de Madrid, tampoco se vieron confirmados. «Ahora —decían los que esperaban entrar en Madrid—, a la tercera será la vencida.» Así se referían a la próxima ofensiva que preparaban las divisiones de Roatta, las que habían recorrido las carreteras de media España. En la última, 15 de octubre de 1936, se vio a los requetés y falangistas ponerse de acuerdo para repartirse por las buenas, con lo cual se evitarían fricciones, los edificios en que venían funcionando los periódicos y los partidos republicanos. De esta manera, los falangistas sabrían que a la entrada en Madrid, entre otros edificios, debían adueñarse del Ateneo, eme Europa, Casino de Madrid, Gran Peña, Casa del Pueblo, Hotel Florida, local en Serrano, 8, que perteneció a la C. E. D. A., y varios otros. Respecto a los periódicos, los falangistas se incautarían de las imprentas y talleres de *El Liberal* y *Heraldo de Madrid*, Marqués de Cubas, 9; *Claridad*, Narváez, 42; *El Socialista*, Carranza, 22; *Mundo Obrero* y Espasa-Calpe. Los requetés entrarían en el reparto con el palacio del marqués de Linares, en la calle de Alcalá; Círculo de Bellas Artes, Círculo de la Unión Mercantil, casa de la Institución Libre de Enseñanza, Residencia de Estudiantes y varios otros. Los periódicos *Ahora*, *El Sol*, *La Voz* y *Política* pasarían a sus manos.

Ahora, en vísperas de la Batalla de Guadalajara, este acuerdo y varios otros salieron a la luz. Era menester organizar bien la liberación de Madrid y evitar las pugnas entre las diversas tendencias y grupos que existían en la zona nacional. El 25 de febrero se reunieron en Salamanca un centenar de delegados de Prensa y Propaganda de Falange para debatir un solo tema: la organización de la Prensa después de la toma de Madrid. Los gobernadores civiles de todas las provincias nacionales recibieron instrucciones para efectuar colectas de fondos y víveres para poder socorrer a la población madrileña en los primeros días. En las imprentas se preparaban manifiestos para distribuir entre los madrileños liberados. Se prepararon columnas de camiones con carteles que especificaban «Abastecimiento para la población de Madrid». La radio de Salamanca se dirigía a la población republicana y con insistencia pasaba el siguiente comunicado: «Es una vil mentira que cuando entremos en Madrid serán fusiladas 300.000 personas. El Ejército y las milicias van a Madrid para liberar a todos; en este "todos" van comprendidos aquellos que no han cometido delitos, es decir, la inmensa mayoría de los infelices españoles engañados y aterrorizados y obligados a empuñar las armas contra la Patria.» Ya hemos visto cómo Queipo de Llano, tan escuchado por los españoles de uno y otro bando, en su charla del día 26 de febrero, anunció que Madrid caería el 12 ó 14 de marzo.

El mando republicano conocía, naturalmente, todos los preparativos que efectuaba el adversario, así como la concentración de las divisiones italianas en la zona de Sigüenza. Lo que no sabía bien eran los planes preparados para la nueva ofensiva contra la capital. Sin embargo, la presencia de poderosos elementos motorizados obligaba a creer que el peso principal del ataque apuntaría hacia Guadalajara y Alcalá de Henares. Prácticamente, poco se había hecho para preparar una defensa en el caso de lanzarse una ofensiva en dicho sector. Anticiparse a los acontecimientos no era recomendable, porque estaba latente la posibilidad de que los nacionales repitieran el ataque por el Jarama en dirección a Alcalá de Henares. Era evidente que se estaba ante una maniobra de gran envergadura, y, de momento, el mando republicano se dedicó a concentrar elementos para poder acudir rápidamente por donde estallara la ofensiva.

Los planes para lo que iba a ser el segundo gran ensayo de *Blitzkrieg* estaban ultimados hasta el último detalle cuando en las jornadas del 6 y 7 de marzo se procedió a la concentración en la zona de Sigüenza de las fuerzas que participarían en la ofensiva. La idea de los autores de este avance relámpago consistía en romper el frente partiendo de Sigüenza con rumbo a Guadalajara; rebasar inmediatamente a la columna de ruptura con otra motorizada, que profundizaría mientras se ocupaban y mantenían los dos flancos de la rotura, y proseguir inmediatamente la marcha sobre Guadalajara, tras una breve detención para reorganizarse, en caso necesario, en la zona de Torija. Tres jornadas tenían que bastar para ocupar la ciudad que dio nombre a la batalla.

La cuarta jornada de esta *Blitzkrieg* se dedicaría al avance y ocupación de Alcalá de Henares, con lo cual se consumaría el tan buscado corte de las comunicaciones Por tierra entre Madrid y

Valencia. Lo que sucedería luego no estaba fijado en los planes, pero se daba por descontado que la presencia de las tropas italianas a las Puertas de Madrid y el cerco a que quedarían sometidos los defensores de la capital haría imposible toda resistencia. Todo el dispositivo militar republicano, según esperaban los optimistas, se derrumbaría como si fuera un castillo de naipes.

Al mando del general Roatta participarían las siguientes fuerzas: las divisiones I (Coppi), II (Rossi), III (Nuvolari) y IV (Littorio), mandada por el legendario Bergonzoli, apodado «Barba Elettrica». Estas cuatro divisiones contaban con los servicios y apoyos constituidos por las brigadas de Flechas Azules y Negras; un batallón de carros de combate; compañía de auto y motoametralladoras; compañía de lanzallamas; artillería; baterías antiaérea y antitanque; servicios de intendencia, transmisiones, ingenieros, sanidad y transporte. Además, intervendrían especialmente en la acción cuatro escuadrillas italianas de aviación. Los legionarios que iniciaron la batalla sumaban un total de 35.000.

Con estas fuerzas, y operando a la derecha, intervenían, al mando del general Moscardó, de 15.000 a 20.000 hombres, con tropas de choque de la Legión y tropas marroquíes, que avanzarían por la zona montañosa hasta Hita, cubierto su flanco derecho en el Henares, marcharía por la carretera Almazán-Taracena hasta alcanzar Torre del Burgo, de donde parte una ruta en dirección a Torija.

Al dar comienzo la operación el 8 de marzo puede resumirse así la situación de los dos bandos: el atacante disponía de más de 50.000 hombres, 1.800 ametralladoras, 250 cañones, 140 carros y autos blindados, 120 aviones y 5.000 camiones; el defensor, la XII División de Infantería, al mando del coronel Lacalle, que contaba únicamente con 10.000 hombres, 85 ametralladoras y 15 piezas de artillería.

Al repasar estas cifras, y en presencia de la desproporción que existía entre los dos bandos en lucha, se comprende que Queipo hubiese pronosticado que la liberación de Madrid tendría lugar el 12 ó 14 de marzo y que algunos de los oficiales de alta graduación, segurísimos de la rápida victoria, incluyeran en sus equipajes los uniformes de gala que pensaban lucir en los festejos que se realizarían con motivo de la conquista de la capital. Y las tres primeras jornadas de la ofensiva parecían que iban a confirmar todos los optimismos. La aviación de observación republicana informaba que el ataque abarcaba un extenso frente que llegaba hasta la margen derecha del Henares; en el llano se precisaba que el avance seguía tres direcciones, y sólo en la parte central parecía estar contenido, localizándose la lucha en torno a Almadrones. Los pilotos informaban que el frente estaba roto y que las tropas republicanas, dispersas y batidas en los flancos, se replegaban con algún desorden. «La puerta de entrada hacia Madrid había quedado abierta; las columnas adversarias avanzaban alarmantemente», escribió más tarde Vicente Rojo, el jefe del Estado Mayor del general Miaja, que tenía la misión de taponar el avance fulminante de las fuerzas blindadas italianas. La caída del frente fue tan rápida y amplia que el coronel Lacalle, que tenía su sede en Brihuega, desconocía la gravedad de la situación creada, pues los agentes de enlace que había destacado al frente aún no habían regresado con sus informes y carecía de transmisiones con sus subsectores, por haber quedado inutilizada la red. Sin embargo, conservó su enlace con el cuartel general de Miaja, y al ser informado sobre las observaciones hechas por la aviación pudo retirarse a tiempo para no quedar copado, ya que el día 10 Brihuega pasaría a ser ocupado por las fuerzas legionarias de las Divisiones II y III. Un día más tarde, los republicanos pierden Trijueque, y se perfila el avance de dos columnas hacia Torija, población situada a menos de veinte kilómetros de Guadalajara. Todo marchaba exactamente de acuerdo con los planes establecidos. Es verdad que las condiciones atmosféricas eran francamente malas, pues al frío y la lluvia se añadía el inconveniente de que la aviación legionaria no pudiera prestar los servicios de apoyo que se habían previsto. Sin embargo, la resistencia de los rojos pudo ser batida fácilmente con el solo empleo de la artillería. Durante las tres primeras jornadas de combate la cifra de bajas era inferior al medio millar.

En estas circunstancias, rayanas en la catástrofe total, Rojo decidió confiar al teniente coronel Enrique Jurado, quien tenía su puesto de mando en el frente de Somosierra, situado al flanco izquierdo de Guadalajara. Artillero profesional, era un excelente conocedor de la zona en que se libraba la batalla, porque al comienzo de la guerra civil encabezó las fuerzas formadas por guardias de Asalto, guardias civiles y milicianos que conquistaron la ciudad de Guadalajara, que defendía el coronel Ortiz de Zarate. Había observado las concentraciones efectuadas en torno a Sigüenza, y estaba alarmado, porque conocía la escasa defensa y la mala organización que tenía el frente de Guadalajara, sumamente amplio y falto de fuerzas y recursos, hasta el extremo que en muchas partes se reducía a un sistema de vigilancia. Nadie se había preocupado de establecer defensas

escalonadas, en que los defensores pudieran resistir en espera de refuerzos. Las noticias que en las primeras horas del día 9 fueron llegando al puesto de mando de Jurado, en Somosierra, fueron decididamente desastrosas, y le causaron tal preocupación que salió inmediatamente para estudiar sobre el propio terreno el plan para una posible retirada, ya que de seguir el avance del C. T. V., al ritmo de veinte kilómetros diarios, pronto quedaría envuelto en su flanco derecho. Estaba dedicado a esta tarea, preocupado sobre lo que le aguardaba, cuando se presentó un motorista portador de una orden de su jefe de Estado Mayor, comunicándole que, con toda urgencia, debía ponerse al habla con el general Miaja. «Me figuré que sería precisamente para que hiciera de lo que ya me ocupaba», contaba Jurado. Y su sorpresa fue inaudita cuando, en contacto telefónico con Miaja, éste le dijo: «De orden del Gobierno, que salga inmediatamente a hacerse cargo del frente de Guadalajara, entregando el mando al teniente coronel Cueto.» Intentó conocer la información que el cuartel general tenía sobre la situación del frente, y Miaja le replicó con su lenguaje, brusco y sin remilgos: «El propio coronel Lacalle, que manda en Guadalajara, ignora lo que está pasando.» Seguidamente le pidió que tan pronto como se hubiera procurado algunos datos claros y concretos los comunicara al mando en Madrid.

A las dos de la tarde, después de entregar el mando a su sucesor, Jurado partió para el frente de Guadalajara, acompañado de su ayudante y de un coche de escolta. Tomó toda clase de precauciones, ya que desconocía hasta qué punto había alcanzado el enemigo en su ofensiva. El viaje duró varias horas, y por la mente de nuestro hombre fueron surgiendo recuerdos recientes de la guerra civil que le sirvieron para concluir que era absurdo mandar al jefe de un sector en el que debido a la operación emprendida por los italianos quedaba amenazado su flanco, además, de su importancia vital, pues defendía los embalses de Lozoya, que abastecían de agua a Madrid. Otro argumento a su favor consistía en el hecho de haber organizado unas fuerzas eficaces, con personal que le conocían y que en caso de tener que emprender una retirada lo hubiera realizado de manera muy eficaz sobre el flanco derecho de los italianos. Tampoco podía olvidar su experiencia de Oropesa, cuando fue sacado del sector de Somosierra para oponerse al avance de las fuerzas de Yagüe en marcha hacia Madrid. Se le encargó lo que en lenguaje de la profesión se denomina «dar vida a cadáveres insepultos», pues no había tiempo de hacer nada; el frente estaba hundido por el fracaso del jefe que lo mandaba y la imprevisión del mando superior. A los legionarios y Regulares de la columna que mandaba Tella sólo podía oponer unas milicias de gente desmoralizada, sin disciplina ni cuadros de oficiales preparados. A esto se agregaba la premura del tiempo, el desconocimiento de la zona en que debía operar y algo realmente imposible: organizar unidades con personal desconocido mientras se continuaba combatiendo. En carne propia sabía que cuando se planteaba una papeleta realmente difícil o se preveía el derrumbe total de un frente, se buscaba a un militar profesional para que la culpa cayera sobre sus hombros y el prestigio de las organizaciones sindicales o de los grupos políticos quedara al margen de la catástrofe; entonces se veía bramar verdaderamente a los periódicos y a los oradores en los mítines pidiendo la cabeza del militar profesional, por entender que era el único responsable de la derrota. Y entre estos profesionales había verdaderos republicanos con excelentes conocimientos castrenses, que de poco les servían, ya que carecían de armas, fuerzas disciplinadas y cuadros eficientes. Se daba el caso que toda la gloria de la defensa de Madrid, en noviembre de 1936, se la repartieron Miaja y Kléber, el español con sus gestos populacheros y el internacional con su estudiada pose. En cambio, un silencio absoluto se hizo en torno al teniente coronel Vicente Rojo, verdadero artífice de la organización de la resistencia, junto con el coronel ruso Goriev, que canalizó la aportación de los técnicos militares soviéticos, y cuya personalidad continuaría mucho tiempo en la sombra. Y los méritos de Rojo se proclamaron a mediados de enero de 1937, cuando la Prensa madrileña reprodujo un trabajo aparecido en *Pravda*, de Moscú. *El Socialista* comentó entonces en un editorial: «Ha sido necesario que el periodista ruso Miguel Koltsov nos descubriera la personalidad de Vicente Rojo, rectificando nuestra mala tradición: desdeñar a nuestros hombres y no parar mientes en ellos. Un extranjero los descubre ante nosotros, haciéndonos exclamar: "¡Pero si es verdad, y nosotros no nos dábamos cuenta!"»

Jurado, como Rojo y tantos otros profesionales españoles, constituyó un ejemplo del militar formado en el concepto de que es menester acatar la disciplina absoluta, al margen de las ideas personales. Se trata de uno más de los misterios de la guerra civil, y no de los menores. Dionisio Ridruejo lo describió bien, veinte años después de finalizada la guerra, cuando escribió: «Bastará recordar que un soldado de sentimientos católicos y conservadores, pero formado en la religión de la disciplina estricta, como el comandante Vicente Rojo, se convertiría, sin predisposición ideológica alguna, en el fidelísimo y muy competente jefe del Estado Mayor del Ejército republicano, mientras

que un republicano confeso y clamoroso, como Queipo de Llano; un jefe de tradición izquierdista, como el coronel Aranda, o un general de ficha masónica, como Cabanellas, se convertirían en piezas decisivas para que la sublevación de Marruecos tuviera en la Península los caminos abiertos, para que la región más peligrosa quedase contenida y para que el Movimiento en curso tuviese un jefe provisional poco alarmante.»

Con Rojo en la jefatura del Estado Mayor sabía Jurado que no podía repetirse el caso de Oropesa; sus ideas y planes serían analizados con espíritu de colaboración y recibiría toda la ayuda en hombres y material que se le pudiera facilitar. Estaba seguro, igualmente, que contaría con mandos de unidades eficaces, en lugar de jefes improvisados que se dejaban impresionar por cualquier cosa, con excepción de la técnica castrense. «No es fácil asimilarse tan rápidamente la sabiduría militar», había dicho Rojo al periodista ruso en el trabajo que apareció en Moscú poco antes de fin de año. Gran admirador de Gonzalo de Córdoba, Rojo señaló que el Gran Capitán pasó muchos años y necesitó dos guerras para organizar, por Primera vez, la acción conjunta de infantería, caballería y artillería. Nuestros «pequeños capitanes» de milicias han de aprender a hacerlo en unas cuantas semanas. «Además —advirtió—, han de preocuparse también de la aviación y de los tanques, de los cuales Gonzalo de Córdoba estaba libre.» El cumplimiento estricto de la disciplina castrense hizo que el humilde profesor de la Academia de Toledo, que contaba cuarenta años cuando se produjo el Alzamiento, no se sumara al bando de los generales que se levantaron en Marruecos. Se puso al frente de una columna de milicianos formada por sencillos obreros madrileños, sin instrucción militar alguna, y se marchó al sector de Somosierra. Francisco Galán lo vio sentado en una cuneta, blanco de la mirada de los extremistas, que entendían que ser revolucionario consistía en liquidar todo lo que olía a militar, uniforme y disciplina; sabía bien el prestigio de que gozaba entre los técnicos militares. El hermano de Fermín puso todo el prestigio que tenía entonces como jefe comunista, y pronto Rojo mandó una columna cuando la contraofensiva que lanzó el Gobierno de Largo Caballero en Seseña, para actuar seguidamente de ayudante del jefe del Estado Mayor Central y convertirse en jefe del Estado Mayor de Miaja y de la Junta de Defensa de Madrid. En sus manos estuvieron los hilos de la complicada red formada por unidades, grupos, baterías, barricadas, equipos de zapadores y escuadrillas de aviación que intervinieron en la defensa de Madrid. Ahora, los mismos elementos, notablemente mejorados, se ponían en función para ver de detener el avance emprendido por las divisiones del C. T. V. hacia Madrid.

Mientras se acercaba a la meta de su viaje, Jurado seguía reflexionando sobre el destino que se le reservaba. La orden que había recibido de hacerse cargo con urgencia de un dispositivo defensivo que prácticamente no existía, significaba que se trataba de un caso sumamente grave y, por lo tanto, llevaba más del 90 por 100 de probabilidades de fracasar. Se preguntaba: ¿Quién fue el amigo o el enemigo que dio su nombre? ¿Por qué no pandaban a los militares profesionales que estaban disponibles y al lado mismo del ministro? O bien: ¿Los militares que estaban afiliados a partidos políticos y, en último caso, aquellos jefes de milicias que gozaban de la confianza y garantía de los partidos, en los que tenían un poderoso apoyo o infinidad de recursos y facilidades, vedadas a los militares profesionales? Por su mente no había pasado la idea de que lo elegían por considerarlo el único capaz de hacer frente a la grave situación creada. La cosa, evidente para él, era que en los momentos que peligraba un frente, por los errores cometidos por otros, o simplemente por no haber sido oídas las peticiones de sus jefes, nadie quería hacerse cargo del mando y era menester recurrir a los militares profesionales, que por su carrera y formación castrense no podían dignamente negarse a aceptarlo.

Jurado pudo encontrar finalmente al coronel Lacalle, al que suponía en Guadalajara; unos milicianos le informaron que estaba en Taracena, pequeña población situada en las inmediaciones de Guadalajara y en plena carretera de Sigüenza a Madrid. La descripción que escuchó de labios de Lacalle rebasaba todos los límites de las suposiciones de su reemplazante, pues la realidad era que el mando estaba en primera línea, sin fuerzas para oponer al avance enemigo; sólo en el flanco izquierdo del subsector de Hita había una pequeña vigilancia. Los hombres que acompañaban a Lacalle no pasarían de cuarenta; el resto de las tropas estaba totalmente disperso. Las comunicaciones con el mando supremo estaban cortadas, V no existía servicio de ninguna clase; aquella misma noche se restableció el contacto con el Estado Mayor de Rojo. Jurado vio que era menester organizarlo todo.

Los dos primeros días de ofensiva, o sea el 8 y 9, el C. T. V., con fuerzas muy superiores, bien organizadas y dotadas de excelente material, pudo vencer sin encontrar prácticamente resistencia.

El propósito de Roatta era aprovechar que los republicanos tenían desplegadas todas sus fuerzas y sus reservas en el Jarama. Además de que después de veinticinco días de intensa lucha, con grandes fríos y muchas bajas de guerra y por enfermedad, sus efectivos tenían que estar sumamente disminuidos y agotados para poder trasladarse y aguantar el ataque por sorpresa en el frente de Guadalajara con fuerza motorizadas. Se trataba de efectuar una operación relámpago, ensayo de *Blitzkrieg*, pues los jefes de columnas recibieron orden de avanzar un promedio diario entre 20 y 30 kilómetros. Estaba previsto que en el transcurso de una semana el C. T. V. se presentaría a las puertas de Madrid.

La idea de la maniobra de Roatta era: atacar en la dirección de Sigüenza, apuntando a Guadalajara y Alcalá, apoyando su flanco derecho con las fuerzas hispano-marroquíes de Moscardó, primero en el río Badiel y después en el Henares; conquistar la zona montañosa poco defendida en dirección al pueblo de Hita, para seguir por la carretera de Almazán a Taracena, tratando de desbordar en un movimiento envolvente, hasta Torre del Burgo. Su flanco izquierdo seguía la línea del río Tajuña, con las Brigadas Mixtas de Banderas de Flechas Azules y Negras. El peso del avance corría a cargo del Cuerpo italiano de divisiones motorizadas, que por el centro marcharía por la meseta formada entre los ríos Tajuña y Henares. Eran cuatro divisiones, mandadas por los generales Coppi, Ros si, Nicolari y Bergonzoli, además de las Brigadas Mixtas de Flechas Azules y Negras, batallones de carros de combate, compañía de auto y motoametralladoras, compañías de lanzallamas, artillería Divisionaria y de Cuerpo, baterías antiaéreas y autotanques, más los servicios, bien dotados, de intendencia, municionamiento, transmisiones y transportes. Y este despliegue de hombres y material contaba con una poderosa aviación, que debía garantizar el dominio de los cielos en las zonas de operaciones. Según Jurado, al empezar la batalla se enfrentaron, aproximadamente, 50.000 hombres bien organizados y abastecidos contra unos 10.000 republicanos faltos de toda clase de recursos. La diferencia de armamentos entre ambos bandos, según los datos fidedignos recogidos a los jefes y oficiales prisioneros, y confirmados por la documentación que cayó en manos republicanas, según el mismo Jurado, puede deducirse de los siguientes datos:

FUERZAS DE ROATTA

Fusiles.....	26.000
Fusiles-ametralladoras ,.....	1.170
Ametralladoras.....	435
Morteros.....	78
Cañones de diferentes calibres.....	150
Carros de combate.....	108
Blindados.....	33
Aviones	90

FUERZAS REPUBLICANAS

Fusiles.....	7.500
Fusiles-ametralladoras.....	220
Ametralladoras.....	180
Morteros.....	50
Cañones de 7,65.....	22
Aviones.....	30

El avance se inició el día 8, a cargo de la III División Galiana, reforzada por la IV en reserva y tres grupos de artillería, o sea 36 piezas, que partió en tres direcciones. Al principio, sólo tropezaron con resistencia los que se erigían por Almadrones, pero en las otras direcciones quedó roto el frente y las fuerzas republicanas, batidas por los flancos, se replegaron desordenadamente en dirección a Guadalajara.

El día 9, cuando Lacalle entregó el mando a Jurado, la situación se agravó, pues las pocas

fuerzas que aún resistían a la marcha de las tropas motorizadas se retiraron en completo desorden, al tener sus flancos al descubierto, y por ser fuerzas sin cohesión ni mandos. El frente republicano quedó materialmente deshecho, con el camino libre a las divisiones motorizadas de Roatta, en una línea que iba desde la Mujer Muerta, en el flanco derecho del sector de Somosierra, hasta perderse en las estribaciones montañosas de la cuenca del Alto Tajo, zona en la que se ejercía escasa vigilancia. En consecuencia, no quedaban más que pequeñas unidades en los flancos, las tropas restantes se retiraron confusamente hacia Guadalajara y Madrid. Rojo describirá aquel momento con estas palabras: «Tan amplia y rápida había sido la caída del frente que el propio mando del sector, peor informado que nosotros, por estar desconectado de la aviación, era ajeno a la gravedad de la situación creada. Su c. g. se hallaba en Brihuega; los agentes de enlace que había destacado al frente aún no habían podido regresar con informes; carecía de transmisiones con los subsectores por haber quedado inutilizada la red.» El primer balance que estableció Jurado en la noche del 9, después de analizar los pocos datos concretos que había recogido, era que las «divisiones fascistas motorizadas estaban en perfectas condiciones de explotar el éxito de su avance, continuando hasta Guadalajara, para después seguir sobre Alcalá de Henares, cortando así las comunicaciones con Valencia».

Se esperaba que el día 10 seguiría el avance de las columnas motorizadas, pues continuaban sin tropezar con un enemigo capaz de oponerse a la marcha victoriosa hacia Guadalajara. La audacia y la rapidez forman las dos bases de la ofensiva relámpago. Ninguna causa fundamental justificaba la pausa que iniciaron los italianos. El desgaste sufrido había sido mínimo y casi el único adversario con que debían enfrentarse era el clima, pues el frío y las intensas lluvias de aquellos días parecían querer convertirse en aliados de los republicanos. Todavía en la noche del 10 casi sin resistencia cayó Brihuega, importante cruce de rutas. Una columna motorizada de la III División llegó a la vista de Brihuega a la caída de la tarde, pero se detuvo sin penetrar en la población. Una unidad fascista al mando del cónsul Francisci avanzó silenciosamente con sus hombres y sorprendió dormida a la guarnición, que no podía imaginarse que en una sola jornada pudiera el enemigo avanzar 20 kilómetros. El cónsul hizo prisioneros y se apoderó de material; únicamente unos pocos milicianos lograron fugarse, luego de hacer saltar los depósitos de municiones. ¿Por qué no continuó el avance y se olvidaron de que la audacia y la rapidez forman la base de la *Blitzkrieg*? Los que han analizado este punto de la batalla replican que Roatta y sus cuatro generales, que habían actuado ya en otras guerras, menospreciaron las posibilidades de reacción y organización del mando republicano, al que tenían por totalmente inepto, y quisieron dar un respiro a sus tropas antes de continuar su marcha hacia Guadalajara y Alcalá de Henares. Se olvidaron los cinco generales italianos que es menester siempre aprovechar la oportunidad que se ofrece y nunca permitir que el adversario pueda rehacerse.

La misma columna motorizada de la III División que en la noche anterior se detuvo a las puertas de Brihuega, al día siguiente continuó avanzando. Después de pasar por la población, se vio frenada a los dos kilómetros, al ser atacada por fuerzas republicanas apoyadas por tanques soviéticos y de artillería que ocupaban posiciones en el vasto y frondoso bosque por donde pasaba la carretera. El mando italiano ignoraba que la noche antes empezaron a llegar brigadas de la XI División, la de Lister, Procedentes del frente del Jarama. Llegaban después de veinticinco días de lucha intensa, en camiones, la mayoría sin toldos, sufriendo lluvias torrenciales y un frío de varios grados bajo cero, sin haber comido y en la creencia, al principio de su salida, que se les trasladaba a Madrid para que gozaran de un merecido descanso. Cuando observaron que los camiones cambiaban de dirección se enfurecieron hasta los mismos jefes. Estos tenían instrucciones de presentarse a Jurado para recibir órdenes. Los choques que se registraron entre Jurado, un militar profesional, y los jefes de las fuerzas que llegaban, todos ellos procedentes de sindicatos y grupos políticos, fueron más escandalosos de lo que acontecía en las fuerzas republicanas cuando un jefe militar profesional quería mandar. Pero Jurado no perdió la paciencia ni aflojó: ante la gravedad de la situación era indispensable que aquella misma noche pasaran a ocupar el frente asignado, sino querían, argumentó, «que todo el esfuerzo del Jarama fuera inútil y que se perdiera Madrid». El más bravo entre ellos dijo que era imposible cumplir la orden que se le daba, pues su gente pedía descanso por dos días y se negaba a continuar. Resultaron inútiles todos los esfuerzos que hizo Jurado para convencer al recalcitrante; se abandonaron los argumentos y surgió la orden terminante: «Me entrega el mando de la unidad a su segundo y queda sometido a consejo de guerra por desobediencia frente al enemigo.» Por la cara de extrañeza que mostró se vio que no esperaba una orden tan drástica de un profesional a un mando salido de las filas sindicales. Por su mente debió pasar la idea de matar al atrevido, que evocaba la disciplina castrense, o bien obedecer. Optó

finalmente por lo último.

Al margen de invocar la necesidad de defender la capital española, Jurado no podía recurrir, como tantos otros, a los argumentos de la lucha de clases que empleaban desde La Pasionaria hasta el último comisario político. Sin embargo, puso de relieve la presencia de extranjeros —italianos— que invadían el suelo patrio y ante los cuales no se podía retroceder. Pidió a los jefes que así lo hicieran saber a sus unidades. «Este fue», recordaba muchos años después de la batalla, «el reactivo que produjo mayor odio e indignación en nuestra gente y los deseos de batirse cundieron rápidamente, entre jefes, oficiales y tropa». Este fue el momento psicológico que se aprovechó para tomar la ofensiva, a pesar del cansancio de los combatientes, sin la cual la batalla se podía dar por perdida. Había que tomar la iniciativa antes que terminaran las providenciales lluvias, antes que el adversario pudiera poner en movimiento su organización mecanizada y utilizar con eficacia su aviación, que continuaba sujeta al suelo a causa del lodo de sus pistas improvisadas que les impedía emprender el vuelo. En cambio la aviación republicana, que con un 80 por 100 de personal soviético actuaba a las órdenes del coronel Schmutchkievich que se hacía llamar general Douglas, actuaba todo lo que podía a pesar del mal tiempo y hostigaba con éxito la retaguardia y sobre todo las concentraciones de camiones que avanzaban o estaban detenidos en las carreteras. El 10 de marzo entró en combate la XII Brigada Internacional, mandada por el general Lucakz y reforzada por una batería de artillería. Era la más multinacional de todas las brigadas, pues Lucakz no era otro que el escritor húngaro Mate Zalka, refugiado en Moscú y trabajando para el Comintern; su jefe de Estado Mayor era el soviético Batov, después general del Ejército rojo y dos veces héroe de la Unión Soviética, y su comisario político Luigi Longo, que en España se hacía llamar Gallo, quien llegó más tarde a secretario general del Partido Comunista en la Italia que surgió de la derrota del fascismo. Formaba parte de la XII Brigada Internacional el Batallón «Garibaldi», integrado por antifascistas de varias tendencias, entre ellos Pietro Nenni, que se habían batido en primera línea en la defensa de Madrid, en la Batalla del Jarama y eran los primeros en acudir a los campos de lucha de Guadalajara. Antes de partir para la última mencionada acción, Lucakz explicó a los comandantes y comisarios reunidos la gravedad de la situación y preguntó si los garibaldinos estaban dispuestos a luchar contra los legionarios italianos. Barontini, que en aquella circunstancia sustituía a Pacciardi, herido entonces y que luego sería ministro de Defensa en un gobierno encabezado por De Gasperi, respondió que estaban listos para luchar sin vacilación contra las tropas enviadas por Mussolini. Entonces, Lucakz preguntó si los garibaldinos se comprometían a respetar a los prisioneros; Barontini contestó que la pregunta sobraba, ya que los garibaldinos consideraban a los italianos que pudieran hacer prisioneros como hermanos recuperados, incluso los militantes fascistas, a quienes tratarían de hacer ver la realidad de la situación en España e Italia.

Ocurrió que una patrulla de reconocimiento del Batallón «Garibaldi» tropezó con una avanzadilla de la columna motorizada de la III División que partiendo de Brihuega se disponía a seguir su marcha hacia Guadalajara. Al oír que los garibaldinos hablaban en italiano creyeron los legionarios que eran de los suyos y se les preguntó si sabían «los amigos» el camino que conducía a Brihuega. «Lo conocemos, acérquense», contestó el jefe de la patrulla de reconocimiento. Sin sospechar que caían en una emboscada, fueron hechos prisioneros. Entre los capturados figuraba el jefe de un batallón del C. T. V., el comandante Luciano que resultó saber mucho más de lo que le correspondía por su cargo. Además de ser pintoresco, cubría su cabeza con un gorrito adornado con piel de astracán, lucía una camisa parda y pantalones de montar negros, ceñidos por polainas marrón; resultó ser un gran parlanchín. En el curso de los interrogatorios proporcionó datos de mucho valor. En su cartera de campaña se encontró el mapa topográfico y documentos que revelaban el plan de Roatta: rotura total de la defensa republicana y caída inmediata de Torija y Brihuega, teniendo como misión posterior ocupar Guadalajara y la vega del río Henares. Como etapa final de la operación figuraba la conquista de Alcalá de Henares, a 30 kilómetros de Madrid, y asedio y ocupación de la capital con la colaboración de las fuerzas nacionales que se hallaban en la zona del Jarama. De esa manera, el Estado Mayor de Rojo pudo conocer cuáles eran los efectivos y armamentos de que disponía el C. T. V. y la formación de sus unidades de combate. Todo esto simplificó la situación del mando republicano, pues le permitía enjuiciar mejor la situación y cubrirse de sorpresas, mientras concentraba las fuerzas y medios indispensables para emprender acciones activas al dar por terminada la etapa de contención que se acababa de iniciar.

Conociendo al detalle la cuantía y composición de las tropas atacantes se procedió por el mando republicano a la reorganización del frente y detención de la marcha del C. T. V. Los días 10, 11 y 12 fue extraordinaria la actividad desplegada en la retaguardia republicana. En la zona establecida por una línea que iba de Almadrones pasando por Trijueque y Brihuega hasta Cifuentes,

se fueron concentrando todos los medios disponibles y que se consideraban indispensables para contener la ofensiva del C. T. V. Entre tanto, la aviación republicana seguía actuando, para contribuir a perturbar en todo lo posible la maniobra de penetración en que estaba empeñado el adversario.

Se procedió a la reorganización de las fuerzas republicanas con miras a la batalla que se iba a librar. Así se creó el IV Cuerpo de Ejército bajo el mando del teniente coronel Jurado, sirviéndole de jefe de Estado Mayor el teniente coronel Muedra, que lo había sido de la I División (Somosierra) a las órdenes del mismo Jurado. Sus tropas fueron:

La División XI (Líster), con las Brigadas 1 y 11, una Agrupación de unidades de choque, seleccionadas del frente de Madrid (Valentín González, El Campesino), cubrió el frente de Torija y la carretera principal.

La División XIV (Mera), con las Brigadas 12 y 65 y otra provisional. Se dislocó frente a Brihuega.

La División XII (Lacalle), anterior comandante del sector, con las Brigadas 49, 50 y 61, que cubrieron el frente del Henares, el menos amenazado y en el cual tenían que ultimar su reorganización.

La Brigada 72, se dislocó cubriendo el flanco derecho.

Sucesivamente se fueron sumando otras unidades (División L), entre ellas otra Brigada Internacional. Se formó una masa artillera a base de grupos sustraídos del Jarama y de Madrid. Se incorporaron la mayoría de los carros de asalto disponibles. Finalmente, se agregó toda la aviación que pudo reunirse y cuyo empleo era esencial para contener la maniobra motorizada. Los Servicios se montaron con , medios sustraídos del Jarama y de Madrid.

Para el éxito de toda *Blitzkrieg* se necesita que el factor sorpresa vaya seguido de la máxima rapidez en la operación, pues es indispensable que el adversario no tenga tiempo y carezca de medios para reorganizar su frente de contención. Resultaba, pues, que debido a la indecisión de Roatta en explotar la rotura del frente que provocó la desbandada de las pocas unidades republicanas que con un total de 10.000 hombres, sin medios adecuados para oponerse al avance de las columnas motorizadas, en un mínimo de tiempo, ante la mirada del jactancioso general, que subestimó las posibilidades de los republicanos, surgió un Cuerpo de Ejército cuyos efectivos ascendían a unos 30.000 hombres que contaban con 360 ametralladoras, 30 cañones, 54 carros y de 70 a 75 aviones.

Mientras Rojo iba enviando a Guadalajara todas las fuerzas que tenía en sus manos, Jurado se dedicó a reorganizar la XII División con los hombres que cubrían el frente cuando las columnas motorizadas italianas partieron de Sigüenza y que se habían dispersado por Guadalajara, pueblos próximos y algunos llegados hasta Madrid. El jefe del nuevo IV Cuerpo de Ejército les habló duramente y les hizo saber que si volvían a retroceder, se encontrarían con ametralladoras y artillería a su retaguardia. Esta energía en el lenguaje de los mandos no era habitual entonces, sobre todo cuando el autor era un militar profesional que no contaba con el respaldo político o sindical. Los comisarios de la XII División se reunieron y conjuntamente se dirigieron al comisario del IV Cuerpo de Ejército para que cursara una reclamación al mando superior. Se pedía, nada menos, que la destitución de Jurado por los insultos y amenazas que dirigió a las tropas de la División. El comisario del IV Cuerpo, Zapirain, sin decir nada a su jefe, se puso al habla con sus colegas y les pidió que tuvieran confianza absoluta en Jurado, que contaba con el apoyo pleno del Gobierno y los partidarios a causa de su actuación en los primeros días de la sublevación, pues a él se debió la toma del Campamento Militar de los Carabancheles, Getafe, Alcalá de Henares y Guadalajara, y que últimamente había afianzado el frente de Somosierra, de donde había llegado. La lista de éxitos junto con el resultado de las primeras medidas adoptadas para la contención de las columnas motorizadas del C. T. V., no sólo calmaron los ánimos sino que los mismos comisarios políticos, que pedían la cabeza de Jurado, no tardaron en usar en sus discursos a los milicianos, tan en boga entonces, para demostrar que el Ejército Popular, en manos técnicas responsables, acabaría por obtener la victoria. Sin embargo, los elementos de la XII División, que fueron enviados a reforzar el flanco izquierdo de Hita, no tardaron en demostrar su poca consistencia. Los defensores del sector contaban con defensas naturales por tratarse de terreno montañoso y era vital no perder la posición para impedir que fuera envuelto el sector de Somosierra y se perdieran los embalses de Lozoya que abastecían de agua a la población de Madrid.

El día 12, las fuerzas de Moscardó, más duras para soportar las inclemencias del tiempo,

buscaron con una rotura del frente en el punto de unión de la Brigada 50 del subsector de Hita y la XI División (Líster), un desbordamiento para envolver el flanco izquierdo. La División de Soria (Moscardó), bajo un temporal de lluvia y nieve, ocupó la línea Espinosa de Henares, Padilla de Hita y Utande. El mando republicano se vio obligado a retirar fuerzas que se destinaban a frenar el avance del C. T. V. y extender el frente. Sólo después de un reñido combate, que duró toda la jornada, pudo quedar detenido el desbordamiento; la infantería republicana tuvo que ser respaldada por artillería, aviación y tanques. El coronel Lacalle, que se encontraba molesto por haber sido desplazado por un oficial de menor graduación y puesto a las órdenes de éste, debió entregar el mando a Nino Nanetti. Este era un joven comunista italiano que comenzó luchando como simple miliciano en Aragón y que ahora se le confiaba el mando de una División española. Era apreciado por sus dotes de mando, su modestia y espíritu de compañerismo. Después de participar en los combates sostenidos en el centro de la Península se trasladó como voluntario al Norte, donde murió luchando al frente de una División.

Los mejores hombres de las unidades de Líster, Mera y El Campesino se emplearon en acciones ofensivas contra las cuatro Divisiones motorizadas italianas con el objeto de impedir que pasaran al ataque y continuaran avanzando hacia Torija, punto clave para la posterior ocupación de Guadalajara. Mientras las fuerzas de choque atacaban, en la retaguardia se tomaban una serie de precauciones, como fue la organización de una red de destrucciones para contener al enemigo, quedando con sus equipos preparados y puestas las cargas para utilizarlas en el momento oportuno. La red abarcaba una extensa línea, que se extendía desde el río Henares, pasando por el Tajuña, al Alto Tajo.

Hasta el día 11 no tuvo conexión Líster con el asunto de Guadalajara. Aquel día recibió la orden de presentarse en el Estado Mayor de Miaja. Contó él: «El general me explicó que el enemigo había roto por Guadalajara —cosa que, como es natural, yo ya sabía—, y que yo debía salir para allá con parte de mis fuerzas para "conteniendo el avance del enemigo, dar tiempo al Estado Mayor de tomar otras medidas".» Y seguidamente agregó en sus memorias el comentario siguiente: «La idea de *ir conteniendo* no me sorprendió, pues correspondía a la idea de ciertos jefes —entre ellos Miaja— de que eso era lo máximo que podíamos hacer.» Del despacho de Miaja pasó Líster al de Rojo. Este le explicó la situación del frente de Guadalajara con claridad, y le ordenó trasladarse allí con una de sus Brigadas para que, con otras que se le agregarían, hiciese lo que pudiera para detener el avance del enemigo. Le informó asimismo que acababa de formarse el IV Cuerpo de Ejército bajo el mando del teniente coronel Jurado y con Sebastián Zapirain de comisario. Sin perder tiempo, Líster envió la orden a la IX Brigada de ponerse en camino para Guadalajara, rumbo que él tomó inmediatamente.

Cuando Líster llegó a Torija, donde instaló su cuartel general, se enteró que en una nueva embestida el C. T. V. se había apoderado de Trijueque. La población cayó al anochecer, cuando se replegaron los batallones internacionales «Thaelman» y «Egdar Andrés» después de resistir durante todo el día. Las tanquetas lanzallamas italianas hicieron su aparición y sembraron la confusión, pues los infantes no sabían cómo oponerse al avance de los monstruos blindados que se acercaban vomitando llamas por su cañón. Después de ocupar Trijueque, avanzando por el centro y aprovechando la oscuridad, algunos grupos legionarios lograron penetrar en el palacio de Ibarra, posición situada en medio del bosque, varios centenares de metros al sur de la carretera transversal que corre entre Brihuega y la ruta nacional. Este conjunto de edificios pronto se convirtió en un escenario en que los italianos fascistas y antifascistas libraron una lucha sin cuartel.

Roatta, que contaba con Brihuega y Trijueque como puntos de partida para desencadenar un nuevo avance con Guadalajara como meta, dispuso que las divisiones de reserva Littorio, que mandaba el general Bergonzoli, que se haría famoso como «Barba Elettrica», apodo que le aplicaban sus soldados a causa de su extraordinario dinamismo, y la Primera sustituyeran a la Tercera y Segunda. El comandante del C. T. V. creía que dominaba todavía la situación pues, según los informes que le facilitaron en los interrogatorios de los capturados republicanos, en duros combates había batido a las Brigadas Internacionales y a las tropas rojas que fueron retiradas del frente Madrid-Jarama y enviadas al de Guadalajara. En su telegrama diario informó Roatta: «El comando legionario se ve obligado a utilizar las propias reservas para maniobrar contra las importantes fuerzas adversarias; pero para hacerlo debe tener la seguridad matemática de que las tropas españolas del frente del Jarama efectúen y lleven a fondo sus acciones facilitadas ahora por la retirada de las tropas rojas.» Aumenta el número de bajas en las filas del C. T. V. y para mejorar los ánimos se informa que, finalmente, en la tarde anterior pudo volar la aviación de caza legionaria

que, con ocho aparatos, se enfrentó con veinte cazas rojos, y abatió cuatro.

En la noche del 11 estableció Líster su cuartel en Torija, en el centro de la línea defensiva republicana, con la misión de frenar el avance del adversario hacia Guadalajara. A su izquierda, en Humanes, tenía el puesto de mando la XII División, con Nanetti encargado de enfrentarse con la División Soria que mandaba Moscardó; a la derecha, en Tolmelloso, estaba la XIV División, con el anarquista Mera, cuyos hombres cubrían la línea que de Brihuega llegaba hasta el río Tajuña. La orden que Líster había recibido de Miaja era terminante: contener al enemigo, pero el jefe comunista buscaba cosechar nuevos méritos. Acababa de llegar a Torija para reintegrarse al Estado Mayor de la División Líster el consejero militar soviético Alexander Rodimtsev, a quien se le conocía como capitán Pablito. Su nombre se popularizó enormemente en Rusia cuando la guerra germano-soviética, pues se le identificó como uno de los héroes de la defensa de Stalingrado cuando la ciudad del Volga fue atacada por las fuerzas del mariscal von Paulus. Líster, sumamente parco en repartir elogios, lo describió así en sus memo-rías: «Era un oficial soviético que desde los días de la defensa de Madrid estaba en la División ayudando a todo y pegando tiros cuando hacía falta. Todos le queríamos por su cordialidad, su temple extraordinario, sus conocimientos de las cosas militares, demostrado todo ello en Madrid y en el Jarama. Su acción en Guadalajara superó aún todo lo que de él conocíamos. Su actuación posterior en Garabitas y el sur del Tajo y, sobre todo, en Brúñete, había de hacer crecer aún todo ese cariño y admiración que soldados y mandos sentíamos por él. Se presentaba siempre en los lugares donde la situación era más difícil y con sus consejos y ejemplo ayudaba a resolver papeletas difíciles.» La presencia del consejero militar Pablito al lado de Líster explica muchas cosas, por ejemplo: la combinación y manejo de la artillería, los tanques y el apoyo aéreo de mano maestra, por un hombre de oficio cantero que siguió un cursillo en una escuela militar moscovita. Pues bien, cuando Líster se instaló en Torija dispuso de una información clara, concreta y segura de lo que estaba ocurriendo porque el capitán Pablito había recorrido el terreno en que se libraba la lucha durante cuatro días y había presentado ya su informe personalmente en Madrid al consejero Petrovich, luego mariscal ruso, a las órdenes del cual se encontraba.

Líster, en la noche del 11 al 12, reunió en Torija a los jefes y comisarios de las fuerzas que tenía a sus órdenes. Sólo disponía de una parte de las unidades que se concentrarían en el sector. Contaba con las dos Brigadas Internacionales, XI y XII, bastante desgastadas por los combates librados los días anteriores; los restos de algunos batallones de las fuerzas que guarnecían el frente antes del ataque del C. T. V. y que tenían poca capacidad combativa; un batallón de tanques y cuatro baterías de artillería. Aguardaba para la misma noche la llegada de la IX Brigada y sabía que estaban en camino las Brigadas X y LXX, pero no podía esperarse su arribo. Era menester tomar una decisión y ésta no podía ser otra que pasar a la ofensiva, pues la experiencia siempre ha enseñado que el ataque es la mejor táctica defensiva. El plan que expuso Líster fue: al día siguiente, la IX Brigada, reforzada con el Batallón Pasionaria de la L Brigada y el Thaelmann de la XI Brigada Internacional, un batallón de tanques y apoyada por dos baterías de artillería y por la aviación que se pudiese conseguir, atacaría a lo largo de la carretera de Francia para echar a los italianos de Trijueque. Esta decisión mereció la aprobación de todos los presentes. Se buscó la colaboración de la aviación y Líster recibió la promesa de Hidalgo de Cisneros, jefe de la aviación republicana, y del general Schmutchkievich, que actuaba de instructor y consejero soviético, que contaría con el máximo apoyo aéreo. Precisamente la víspera, o sea, el 11, en los aeródromos cercanos al campo de batalla, se habían concentrado 45 aviones de caza, 15 de asalto y 11 bombarderos.

Cuando Líster y sus consejeros terminaban de planear la acción y cursadas las órdenes correspondientes, en la mañana del 12 el mando italiano puso en marcha sus fuerzas con el objetivo de conquistar primero Torija y abrirse camino hacia Guadalajara. El despliegue de las columnas motorizadas del C. T. V. se efectuó precedido de bombardeos que realizó la aviación legionaria durante toda la mañana. A las doce de la mañana, al disponerse a emprender la marcha, las columnas motorizadas se encontraron con la sorpresa de verse atacadas por la IX Brigada, con el batallón de tanques en vanguardia, luego de una corta, pero intensa preparación artillera y de un activo bombardeo de la aviación roja. Los italianos que pensaban seguir el avance y no habían tomado precauciones, como hubiera sido algunas fortificaciones para el caso de tener que replegarse, vieron que el desconocimiento del adversario que tenían enfrente facilitaba la acción de la infantería, artillería, tanques y aviones de Líster. Los ataques y contraataques se sucedieron durante la jornada y al final de la tarde, las fuerzas republicanas habían avanzado hasta cerca de Trijueque y consiguieron los primeros trofeos y prisioneros italianos.

Los infantes españoles de la IX Brigada fueron los que destacaron más en esta jornada. Los soldados estaban agotados antes de entrar en combate, pues la víspera habían realizado una marcha nocturna de 20 kilómetros hasta alcanzar Torija, y en lugar de encontrar un merecido descanso se les ordenó ocupar posiciones de partida para la ofensiva que iba a tener lugar al día siguiente. Y estas maniobras se hicieron en condiciones sumamente penosas: la nieve caída por la noche se derritió y los infantes debían moverse en terreno barroso. El jefe de estos combatientes era el médico Gonzalo Pando, de treinta y siete años, que dio de lado al bisturí para manejar verdaderos instrumentos bélicos. Empezó como simple miliciano, pronto fue elegido jefe por sus camaradas, junto con los cuales se integró en una compañía de españoles que luchaba con el Batallón Thaelmann hasta ascender a capitán. Desde el 11 de febrero, con el nombramiento de Líster para jefe de División, Pando se hizo cargo de la jefatura de la IX Brigada, al frente de la cual participó en las operaciones del Jarama, Guadalajara y Brunete. Rodimtsev, que lo vio múltiples veces en acción, hizo de él este elogio: «Viéndole mandar, no cesaba de imaginarme que si a jefes de la madera de Pando se les pudiera dar en cualquier cursillo aunque no fuera más que los fundamentos de la teoría militar, de ellos saldrían prestigiosos jefes militares del incipiente Ejército republicano.»

En muchos de estos hombres había madera de luchadores, pues por algo descendían de aquellos guerrilleros que no pudieron aplastar los ejércitos napoleónicos y que más tarde lucharon en el bando carlista o liberal; pero si eran osados y resistentes como sus antepasados, brillaban igualmente por su carácter individualista e indisciplina. Al regresar la noche del 12 a Torija, luego del combate, en su puesto de mando se le comunicó que el jefe del Cuerpo, teniente coronel Jurado, había llamado varias veces por teléfono preguntando qué pasaba en el sector, y que, al responderle que las fuerzas estaban avanzando, había inquirido sobre quién había ordenado avanzar o autorizado la operación; por último había dejado el encargo de que Líster hablara con él a su regreso. Al establecer contacto telefónico con Jurado, éste le preguntó que quién le había autorizado a atacar al enemigo. Como buen gallego, Líster dijo que él no había atacado a nadie, sino que fue el adversario el que había lanzado el ataque y que sus fuerzas, luego de rechazar los golpes, habían pasado al contraataque y, al retroceder el enemigo, le habían perseguido. Seguidamente le solicitó permiso para trasladarse a su Estado Mayor y, concedido éste, partió para allá. Aún no se le había pasado el enojo a Jurado cuando llegó Líster y lo recibió de mala manera, Este le expuso con paciencia la situación y lo que consideraba que se debía hacer al día siguiente. Después de un largo forcejeo llegaron a un acuerdo para que se operara ese día. Y esto lo hizo Jurado en contra de la opinión de Miaja, compartida por él, según Líster, que añade seguidamente: «Pues maldita la opinión que él tenía de nuestro joven ejército y de todos nosotros.»

Sin unión, respeto y disciplina era evidente que no se podían alcanzar objetivos decisivos. Los intereses de partido estaban por encima de todo. Era bien sabido que las unidades comunistas estaban mejor equipadas que las anarquistas, porque los primeros habían gozado del privilegio de la tajada de león en el reparto de las armas llegadas de la Unión Soviética. Ahora los partidos y sindicatos pusieron empeño especial en procurar que los combatientes de Guadalajara recibieran toda clase de equipos. El comisario político del IV Cuerpo de Ejército, Zapirain, comentaba el cambio operado con su jefe. Jurado recordará: «Hasta los partidos más opuestos olvidaron por aquellos días sus luchas y rencores, para cooperar en la salvación del frente.» Todos buscaban dar facilidades: en las primeras líneas de batalla estaba la buena disposición de las tropas para vencer a los italianos, mientras en la retaguardia se dejaba libertad al mando en sus determinaciones. Añadirá Jurado: «Hasta el extremo de que drásticas medidas que tomé quitando mandos hasta de jefes de brigada, encarcelando a unos y sumariando a otros, sin tener en cuenta que fueran militares profesionales o de milicias, cualquiera que fuera su partido, para imponer la disciplina y la obediencia, se efectuaron sin la menor protesta de los partidos, sindicatos y la superioridad.» Se trataba de un caso insólito y desconocido hasta entonces y el primer sorprendido fue el mismo Jurado, ya que suponía que debería vencer no pocas dificultades que provocarían la disparidad de criterios y la desunión existente en las fuerzas a causa de las distintas corrientes ideológicas que muchas veces constituían barreras insuperables. Comentaré el jefe de la batalla de Guadalajara: «Se me demostró que tenía completo apoyo como creo que hasta ese momento no había tenido ningún militar profesional que no perteneciera a partidos. Verdad es que sin este apoyo hubiera estado incapacitado para tomar las medidas necesarias que exigían los graves momentos porque estábamos pasando.» Y con la filosofía que adquirió a medida que conoció los sinsabores que experimentó en los diversos mandos que se le confiaron, hasta el último que fue nada menos el de jefe del derrotado ejército que pasó los Pirineos catalanes para internarse en Francia, Jurado

concluyó: «No hay que dudar que si la derrota hubiera sido nuestra, me hubieran faltado recursos para responder a las acusaciones más o menos injustas que se me hicieron.»

La unión se había hecho y los planes del mando se cumplían. Estos consistían, de momento, en reaccionar contraatacando en todos los momentos posibles para tener en las manos la iniciativa e impedir que el adversario se adelantara y tomara la ofensiva. El día 14 los republicanos recuperaron el palacio de Ibarra, un conjunto de construcciones dominado por una torre y que estaba integrado por una mansión y alrededor de ella casas rústicas, depósitos y cuadras, cercado todo por un muro de unos dos metros de altura. La posición, que los italianos llamaban El Castillo, estaba ocupada por el Batallón fascista «Lobos», de Toscana. La operación se confió a la XII Brigada Internacional, al mando de Lucakz, y la operación corrió a cargo del Batallón «Garibaldi» y dos compañías franco-belgas; los italianos atacaron de frente y los otros internacionales lo harían por los lados. Los hombres que iban al asalto contaron con el apoyo de artillería y de cinco tanques soviéticos provistos de cañones y ametralladoras. Al avanzar los carros hacia el palacio de Ibarra, los legionarios se retiraban de las posiciones que ocupaban en el bosque para defenderse protegidos por la tapia que rodeaba los edificios, pero pronto cometieron otro error: abandonaron las tapias y se encerraron en las casas. Los atacantes aprovecharon inmediatamente la situación para ocultarse tras el muro mientras los tanques proseguían su avance y disparaban su artillería contra las puertas del palacio y con sus ametralladoras procuraban que el enemigo no instalase nidos en las ventanas. Los «Lobos» de Toscana resistieron durante varias horas a pesar de las bajas que sufrían; algunos de los caídos recibirán la medalla de oro como homenaje póstumo a su conducta heroica. Están cercados y no pueden retirarse; deben aguardar ayuda o rendirse. Continúan combatiendo y mientras disparan sus armas llegan los gritos de «Fratelli nostri», que los estremece y los hace vacilar. Desde un altavoz colocado en el lugar más cercano al edificio principal la voz clara de un *fratello* invita a los fascistas a rendirse. Les promete que serán tratados como hermanos. Les informa de la buena suerte que han corrido los 34 hombres de su mismo batallón que fueron hechos prisioneros hace cuatro días. Afirma que puede proporcionarles la prueba fotográfica de cuanto dice: un pequeño manifiesto que reproduce el grupo de prisioneros con el comandante y los oficiales en el centro. Un silencio sigue a las manifestaciones y promesas que se les formuló por el altoparlante.

Son las cinco de la tarde; la batalla comenzó a las 11; es decir, que el combate se prolongó durante seis horas. Un dinamitero español avanza para colocar una carga de dinamita junto al edificio; enciende la mecha y se retira inmediatamente. Se produce un bramido rabioso y un gran derrumbe. Los atacantes avanzan con las armas preparadas, pero no disparan; lanzan la propaganda con las fotografías y conminan a los adversarios a que se entreguen. Los legionarios vacilan, pero no entregan sus armas; los gritos de «Fratelli nostri» vuelven a sentirse, mientras se les pide que recuerden a sus hijos y a sus familiares; los garibaldinos les aseguran que nadie les tocará un cabello. Se viven momentos de gran tensión, pero al anunciarse que el combate ha terminado, se asiste al espectáculo de ver a los prisioneros cómo son recibidos con manifestaciones de júbilo por los garibaldinos, mientras se recogen a los heridos de uno y otro bando para ser transportados a los puestos de socorro. Fascistas y antifascistas son, en realidad, hermanos italianos y, por lo tanto, seres humanos que se mueven por sentimientos más de afecto que de odio. La batalla hubiera podido prolongarse pues los defensores disponían de elementos para resistir; el botín es copioso: cañones, decenas de ametralladoras, seis camiones, seis tractores para la artillería, dos motocicletas, miles y miles de cartuchos, víveres y uniformes en gran cantidad. Se recogieron igualmente algunas carteras de oficiales con distintivos, credenciales con altaneras frases fascistas y documentos que pudieran comprometer al entregarse como prisioneros. Los muertos recibirán piadosa sepultura. Pronto el mundo tendrá muestras de la literatura que salía de la pluma de los legionarios muertos, heridos o prisioneros del palacio de Ibarra. La Prensa mundial se hará eco de estas quejas que poco tienen que ver con el Nuevo italiano que Mussolini creía haber forjado. Uno de los oficiales profesionales que cayó para siempre en el combate confiaba sus pensamientos a un diario íntimo. Algunas de sus frases: «Nunca pensé que en nuestro batallón se hubiera reunido toda la canalla de nuestra patria»; «en nuestro batallón hay muchos borrachos y una multitud de picaros; si vamos al combate nos mataremos entre nosotros mismos». Sin embargo, tiene un consuelo: «Me sostiene un solo pensamiento: que nuestro Duce no duerme ni de día ni de noche, y pregunta por nosotros con frecuencia.» Una manera distinta de pensar se revela en las páginas del diario de un oficial, voluntario fascista, muerto también en el palacio de Ibarra. Todavía no deja Italia cuando ya está arrepentido: «Si lo hubiera sabido no salgo. El entusiasmo disminuye a medida que aumentan las reglas militares.» Como buen fascista está en desacuerdo con los oficiales de carrera: «Como nos fastidian los oficiales del Real Ejército: impunidad, arribismo, en-

vidias. A nadie le importa nada; sólo piensan en las condecoraciones y recompensas. Desean hacer carrera, ascender y asegurar su subsistencia.» El combate del palacio de Ibarra es bien aprovechado por la propaganda antifascista, hábilmente manejada por las manos expertas de políticos como Nenni, Longo y Pacciardi, para demostrar que el italiano que lucha movido por sus ideales —el caso de los combatientes del Batallón «Garibaldi»— no le importa morir y resisten y contraatacan valientemente, mientras que los llamados voluntarios fascistas carecen de la fe en el ideal para obrar así y, por tanto, ceden, arrojan las armas y huyen. Y estos propagandistas preguntaban: ¿Por qué habrían de resistir y combatir bajo el mando de oficiales a quienes no les importan ni los hombres ni la guerra, en ayuda de aliados que no estiman, en medio de un pueblo que desprecian y por el que son despreciados? En verdad, debe reconocerse que fue esta una de las primeras veces que se empleó el arma psicológica con verdadera eficacia. Fue en el frente de Guadalajara, según recuerda Voronov, que como consejero militar soviético dirigía la artillería en la zona, donde se utilizó una instalación radiodifusora móvil. Era conocida en las trincheras por el nombre de «Nueva artillería» y su voz se oía a muchos kilómetros. «¡No creáis en la propaganda fascista, entregaos prisioneros sin vacilar, pues, de lo contrario, no saldréis vivos de la España republicana!», se les decía a los legionarios con acompañamiento de *Bandiera rossa*, el himno revolucionario italiano. Asegura Voronov que estos llamamientos tuvieron éxito, pues aumentó el número de desertores enemigos. Sin embargo, donde ejerció efecto esta «Nueva artillería» fue en la moral de los combatientes del C. T. V., ya que lo que decían por los altoparlantes se vio confirmado por los hechos.

El combate librado el día 15 por la reconquista de Trijueque constituyó una exhibición del poder ofensivo rojo. Estuvo a cargo de la XI División de Líster y en la operación intervinieron los tanques «T-26» al mando del general D. Paulov, la artillería de Voronov, la aviación de Schmutchkievich (general Douglas) y los servicios de Rodimtsev (capitán Pablito), en el Estado Mayor. Los cuatro se hicieron famosos en los anales de la guerra que el Ejército de la Unión Soviética sostuvo con la Wehrmacht y se cubrieron de gloria cuando no fueron fusilados por orden de Stalin, suerte que conocieron el tanquista y el aviador. A estas cuatro figuras famosas se unió un español que fue la figura más popular durante la guerra del bando republicano y que más tarde se haría famosísimo en todo el mundo por su increíble huida del territorio ruso. Se trata de Valentín González, «El Campesino», y aquí es oportuno hablar algo sobre él. Su biógrafo, Julián Gorkin, lo ha definido así: «Daba la impresión de un loco heroico, por momentos de suicida; salía de las peores situaciones casi de milagro, sin pararse ante los peligros ni reparar en el precio.» Pero la mejor documentación que existe sobre él, seguramente es lo que dejó escrito Cosme de la Tómente en sus crónicas periodísticas y en las cartas a su esposa Sesé Casuso, quien brilló en los primeros tiempos de la revolución castrista. El cubano Cosme de la Torriente vivía exiliado en Nueva York, después de haber pasado tres meses encarcelado de resultas de su participación en una revolución contra Machado, cuando estalló la guerra civil española. Decidió seguir de cerca el conflicto como periodista, pero en el mes de octubre de 1936 visitó el sector de Somosierra que mandaba el coronel Francisco Galán y allí conoció a Valentín González y no pudo resistir la tentación de renunciar al periodismo para convertirse en el Comisario de Guerra del Batallón de El Campesino. A su lado siguió el escritor cubano, que había prometido dedicar un volumen a la figura de su jefe y de sus hombres, hasta que el 19 de diciembre de 1936, en el cerro de Majadahonda, una bala le quitó la vida. Observador de aquellos que no sólo se fijan en los gestos y palabras, sino que parecen descubrir lo que piensa la gente, la desaparición de Cosme de la Tómente si para Cuba significó la pérdida de un escritor de espíritu revolucionario recién cumplidos los treinta y dos años, para la crónica de la guerra civil española fue la privación de un testimonio de primera magnitud. Cuando se repasa lo que dejó escrito vemos que manejaba seres de carne y sangre, sensación que no siempre tenemos cuando leemos a Hemingway, aunque éste conoció y dejó un retrato de El Campesino.

Cuando el cubano intimó con Valentín González tenía éste también treinta y dos años, pero con una existencia turbulenta y complicada. Su experiencia de la guerra le venía, por un lado, de haber sido contratista de carreteras y haber aprendido a manejar la dinamita con extraordinaria destreza; por otra parte, había servido en la marina y en África, en las tropas del Tercio, como castigo. Allí estuvo dos años largos y al cabo de ellos, a pesar de haber sido llevado a la Compañía de Disciplina, en la que le daban los trabajos más rudos y los actos más arriesgados, fue licenciado por «incompleto». Muerto ya Cosme de la Torriente, se publicó en la revista *Mundo Gráfico*, de Madrid, con fecha 16 de junio de 1937, una biografía de El Campesino en la que se da cuenta de que hizo volar con dinamita una garita que albergaba a tres guardias civiles, y que en Marruecos se pasó al bando de Abd-el-Krim. Tal vez Hemingway sacó de ese trabajo los datos para el retrato que hace de

él en su célebre novela, aunque afirma que fue sargento del Tercio. Gorkin precisa lo de los guardias civiles en esta forma: «En 1925 —¡a los dieciséis años!—, durante una huelga minera en Peñarroya, colocó una bomba de trilita en un puesto de la Guardia Civil e hizo saltar a cuatro guardias.» Sigamos a de la Torriente, a quien confesó que, al principio, era anarquista hasta que un día se tropezó con un murciano que «con su marxismo le pegó tal paliza, que tuvo que recurrir a sus libros, que de nada le valieron y le cogió al murciano tal miedo que le hería más que las balas». Y claro, comenta el cronista, El Campesino no es capaz de resignarse a la derrota, se compró sus libros y antes de terminarlos ya era un «agitador marxista». Esto ocurría en 1929, cuando ingresó en el Partido Comunista.

El Campesino, según su cronista, «carece de esos vicios que tantas veces acompañan, como adorno inevitable, al caudillo popular». Seguidamente afirma que «no es borracho, ni jugador ni mujeriego». Pero «como en España todo el mundo bebe, y como él es una figura de enormes simpatías, adonde quiera que va tiene que tomar una copa de algo... Pero es noble y alegre el vino de España, y jamás lo he visto con aires ni con aliento de borracho». Tampoco lo vio jamás jugarse un céntimo a nada. Y en Madrid tiene «a su compañera, una mujer sencilla y cordial, a la que alguna vez cambia de refugio según van cañoneando los fascistas los distritos». La jovialidad de El Campesino con las mujeres, es particularmente burlona. Se divierte asustándolas. Les dice que los moros están al llegar; que van a hacer horrores, y, riéndose con su reluciente dentadura, les pregunta si, en el fondo, no están deseando que acaben de llegar.

Se creía que era un tipo único y le molestaba que le compararan con nadie. Ni con Pancho Villa, ni con Chapayev el guerrillero ruso cuyas proezas eran recordadas en una película que se daba en aquellos tiempos en los cines madrileños. Pero muchos, por ciertos parecidos naturales, hacían la comparación, cosa que le ponía nervioso. De la Torriente sostenía que «en muchos aspectos creo que tiene razón para no sentirse satisfecho con el paralelo». Porque El Campesino, aparte de sus características personales, puestas a plena flor con el torbellino de la revolución, es un militante político, obediente a la rígida disciplina del Partido Comunista español. Orgullo, y muy profundo, tiene de ser comunista. Y proclama, como una hazaña, que lo es desde hace tiempo, desde que aquel «murciano de la hostia» le dio tan tremenda paliza con su marxismo. Desde entonces, El Campesino perseguido de pueblo en pueblo, preso de cárcel en cárcel, participó en todas las luchas ilegales y legales del Partido Comunista en España. Y fue el compañero inseparable de Paco Galán. El, admirado de sí mismo, recuerda con asombro, cómo, sin haber estudiado nunca «se estaba dos horas seguidas diciendo barbaridades desde la tribuna». Estaba satisfecho de no haber estudiado mucho y, sin embargo, saber mucho. «O conocer mucho, que no es lo mismo, pero es más», observará de la Torriente. Valentín González se sentía entonces orgulloso cuando decía: «Yo soy el comandante Campesino.» Igual que el guerrillero ruso Chapayev sentía un invencible desprecio y recelo por la «táctica militar burguesa», como llamaba él a todo lo que planeaban los oficiales, aunque fueran revolucionarios. Su cronista reproduce como salido de sus labios: «Chico, casi todos son "carcas" perdidos. Al principio yo no tenía mucha fe en mí, pero cuando he visto lo que éstos me han enseñado, después de tantos años de estudio, y que resulta menos de lo que pienso, me río de la "táctica burguesa".»

Los paralelos con Pancho Villa le molestaban todavía más, pero no dejaban de tener ciertos puntos de contacto, reconoce de la Torriente. «De ellos, el más señalado, es el de que es un hombre implacable con el enemigo y el cobarde, y con el valiente complaciente hasta la debilidad casi.» El escritor cubano lo justifica: «Tiene razón de ser implacable con el enemigo. Cuando era un agitador clandestino, los fascistas lo arrojaron de su casa varias veces; se la quemaron; con la mujer lo echaron una vez a la montaña nevada, en Avila. Ahora, cuando entraron en Badajoz, a su padre y a su hermana, que pelearon valerosamente, los fascistas les sacaron los ojos y los mataron después. Por eso, arde en deseos de entrar a pelear por Extremadura, su provincia natal, para vengar la muerte de sus familiares y de los miles de revolucionarios asesinados.» Con el cobarde era implacable; e igual ocurría con el desertor. Y con el «turista» de la revolución, como le llamaba al miliciano que siempre quería un permiso para ir a Madrid. «Y su furia en el combate es terrible cuando advierte una debilidad por justificable que aparezca. Cuando ve que a un herido lo cargan más de dos hombres, se pone colérico. El otro día, en Pozuelo, su hermano fue herido. Vinieron corriendo a darle la noticia y dijo: «Bueno, ¿y qué? El no es mi hermano; él es un miliciano. Avisarles a los camilleros.»

Las 24 horas del día las dedicaba a la guerra. Sólo pensaba en ella. Su confidente relata: «Cuando menos lo pueda imaginar cualquiera, en medio de una comida, o despertándose de

pronto, en uno de esos sueños de dos o tres horas que descabeza dentro de su automóvil, me recuerda: "Acuérdate que tenemos que ir al Ministerio de la Guerra a gestionar que nos den mantas." Cuando no al Quinto Regimiento a robarse un mortero del 81. O a un garaje a obtener prestada una camioneta que nunca devolverá. Porque entre sus características de guerrillero, observa su cronista, «una de las más notables es esta, de su sagacidad para obtenerlo todo, para saquearlo todo. Ya sus hombres lo han imitado y es raro el día en que no cambian la pistola por una mejor o un jersey malo por una manta buena. El Campesino entra en una oficina y, antes de que él hable, ya le están diciendo que no, porque saben que va a pedir algo. El, unas veces se ríe y otras grita, y, en definitiva, siempre se lleva lo que quiere. Su preocupación mayor, como dinamitero que ha sido, es la de tener buenas y abundantes granadas de mano. Y ametralladoras y morteros. Mas todo lo que obtiene es siempre para sus hombres».

Se comprende bien que Hemingway y todos los que tuvieran oportunidad de entrar en contacto con El Campesino y sus hombres quedaran sumamente impresionados. Constituía el reflejo de lo que entendían por individualismo español, al mismo tiempo que parecía que su gente salía con vida de las páginas de viejas historias sobre aquellos guerrilleros que lucharon contra los soldados napoleónicos. Merece reproducirse esta página de Cosme de la Torriente: «El batallón entero es una tropa popular, vestida como el resto de las milicias de España, a su manera, unos con un gorro característico de la guerra lleno de letreros que dice: "Columna Galán, Batallón Campesino". Frente de Somosierra, etc. Otros usan gorros a la rusa, de diferentes colores. Otros visten "mono azul"; otros amarillos; algunos chaquetones de cuero y jerseys o pellizas originales. Las órdenes que dan los oficiales son únicas. En un despliegue de guerrilla, para tomar posiciones bajo el fuego, un capitán ordenó: "Uno atrás de otro, sin hacer acordeón, ni ná'deso", con lo que quería decir que se fuera de uno en fondo, manteniendo la línea recta. Sus hombres lo entendieron perfectamente. Otro capitán, que llevaba un sombrero cordobés y un sable quitado a algún oficial fascista, ordenó a su gente avanzar de la siguiente manera: "De frente en columna de viaje." Y también lo entendieron. El Campesino no se ocupa mucho de estos detalles del "arte militar burgués", como lo llama despreciativamente. Lo importante es que sus hombres cumplan con el juramento que se les impone al entrar en el Batallón: "Juramos ante los trabajadores del mundo no dar un paso atrás y estar siempre adelante." La palabra "retirada", el Campesino dice que está retirada del diccionario. Y, cuando por órdenes superiores, para atender a ciertas cosas tácticas, hay que retirarse porque los demás no avanzan demasiado, entonces esto no se llama retirada, sino repliegue. Y así lo explica a sus hombres para que no confundan una cosa con otra.»

Valentín González, «El Campesino» —se continúa leyendo en esta magnífica página del escritor cubano— siempre ha llevado su insignia de comandante del Quinto Regimiento de Milicias Populares. Que está orgulloso de ella no cabe duda. Las estrellas que da su batallón las da sobre el campo de batalla. Por eso, como dice él, «brillan más que las de las tres de la mañana». Pero esto no quiere decir que haya jerarquías de carácter militar. Cuando El Campesino bromea con sus hombres, se burla de ellos y ellos de él sangrientamente. Su chófer le dice «moro», el ayudante lo llama «gilipollas»; otro le dice que está muy gordo para la guerra; otro se burla de su tabardo. Y él goza con estos duelos polémicos con sus hombres, a los cuales, por mejor ingenio, siempre aplasta. Es el héroe popular por excelencia, con todas sus exageraciones, defectos y virtudes; sus hombres, que bromean con él hasta el insulto y la procacidad, sienten por él una admiración enorme. Sus hazañas, que él exagera, las exageran ellos más aún. Y con frecuencia, delante de él mismo, las relatan terriblemente desfiguradas. Y él aprueba siempre con tal de que sean extraordinarias. Su virtud principal acaso consista en la fe que sabe inculcar en sus hombres. Lo que él ordena es cosa hecha sin más obstáculos que la muerte. Y esa virtud no se puede poseer sin tener a la vez la voz del mando. Por nacimiento El Campesino es un jefe, un guerrillero.

A esta descripción, hecha con mano segura, hay que recordar la historia de su barba legendaria. En los primeros días de la guerra El Campesino y el coronel Francisco Galán, que mandaba un sector de Somosierra, cerraron un pacto: dejarse crecer las barbas y no afeitárselas hasta la que ellos esperaban pronta entrada en Burgos. La guerra se alargó y Galán no tardó en afeitarse. Quiso imitarle El Campesino, pero recibió órdenes terminantes del Partido Comunista de no proceder de igual manera. Sus barbas eran legendarias, pues con ellas se le conocía no sólo en España sino en todo el mundo: la propaganda no podía renunciar a una figura que se había popularizado de manera tan extraordinaria. El Campesino con la cara limpia hubiera perdido gran parte de su valor propagandístico. Cumplidor siempre de las órdenes del Buró Político comunista, conservó las barbas hasta que finalizó la guerra. Cuando se las afeitó se transformó en un hombre nuevo, cosa que facilitó su fuga, ya que a nadie se le ocurrió buscar a El Campesino con el rostro

limpio. De la Torriente nos dejó el siguiente retrato: «Joven, con su barba negrísima, sus dientes que relucen, sus brillantes ojos, su gorro ruso, su capote negro, su desenfado insultante, su cara morena, su lenguaje sincero, violento y burlón, su cuerpo un poco grueso y su satisfacción de ser él mismo, y no nadie más, parecido a un tiempo a un moro y a un cosaco, El Campesino es hoy un héroe popular de la revolución española.» Y quienes gustan comparar estilos literarios de distintos escritores cuando describen un mismo personaje, harán bien de analizar la descripción que sobre El Campesino hizo también Hemingway. Mi opinión es que tanto el norteamericano como el cubano se vieron atraídos poderosamente por tan singular personaje y que mientras el primero lo vio con ojos de extranjero como digno de entrar en la extensa galería de figuras que había conocido y descrito, con arte, el segundo lo hace con la pasión que sólo puede procurar la sensación de que se trata de un ser por cuyas venas circula una sangre hermana y que habla la misma lengua que él aprendió de labios de sus padres. Curioso duelo literario que ofrece tema tanto al crítico como al psicólogo. La balanza se inclina, a mi manera de ver, del lado del cubano porque ningún extranjero, por hispanófilo que sea, puede prestar atención y recoger una frase digna de cualquier antología como la que salió de labios de El Campesino en el curso de un debate en que se hacía la apología de la ayuda que la Unión Soviética prestaba a la República: «Caray, estos rusos son la hostia. Se están rompiendo la crisma por unos gilipollas que habernos aquí.» Quevedo hubiera obrado igual que Cosme de la Torriente.

A fines de octubre Valentín González y sus hombres abandonaron Somosierra para tomar parte en la defensa de la capital española. Con su habitual modestia, a su gente sólo les dijo: «Vamos a salvar Madrid.» Las tropas de Yagüe y Várela se encontraban ya en el aeródromo de Cuatro Vientos, y por Pozuelo de Alarcón, Aravaca y Humera tenían la entrada abierta a la gran ciudad. Allí fue El Campesino con los suyos y otros milicianos aguerridos. El ataque de las fuerzas nacionales fue brutal, como lo demuestra que en cuarenta y ocho horas perdió El Campesino a 400 de los 600 combatientes que mandaba. Pero se había cumplido su promesa y Madrid no había caído. El objetivo que los defensores perseguían era no huir ante los ataques de las tropas de choque de Várela y Yagüe. Antes de entrar en combate El Campesino reunió a los responsables de su batallón y les advirtió: «Mañana no se puede retroceder. El capitán que no sepa conducir su compañía adelante, lo fusilo. Si el comandante de un batallón no logra el objetivo que se le ha señalado, lo fusilo también. Yo tengo que repetirlo. Que se pegue un tiro el que no me quiera dar el disgusto de tenerlo que fusilar. Ya no se puede retroceder.» Mientras él decía estas palabras, cuenta de la Torriente, que asistía a la reunión, «yo presté especial atención a los rostros de los hombres, inclinados sobre el plano, iluminado por las velas. Todos resistieron sin pestañear el peso de palabras tan graves. Algunos, sólo dos, dirigieron relampagueantes miradas a otros, como si pensarán que eran éstos los que tendrían más cercana la muerte». Todos los que escucharon estas palabras sabían que no se trataba de simples amenazas que luego se olvidan; El Campesino era hombre de palabra y exigía a sus hombres lo que él realizaba cuando se trataba de superar un peligro. Todos recordaban la lección que les dio cuando apareció el primer tanque que se dirigía contra ellos. El Campesino ordenó que nadie se moviera y él avanzó, protegiéndose con las irregularidades del terreno, empuñando una botella de gasolina en una mano y una granada en la otra. Cuando alcanzó una distancia prudencial y manteniéndose fuera del blanco de la ametralladora de que estaba provisto el tanque, estrelló la botella contra el monstruo de acero y arrojó seguidamente la granada de mano. Se oyó un estallido e inmediatamente se vio al tanque envuelto en llamas. Sus incondicionales prorrumpieron en joles! y aplausos, de igual manera que si su ídolo hubiera sido un torero que lograba terminar su faena sin necesidad de puntilla. No tenía noción de lo que era el miedo y así ocurría que al pasar unos aviones por encima del terreno que ocupaba con sus hombres se limitó a ordenar: «Echarse en tierra y agachar la cabeza.» Cuando los aparatos desaparecieron y pasó el peligro, sus hombres se encontraron que el jefe se había dormido tan profundamente que sus ronquidos se apercibían perfectamente y fue necesario despertarlo. Su cronista cubano lo define así: «Es un hombre excepcional que se pasea entre las balas con la aparente indiferencia del apicultor que cruza sin alarmarse por entre los panales irritados de las abejas.»

Es fácil imaginarse que de un tal maestro debían salir unos discípulos de cuidado. Se les llamaba los dinamiteros de El Campesino; Rojo los citará como «tropas especiales». Pues bien, volviendo a la batalla para la reconquista de Trijueque, diremos que Valentín González y sus 600 hombres de choque tuvieron la misión de penetrar y limpiar de enemigos la población defendida por hombres de la División Littorio que mandaba Bergonzoli. El ataque comenzó a las once y media, cuando la aviación roja en grupos de seis aparatos, uno tras otro y, con cortos intervalos de tiempo, hizo su aparición sobre el campo de batalla. Los cazas sorprendieron a la infantería y artillería

enemigas cuando hacían el relevo; no aguardaban que la aviación volaría con un tiempo lluvioso y poca visibilidad. A las once y cincuenta horas, el grupo artillero descargó su metralla durante un cuarto de hora sobre Trijueque y las formaciones de combate de los italianos. A las doce en punto, los tanques avanzaron a lo largo de la carretera; tras ellos, a los gritos de «hurra», se lanzó la infantería al ataque. Eran los dinamiteros de El Campesino que atacaban por el centro; a la derecha e izquierda de la población lo hacían otras unidades de Líster, a las órdenes directas de Pando. Los tanques arrollaron a los legionarios que defendían los accesos a Trijueque y, después de un breve tiroteo, irrumpieron en el pueblo. Pegados a los tanques, entraron igualmente los infantes. El inesperado ataque de los carros y la infantería desconcertó al enemigo y se le vio abandonar las posiciones sin defenderlas. Pero los tanques únicamente podían operar en la calle principal, que era la misma carretera de Francia, pues las demás eran muy estrechas, con casas de piedra. Esta falta de libertad de movimientos por parte de los tanques fue bien aprovechada por los italianos que desde buhardillas y otros abrigos arrojaron sobre los carros de combate antorchas encendidas hechas con trapos viejos empapados de gasolina o petróleo, además de estallar contra ellos botellas de líquido inflamable. Los tanquistas se vieron forzados a salir de Trijueque pues estaban luchando en situación desventajosa. Pero ya en la ciudad se encontraban los dinamiteros de El Campesino y los batallones primero y segundo de Líster ocupaban las salidas sur y sudeste del pueblo. En esta ocasión no gritaban los atacantes «Fratelli nostri» como había ocurrido en la jornada anterior en el palacio de Ibarra; la lucha era sin cuartel y los legionarios tenían que hacer frente a unos hombres que iban arrojando las granadas que llevaban en sus cinturones y que luego cargaban esgrimiendo sus cuchillos afilados o disparando sus armas automáticas. Cuando los hombres del C. T. V. conocieron detalles de lo ocurrido en Trijueque su moral combativa experimentó un notable descenso porque se dieron cuenta que no se trataba de una guerra de opereta, como algunos definieron la batalla de Málaga: aquí se luchaba a vencer o morir, y esto era algo totalmente diferente de los paseos (*passeggiatta*) por las rutas españolas que se les había pintado antes de embarcarse en Nápoles. Se hizo un esfuerzo para levantar la moral y como hecho extraordinario circuló la versión del comportamiento observado por el general que mandaba la División Littorio. Como curiosidad vale la pena recoger lo que se escribió entonces: «En este crítico momento aparece en primera línea el general Bergonzoli, "Barba elettrica". Le acompañan un grupo de *arditi* y una sección de lanzallamas. El general, de una temeridad que ya es legendaria, toma el mando de los *arditi* y los conduce personalmente. Avanzan a través del bosque y, protegidos por el fuego de una batería trasladada también en primera línea, se lanzan de sorpresa sobre el flanco del adversario. Cuando aparecen se oyen gritos de "¡Saboya!" entre los árboles: son renegados italianos que repiten la vieja treta para engañar a los nuestros. Pero el general Bergonzoli no reduce el empuje del asalto que es seguido por un feroz cuerpo a cuerpo. Junto al general se lanza, esgrimiendo el puñal, el ayudante del capitán muerto. Es herido mortalmente pero muere tranquilo por haber vengado a su oficial, con tres puñaladas aplicadas a un adversario. El contraataque, apenas terminado, cuando una nueva ola de carros de asalto busca restablecer la situación. Un fuego preciso de artillería los fija en el terreno mientras el tiro cruzado de las ametralladoras imposibilita el avance de la infantería roja.»

Aníbal Bergonzoli contaba entonces cincuenta y tres años de edad y era considerado como un modelo de intrepidez dentro del Ejército italiano. Había participado en la Primera Guerra Mundial y lucía la Cruz militar británica con que se premió su valor. Pero desde la guerra de Abisinia, en su pecho brillaba la medalla de oro de la *Valentía* militar, la más alta condecoración que existía en la Italia de Mussolini. Sin embargo, pese a la literatura que surgió en torno a esta figura para promocionarle como el reflejo del legendario valor romano, la ventaja estaba a favor de El Campesino, aunque se le considerara un inconsciente que no sabía lo que hacía. De igual manera, los *arditi*, que equivale a nuestro antiguo ardimento como sinónimo de valor o denuedo, que en las fuerzas fascistas hacían las funciones de tropas de choque, y que en Guadalajara acompañaron a Bergonzoli, no podían compararse con los *dinamiteros* de El Campesino que en Trijueque todavía vestían como unos desalmados, muchos de ellos sin barba porque todavía no les crecía, y que se batían con la osadía que da la falta de miedo y el deseo de pasar por un valiente entre los valientes. Tal vez, sin proponérselo nadie, en la batalla de Trijueque se puede encontrar en estos llamados dinamiteros españoles un vago modelo de las formaciones especiales que con el nombre de «comandos» emplearían los aliados para sus audaces golpes de mano. Para algo el territorio peninsular se convirtió en campo de ensayo para la Segunda Guerra Mundial. En la batalla de Trijueque se combinaron bien la aviación, la artillería y los tanques para abrir paso a las fuerzas de choque. Ocho años más tarde, pero en proporciones enormes, se repetiría la operación en lo que se conoce ahora por Batalla de Berlín.

CAPITULO VIII. LA CONTRAOFENSIVA

Trijueque fue algo más que un triunfo sobre las fuerzas de Roatta; fue la demostración palpable de que había finalizado la etapa de contención, pues quedó probado que las tropas legionarias no se proponían continuar el avance por el momento y, además, no estaban preparadas para la defensiva. Las jornadas del 14, con la recuperación del palacio de Ibarra, y del 15, con la reconquista de Trijueque, se tradujeron en los primeros fracasos del C. T. V. Los republicanos lucharon tenazmente y consiguieron poner en precipitada fuga a los legionarios, que perdieron material y dejaron algunos prisioneros. Jurado dirá: «Para mí fueron inicios claros de la clase de enemigo que teníamos enfrente, demostrándonos que una cosa era la propaganda que hacía Mussolini y otra la realidad convenciéndonos de que podríamos vencer si persistíamos en no dejar descanso al enemigo, á pesar del agotamiento físico de nuestras fuerzas, desoyendo las apremiantes y muy justas peticiones de descanso que reclamaban los jefes de las unidades.»

El mando republicano vio que se le presentaba una buena oportunidad para tomar la iniciativa en sus manos frente a un adversario que moralmente se sentía deprimido. Pero se reconocía igualmente que las tropas combatientes, pese a su buena moral, estaban agotadas físicamente después de veintinueve días que llevaban luchando en el Jarama, primero, y luego, en Guadalajara. Jurado aceptó mostrarse sordo a las demandas y si fuera menester hasta inhumano para no perder la posición de iniciativa que se había conseguido después de Trijueque. Con sus propios ojos veía a los hombres que resistieron al empuje de las divisiones motorizadas como prestaban servicios, noches y días, sin descansos ni relevos, metidos en nieve y fango haciendo trabajos de defensa en los descubiertos llanos de Torija y Brihuega, sin cobijos naturales ni albergues donde pudieran guarecerse de las inclemencias del tiempo, pues continuaban las lluvias y el termómetro marcaba temperaturas bajas. Jurado, buen conocedor de nuestra historia como militar estudioso y preparado, llegó a la conclusión que tenía en sus manos la misma categoría de españoles que un siglo y cuarto antes habían vencido a los ejércitos de Napoleón. Había observado que a pesar de la enorme superioridad que en armamentos modernos tenía el enemigo de hoy, perduraba a lo largo de los siglos el heroísmo y la tenacidad que hacía que los combatientes que estaban a sus órdenes se batieran furiosamente cualquiera fuera el credo político u organización sindical a que estuvieran afiliados. Era, según sus palabras, «el español con sus buenas y malas cualidades que defendía el suelo patrio frente a todas las adversidades, sin escatimar sacrificio alguno».

Pasar de la contención a la ofensiva general a primera vista parecía algo imposible. Las fuerzas republicanas nunca lo habían hecho y no era aconsejable efectuar una perforación en las filas enemigas, sobre todo cuando éste disponía de superioridad de fuego, debido al crecido número de armas automáticas y artillería que tenía, sin olvidar que el tiempo podría mejorar y entonces entraría en juego su poderosa aviación con el objetivo de dominar el aire. Además, precisaba Jurado: «Para efectuar estas operaciones tácticas, se necesitaba disponer de tropas bien encuadradas, instruidas y subordinadas, de las que carecíamos.» Para el mando republicano significaba contraer una gran responsabilidad tomar la decisión de ordenar la ofensiva en todo el frente. Si no se inclinaba por la ofensiva general, que la prudencia no recomendaba porque se jugaba todo a una carta, quedaba el otro camino, el adoptado en la batalla del Jarama, que consistió en resistir simplemente el avance del adversario sin buscar una definición. Ahora existía la posibilidad de derrotar al C. T. V. y acabar con el peligro que pesaría sobre Madrid mientras las columnas motorizadas pudieran repetir su ataque. Jurado recordó entonces las instrucciones del reglamento para el mando de grandes unidades que le habían enseñado sus profesores en la Academia militar. Una de las principales especificaba: «Corresponde al jefe de las fuerzas el terrible privilegio de decidir.» Y la decisión no se podía demorar, ya que si las circunstancias hoy eran favorables, era posible que se operara un cambio mañana, como lo sería que las fuerzas que se hallaban en el Jarama se lanzaran a una nueva ofensiva. Jurado se decidió finalmente por la ofensiva confiando en que la moral altamente combativa de sus fuerzas permitiría exigirles el esfuerzo definitivo. «Mis mayores temores —dirá más tarde— estaban en el límite que puede pedirse a las fuerzas humanas. Para poder responder a ese momento se hacía iridispendible arriesgarlo todo para impedir que los extranjeros tuvieran el triunfo de entrar en Madrid y esto no se conseguía siguiendo a la defensiva.»

Mientras se preparaba la batalla definitiva era menester impedir que el enemigo pudiera adelantar su ofensiva. Jurado y su gente no se imaginaban que Roatta había abandonado sus planes ofensivos para conformarse en quedarse a medio camino. Era necesario seguir atacando al C. T. V., sin darle momentos de reposo mientras se ultimaban los preparativos para pasar a una

ofensiva general. De acuerdo con Miaja y Rojo quedó fijado el día 18 para el avance, o sea, que en tres días se esperaba tener montado el dispositivo. Para ello se reunieron todos los elementos disponibles y se cubrieron en lo posible las bajas que en crecido número tenían las unidades a causa de la guerra y por las enfermedades. La gente nueva, los que jamás habían entrado en fuego, quedó encuadrada entre los combatientes veteranos al mando de los jefes y oficiales que hicieron un duro y sangriento aprendizaje en la recién librada batalla del Jarama. Todo el mundo contribuyó en aumentar la concentración de fuerzas que se iban reuniendo; se contaba con la extraordinaria ventaja de que los efectivos se movían por vías interiores, o sea, que era relativamente fácil retirar hombres y material de la línea de resistencia de la capital para que en veinticuatro o cuarenta y ocho horas estuvieran ya presentes en el punto que se les había designado. El tránsito de camiones entre Guadalajara y Madrid era continuo. Jurado y su Estado Mayor lograron reunir finalmente unos 40.000 hombres con artillería y tanques. Las condiciones climáticas, que debían jugar un papel importante en la batalla, no mejoraban y en los cálculos del mando seguía siendo una incógnita prever si la nieve o la lluvia actuarían de aliados de los fascistas o de los rojos.

Decidida la ofensiva general y fijada la fecha del inicio del ataque era indispensable realizar algo que no fuera el choque frontal de los atacantes contra las fuerzas del C. T. V. Se planeó entonces un movimiento por el flanco derecho de las unidades republicanas desplegadas en el frente, precisamente por el sector ocupado por la División II, al mando del general Rossi, y las Brigadas mixtas formadas por Flechas negras y azules. Buen conocedor de la geografía de la zona, Jurado sabía que tanto a un extremo como al otro del frente se extendía una zona montañosa que era fácil defender de aprovecharse bien los obstáculos naturales. Sin embargo, se inclinó por el flanco derecho porque en el izquierdo el terreno montañoso contaba con grandes barrancadas que hacían más fácil su defensa y, sobre todo, porque la zona estaba guarnecida por las fuerzas hispano-marroquíes que mandaba Moscardó y, por tanto, sería menester conquistar el terreno palmo a palmo, pues la moral de los efectivos españoles combatientes no se había afectado por la operación de Trijueque.

Para asegurarse el exacto cumplimiento de su plan, Jurado concertó, sobre el terreno, una entrevista personal con el jefe de la XIV División, que no era otro que el destacado anarquista Cipriano Mera. Para entender bien el episodio es conveniente detenerse aquí y decir algo de lo que era y significaba Mera. Su división ocupaba el ala derecha del frente, a continuación de la XI División que mandaba el comunista Líster. Hemos visto anteriormente cómo las relaciones entre Líster y el teniente coronel Jurado estaban lejos de andar bien: el comunista obedecía ciegamente las consignas de su partido y tenía un desprecio absoluto hacia todo ser que no era marxista. En su mente no tenía cabida cómo un excelente militar profesional podía dirigir perfectamente una batalla por entender que así cumplía con su deber, sin renunciar para ello a las ideas personales que abrigaba. Mera, en cambio, era el clásico individualista español enemigo de toda dictadura, se ejerza ésta en nombre del proletariado, del capitalismo o de la religión. Pero este gran individualista estaba convencido que todos los gobiernos que había tenido el país sólo buscaban mantener al pueblo en un estado de sumisión y que, por tanto, era indispensable crear un sistema para que los humildes gozaran de una vida mejor y tuvieran acceso al mundo de la cultura. En su concepto rígido de las cosas, la guerra que se libraba no perseguía el mero restablecimiento de la República, que según él se había hundido el 18 de julio, sino el triunfo de la revolución popular, para lo cual era imprescindible evitar que los comunistas se aprovecharan de la guerra y de la ayuda que prestaba la Unión Soviética con miras a establecer su preponderancia en el país apoderándose del poder público. Mera había luchado contra las autoridades monárquicas y republicanas y no modificaría su conducta de vida si los comunistas se apoderaban de los resortes gubernamentales. Precisamente el 19 de julio de 1936 estaba recluso Mera en la Cárcel Modelo de Madrid junto con varios dirigentes cenetistas responsables de la huelga que sostenían los obreros del ramo de la construcción. Después del triunfo del Frente Popular experimentó la C. N. T. un desarrollo considerable en Madrid, que hasta entonces había sido feudo de la U. G. T. Fueron jóvenes anarcosindicalistas los que dirigieron la vanguardia obrera madrileña y la lucha social se endureció en la capital. Par§. demostrar al gobierno republicano que el trabajador quería hechos concretos en lugar de palabras, como había sucedido durante los dos años que Azaña ocupó el gobierno a partir de 1931, los 70.000 obreros de la construcción comenzaron una huelga ilimitada después de una asamblea general organizada en común por las dos centrales sindicalistas, en la que los ugetistas y los cenetistas se comprometieron a no volver al trabajo mas que en virtud de una decisión común tomada en una nueva asamblea general. Los patronos resistieron y en los barrios obreros hubo hambre. Los huelguistas, arma en mano, obligaban a los comerciantes a servirlos, ocupaban los

restaurantes y comían sin pagar. Los comerciantes y pequeños burgueses se atemorizaron al ver que la policía era impotente para controlar la situación. Intervinieron en la pugna elementos contrarrevolucionarios que primero atacaron a obreros aislados y luego dispararon sus pistolas contra los grupos que se encontraban en los lugares de trabajo ocupados. El comité de defensa de la C. N. T. entonces tomó en sus manos la organización de la defensa armada a los obreros. Intervino el Gobierno y los salarios fueron aumentados —en un 15 por 100 para los que eran inferiores de 12 pesetas y en un 10 por 100 para los demás— y se acordó la semana de cuarenta horas. La C. N. T. reclamaba, además de un alza más importante, la semana de treinta y seis horas, un mes de vacaciones pagadas, y el reconocimiento de las enfermedades profesionales, entre ellas el reumatismo. La U. G. T., después de consultar a sus afiliados, dio la orden de volver al trabajo, con lo que quebró el pacto contraído de poner fin al paro sólo por acuerdo tomado en una nueva asamblea de las dos sindicales. Los socialistas sostenían que logrado el objetivo principal, las otras reivindicaciones se alcanzarían después mediante negociaciones. Los cenetistas se enfrentaron entonces a los socialistas y a los comunistas que apoyaban a la U. G. T., tildándolos de rompeshuelgas, de «amarillos». Estallaron reyertas entre partidarios de continuar la huelga y los que volvieron al trabajo. Salieron a relucir las pistolas y en una sola jornada se contaron cinco muertos en las entradas de los lugares de trabajo; tres de la U. G. T., dos de la C. N. T. En Madrid se respiró aquel clima prerrevolucionario que precedió el asesinato del teniente Castillo, de Calvo Sotelo y el alzamiento de las fuerzas militares de Marruecos. Casares Quiroga, a la cabeza del Gobierno, buscó aprovechar el conflicto entre la U. G. T. y la C. N. T. para tratar de decapitar a la organización anarco-sindicalista, que consideraba que estaba aislada y le parecía, también la más peligrosa. La policía clausuró los locales de la C. N. T. y encarceló al comité cenetista de la huelga con Mera a la cabeza. Pero los huelguistas, dirigidos por Eduardo Val, del comité de defensa de la C. N. T. del Centro, siguieron disputando la calle y las entradas a los lugares de trabajo a los obreros de la U. G. T., a la policía y a los falangistas que se habían sumado a la contrarrevolución. Este grave conflicto fue el argumento principal que Casares Quiroga empleó para contestar negativamente la demanda que le formuló Largo Caballero de distribuir armas frente al peligro creciente del levantamiento militar. «Armar al pueblo», a los ojos de los dirigentes republicanos que ocupaban el Gobierno, sería en primer lugar armar a los albañiles cenetistas, armar a la vanguardia revolucionaria, una fuerza que para Azaña, Casares Quiroga y demás ministros era más de temer que los mismos generales que se pronunciaban contra el régimen republicano. Formado ya el Gobierno presidido por Giral y confirmada la sublevación de parte de la guarnición de Madrid, fue preciso amenazar a las autoridades republicanas para que dieran la orden inmediata para que se liberasen los presos gremiales, para que Mera y sus compañeros pudieran recobrar la libertad.

Cipriano Mera, el albañil y dirigente cenetista de la huelga de la construcción, al traspasar la puerta de la Cárcel Modelo se había transformado en un guerrillero. El mismo lo contó con sencillez: «Mora fue a buscarme provisto ya de fusil y cartuchos para mí. Y desde allí mismo, sin saludar a los míos, casi olvidándome de ellos, corrimos a rescatar Campamento.» De allí al Cuartel de la Montaña. El tiempo no existía aquellas jornadas, pues se comía cuando lo exigía el estómago y se dormía en cualquier lugar al sentirse dominado por el sueño. De Madrid partió para Guadalajara, en poder de los militares. Así se reveló que sin saberlo practicaba la buena táctica, pues mientras el grueso de las fuerzas atacantes buscaba abrirse paso por el puente, «formidablemente defendido por la ametralladora que manejaba el mismo coronel Ortiz de Zarate», Mera penetraba en la ciudad con un grupo de camaradas y guardias de Asalto vadeando el río a la derecha. En aquellas jornadas nadie mandaba a nadie; se imponía el que sabía dar órdenes y hacerse obedecer.

Mera lo explicó: «¿Si tres se ponían de acuerdo? ¡Adelante! ¿Si se agregaban veinte más? Adelante también.» Al frente de veinte hombres tiene el propósito de seguir adelante hasta alcanzar Zaragoza. Existían muchos kilómetros de terreno «neutral», pero era menester toda una organización para continuar el avance después de alcanzar Medinaceli. Desalentado, regresó a Madrid, donde el comité regional de la C. N. T. del Centro comenzaba a controlar las actividades de sus militantes. Mera contaba ya con 50 hombres, y se le envió, junto con otros, a sofocar la sublevación de la Guardia Civil de Cuenca, cosa que se cumplió casi sin lucha. Por encargo del gobernador el grupo recorrió la provincia para aniquilar los focos de insurrección que todavía existían. Nuevamente en Madrid se incorporó a la columna cenetista que al mando de un militar profesional, el teniente coronel Del Rosal, se destinó a la defensa de Paredes de Buitrago. Allí comprendió que ante un enemigo de verdad no servía de mucho el entusiasmo combativo y el heroísmo personal. Aprendió que existía un arte militar, servido por cálculos matemáticos, disciplina férrea y organización perfecta. Un día deseó ver a su familia y se dirigió a pedir el oportuno permiso

cuando quince o veinte compañeros más tenían la misma pretensión, aunque todavía no habían regresado parte de los que partieron en días anteriores. Decidió aplazar por un día su deseo, pero siguió aumentando el número de los que buscaban un descanso. Observó que de esta manera las unidades nunca estaban completas y que para la mayoría de los combatientes la guerra era cosa accidental, aunque se batían perfectamente cuando entraban en combate: lo que importaba era ir y venir de los frentes. Una negativa de permiso estuvo en cierta ocasión a punto de provocar una insurrección; otro día se produjo un alboroto porque, cansados de la falta de actividad, impuesta por el mando, querían atacar a fondo, ir «atrás o adelante», como decían. Para acabar con tal situación y calmar a los descontentos tomó Mera la palabra y habló de la necesidad de imponer disciplina y del deber de responsabilidad. Su tesis fue aceptada, y poco después era nombrado por sus camaradas delegado de grupo, y no mucho más tarde, delegado general. La disciplina y la responsabilidad dieron sus frutos, y en una acción bien combinada y ejecutada los hombres de Mera tomaron victoriosamente las alturas de Paredes de Buitrago. Mera, junto con Durruti y García Oliver, eran partidarios de una organización unificada con un mando único. Después de las derrotas de septiembre y octubre era evidente para ellos que si se quería evitar una verdadera catástrofe era menester instaurar una disciplina de hierro en el combate y en el servicio, coordinar los abastecimientos, mejorar los equipos de comunicaciones y elaborar y aplicar una estrategia de conjunto. Pero a partir de allí comenzaron las divergencias entre los anarquistas y los comunistas. Los primeros querían realizar estas transformaciones dentro del marco de las milicias, conservando la elección de los oficiales, el sueldo único, la supresión de los galones y continuar la guerra hasta la victoria sin abandonar las conquistas revolucionarias. Los comunistas, en cambio, con miras a lograr para ellos el control del aparato estatal, exigían que las unidades fueran formadas por reclutas obtenidos por la aplicación del servicio militar obligatorio y el abandono de los métodos revolucionarios para supeditarlos todo a la victoria final.

El desacuerdo entre anarquistas y comunistas existía todavía cuando, a comienzos de noviembre, la suerte de Madrid parecía decidida a favor de las tropas de Yagüe y Várela. Entonces Mera, al mando de mil voluntarios, bajó de las alturas de Albarracín hasta el frente de Madrid. Los nacionales se habían introducido ya en la Casa de Campo. En el primer contraataque las fuerzas de Mera llegaron hasta Garabitas y la Casa de Vacas. Con grandes sacrificios se había resistido, pero Mera acabó de comprender que para ganar la guerra era indispensable oponer a una máquina potentísima, que funcionaba en manos de Yagüe y Várela con la precisión de relojería, otra máquina más perfecta, de mayor precisión, si ello era posible. «Me convenció —reveló Mera— de que el mando único, la militarización rigurosa era el único recurso para ganar la guerra, y ganar la guerra importaba sobre todas las cosas, ya que sólo allí estaba la clave del triunfo de nuestras ideas.»

Fue en estas circunstancias que el militante anarquista que en toda su vida vio a los militares y jueces como los instrumentos que manejaba la sociedad burguesa para mantener a la clase trabajadora en la sumisión, se presentó a la Organización confederal, a Miaja y Rojo, para declarar: «Quiero ser militar; no me importa de qué forma: de sargento o de cabo, simplemente.» De la entrevista que celebró con Vicente Rojo tenemos el relato que escribió el jefe del Estado Mayor de Miaja y que aparece en su libro *Así fue la defensa de Madrid*. Se trata de una página que se debe conocer para entender bien lo que fue la evolución en las fuerzas militares republicanas.

«Hacia las dos de la madrugada —escribe Rojo— se presentó en mi despacho uno de los jefes de las unidades de milicias, que aún actuaron como tales en aquel combate. Era de la organización sindical más reacia a la reorganización que se estaba operando. También fue su unidad de las que más enérgicamente se habían batido en el choque y de las que habían sufrido mayor número de bajas. Se percibía en él al hombre agotado por el esfuerzo físico y moral de la jornada. Pidió permiso para sentarse. Sabía yo que era un hombre enérgico, duro, valiente, de pocas palabras, reflexivo, simple y radical en sus determinaciones; inspiraba a sus subordinados, como principal "responsable" de la Columna, extraordinario respeto, y le teníamos gran estimación en el cuartel general, porque conocíamos la recta intención que ponía en todos los actos de su conducta. Me preparé para *resistir* las reclamaciones que pudiera hacer, muy frecuentes en aquel tiempo. Parecía abrumado. Guardaba silencio. Su actitud hosca y su mirada incierta, excepcional en él, no permitían descubrir su pensamiento. Le tiré de la lengua:

—Duro lo de esta tarde, ¿eh?... Sé lo bien que os habéis portado, y lo sabe el general, al que he informado. Por mi parte, te felicito.

—No he venido a eso, mi teniente coronel.

—Dime, pues, qué te trae aquí a estas horas, cuando aún pueden ocurrir "cosas" en tu sector.

—Necesito verles en seguida. Allí ya no pasa nada, ni puede pasar. Se les ha escarmentado. Vengo a que me haga algo, a que me dé un grado cualquiera. Hágame sargento. Póngame unos galones, una estrella; quiero mandar como mandan los militares; mandar y que me obedezcan; así, a rajatabla. Yo ya no soy el "responsable" M.; quiero ser el sargento M., o lo que sea; y si soy el sargento M. no volverá a pasar lo de hoy...

—Lo de hoy ha sido un éxito para ti y un triunfo para tu unidad.

—Sí. Pero ¡a costa de qué trabajo, de cuántas bajas! Si yo hubiera sido el sargento M. habrían sucedido las cosas de otro modo. No me diga más, mi jefe; hágame sargento, por favor.

—Serás más. Tu columna sólo la puedes mandar tú, y es mucho más que una sección, que es lo que mandan los sargentos...

—Mi columna ya no debe ser columna. Me he convencido hoy, y le pido que la convierta en Batallón, en Brigada, en lo que sea, como las demás, pero que tenga un jefe, un buen jefe...

El imperativo implacable de las leyes tácticas le habían quitado la venda de los ojos a aquel luchador, tan apasionado y terco en la defensa de sus convicciones políticas y sindicales como valiente y tenaz en su conducta militar. La resolución psicológica del incidente no podía diferirse. Lejlevé a la presencia del general, que se retiraba en aquellos momentos a descansar. Y el "responsable" salió del cuartel general aquella madrugada con el nombramiento de mayor. Los políticos habían regalado muchos grados, ¡pero lo de ahora no era un regalo!»

Este Cipriano Mera, de profesión albañil, que el 7 de noviembre salió de su entrevista con Rojo y Miaja convertido en un mayor, y que contaba con la plena confianza del mando supremo republicano, es el mismo a quien Jurado le encomendó la maniobra que iba a ser la clave de la derrota de los italianos en Guadalajara. Las órdenes las daba el mismo jefe del IV Cuerpo de Ejército personalmente al jefe de la División XIV sin testigos de ninguna clase. Esta medida de precaución se tomaba para burlar a los espías que con gran eficacia venían actuando dentro de los Estados Mayores de las unidades republicanas. Jurado explicó minuciosamente a Mera los detalles del movimiento envolvente a cargo de las brigadas de su ala derecha. Era menester obrar de tal manera para impedir que el adversario se diera cuenta de la maniobra. Para ello la Brigada 72 debía permanecer completamente oculta a la vista del enemigo en los pueblos situados al otro lado del río Tajuña; todos los movimientos de personal y vehículos debían suspenderse durante el día, para hacer los aprovisionamientos de noche, con luces apagadas, a fin de no ser descubiertos por la aviación. Indicó el asentamiento de dos baterías que llegarían en la noche del 17, con la misión exclusiva de hacer fuego de contrabatería, pues se suponía que la artillería legionaria para no meterse en el terreno enfangado se colocaría por calibres en la carretera que une Brihuega con Almadrones, quedando así enfilada de costado por las dos baterías superpuestas. La infantería debía estar dispuesta para empezar su avance descolgándose por las barrancadas, para atravesar el río Tajuña por encima de Brihuega y no comenzar hasta que estuviera bien empezado el ataque de las divisiones XI y XIV, para permitir que el adversario acudiera con sus reservas y poderle coger así de sorpresa cuando tenía sus efectivos empleados.

Y rápidamente llegó la hora H, pero no se pudo empezar el ataque, como estaba ordenado, en las primeras horas de la mañana del 18, por haberse retrasado algunas unidades que incorporaban a las fuerzas republicanas sus efectivos y, sobre todo, tanques. Sin embargo, a las nueve se combatía duramente, a pesar del mal tiempo reinante. Los republicanos, explotando las mayores posibilidades de la zona de bosques entre Brihuega y Trijueque, lograron algunas ventajas sensibles. A las once, aproximadamente, una lluvia torrencial imposibilitó todo avance; los tanques dejaron de avanzar a causa del terreno fangoso que se formó. Algunos jefes comunicaron a Jurado que ante la imposibilidad del avance sería mejor aplazar la operación para el día siguiente. El jefe del IV Cuerpo se opuso resueltamente a esta solución; sólo admitió una tregua para continuar más tarde, en el momento que dejara de llover torrencialmente. Serían las trece treinta cuando empezó a despejar, y Jurado insistió en que se cumpliera la orden de avance. Opinaba él que el enemigo ya habría descubierto las intenciones del mando republicano y observado el dispositivo tomado por las tropas y, por tanto, se debía aprovechar la ocasión de tener montado el dispositivo de ataque, aunque fuera menester continuar combatiendo de noche.

Aproximadamente a las quince, y bajo la lluvia, aunque menos intensa que durante la mañana, el combate se extendió en todo el frente. El C. T. V. quedó sorprendido probablemente porque interpretó la interrupción anterior del ataque republicano como una definitiva paralización de la operación. Esta situación fue aprovechada por la infantería, que con escasos apoyos de artillería,

debido a las dificultades que debían vencer para cambiar de posición en terreno enfangado, quedaba retrasada y sus fuegos fuera del alcance para prestar apoyo a la infantería. La aviación tampoco pudo facilitar el apoyo esperado a causa del mal tiempo. Fue la infantería, que pese a la escasa preparación artillera salió de sus ligeras defensas para luchar impetuosamente contra el fango, el enemigo y sus defensas. Rojo subrayará que «una pasión enardecía a todos, desde el simple combatiente y los cuadros de mando hasta los mandos superiores. Los infantes estaban extenuados de frío y fatiga, pero decididos a vencer a los italianos se avanzaba sin mirar atrás, arrollando todos los obstáculos que se oponían a su paso».

El anarquista Mera, con su División XIV y su Brigada 72, atacó de frente y por el flanco derecho, cumpliendo el cometido que se le había fijado de envolver al adversario. Los hombres de la Brigada 72 se descolgaron por las inaccesibles barrancas de la margen izquierda del Tajuña, pasando el río y escalando la ladera opuesta para sorprender al enemigo con sus fuegos en la retaguardia. La división que mandaba el general Coppi, cuyos jefes habían prestado atención al ataque principal y descuidado su flanco izquierdo, cuando se vieron copados en su mayor parte, aunque en las alturas resistían algunos núcleos, ofreció una débil resistencia. Pero ésta fue vencida fácilmente y se pasó al ataque decidido de la retaguardia de las divisiones de Coppi y Rossi. Los legionarios, al verse o creerse copados, pues se encontraban entre dos fuegos enemigos, huyeron en desorden y abandonaron su artillería y la sede del cuartel general divisionario, siendo perseguidos por los combatientes republicanos. Rojo señaló que en esa ala se inició la crisis.

En el flanco izquierdo, la División XI, al mando del comunista Líster, luchaba desesperadamente para vencer la resistencia que ofrecían las divisiones mandadas por los generales Nuvolari y Bergonzoli. Con empleo de tanques y artillería, y en una poderosa embestida, se consiguió romper el frente, pese a la resistencia que intentó oponer el general Bergonzoli, que logró que sus hombres se batieran enérgicamente. Pero la entrada de los hombres de Mera en Brihuega, que abandonó la división de Coppi al anochecer, al ver que se cortaban sus comunicaciones con la retaguardia, ensanchó la brecha abierta. Líster aprovechó esta favorable situación para iniciar un movimiento envolvente contra la IV División Littorio, lo que obligó a Bergonzoli a emprender una retirada que pronto se convertiría en precipitada huida, por temor de ver copadas sus fuerzas. Al retirarse tan precipitadamente dejaron en manos republicanas una considerable masa de heridos y materiales.

Una mejora de las condiciones atmosféricas permitió una mayor intervención de la artillería y la aviación, que manejaron hábilmente los técnicos soviéticos. La abundancia de medios de transporte motorizados jugó entonces una mala pasada a los italianos. En las carreteras que se extendían a la retaguardia del C. T. V. se formó un gran conglomerado de camiones, tractores y automóviles que en muchos sectores formaban varias filas en una sola dirección y sin dejar espacio para un tránsito en sentido contrario. La retirada emprendida obligó a toda esta conglomeración de vehículos dar vuelta para regresar hacia el punto del cual partieron. La aviación, con sus bombas y ametrallamientos, y la intervención de la artillería provocaron un desorden tal que el C. T. V. debió abandonar gran cantidad de material rodado. Los estrategas de la *Blitzkrieg* no habían resuelto lo que se debía hacer cuando debía pararse un avance y emprender un retroceso. La falta de experiencia y de previsión agrandó extraordinariamente las proporciones de la catástrofe.

El ala izquierda republicana no pudo efectuar avance alguno. La XII División, al mando del comunista italiano Niño Nanetti, y la Brigada 50 (Internacional) intentaron avanzar, pero fueron contenidas por las fuerzas hispano-marroquíes del general Moscardó. Bien fortificadas y operando en terreno montañoso con profundas barrancas, la división de Soria logró mantener perfectamente sus líneas sin modificación. El hecho de que sólo cedieron los frentes donde operaban los italianos, y no se perdiera un metro de terreno en los puntos defendidos por las tropas nacionales, incluyendo la Brigada española que sustituyó al Cuerpo italiano al término de la Batalla de Guadalajara, hizo que en la zona franquista se considerara que la derrota había sido exclusivamente italiana. Esta opinión ha sido recogida por el aviador Jesús Salas Larrazábal en su importante obra *La guerra de España desde el aire*. Ello explica que se llegara a cantar el «Guadalajara no es Abisinia», con variantes tremendas, como «la retirada fue cosa atroz, / hubo italiano que llegó hasta Badajoz». El embajador italiano, Cantalupo, escribió en su libro que el «insuccesso» de los italianos en tal forma se festejó en la zona nacional que en un cuartel de Caballería los oficiales franquistas habían brindado por la falta de éxito que tuvieron los italianos. El hecho es verdad, pero no ocurrió en un cuartel de Caballería, sino en el cuartel provisional que el general Monasterio tenía establecido en Valdemoro, en el frente de Madrid, reforzado con piezas de artillería de las que mandaba entonces Alarcón de la Lastra, quien más tarde fue general de división y ministro de Industria y Comercio. Un

testigo presencial de la derrota italiana fue Ángel Alcázar de Velasco, viejo camisa azul que entonces dirigía los servicios de Prensa y Propaganda de Falange. Después de la batalla se reintegró a la central de P. y P. provisto de muchos detalles de lo que había sido la catástrofe del C. T. V. Acompañado de Antonio Tovar, mi amigo se trasladó a Valdemoro y con Monasterio recorrieron el frente. En la noche el general pidió que le contaran nuevos detalles sobre lo que había sido la derrota. Se reían mucho, porque la bravuconada de los legionarios duró* hasta la hora de la verdad, es decir, cuando Mera y Líster pasaron al ataque. Surgió la idea de festejar el acontecimiento con un brindis, pero uno de los presentes observó: «No debemos ser tan egoístas que lo celebremos sin la participación de Alarcón de la Lastra. Que vaya uno a buscarle.» Se presentó el jefe artillero, y todos los presentes levantaron la copa por el heroísmo español, *fuera del color que fuera*. Alguien de los presentes exclamó: «Creían que los españoles rojos eran abisinios.» Alcázar de Velasco, que como periodista de *La Nación*, de Delgado Barreto, había asistido a la campaña de Abisinia, y vio cómo las tropas italianas emplearon lanzallamas para vencer a los abisinios, provistos de humildes lanzas, atajó rápidamente: «Me consta, porque lo he visto con mis propios ojos, que si los abisinios hubieran dispuesto de armamento similar al italiano los súbditos del Duce no hubieran transmontado Asmara.»

Hedilla, que mantenía excelentes relaciones con Cantalupo, lamentó públicamente los brindis hechos para celebrar la derrota del C. T. V., pero esto no evitó que en muchos cuarteles de Falange y, sobre todo, en los mandos se repitiera la escena de Valdemoro, en que un grupo de oficiales de Caballería y Artillería festejaron el heroísmo español, *fuera del color que fuera*. Uno de los que más se destacaron en expresar su satisfacción por la catástrofe del C. T. V. fue Yagüe, quien no sabía disimular y acompañaba con carcajadas sonoras cualquier chiste que oyera sobre el asunto. Uno de sus íntimos me comentó: «Yagüe hubiera sido capaz de reírse de su mismo padre de llegar éste a la jactancia en soberbia de los generales italianos antes de Guadalajara.»

Bien se ve, pues, que los que estaban satisfechos por la derrota italiana en Guadalajara no eran necesariamente los rojos que existían en la zona nacional, sino también elementos de la aristocracia, de la burguesía, de los intelectuales y muchísimos militares profesionales, que, dejando al margen la esperanza de ver un fin próximo de la guerra con la esperada y fracasada conquista de Madrid, celebraban la lección que habían recibido las tropas de Mussolini, que retornaban precipitadamente a su punto de partida después de proclamar con toda vanidad que luchaban en la Península para «salvar a España». Si la falta de discreción siempre fue un gran defecto del fascismo, ello resaltó mucho más entre los españoles, que no perdonan a los que hieren su orgullo nacional.

Jurado, en su puesto de mando, no podía creer al comienzo las noticias cada vez más satisfactorias que recibía sobre el avance de sus tropas, de la derrota del enemigo, que había emprendido una huida desordenada, y que abandonaba una parte de su material. Se fue puntualizando que en poder de los republicanos habían caído tanques, artillería, camiones, municiones, etc., y una considerable cantidad de prisioneros. Recordando aquellos momentos decía más tarde: «Mi impaciencia por conocer la verdad, ya que me parecía un sueño, me decidió pedir mi coche y el de escolta, en los que montaron el comisario y mi ayudante, dejando en el puesto de mando a mi eficaz jefe de Estado Mayor, dirigiéndome a Brihuega. El espectáculo que presencié rebasaba mis cálculos, y no me siento capaz de describirlo de palabra.» El jefe del IV Ejército marchaba de un lado a otro hasta adelantarse a las mismas tropas; entre dos luces alcanzó a ver a varios italianos rezagados que huían, cosa que muchos lograban, porque los republicanos quedaban atrás, pues avanzaban despacio. En el rostro de ellos se reflejaba el júbilo y la satisfacción por el triunfo obtenido, pero era cosa evidente que sus piernas no daban más. Todos le pedían camiones para proseguir el avance, ya que a pie estaban convencidos que no alcanzarían jamás a los ligeros legionarios.

En el camino de Almadrones, el jefe de una de las brigadas de la división de Líster se subió al estribo del coche de Jurado para pedirle camiones y coches para continuar el avance a fin de aprovechar la situación favorable creada por la retirada italiana. De regreso de aquella visita por el campo de batalla, Jurado se puso al habla con la jefatura del Estado Mayor de Miaja. Pidió las reservas que montadas en camiones se encontraban en Alcalá de Henares. Rojo le dio toda clase de razones para demostrarle que tal cosa no era posible, pero Jurado insistió en la necesidad de disponer de camiones y coches que pudiera utilizar su gente para continuar explotando con éxito la operación. Se le ofrecieron muchos, pero sólo llegaron 30 camiones. La persecución del C. T. V. se hizo imposible y no se pudo explotar como era debido el éxito de la operación. Más tarde recordará

Jurado: «Nuestra gente continuó hasta caer extenuada para descansar en campo raso en el lugar a que le habían podido llevar sus agotadas fuerzas.» Rojo se justificará así: «Carecíamos de reservas para relevar a aquellas tropas, pues todas habían sido empeñadas en el contraataque general; ¿error?, cierto, cuando se lucha con el reglamento en la mano, porque una nueva acometida con tropas frescas tal vez habría sido imposible de contener. Por ello, urgentemente, las jornadas siguientes hubieron de invertirse en reorganizar nuestras fuerzas y fortificar la nueva línea para afrontar lo que pudiera sobrevenir.»

No se pudo reforzar a los hombres de Líster y Mera, pero se dio la orden de proseguir la persecución sin descanso. Las unidades continuaron su avance, de día y de noche, sin encontrar más que los residuos de una huida precipitada: posiciones abandonadas, materiales, armas y algunos legionarios que andaban perdidos. Se siguió avanzando durante las tres jornadas siguientes, sin que se produjesen reacciones de las reservas enemigas, hasta que extenuadas las tropas republicanas, y desorganizadas las unidades por la desordenada persecución, cuando la defensa enemiga reapareció en una posición ocupada por tropas nacionales españolas, las líneas volvieron a estabilizarse al sur de Almadrones, algo al sur de la que sirvió de punto de partida de la ofensiva del C. T. V. El 21 puede decirse que las cuatro divisiones italianas habían sido derrotadas y se daba por terminada la escasa persecución republicana por falta de recursos; el deseo de conquistar por lo menos Sigüenza fue abandonado, y la victoria republicana de esta manera no tuvo las consecuencias que pudieron esperarse, y quedó reducido al mínimo su resultado, por lo que respecta al campo material.

En el terreno moral y de la propaganda, las consecuencias, en cambio, fueron grandes. Los corresponsales de guerra extranjeros que recorrieron el reciente campo de batalla quedaron asombrados del botín que cayó en poder de los republicanos, y explicaron al mundo que en su precipitada huida el C. T. V. había abandonado baterías completas, tanques, armas de todas clases, tiendas de campaña para curas urgentes, cocinas, camiones, equipajes y diversos trofeos, que demostraban la velocidad con que se habían tenido que retirar. Líster dará la siguiente lista del botín: 1.200 prisioneros, además de 1.500 cadáveres recogidos en el campo de batalla y enterrados por los republicanos; 65 cañones, 13 morteros, unas 500 ametralladoras, más de 3.000 fusiles, 10 tanques —aparte de los destruidos—, unos 200 coches, camiones y tractores (sobre el campo de batalla quedaron muchos más destruidos); más de cinco millones de cartuchos y unos 30.000 proyectiles de artillería. Y si los periodistas extranjeros quedaron asombrados por los despojos que sus ojos contemplaron de lo que fueron cuatro brillantes divisiones de Roatta, los madrileños casi no podían creer lo que estaban contemplando: una caravana de camiones polvorientos que transportaban los primeros contingentes de prisioneros italianos. Iban vestidos de correcto uniforme, bien al contrario de las pintorescas vestimentas que exhibían los combatientes republicanos. Algunos de los legionarios levantaban el puño cerrado y lanzaban gritos de «¡Abasso il fascismo!», fenómeno similar al producido en Málaga cuando la población civil había dejado de saludar con el puño para hacerlo levantando el brazo. Otros dudaban si hacerlo o permanecer inertes; en su rostro se reflejaba el temor sobre su próximo destino. Los prisioneros que se declararon antifascistas pasaron a formar unidades que se incorporaron a las Brigadas Internacionales; gran parte de los demás ingresaron en el penal de San Miguel de los Reyes, convertido en campamento de prisioneros. Y después de los vencidos, como ocurre en toda lucha, desfilaron los vencedores. El espectáculo estuvo a cargo de El Campesino, el más popular de todos los combatientes, pues la prensa cantaba continuamente sus proezas y sus barbas permitían reconocerlo inmediatamente. John Dos Passos, el escritor norteamericano, se encontraba aquellos días en Madrid, y describió a Valentín González con sus dinamiteros, que vestían nuevos uniformes de color caqui, desfilando por la calle de Alcalá y exhibiendo las banderas, cañones y tanques italianos tomados en Brihuega. Escribió: «Suenan clarines y redoblan tambores, y hay banderas flameando al sol de la tarde y jóvenes y adolescentes con uniforme caqui de aspecto robusto y andar seguro, curtidos por la vida en el frente y el rostro castigado por el viento fuerte de las sierras.» Toda clase de festejos tuvieron lugar en Madrid para celebrar la derrota italiana. El ingenio madrileño proporcionó gran número de chistes, y no faltaron los que se sintieron poetas y recurrieron al romance para recordar los hechos. En *C. N. T.*, el periódico de los anarcosindicalistas, y con la firma de Antonio Agraz, se pudo leer:

*Bergonzoli, sinvergüenza,
general de las derrotas,
si quieres tomar Trijueque*

con los bambinos que portas

no vengas con pelotones:

¡Hay que venir con pelotas!

Todos estaban asombrados de lo que había ocurrido, pues pocos eran los que creían que Madrid podría salvarse de caer en manos italianas. Con la excepción de unos pocos militares profesionales, que opinaban que el triunfo de Guadalajara tenía que ser seguido por algo más que con la simple recuperación de sólo una parte del terreno perdido, Largo Caballero, sus ministros y los dirigentes de los partidos y organizaciones sindicales se sintieron sumamente satisfechos al conocer la victoria de Guadalajara. Se les quitó de encima una pesadilla que les abrumaba, que consistía en no saber qué harían si se perdía Madrid. Estaban contentos porque la capital se había salvado una vez más, y no quisieron saber nada de nuevas aventuras que les pudieran complicar la situación. Si algún militar de prestigio les hablaba de la necesidad de sacar todo el provecho que se ofrece a los audaces cuando tienen vencido al adversario, se limitaban a sonreír y decir que era menester analizar todos los puntos de vista antes de adoptar una decisión. Y es que nadie había aguardado un milagro. El mismo Vicente Rojo, en 1942, mantenía la conclusión siguiente: «Imposible parecía que los 50.000 hombres de cuatro divisiones italianas motorizadas, magníficamente pertrechadas, que atacaban un frente endeble y lo pulverizaban en sólo dos días, pudieran ser contenidos por tropas agotadas, y el milagro se hizo no sólo deteniéndoles, sino batiéndoles y persiguiéndoles, para perpetuar cuánto puede la pasión de un ejército popular imperfecto, rudimentario, cuando le mueve al sacrificio el sentimiento de independencia nacional.»

Para la fríamente de los estrategas, la maniobra de Guadalajara tuvo tres fases: durante la primera fue batida por las divisiones italianas la División XII, la única fuerza republicana que guarnecía el frente, que quedó deshecho en los días 8, 9 y 10. En la segunda, de los días 10 al 15, se reorganizó el frente y, al mismo tiempo, se contiene al adversario y se le impide que tome la ofensiva, con choques que le provocan los primeros reveses. En la tercera, del 15 al 19, se logró consolidar la organización para montar el contraataque de la batalla definitiva, que causó la derrota y la retirada desordenada del C. T. V.

CAPITULO IX. ÉXITO DE LA PROPAGANDA

En el campo de la propaganda es donde los antifascistas alcanzaron un éxito tan resonante como indiscutible." Una gran revista norteamericana escribió que «Nenni habría ganado la batalla de Guadalajara con un opúsculo y algunos panfletos distribuidos a las tropas legionarias de Mussolini». Esto no se ajusta a la verdad, porque el líder socialista italiano no tomó parte en la lucha de Guadalajara, ya que en aquellos días se encontraba en Londres para la conferencia en favor de España, organizada por la Internacional Obrero-Socialista y la Federación Sindical Internacional, y, en segundo lugar, porque la organización de la propaganda antifascista dependía del Comisariado de Guerra, que contaba con la colaboración de muchos. La cosa cierta es que los legionarios fascistas quedaron sorprendidos y vacilantes cuando llegó hasta sus oídos, en italiano, la canción «Bandiera, Rossa», que entonaban desde las trincheras republicanas los garibaldinos y que difundían los altoparlantes instalados en las primeras líneas. Sin embargo, el gran éxito en el campo de la propaganda se obtuvo después de la batalla y explotando precisamente los detalles de la catástrofe del C. T. V. Fue menester que los republicanos vencieran a los legionarios de Mussolini para que los expertos en el manejo de la verdad y la mentira causaran un daño al Duce y al fascismo muy superior al sufrido por las armas en los campos castellanos donde tuvo lugar el enfrentamiento. A esta labor contribuyó todo el mundo, comunistas y anarquistas, liberales y conservadores, amigos de Italia y adversarios del Duce. La opinión mundial se encontró ante lo que constituía la prueba de que todo el grandioso aparato del régimen fascista se convertía en un gran escenario operístico cuando se apagan los reflectores y desaparecen los decorados. Resultaba que el C. T. V., presentado como el exponente del moderno poderío militar del Nuevo Imperio Romano, había sufrido una tremenda derrota en manos de un ejército popular mandado por improvisados jefes que no pasaron por ninguna academia militar y que ejercían oficios manuales. Nadie, por otra parte, tuvo interés en señalar que si era verdad que el combatiente español había demostrado ser el infante extraordinario que recuerdan todas las historias desde los tiempos de los cartagineses, cuando los íberos formaban las tropas de choque de los ejércitos de Aníbal que pasaron los Alpes e invadieron la península romana, en las llanuras de Guadalajara esta formidable infantería contaba con el poderoso apoyo de tanques, cañones y aviones soviéticos, sin faltar la experiencia militar de los consejeros soviéticos. Algunos hablaron bastante del papel jugado por las Brigadas Internacionales que tomaron parte en la acción, y sobre todo del Batallón Garibaldi, en el cual combatían los antifascistas; pero la atención de los periodistas extranjeros se concentró en las figuras de «El Campesino» y de Enrique Líster.

Plumas descollantes estuvieron al servicio de la propaganda antifascista. Ilya Ehrenburg presentó con habilidad y gran ironía un modelo de los extraordinarios legionarios que Mussolini envió a España. Se trataba de Pascuale Speranza, un barbero de una pequeña población de los Abruzos. «¿Por qué te han enviado aquí? —le preguntó el escritor soviético—. Veo que ya pasas de los treinta y cinco años.» El barbero sonríe torpemente. En el fondo es un italiano alegre y listo. Cuenta que en cada pueblo fueron reclutados de diez a veinte soldados. La gente rica puede librarse con su dinero, pero un barbero no dispone de un céntimo para esas cosas. Tiene mujer y cuatro hijos. En la casa había hambre. Había luchado en Abisinia. Cuando terminó la guerra se alegró, porque si bien persiste el hambre se alegra uno de retornar con vida de una guerra. Pero tuvo desgracia. Sin tiempo para ver a su mujer e hijos, se le envió a una nueva guerra. «Nos embarcaron como si fuéramos ganado.» Se quejaba de la comida: los oficiales italianos se embolsan el dinero y los soldados pueden pasar hambre. Después de explicárselo y entender que aquí no se mata a los prisioneros, su primera pregunta fue: «¿Cómo va la comida aquí?» Y melancólicamente continúa quejándose: «No nos daban vino; ni una sola vez recibimos una naranja.» Sólo una magnífica bandera les acompañó desde Italia. Se recuerda de lo que era Italia antes de subir el fascismo. Hubiera vivido feliz en su pueblo, afeitando a los clientes y entonando sus canciones. En lugar de ello, se le envió por el mundo, en aquellas partes donde hay tiros, se levanta el brazo y los hombres gritan «Alala».

El retrato que Ehrenburg hizo del legionario mucho tenía que ver con el simpático y pícaro italiano que conocían todos los que viajaban por Italia, pero estaba muy lejos del tipo del nuevo italiano del Nuevo Imperio Romano, que con sus gestos de superioridad se habían presentado en la península ibérica para defender la civilización occidental y salvar a la nación española de caer en manos de la barbarie bolchevique. Pascuale Speranza, sin fe en el Duce y en el fascismo, no estaba dispuesto a dar su vida por la conquista de algo que él no entendía; su ideal era la buena comida, el

vino y expresar sus alegrías y penas por medio de las canciones populares que en número incalculable existen en su país. Con esta gente no se podía triunfar en Guadalajara, de igual manera que tampoco se luchó y venció en Libia, cuando las tropas del mariscal Graziani demostraron que no eran moralmente superiores a las que integraron el C. T. V. al mando de Roatta.

Mijail Koltsov, otro escritor ruso, también se hallaba en Guadalajara y se dedicó a interrogar a los prisioneros italianos. El alférez Sacchi Acule le contó: «Yo sabía que venía a España. Únicamente se me prohibió comunicarlo a mi familia. Mis parientes y mi novia creen que se me ha mandado a África.» Al preguntarle por qué era fascista, replicó: «Sí; soy fascista porque en Italia todo el que quiere vivir en paz ha de pertenecer al fascismo. Soy un militar profesional y he venido a España obedeciendo órdenes del Gobierno italiano y del Rey.» El ruso inquirió: «¿De qué manera cumplió tales órdenes? ¿Con entusiasmo?» «Yo vine aquí para defender a mi patria y cumplir la orden que se me había dado.» Nueva pregunta del soviético. «¿Pero cómo entiende usted que defiende a su patria aquí? ¿Acaso España ha atacado a Italia?» El alférez calla y, al fin, llega a decir: «He cumplido una orden. Soy un militar del Ejército italiano y estoy obligado a obedecer a mis superiores. No pertenezco ni he pertenecido a la milicia fascista; no soy más que un alférez del Ejército italiano y he cumplido mi deber militar.»

Koltsov continúa interrogando a los prisioneros. El soldado Romano Salvatore, de la 75 Brigada italiana de Infantería, también declara que ha sido enviado por orden del mando, como soldado del Ejército. No se ha enterado ni se da cuenta de quién lucha contra quién en España ni por qué motivo. Sólo sabe que ha sido mandado a España a pelear en interés de Italia. «Soy un soldado; a mí me dan órdenes.» De todos modos, observa el escritor ruso, «los disciplinados militares del Ejército italiano en el frente de Guadalajara han dado muestras también de cierto espíritu de iniciativa: a los prisioneros se les han encontrado viejos pergaminos, miniaturas y otros objetos del pasado y de arte que habían robado en la catedral de Sigüenza. Y la sarcástica prosa de Koltsov parece complacerse al poner en boca de los prisioneros estas manifestaciones: «Todo se nos ha venido encima como una pesadilla. ¡Ataques de la infantería con tanques, lucha a la bayoneta, combate nocturno con lluvia a raudales, caballería en el flanco, vuelos incesantes de la aviación! Después del tercer bombardeo, nuestro capitán se escondió en el sótano de una casa de campo. Lloraba como un niño. Me dijo: "Haced lo que queráis, muchachos; yo ya tengo bastante." Cambiamos impresiones: ¿qué hacer si los oficiales nos abandonaban? La mayoría consideraba que lo más cuerdo era, sencillamente, tumbarse en el campo y esperar que alguien nos recogiera, los nuestros o los vuestros.»

El servicio de Sanidad del C. T. V. resultó muy pobre, según comprobaron los republicanos. Atribuyeron el hecho a la creencia de que Roatta y sus generales tenían la seguridad que las operaciones militares que emprendían se llevarían a cabo sin un número elevado de bajas. A los soldados italianos les causó una penosa impresión ver que el mando fascista no organizara la retirada de sus propios heridos del campo de batalla. Los hospitales de Guadalajara quedaron repletos de heridos italianos, y funcionarios de los servicios de propaganda de la República se complacían en acompañar a los extranjeros a visitar a los convalecientes para que vieran cómo eran tratados los enemigos de ayer y, sobre todo, comprobaran en qué estado de confusión moral se hallaban los hombres que ayer eran la esperanza y orgullo de Mussolini, y hoy no eran otra cosa que unos vencidos humillados, heridos y prisioneros. La propaganda antifascista se aprovechó extraordinariamente bien de la catástrofe de Guadalajara.

Sin embargo, no fueron únicamente los soviéticos quienes cargaron la nota en la propaganda antifascista; los norteamericanos no les fueron a la zaga, con la nota agravante que escribían para los grandes órganos de la prensa liberal y conservadora de los Estados Unidos y del resto del mundo. En Guadalajara estaba Herbert Matthews, el enviado de *The New York Times*, cuyas crónicas aparecían en muchos diarios. El periodista norteamericano había seguido la campaña de Abisinia, y sin simpatía personal hacia Badoglio y el fascismo había contribuido a difundir la creencia que Mussolini logró cambiar la voluntad del pueblo italiano para convertir a sus hombres en excelentes soldados. Matthews fue el primero en enviar a los Estados Unidos una descripción de la batalla del Endertá, que abrió las puertas de la victoria a las armas italianas en Abisinia. Ahora, desde Guadalajara, el mismo periodista proclamaba que había asistido al *Bailen del fascismo*. Bailen, en el sur de España, fue el primer desastre militar sufrido por Napoleón. El ejército imperial del general Dupont, que avanzaba por tierras andaluzas, fue vencido por el ejército de Castaños, que contaba con 27.000 soldados; después de dos días de negociaciones, Dupont se decidió a capitular: 20.000 soldados franceses, después de sufrir 2.000 muertos en el combate, rindieron sus

armas a discreción. Bailen, en los tiempos napoleónicos, resonó en todo el mundo como señal de que la suerte abandonaba al emperador francés. Matthews sostuvo que Guadalajara significaba que el fascismo podía ser combatido y vencido, y que Guadalajara debía considerarse el punto a partir del cual descendería la carrera triunfante de Mussolini. Explicaba a sus lectores que en Trijueque había visto una de las cosas, para él, más desgraciada de la guerra: unos carros aldeanos cargados con los cuerpos de los italianos caídos en el combate. Se acordó entonces que en Abisinia, al pie de Amba Aradam, vio también un montón de cadáveres italianos. Lo último sucedió en vísperas de la gran victoria italiana sobre el Negus; ahora ocurría cuando las armas fascistas conocían el desastre. Era difícil evocar más trágicamente dos momentos de la vida de Mussolini: Abisinia y Guadalajara. La gloria y la victoria son difíciles de retener, pues lo que le sucedió a Napoleón en España se repitió con Mussolini.

André Malraux era de los que no podían faltar a la cita de Guadalajara. Observó las ruinas en que quedó convertida la población de Brihuega, donde combatieron duramente legionarios y republicanos. Habló con varios prisioneros, pero lo que le atrajo más la atención fue estimar los daños causados por las bombas de aviación. Entonces el literato francés se consideraba un piloto. Cuando contemplaba un edificio del que sólo quedaban los muros, un grupo de niños con varias mujeres y un anciano se le acercó para lamentar lo que había ocurrido. Malraux preguntó por qué se quejaban. El viejo se limitó a replicar: «Señor, esta era la escuela de Brihuega.» Malraux dejó de contar cuál fue su reacción después de escuchar de labios del castellano una de las mayores condenas que se pueden formular contra la guerra y la violencia.

Pero de todos los que hablaron y escribieron sobre Guadalajara, ninguno aprovechó tanto el tema como Ernest Hemingway. Puede decirse que se convirtió en uno de los asuntos principales de su vida, repleta de aventuras y guerras. Cuando los diarios informaron el 18 de julio que se había producido un alzamiento militar en Marruecos, y que España podía conocer la guerra civil, Hemingway no pudo ya apartar de su mente los sucesos españoles. Pero estaba muy ocupado para presentarse al lugar donde se desarrollaba la tragedia: tenía el compromiso de entregar una nueva novela a sus editores. Esta sería *To have and have not* (Tener y no tener), una obra en que el autor pone de relieve cómo actúan los instintos primitivos en un mundo de violencia y caos. En diciembre, la novela estaba terminada, y Hemingway quedó libre para dedicarse a la cuestión española. Al comenzar 1937 firmó contrato con North American Newspaper Alliance (N. A. N. A.), que representaba una poderosa cadena de diarios norteamericanos, para actuar en España como corresponsal de guerra. Recibiría 500 dólares por cada cable que enviase de 250 a 400 palabras, y 1.000 dólares por crónica postal de 1.200 palabras. Desde enero hasta marzo, en que llegó a Francia para pasar luego los Pirineos, elaboró varios proyectos. El principal consistió en filmar un documental que mostrara lo que era la vida en un típico pueblo español antes de la guerra y cómo había cambiado a consecuencia de la lucha. Su propósito era pasar solamente dos o tres meses trabajando en España. Otra de sus ideas fue llevarse de ayudante a su amigo Sidney Franklin, el torero de Brooklyn, que hablaba bien el castellano y contaba con muchos amigos en España. Pero la combinación le falló, porque el Departamento de Estado rehusó conceder al ex torero los papeles acreditándolo como ayudante de Hemingway. Poco perdió, sin embargo, porque la ingenuidad de Franklin rayaba al extremo de preguntar a su amigo: ¿De qué bando seremos amigos?

El 18 de marzo aterrizó en Barcelona, y pronto se trasladó a Madrid para recorrer el frente de Guadalajara, que le ofreció un magnífico tema para sus primeras crónicas. No pierde el tiempo y recorre el campo donde tuvo lugar la batalla, sin preocuparse del frío y la lluvia. Cuando contempla los cadáveres de los italianos caídos se impresiona profundamente; la mayoría creía que se les enviaba a África, para servicio de guarnición, y se encontraron con los'cruentos combates en los cuales sus columnas motorizadas, que se consideraban invencibles, se vieron atacadas por aviones, tanques y artillería. Y al mismo tiempo que observaba el drama de la guerra comenzó a coleccionar tipos humanos, que más tarde utilizaría para la que sería famosa novela. Pronto entabló amistad con Mijail Koltsov, el corresponsal de *Pravda* y considerado informante directo de Stalin sobre las cosas españolas. El ruso dejó escrita su primera impresión : «Ernest Hemingway, con su humanidad corpulenta, algo tosca y fuerte, ha venido aquí. Se ha metido por todos los sitios en que hubo combate; ha visitado varias veces a Líster y a Lucakz; ha trabado amistad con ellos; me ha dicho, hablando despacio y dando sabrosas vueltas a las palabras españolas: 'Esta es una auténtica derrota. La primera derrota sería del fascismo. Esto es el comienzo de la victoria sobre el fascismo'.» El soviético, que conocía tantas cosas y varios secretos sobre la situación, reacciona humildemente ante la jactancia del yanqui que acaba de llegar y cree que lo sabe todo. «Si — observa Koltsov—, por ahora no es más que el comienzo.» Y después de afirmar que «¡les hemos

dado una paliza, a pesar de todo!», le contará que vio llegar a los legionarios y moros de Yagüe ante Talavera; vivió los negros días de Toledo; la vergüenza de Aranjuez; la tragedia del Madrid abandonado; la desesperada lucha junto a los puentes; la dura y sangrienta escuela de Aravaca y Majadahonda; los dolores del parto del nuevo ejército junto a Las Rozas; la gran batalla del Jarama, para ver la victoria frente a los soldados de Mussolini. Y concluyó su exposición con aire de arbitro que no pierde la serenidad: «Por ahora éste no es más que el comienzo. Aún queda mucho por delante, malo y bueno.» Hemingway no puede discutir para justificar el optimismo que había mostrado; se limita a contestar un «Pienso lo mismo», pero su rostro refleja su descontento y malhumor.

Este malhumor desapareció cuando una semana más tarde escribió un análisis sobre la batalla de Brihuega, punto en que empezó la retirada italiana. Se dejó llevar por su imaginación y los recuerdos de lo que había vivido durante su permanencia en Italia durante la primera guerra mundial, para expresar que estaba convencido de que Guadalajara era la derrota mayor que Italia había sufrido desde Caporetto. En su novela *Farewell to Arms* (Adiós a las armas) se encuentra una magnífica descripción de la retirada de Caporetto, y en su análisis de lo que acababa de ver se dedicó a presentar la escena donde se libró el combate, las armas que se emplearon, el equipo militar destrozado y abandonado, los documentos que dejaron los vencidos y los muertos, cómo los tanques medianos batieron a los carros ligeros, para terminar asegurando que la moral del Gobierno republicano era alta. La actividad que Hemingway desplegó aquellas semanas fue extraordinaria, pues pronto se dedicó a los preparativos para realizar la película documental proyectada. A este fin llegaron Joris Ivens, que actuaría de director y fotógrafo, y John Ferno, que manejaría la cámara. Se avanzó rápidamente en la primera parte, que se filmó en Morales, no lejos de Madrid, pero fue menester buscar otros escenarios. Para captar nuevos combates, Hemingway se llevó a su equipo a la Ciudad Universitaria, para aprovechar un ataque de cuatro días de duración que perseguía únicamente aligerar la presión que ejercían las tropas nacionales. Unos días más tarde pudo filmar un ataque realizado por infantería, con apoyo de tanques, con miras a mejorar las líneas republicanas. Y la filmación la alternaba con la máquina de escribir. Hizo literatura sobre los bombardeos que durante once días consecutivos sufrió Madrid. Describió las diferentes clases de explosiones que se percibían, que iban desde el fuego simple de los rifles hasta los disparos de los morteros de trincheras y los proyectiles poderosos lanzados por la artillería, que dejaban siempre sentir sus efectos en los edificios y buscaban sus víctimas en la población. Indignado, escribía que las mujeres y los niños que simplemente se paseaban no podían convertirse en objetivos militares.

Finalmente, hizo su aparición en Madrid el ex torero Franklin, quien fue recibido con alegría por el escritor. Pronto se reveló como excelente organizador y dio muestras de su talento procurando buena comida y mejor bebida para Hemingway y sus amigos. Este, a comienzos de mayo, se preparó a regresar a Francia para seguir viaje a los Estados Unidos. Su última crónica la dedicó a los chóferes madrileños, que, según su manera de ver, jugaban un papel extraordinario en la guerra. Para él fueron compañeros y amigos, especialmente el cenetista David y el ugetista Hipólito. El lenguaje pintoresco que usaba el primero constituía una delicia para el escritor, que aprendió modismos y palabrotas que más tarde utilizó en su novela. De su primera visita al país en guerra se marchaba con muchos metros de película y cuantiosas notas que utilizaría para montar el documental *The Spanish Earth* (La tierra española), a la que contribuiría personalmente con la narración. A los amigos de Madrid prometió que pronto regresaría, y les habló de sus planes para ayudar la causa de los republicanos. Estaba decidido a servirse de las extensas relaciones que tenía en el mundo del cine —la película a base de *Adiós a las armas* constituyó un gran éxito— para lograr una buena difusión de *La tierra española*, a fin de reunir fondos que destinaría a la adquisición de ambulancias, ayuda médica y Otras necesidades de sus amigos los republicanos. Continuó moviéndose activamente para ayudar a sus amigos españoles y, naturalmente, tropezó con algunos desengaños. Algunos que consideraba como amigos, por haber convivido con ellos en expediciones de pesca o de cacería, deportes que podían practicar porque eran herederos de las grandes fortunas norteamericanas, se asustaron cuando les pidió una contribución para aliviar los sufrimientos de un pueblo, porque argumentaron que no harían otra cosa que prestar apoyo a los comunistas que estaban detrás del Gobierno republicano. Estas negativas le provocaron enojo, pero al final reunió bastante dinero para adquirir una docena de ambulancias, dotadas de equipo de cirugía y de emergencia, para ayudar a los que sufrían heridas en ambos bandos beligerantes. Pero estas ambulancias, que causaron satisfacciones como vemos en Hemingway, nunca llegaron a España, porque quedaron bloqueadas cuando se procedía a su embarque, debido al Acta de Neutralidad norteamericana, que prohibía el envío de equipos de toda clase a España. Y se dio así

otra de las extrañas paradojas de la vida pública estadounidense, pues si no podían exportarse las ambulancias destinadas a una obra tan humana como era atender a los heridos, en cambio la presentación de *The Spanish Earth* tuvo lugar en la misma Casa Blanca. Hemingway, acompañado de Joris Ivens, viajó de Nueva York a Washington para cenar con el presidente Roosevelt y su esposa, antes de ver la película documental sobre la tragedia española. Y de la mansión presidencial pasó más tarde al Carnegie Hall, de Nueva York, para establecer contacto con la masa popular. Por única vez en su vida, Hemingway tomó parte activa políticamente cuando dio una conferencia a la Liga de Escritores norteamericanos. Les habló de lo que había visto en España, cómo le había afectado personalmente, y lo que pensaba emprender sobre el fascismo donde fuera.

Quería ver cómo seguían las cosas en España, y firmó un nuevo contrato para escribir una nueva serie de notas sobre la guerra civil. Antes de partir reunió unos 40.000 dólares entre anticipos que le entregó su editor y de otras fuentes, cantidad que donó para ayuda médica al Gobierno español. Las ambulancias quedaron bloqueadas y no pudieron salir de los Estados Unidos, pero el donativo personal del autor sirvió para la obra humana de socorrer a los que sufren, cosa que colectivamente no podía hacer el Estado más poderoso del mundo debido a la interpretación que se dio al Acta de Neutralidad. En agosto ya recorría el frente de Aragón, y su dinamismo no disminuyó, pues compartió el tiempo en escribir varias crónicas, charlar con los amigos, beber su botella diaria de whisky, escribir *The Fifth Column* (La quinta columna), su única obra teatral, que se estrenará en 1940 en Nueva York, con poco éxito, y en sus nuevos amores con Martha Gellhorn, que con el tiempo se convertirá en su tercera esposa. Y al margen de esta actividad continua, de una manera consciente ó inconsciente, en su mente se iba grabando el paisaje y los caracteres humanos que más tarde adquirirán vida en *For Whom the Bell Tolls* (Por quién doblan las campanas), que, con todos sus defectos, quedó como la mejor y más conocida de sus obras, porque en sus páginas vemos desfilar hombres verdaderos y un reflejo de las ideas sociales que surgieron en aquella época y que el autor conoció al frecuentar a miembros de la Brigada Lincoln y puso en boca del protagonista, Robert Jordán, el joven profesor norteamericano que conoce bien al pueblo español y que lucha como voluntario, impulsado por el deseo de defender lo que él cree. Y siempre para un escritor constituirá un gran éxito sintetizar en una figura el prototipo de una época, que en el caso de Jordán debe figurar en la galería de caracteres de la década del treinta, en la antesala de la que fue Segunda Guerra Mundial.

Cuando escribo este capítulo han transcurrido treinta y seis años desde que se libró la Batalla de Guadalajara. Hemos visto cómo tres escritores de renombre universal —el norteamericano Hemingway, el francés Malraux y el ruso Ehrenburg— se ocuparon del asunto después de recorrer los lugares en que se libró la lucha. En cambio, no he encontrado el testigo español digno de citarse en relación con el acontecimiento. ¿A qué se debe esta ausencia? No será la falta de interés, pues el hecho apasionó y se comentó, como hemos visto, en las dos zonas en lucha, y la derrota del C. T. V. fue festejada por todos, por entenderse que se trataba del heroísmo español, fuera del color que fuera. Luis Bolín, que en aquella época actuaba de jefe de Prensa del cuartel general del Generalísimo, ha contado que se acordó que ningún corresponsal de guerra, excepción hecha de los periodistas italianos agregados a las unidades del C. T. V., acudiera al teatro de las operaciones hasta que el curso de los acontecimientos quedara claramente definido. Bolín, por su parte, recibió orden de partir para el campo de batalla con la misión de redactar despachos que serían utilizados diariamente como ampliación del parte oficial de guerra, de igual modo que se hizo durante el desarrollo de la ofensiva contra Málaga. Al recordar Guadalajara en varias de las páginas del libro que publicó Bolín treinta años después del hecho, no supo aprovecharse de la gran exclusividad que se le ofreció para escribir algo importante. Sin embargo, nuestra curiosidad quedó defraudada sobre todo porque su conclusión personal fue que el efecto *claramente adverso* del tiempo había influido en la moral italiana. Al argumentar de esta manera se olvida que si el barro y la lluvia obstaculizaron la llegada de municiones y repuestos con destino á los italianos, urgentemente necesitados, el mismo barro y la misma lluvia existían en el terreno ocupado por las divisiones de Líster y Mera, cosa que no impidió que sus hombres pasaran al ataque y vencieran al C. T. V. La ingenuidad de Bolín queda en descubierto cuando en la misma página en que formula su conclusión explica que las fuerzas de Moscardó no se vieron comprometidas un solo momento, y agrega: «Cedieron terreno para no exponer su flanco izquierdo, y también para situarse en línea con los italianos; pero lo hicieron a regañadientes, ya que su avance había sido tan profundo como fructífero y les contrariaba abandonar lo ganado.» Resulta, pues, según nuestro cronista, que lo que era malo para un bando resultaba bueno para el otro. Es una lástima que aquella exclusividad no se hubiera otorgado a otra pluma, y menos mal que Bolín tenía también su corazón, y finalmente se decidió a

reproducir los comentarios de Matthews y Hemingway que hemos dado más arriba.

Y puesto que no podemos citar a un cronista español que nos contara bien lo que vieron sus ojos y escucharon sus oídos, recordaremos la opinión que en aquellas jornadas de la batalla hizo pública Luis Araquistáin, entonces embajador de la República en París. En declaraciones hechas a *Le Petit Journal* manifestó que «Italia debería sentirse orgullosa y no humillada de un ejército tal que, ciertamente, daría la vida por su país, pero no puede quitar la libertad de un pueblo que está dando precisamente la vida por su país». Luego, exagerando la nota, añadirá: «La raza latina no conoce al soldado-máquina, y esto es en favor suyo.» Al expresarse de esa manera, Araquistáin no hizo más que sumarse a la opinión que expusieron Nenni, Longo y otros luego de Guadalajara, es decir, que el italiano es un soldado excelente cuando se trata de defender a la patria, pero que también le sobra inteligencia para no sacrificar la vida al servicio de una aventura emprendida por el régimen fascista. El argumento pudo ser bueno durante algún tiempo para ponderar el valor combativo del italiano, pero a partir de 1940 se asistió a la guerra de Grecia, de Libia y la participación italiana en la campaña hitleriana contra Rusia. Creo que es suficiente aquí reproducir la opinión del mariscal Voronov, quien mandó la artillería soviética en Stalingrado, como antes lo hizo en Guadalajara. Escribió en su trabajo sobre España: «¿Podía acaso imaginarme entonces que cinco años después tendría que enfrentarme de nuevo al Ejército italiano, en esta ocasión en el Don medio, y que la experiencia combativa recibida en España me sería muy útil después, defendiendo a la patria soviética?» Cuando se repasa lo que dijeron los protagonistas y testigos de la batalla de Guadalajara hay que dar la razón a los que sostuvieron que el *heroísmo sin color* de los españoles arrancó la máscara que utilizaba Mussolini para presentarse como un orgulloso guerrero y dejar al descubierto la verdad, que no era otra que la de querer representar un coraje que realmente no tenía. Hemingway habló en 1942 del complejo que se formó en el ánimo de Mussolini cuando resultó herido, como soldado, en la Primera Guerra Mundial. Se hallaba en una trinchera y recibió heridas superficiales en las piernas y en la espalda por la prematura explosión de un mortero. El hecho es que nunca más regresó al frente, y el escritor norteamericano escribió que con frecuencia había pensado que «todos sus gestos marciales y el deseo de adquirir gloria militar era un mecanismo de defensa, formado contra su propio conocimiento de lo temeroso que fue durante la guerra mundial y la salida ignominiosa que hizo en la primera oportunidad que se le presentó». Esta explicación freudiana de Hemingway tal vez es exagerada, pero siempre será difícil comprender cómo un magnífico jugador político buscó transformarse en un guerrero para terminar conociendo un gran fracaso. ,

CAPITULO X. MUSSOLINI SE DEFIENDE

No es difícil imaginarse el enojo que en el ánimo del Duce causó el torrente de propaganda antifascista que se precipitó sobre el Palacio Venecia. Toda la gloria militar adquirida con la campaña de Abisinia se desplomaba totalmente. Aquella tradición que presentaba una Italia militarmente débil, y que el triunfo de Badoglio sobre el Negus parecía haber enterrado para siempre, resurgía ahora rápidamente en muchos sectores de la Prensa mundial, sin excluir algunos grandes periódicos conservadores. El prestigio del régimen había sufrido una herida grave y se aguardaba conocer cómo reaccionaría Mussolini ante el duro golpe que le enviaba el destino. No se tardó mucho en ver cómo maniobraba el Duce en las circunstancias adversas que se vivían. El 23 de marzo aprovechó el décimo aniversario de los «faschi» extranjeros para presentarse ante el pueblo romano en el escenario reservado para los grandes acontecimientos: la plaza Venecia.

Desde hora temprana comenzó la concentración de los camisas negras romanos, a los que se fueron uniendo las delegaciones llegadas de varios puntos del país. La muchedumbre iba creciendo y aumentaba el volumen del grito rítmico que salía de muchas gargantas: «¡Duce, Duce, Duce!» A las once apareció Mussolini en el balcón del Palacio Venecia, y las aclamaciones aumentaron en intensidad. El secretario del partido dio la señal del saludo, y la multitud contestó con un sonoro «A noi!». Las palabras de Mussolini fueron acompañadas de frecuentes aclamaciones, y al final del discurso se vio obligado a salir varias veces al balcón para corresponder a los saludos del pueblo. Al parecer, resultó una manifestación grandiosa, como las mayores que conocían los anales del fascismo, destinada a aclamar al Duce con motivo de su triunfal visita a Libia. Con anterioridad se dio a conocer el texto del mensaje que Mussolini recibió a bordo del *Pola* de los camisas negras que residían en el exterior. Luego de señalar que la historia del Imperio «será rica en gloriosas vicisitudes», el mensaje aseguraba que «los acontecimientos hallarán en todo instante legionarios aguerridos al lado del formidable organismo de nuestras fuerzas armadas, cuya capacidad de victoria debe ser medida sobre todo con el patrón incomparable de la fe». Los curiosos que se mezclaban con el público, y que buscaban apreciar el efecto causado por Guadalajara en el comportamiento del Duce, se sintieron al comienzo defraudados. Mussolini subrayó que el aniversario festejado hoy se efectuaba, por primera vez, «en la realidad y el clima del Imperio». Recordó que el fascismo tuvo este objetivo desde que se reunió por primera vez, y que la meta se había alcanzado. Pero después de este corto preámbulo trató el tema de actualidad candente, pero sin citar el nombre de Guadalajara. Dijo:

«El aniversario cae hoy al día siguiente de mi viaje a África, que se desarrolló, día por día, de acuerdo con el programa fijado y previamente impreso, lo que daba posibilidad de leerlo a los muchos analfabetos que escriben en los diarios. El viaje, que así como no fue anticipado tampoco fue acortado, me permitió comprobar que el trabajo de los italianos está en vías de transformar las estepas desiertas en tierra poblada y fecunda, atravesada por una ruta que es una de las más largas y hermosas del mundo, y es digna, en todo y por todo, de las rutas consulares de la antigua Roma.

»Este aniversario cae en el mismo momento en que una de las tempestades habituales sopla sobre nuestra magnífica Italia fascista. Es una tempestad de papel impreso. Esta inundación de tinta turbia, a la cual, como es lógico, se une la elocuencia histérica e hipócrita que viene de ciertos pulpitos anglicanos, que están siempre dispuestos a ver la paja en el ojo ajeno, mientras que el suyo propio está aplastado por pesadas vigas seculares, no logrará conmover nuestra calma imperturbable, y la calma no menos imperturbable de todo el pueblo italiano.

«Opondremos a la mala fe de los demás nuestra lealtad indiscutible; al castillo de mentiras de los demás, el soplo impetuoso e irresistible de nuestras verdades; al odio ciego de los demás, nuestro consciente desprecio.

»Hemos sido sometidos a un asedio económico, que después de nueve meses terminó con la rendición de los sitiadores.

»No obstante, es necesario proclamar que las tituladas campañas emprendidas por pacifistas profesionales constituyen una preparación de complicaciones y conflictos, lo que demuestra una vez más que esos señores son verdaderos y temibles enemigos de esa paz y de esa colaboración europea que deseamos sinceramente y que practicamos con los hechos.

»Se dice que el pueblo italiano es un pueblo que olvida fácilmente. Es un error, uno de los

muchos errores, en el cual el observador extranjero superficial o ignorante cae muy a menudo. El pueblo italiano tiene, por el contrario, una memoria muy tenaz, y sabe esperar.

«Hemos esperado cuarenta años para vengar Adua, pero lo hemos conseguido. Y si ocurriera un día que las memorias se adormecieran, nosotros las despertaríamos y las reavivaremos.

¿Camisas negras: recordar y prepararse.»

Las manifestaciones de Mussolini eran claras y fáciles de interpretar: el prestigio del fascismo estaba en juego y no se podía abandonar una empresa emprendida sin alcanzar la meta del triunfo, para que ninguna duda empañara la gloria militar de la conquista de Abisinia. Además, el Duce no podía equivocarse, y era menester seguir avanzando por el camino escogido, aunque no se supiera bien hacia dónde conducía. El embajador Cantalupo era partidario de imitar a los alemanes en cuanto a la ayuda que se prestaba a la causa franquista: material bélico, aviación y técnicos; nada de infantería. Por su parte, el mismo Franco se inclinó al comienzo en favor de la repatriación de todos los italianos si dejaban las armas en manos españolas. Cuando se le presentó oportunidad no se calló que muchas unidades italianas habían sido enviadas al campo de batalla sin recibir el adiestramiento indispensable. Pero Mussolini no podía reembarcar a sus hombres después de la catástrofe de Guadalajara; lo había indicado desde el balcón del palacio Venecia, y pronto, en una nota periodística, prometería que los caídos de Guadalajara serían vengados.

El 28 de marzo, Mussolini había tomado ya su decisión respecto a los asuntos españoles. El 23 le había escrito Franco exponiéndole su punto de vista, y el 28 se le contestaba que podía seguir contando con la ayuda de la Italia fascista. La primera medida tomada consistía en ordenar al general Roatta que siguiera las instrucciones que le daría Franco. Quien hacía poco se consideraba un maestro entre los profesionales españoles ahora se convertía en general prácticamente de la misma jerarquía que sus colegas hispanos. Antes de abandonar la península ibérica se le concederá la satisfacción de entrar como vencedor en Bilbao, pero lo hará como un jefe más de unidad y no con los gestos de vencedor que ensayó en Málaga y no pudo repetir en Guadalajara. Esta humillación coincidirá con la llegada del general de Cuerpo de Ejército Mario Berti, que primero asumirá funciones de inspector y luego pasará a la jefatura del C. T. V. La reorganización de las divisiones italianas se efectuó a fondo, y luego de una selección fueron retornados a Italia 12.000 voluntarios que fueron hallados no aptos para el combate. El coronel Casado, que por cumplir funciones en el cuartel general de Miaja conoció a fondo la cuestión de los prisioneros italianos, manifestó que un número considerable de los combatientes fascistas que se rindieron habían sido reclutados entre elementos izquierdistas o bien tenían poco interés en combatir.

Poco a poco se fue comunicando al pueblo italiano la importancia de las pérdidas sufridas por los legionarios fascistas en España. En la Prensa aparecieron varias listas de los muertos, y el 17 de junio, inmediatamente después de la ocupación de Bilbao, en cuya operación participaron fuerzas del C. T. V. al mando de Roatta, apareció en *Popólo d'Italia* un artículo sin firma titulado «Guadalajara». Los lectores interpretaron que había sido escrito por el propio Mussolini con el propósito de demostrar que la tan debatida batalla fue un éxito del fascismo, contrariamente a lo que procuró demostrar la propaganda antifascista. Hay que reproducir algunos fragmentos, ya que se trata de un documento de primera importancia para entender la mentalidad de Mussolini y fijarse en los juegos malabares que ejecuta para atenuar la verdad de los hechos:

«Mañana del 8 de marzo del año XV, en el altiplano de la Vieja Castilla, azotado por los vientos, pedregoso y desnudo como el Carso de la guerra mundial. Treinta kilómetros de marcha de acercamiento, bajo la neblina y con uniformes adaptados al clima mediterráneo de Málaga. Muchas noches pasadas al aire libre. Cuando los primeros pelotones de legionarios llegan, el termómetro señalaba cinco grados bajo cero, y el cielo estaba cubierto de nubes de tormenta que impedía a la maravillosa —repetimos: ¡maravillosa!— aviación legionaria levantar vuelo. Primera pregunta: ¿se podía retrasar la acción, en espera de mejores jornadas? Ciertamente, pero cualquier variante a los planes establecidos en el tiempo y en e] modo plantea nuevas incógnitas, presenta dificultades y complicaciones. Era lícito también prever que el mal tiempo no duraría más de lo razonable, si bien en las sierras del centro de España la estación invernal sea particularmente rígida y larga. Para disponer de una jornada ideal, ¿cuánto hubiera sido necesario esperar?

»Los legionarios debieron hacer frente a un primer enemigo terrible: los elementos. A pesar de ello, en las primeras jornadas cayeron todas las defensas rojas, tomándose al asalto una posición después de otra, haciendo literalmente girar las posiciones y batallones de milicianos; el avance alcanzó en profundidad bien 40 kilómetros desde el punto de partida; la vanguardia se detuvo en las

cercanías de Guadalajara. Todo esto sucedió con rapidez fulminante, marchando en el barro, bajo la nieve, con suministros escasos de víveres, sin apoyo sistemático de artillería y carros armados.

»El mando franco-ruso de Madrid comprendió el peligro mortal que representaba la pérdida de Guadalajara. En el momento en que los legionarios se hubieran adueñado de esta pequeña pero, estratégicamente, importantísima ciudad, Madrid hubiera tenido que capitular. La calma reinaba en aquellas jornadas en todos los frentes españoles y especialmente en el del sudeste de Madrid, en el cual la ofensiva nacional logró obtener éxitos de simple naturaleza táctica. Los legionarios no podían o no debieron contar con sus propias fuerzas. El mando franco-ruso pudo reunir así las brigadas internacionales con una fuerza estimada entre 15.000 y 20.000 hombres bien mandados, armados poderosamente y lanzarlos al contraataque.

»La batalla tuvo entonces momentos durísimos. Algunas posiciones pasaron varias veces de los rojos a los legionarios y viceversa. Un batallón de camisas negras, que perdió el contacto, vio caer a casi todos sus oficiales. Se produjeron las vacilaciones, la confusión, el desorden furioso e inevitable que acompañan en todas las batallas los ataques al arma blanca. En el bosque del palacio de Ibarra se luchó con puñales: los episodios de heroísmo a los cuales asistieron observadores extranjeros fueron muchísimos y espléndidos. El carácter absolutamente ofensivo que el mando había impreso a la acción provocó, en la retaguardia inmediata, el estancamiento de los vehículos cargados de camisas negras que tenían que sustituir la primera división que luchaba hacía ya una semana. Pero la operación de la llamada «cabalgadura» de las divisiones, que parece bastante fácil sobre el mapa, no lo es precisamente en el infierno de la batalla. Así sucedió que la columna detenida en la carretera, o mejor sobre la única carretera, es decir, la ruta existente, fue fácil blanco de olas sucesivas de la aviación de bombardeo y caza bolchevistas, que utilizó hasta la noche los campos vecinos de Madrid, mientras que los nacionales estaban muy lejos y, lo que es más grave, siendo campos improvisados, impracticables.

»Hasta aquí el mando no había cometido errores, sólo de circunstancias: pero en un cierto punto dio la orden a las tropas de retroceder y esto fue un error, un gran error. El mismo mando lo admitió pocos días después, al hacer un examen más tranquilo de la situación: los legionarios se batieron como leones, pero no fueron batidos. No existían razones objetivas para replegarse. Se trata de superar un momento de crisis de naturaleza moral y que correspondía al mando. Las tropas se consideraban vencedoras. Además, había millares de hombres de reserva que no fueron mínimamente utilizados. Los legionarios de un general que ha dado prueba de un coraje que llegó a la temeridad, el general que sus legionarios habían bautizado "Barba elettrica", estaban impacientes para moverse y lanzarse, pero debieron obedecer al movimiento general de repliegue. De los 40 kilómetros del avance, 20 todavía quedaron en poder de los legionarios. Obtenido el objetivo de alejar la inmediata amenaza sobre Madrid, los rojos no osaron, prudentemente, pasar de allá. Habían perdido más de 5.000 hombres. La batalla de los diez días finalizó así el 18 de marzo, y sobre la línea del frente desde entonces reina la situación de la guerra de posiciones.»

El mismo Mussolini como juez y parte interesada dio la sentencia: «Más que de un *insuccesso*, debe hablarse de una victoria italiana, que los acontecimientos no permitieron de explotar a fondo.» Pero donde su pluma cargó las tintas fue en el comportamiento del adversario: «Las hienas con semblante humano se lanzaron sobre la sangre purísima de la juventud italiana como si fuera whisky y perdiendo todo residuo de pudor, como hacen los canallas y villanos cuando ha pasado el miedo.» Y de toda esta vigorosa y demagógica prosa del Duce sobresalía su promesa de venganza: «Dónde, cuándo, cómo no es —hoy— posible decirlo. Pero una cosa es cierta; cierta como el dogma de la fe, de nuestra fe. También los muertos de Guadalajara serán vindicados.»

Toda esta literatura permite comprender hasta qué extremos alcanzó la herida que Guadalajara causó en el orgullo de Mussolini y la furia que se apoderó de su mente que no le permitió enjuiciar con calma la situación creada. Consideró que debía vengar la afrenta recibida, aunque con su pluma pretendió demostrar que sus legionarios habían obtenido una victoria; se olvidó que solamente se celebran los triunfos y que la venganza se reserva siempre a las derrotas. Pero quien se consideraba un discípulo aventajado de Maquiavelo se olvidó con demasiada frecuencia que las voces de crítica, pese a los medios en vigor para silenciarlas, acaban por filtrarse en los oídos de la opinión pública y ésta pierde su fe en quien pretende defenderse recurriendo al engaño. Mussolini es de los personajes que caen víctimas de sus propias mentiras; así se entiende que se lanzara a varios conflictos bélicos convencido de que estaba respaldado efectivamente por los ocho millones de bayonetas, que él proclamó existir.

Si Mussolini cultivaba la *Realpolitik* y se engañaba explicando que como el C. T. V. había

avanzado 40 kilómetros y retrocedido sólo 20, y por lo tanto los italianos habían alcanzado una victoria de 20 kilómetros, Franco demostró ser un realista de nacimiento sin necesidad de recurrir a teoría alguna. Guadalajara terminó con un fracaso porque Roatta actuó por cuenta propia y Mussolini dejó que emprendiera una acción, sin la intervención prácticamente de las fuerzas españolas, que esperaba que concluiría la guerra civil española con la solución que el Duce había señalado a Goering en la entrevista que celebraron en enero: militarmente Italia daría la victoria a Franco. La vanidad y el deseo de demostrar que las tropas italianas debían figurar entre las primeras del mundo, hizo que Mussolini y sus consejeros militares menospreciaran a los combatientes republicanos, que en Madrid disponían de buen material soviético y contaban con el asesoramiento de excelentes técnicos rusos; este desprecio hacia el adversario llevó a Roatta a lanzarse a la aventura de Guadalajara por su propia cuenta sin sincronizar los movimientos del C. T. V. con los del Ejército nacional. La lógica y la estrategia aconsejaban, después de la Batalla del Jarama, aguardar la reorganización de las fuerzas nacionales para poder cerrar la tenaza que asediaba Madrid atacando simultáneamente por el Norte y por el Sur, y alcanzar así la carretera que une Madrid con Valencia. La precipitación de Roatta, que algunos críticos calificarán de «estúpida», hizo que Miaja y Rojo pudieran utilizar, aprovechando la mayor parte de las unidades y material, que se movieron por líneas internas, los mismos hombres que se batieron en Arganda para detener el avance del C. T. V. camino de Guadalajara. ¿Qué hubiera sucedido si Orgaz y Várela hubieran lanzado su ofensiva del Jarama al mismo tiempo que Roatta partía de Sigüenza? No hay duda que la famosa tenaza se hubiera cerrado y Madrid habría quedado totalmente asediada. ¿Por qué no aguardó Roatta el tiempo que se necesitaba para permitir llevar a cabo la ofensiva simultánea? La vanidad de hacer lo que no pudieron los otros fue la causa principal de lo que Mussolini se esforzaba en presentar más tarde como una victoria y anunciaba que sería vengada como si fuera una derrota.

El realista Franco no se dejó llevar por deseos de venganza y con mentalidad militar comprendió sería más fácil lograr la caída de Madrid procediendo antes a la conquista de las zonas, militarmente débiles, del resto de la península, que gastando sus recursos en un nuevo ataque contra unidades aguerridas y bien provistas de armamentos. Mientras las divisiones motorizadas del C. T. V. desfilaban por las carreteras españolas rumbo a la zona de Sigüenza, hemos visto como Vigón, en funciones de jefe del Estado Mayor de Mola, se convertía en el abogado de emprender, sin demora de ninguna clase, la campaña del Norte. A fines de marzo, recién terminada la batalla de Guadalajara, las cuatro brigadas de Navarra fueron tomando posiciones para iniciar la ofensiva contra Vizcaya y en los últimos días de abril se emprende la campaña que terminará el 19 de junio con la caída de Bilbao. En la acción participaron, al mando de Roatta, una brigada de «Flechas negras», reorganizada con la inclusión de combatientes españoles para convertirla en una unidad hispano-italiana, la agrupación «23 de Marzo» y varias baterías del C. T. V.; asimismo tomó parte descolante en la campaña la aviación de la Legión Cóndor. En cambio, las varias Brigadas Internacionales y las divisiones de Líster y Mera, bien curtidas en numerosos combates, permanecerán alejadas del Norte, y sólo podrán prestar una ayuda indirecta con su intervención en la Batalla de Brúñete, descargada en el Centro con miras a aligerar la presión que se ejercía sobre Vizcaya. Entre los combatientes vascos sólo veremos al general ruso Goriev, que buscó provocar en el Norte la reacción que se produjo cuando se trató de defender Madrid, y al comunista Niño Nanetti, a quien hemos visto al frente de la División XII en la Batalla de Guadalajara. Pero a Vizcaya llegó una sola expedición de material bélico soviético que consistió en 15 aviones de caza, 15 tanques, 5 cañones, 200 ametralladoras y 15.000 fusiles. Era evidente que en el Norte no se podría repetir el «milagro» de Guadalajara. Y más tarde el éxito franquista alcanzado en Vizcaya se repetiría en Santander y Asturias, con lo que se elevaría extraordinariamente la cifra de infantes y se lograría de la industria metalúrgica norteña el material bélico, sobre todo proyectiles, indispensables para continuar la guerra hasta la caída de Madrid.

Franco aprovechó Guadalajara para consolidar su poder personal. Pronto se deshizo del embajador alemán, general von Fauppel, quien hablaba de «acabar con Franco», según escribió el embajador Cantalupo y reveló la publicación de los documentos secretos alemanes después de la derrota de Hitler; por su parte Mussolini se vio forzado a ordenar a Roatta que tanto él como el C. T. V. pasaban a depender del Generalísimo, y finalmente, en el terreno de política interior procedió a la unificación de todas las fuerzas en un solo movimiento y así finalizaron los discordias que iban surgiendo entre falangistas, requetés y monárquicos. De haber triunfado Roatta en Guadalajara, difícilmente habría adquirido Franco el prestigio y la independencia que buscaba para acabar con las diferencias políticas existentes en la zona nacional y, más tarde, para poderse mantener al

margen de la Segunda Guerra Mundial, pues en la histórica entrevista que se celebró en Bórdighera no pudo Mussolini tirarle en cara que gobernaba en Madrid gracias a la victoria del C. T. V. Aquel heroísmo español, fuera del color que fuera, que se impuso en la lucha que tuvo por escenario Guadalajara ejerció, como veremos oportunamente, influencia casi decisiva para enjuiciar la situación que se presentó a fines de 1940 y tomar la decisión de mantener España alejada del conflicto bélico mundial. Analizaremos el caso en su momento oportuno.

Si Mussolini tuvo que recurrir a prodigiosos juegos malabares para explicar que Guadalajara fue una victoria italiana porque el C. T. V. avanzó 40 kilómetros y retrocedió sólo 20, Franco, cuando opinó sobre el tema, lo supo presentar con frialdad, despojado del marco de pasiones que lo encuadraba. La prensa mundial publicó el 22 de abril una entrevista que el entonces famoso repórter norteamericano H. R. Knickerbocker celebró con el Generalísimo en su cuartel general. Sobre la cuestión, Franco dio la siguiente explicación:

«La Prensa roja utiliza liberalmente las falsedades y las mentiras. Los hechos verdaderos son que nuestras líneas habían avanzado muchos kilómetros en aquel frente y que mantienen firme su posición en aquel sector hasta hoy, sin ceder un centímetro de terreno. Un pequeño error de interpretación en una orden dada a una columna para que abandonara una posición que estaba aún en poder del enemigo, provocó la retirada de ese contingente especial y obligó a toda la línea a rectificar las posiciones hacia retaguardia, sin la menor presión por parte del enemigo. Esto fue lo único que ocurrió. Un pequeño contingente de voluntarios se perdió durante la noche y cayó en manos del enemigo, y el enemigo magnificó lo sucedido a fin de anunciar una victoria inexistente.»

El fracaso del que fue el segundo ensayo de *Blitzkrieg* era motivo de toda clase de especulaciones por parte de los estrategas y de los comentaristas de temas militares. El periodista norteamericano pidió que Franco le diera una opinión sobre el peso y la importancia que adjudicaba a la aviación, que muchos peritos consideraban como decisiva en la próxima guerra. La respuesta que recibió Knickerbocker fue: «Las guerras no se ganarán o perderán en el aire, aunque la aviación tendrá cada vez mayor importancia en las guerras futuras. Los tanques son relativamente útiles y tienen, por cierto, un papel reservado en las batallas, pero es sólo limitado.» Esta opinión, según el periodista norteamericano, reflejaba cierta desilusión sobre la eficacia de los aviones y tanques, y se refirió, entonces, al empleo de las ametralladoras que, de acuerdo con los técnicos, daban a la defensa tales ventajas, que la ofensiva sólo en raras ocasiones tendría éxito. Franco replicó: «Estoy en desacuerdo total con eso. Uno siempre puede maniobrar, y el éxito, después de todo, se encuentra donde están la inteligente habilidad del comando, el valor de las tropas y la fe.» Recordó que en los primeros meses de la guerra luchó con enorme inferioridad, tanto en cuanto a hombres como a material. Exclamó: «Aunque la proporción era de diez a uno, vencimos al enemigo.» Si bien el Generalísimo extremó su habitual prudencia para que no se le escapara una palabra o un concepto que pudiera herir la susceptibilidad de los fascistas, fueron algunos los que sostuvieron que el elogio que hizo del coraje de los combatientes sobre el uso de las máquinas bélicas modernas venía a dar la razón a todos aquellos oficiales y falangistas que un mes antes levantaron la copa o el vaso para celebrar el heroísmo español fuera del color que fuera.

El segundo ensayo de *Blitzkrieg* facilitó toda clase de argumentos para que los estrategas debatieran el tema del papel que las unidades de tanques jugarían en los futuros combates. Charles de Gaulle era comandante en 1937 del 507 Regimiento de Carros de Asalto que estaba estacionado en Metz y no perdió su entusiasmo en propugnar la formación de cuerpos acorazados servidos por un ejército profesional; sus libros y conferencias no lograron convencer a los generales ni a los políticos que en su mayoría vivían tranquilos porque creían que la línea Maginot protegía perfectamente la frontera del Este. En la Unión Soviética el mariscal Tukhachevsky estudiaba los informes de Paulov y sus técnicos le enviaban desde el campo de operaciones de Guadalajara a fin de comprobar cómo funcionaba en el terreno práctico su concepción moderna de la guerra, basada en la formación de unidades motorizadas independientes y el empleo de paracaidistas y tanques a gran escala; tres meses más tarde, el 12 de junio, fue fusilado y después de la depuración sangrienta a que fue sometido el Ejército rojo ningún general se atrevió a defender la teoría de la «guerra móvil», tan acariciada por el mariscal desaparecido, porque sabían que Stalin era partidario de la vieja estrategia defensiva. En la Alemania hitleriana, en cambio, Guderian y sus expertos analizaban los informes que desde España les enviaba von Thoma e introducían cambios en los tanques alemanes y en las tácticas con el fin de poner a punto las divisiones que en un día no lejano recorrerían buena parte de Europa y alcanzarían victorias impresionantes con sus *Blitzkrieg*, cuyo primer ensayo fue un éxito rotundo en Málaga y conoció en el segundo, Guadalajara, una verdadera

catástrofe. Stalin al fusilar no sólo a Tukhachevsky sino más tarde a Goriev y otros altos oficiales que en España tuvieron ocasión de ver cómo se aplicaba prácticamente la guerra relámpago, abrió inconscientemente las grandes llanuras rusas para que en un rápido avance se presentaran las *Panzerdivisionen* a las mismas puertas de Moscú. El mundo de la estrategia resulta tan complicado y difícil que vemos que un mismo caso, el de Guadalajara, sirvió para que Alemania perfeccionara su *Blitzkrieg*, para que Stalin abandonara el mejoramiento de los tanques soviéticos, que en el Jarama probaron ser superiores a los alemanes, y para que viera De Gaulle, con amargura, que los adversarios de su teoría sobre los cuerpos acorazados no le prestaban la menor atención: Petain, Gamellin y Weygand continuaron avalando con su prestigio el mito de la invulnerabilidad de la línea Maginot. El fracaso de Roatta tuvo, como se vio posteriormente, consecuencias mundiales.

CAPITULO XI. DESUNIÓN ENTRE LOS VENCEDORES

El general Miaja, al regresar a su cuartel general de Madrid, en la noche del 18 de marzo, después de haber asistido a la primera fase de la contraofensiva general republicana, se vio asediado por los periodistas que querían saber los frutos de la batalla. Miaja declaró entonces : «Bergonzoli, Nuvolari, Rossi, Coppi, jefes salidos de las mejores academias de Italia; Líster, El Campesino, Mera, hombres procedentes de las capas más humildes del pueblo, sin ninguna preparación militar. Estos han derrotado a aquéllos, sin que a los primeros les sirviesen de nada sus profundos conocimientos técnicos y su larga experiencia en el arte de hacer la guerra. ¡Lo que puede el tener razón!»

Con la autoridad que le daba desempeñar la jefatura del Ejército de la zona central, Miaja había proclamado que la victoria obtenida sobre el C. T. V. se debía a tres españoles, todos ellos procedentes de las capas humildes del pueblo. Pero se olvidó que entre los tres había dos comunistas —Líster y El Campesino— y un anarquista —Mera—. Los guerreros siempre se han disputado, en el momento de repartirse, los laureles de la victoria, Pues todos quieren una parte mayor de la que reciben; en cambio, ninguno dará un paso adelante para confesar su responsabilidad en la derrota. La polémica surgió inmediatamente después que la calma siguió a la tempestad provocada por la batalla. Se empezó a hablar de que el éxito de la operación se debía a la XIV División, formada por anarquistas a las órdenes de Mera, y no a la XI, integrada por comunistas al mando de Líster, como proclamaba la prensa del partido. Por otra parte había pugna sobre la reconquista de Brihuega, pues Mera a las diez de la noche comunicó a Miaja su entrada en la población, mientras que El Campesino y sus dinamiteros aseguraban que a la misma hora habían entrado ellos por otra parte del pueblo. Quienes habían luchado unidos e impulsados por un mismo espíritu, se peleaban en la distribución de los méritos contraídos. Y las disputas no fueron únicamente verbales; entre hombres rudos y armados se tenía que pasar obligatoriamente de las palabras a las balas. No tardó en recibir Jurado una llamada del teniente coronel Niño Nanetti, comandante de la División XII y jefe del sector izquierdo de Hita. Le comunicaba que muy próximo al frente y en el pueblo de Torre del Burgo, a retaguardia de la línea, había oído nutrido tiroteo, que había mandado averiguar lo que ocurría y se le informó que desde las calles del pueblo tiroteaban a la Casa del Ayuntamiento, desde la cual se disparaba. Se trataba de la eterna pugna entre cenetistas y comunistas. Pedía que se le indicara si debía tomar medidas. Jurado le contestó que puesto que se trataba de un lugar tan cercano al frente la cuestión correspondía a la jurisdicción militar y, en consecuencia, que destacara una compañía y sometiera a los sublevados para proceder a su desarme. Dos horas más tarde telefoneó nuevamente Nanetti, comunista, para comunicar que la orden había sido cumplida y el armamento se hallaba a disposición del IV Cuerpo de Ejército. Por la tarde recibió Jurado una llamada del gobernador civil de Guadalajara, a quien no conocía y quien no tuvo la menor atención hacia el jefe de las fuerzas que operaban precisamente en territorio de su provincia. Con tono autoritario le expresó: «No sé si sabrá, señor teniente coronel, el atropello que ha cometido con las autoridades de Torre del Burgo, correspondiente a mi jurisdicción, el jefe militar de ese frente.» Después de esta breve introducción le pedía simplemente la inmediata destitución de Nanetti y la devolución del armamento recogido. Jurado trató de calmarle restando importancia al asunto y que todo se arreglaría. Sin embargo, añadió que él no podía admitir que el armamento que necesitaban las unidades combatientes —la XII División había perdido gran parte del suyo en su precipitada retirada al comienzo de la ofensiva del C. T. V.— estuviera en manos de gente que sólo lo empleaba en perturbar el orden y que si querían pegar tiros que fueran al frente. Terminó afirmando que el jefe del sector no había hecho más que cumplimentar sus órdenes. El gobernador al enterarse que fue el mismo jefe del IV Cuerpo de Ejército quien había dado la orden se indignó todavía más, y dijo que si no se le complacía daría parte a la Superioridad. Jurado le contestó con un «perfectamente» y cortó la conversación.

Para el hombre que tenía en sus manos los hilos de toda la operación de Guadalajara el pleito de Torre del Burgo carecía de toda importancia: se había restablecido el orden y al recogerse las armas se evitarían nuevos choques entre cenetistas y comunistas. Sin embargo, el gobernador civil consideró que para él era un asunto de vida o muerte. Estuvo haciendo gestiones y a los dos días pidió telefónicamente una audiencia con Jurado. Este lo recibió cordialmente, pues no había concedido importancia a tan pequeño asunto. Se le presentó un joven que anteriormente había estado en Málaga, donde había chocado con los pocos elementos civiles y militares con que tropezó. En opinión de Jurado se trataba de un hombre decidido y despierto «al que hubiera dado el

mando de algunas de las unidades que tenían por jefes a verdaderas nulidades». La conversación entre la autoridad militar y civil empezó en tono persuasivo, pero pronto se convirtió en abierta polémica. Ante las exigencias del gobernador replicó Jurado en forma tajante: «Señor gobernador, seguramente de lo que ocurre usted no tiene la culpa, ni yo tampoco, la tiene el Gobierno que da lugar a estos incidentes en tiempo de guerra y en la zona de guerra, donde no puede haber más autoridad que la militar, la suya no se precisa como habrá podido observar en estos días, o que lo pongan a usted de jefe militar, que también es posible, con lo que se terminarían estas absurdas disputas.» No se intimó el gobernador y después de replicar que no le parecían bien los argumentos que había escuchado le anunció que iba a quejarse y dar parte al Gobierno del atropello de que era víctima y de las críticas que había escuchado contra el Gobierno. Jurado le manifestó que si para ver al Gobierno en Valencia, para quejarse de él, necesitaba coche, él ponía los dos suyos a su disposición. La reunión terminó levantándose amenazante el gobernador y prorrumpiendo en gritos. Jurado le frenó expresando: «Señor gobernador, no me obligue a que llame a la guardia y lo meta en la cárcel.» Palideció probablemente de ira y preguntó: «¿Sería usted capaz?» La réplica fue contundente: «Si señor, y de algo más.» Con su queja el gobernador viajó a Valencia y pidió a todo el mundo la > destitución precisamente del militar que había sido el artífice del triunfo de Guadalajara. No se le dio satisfacción inmediata, pero se le indicó que tuviera paciencia, porque Jurado duraría poco en Guadalajara.

El panorama para el jefe del IV Cuerpo de Ejército había cambiado totalmente. Aquellas facilidades que se le concedieron por parte del Gobierno y de las organizaciones políticas y sindicales cuando se trató de poner en pie la resistencia y luego el contraataque en Guadalajara, se convirtieron en dificultades. Para terminar con las fortificaciones indispensables que se levantaban en el frente era preciso librar verdaderas batallas. Mucho más tarde recordaba Jurado: «El mando se hacía imposible; en aquella atmósfera de pequeñeces e intrigas, me asfixiaba.»

Y no fue únicamente el gobernador civil de Guadalajara quien no aceptaba su autoridad, sino que los ataques y críticas procedían igualmente de algunos que acababan de actuar a sus órdenes en la batalla librada al C. T. V. Al término de la lucha, en la misma Guadalajara, tuvo lugar un gran acto convocado por las 17 organizaciones antifascistas que existían en la ciudad. Uno de los oradores fue Líster, el jefe de la División XI, que formaba parte del Cuerpo de Ejército que mandaba Jurado. Con su tono de perdonavidas habitual, en él, arremetió contra los militares, lo mismo profesionales que de milicia, faltos de fe en la victoria, a los incapaces que echaban sobre los subordinados las culpas de los reveses; a los emboscados y a los cobardes que se dedicaban a lucir estrellas y galones lejos del frente. Líster, según los periódicos, dijo entre otras cosas: «Algún militar se ha quejado de esa época, de que yo había dicho que a todos los viejos militares había que liquidarlos. Yo he dicho y lo vuelvo a repetir, que cuando hay una derrota o un chaqueteo hay que ver qué clase de mandos existen, y yo no me refiero ni a viejos ni a nuevos. Todos los soldados son buenos, todos desean aplastar al fascismo; luego es cuestión de mandos. Donde hay hombres que saben mandar, los soldados van a la victoria. Hay que acabar con los jefes, lo mismo si son viejos que nuevos, que echan la culpa de las derrotas a los soldados. Son unos incapaces o unos traidores, y tenemos el deber de liquidarlos. Y esto, lo mismo si proceden del antiguo ejército que si han salido de las milicias.»

Jurado no llamó a Líster para aclarar algunos extremos de sus manifestaciones. Sabía que era perder el tiempo intentar dialogar con él, porque en el fondo no hacía otra cosa que cumplir con las directivas del Partido Comunista. En el plan de unificación del Ejército Popular figuraba en lugar preferente lograr que todos los altos jefes aceptaran el carnet de afiliado al Partido Comunista, pues bien se sabía que contando con los mandos superiores siempre se está en condiciones de controlar todas las fuerzas armadas. Jurado no aceptó el famoso carnet y pese a contar en su haber con la victoria de Guadalajara, éxito único en los anales republicanos, en el futuro no se le ofreció otra buena oportunidad para poner de manifiesto sus brillantes dotes castrenses. Vicente Rojo, en cambio tenía el carnet en el bolsillo, y así pudo lucir sus conocimientos como jefe de Estado Mayor sin sufrir las críticas y los ataques de los comunistas. Los consejeros militares soviéticos guardaron el mejor recuerdo de los militares profesionales españoles con carnet. El mariscal Voronov dedica las siguientes líneas a Rojo: «Vicente Rojo, joven, enérgico y activo, bien preparado militarmente, fue desde el 7 de noviembre jefe del Estado Mayor de la defensa de Madrid, un inmejorable sustituto y auxiliar del general Miaja. Le gustaba conversar *de vis a vis* con la sola presencia del intérprete, intercambiando sinceramente opiniones y apuntando en su gran cuaderno de notas nuestras propuestas y buenos consejos. Cuando ascendió a jefe del Estado Mayor Central, nuestra colaboración práctica continuó y siempre tuve el deseo de ayudar en la medida de mis fuerzas a este magnífico

oficial republicano.»

Segismundo Casado no aceptó el carnet y, naturalmente, sobre él escribió Voronov en los mismos recuerdos: «Otro tipo diametralmente opuesto de oficial profesional era el teniente coronel Casado, jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor Central, oficial bien preparado. Poco locuaz, reservado y de excesivo amor propio, miraba con malos ojos a los oficiales provenientes de la Milicia Popular y a los voluntarios soviéticos. Con él era muy difícil encontrar un lenguaje común, en torno a los problemas trascendentales de las futuras operaciones. Particularmente era maligna y hostil su actitud respecto a las Brigadas Internacionales, a pesar de los indiscutibles méritos combativos de éstas. Como regla, cualquier propuesta o deseo de nuestros consejeros los recibía a bayoneta calada, intentando demostrar su inconveniencia. Sólo se rendía después de presentarle pruebas fundamentales que no podía refutar en modo alguno. Piotr Ivanof, que trabajó con él de consejero militar, me contó infinidad de perrerías cometidas por este oficial. Cuando en 1939 se supo la traición y deslealtad del coronel Casado a la España republicana y al pueblo español, yo no me asombré lo más mínimo.»

El carnet a Miaja le sirvió durante mucho tiempo para moverse con libertad. Pero un día desobedeció a las directivas comunistas y el mariscal Malinovski en sus recuerdos dejó un retrato de él escrito ciertamente con ironía: «Puede decirse que Miaja era un gran original. Coleccionó literalmente los carnets de todos los partidos del Frente Popular que se le entregaban como "héroe de la defensa de Madrid". ¡Por no faltarle, a su edad, tenía incluso el de la Juventud Socialista Unificada! Recuerdo con qué pompa ceremonial se organizaban las salidas de Miaja. Delante de su automóvil, de ordinario, marchaba un destacamento de motoristas, uno de los cuales, el que iba en cabeza, tocaba incesantemente a pleno pulmón una corneta refulgente, como avisando: ¡Paso libre, apartarse! Cerraban el cortejo unos automóviles blindados. Era natural que, ante tal aparato, las gentes se apresurasen a dejar libre el camino. Tal era la opresión de altivez y ambición que producía este jefe militar a los que con él se relacionaban. Y si el frente mandado por este general mantenía una defensa inexpugnable, el propio Miaja no tenía nada que ver en ello. De hecho, la dirección de la defensa de Madrid durante el invierno y primavera de 1936-1937 la ejerció el jefe del Estado Mayor del Frente de Madrid y más tarde del Frente del Centro, coronel Vicente Rojo.»

Como que Jurado era un simple militar profesional desprovisto del carnet comunista, que amparaba a sus poseedores, se limitó a cumplir con el reglamento: envió a Rojo uno de los periódicos con el discurso de Líster y la petición de su destitución. Rojo dio a conocer a su «camarada» la petición de Jurado y le mostró el periódico con los subrayados del jefe del IV Cuerpo de Ejército del cual dependía Líster. Este, para demostrar su fuerza participó, el mismo día en que se entrevistó con Rojo, en un mitin que se celebró en el Cine Monumental. En su discurso denunció a Jurado, quien encontraba natural que los miembros de los partidos políticos y de los sindicatos se jugaran la vida en los frentes de combate, pero querían más tarde imponer el más completo silencio y apoliticismo. El pleito se resolvería pronto a favor del comunista y renunciando el bando republicano a los buenos servicios que estaba en condiciones de prestar quien había demostrado en Guadalajara dominar la complicada ciencia militar. Pero, antes de continuar, es menester detenerse en un episodio que prueba el difícil terreno en que se movían los militares desprovistos del omnipotente carnet.

Una semana después del combate de Brihuega recibió Jurado la llamada telefónica de Miaja, quien le informó que algunos ministros y políticos querían conocerle y felicitarle y que él entendía que la mejor manera de complacerles sería que los invitara a almorzar en su puesto de mando. Jurado le observó que no disponía de medios para atender a un grupo numeroso de invitados y que recordara Miaja que alguna vez que lo visitó en el frente estaba sin comer y aceptó gustoso el bocadillo que se había llevado para merendar. Un día más tarde se repitió la llamada de Miaja, quien en su tono campechano le manifestó: «Bueno, Jurado, ya está todo dispuesto para que en el salón de la casa donde duermen, pongan la mesa; lo llevarán todo de Madrid y usted no tendrá más que sentarse a comer. La comida será pasado mañana a la una.» «A sus órdenes, mi general», fue la respuesta.

A la comida asistieron entre 30 y 35 comensales, entre ellos el entonces ministro de Instrucción Pública, Jesús Hernández, considerado el portavoz del Partido Comunista, varios políticos, el general Miaja con sus ayudantes y algunos soviéticos. Mientras se comía debió Jurado facilitar pormenores sobre las operaciones que le solicitaban sus invitados. Al final de la comida, bien servida en platos y vinos, cundía una animación y alegría general. El general Miaja se levantó para decir unas palabras sobre el comportamiento de los combatientes y el éxito obtenido. Luego habló

Jesús Hernández para poner de manifiesto los alcances del triunfo y la importancia que tendría en el desarrollo de la guerra. Después de unas consideraciones políticas, finalizó para felicitar a Jurado y rogarle que como terminación y contento general debían ponerse en libertad los presos y dar por terminados los expedientes pendientes por faltas de disciplina.

Jurado, amargado ya por todo lo que venía ocurriendo, no se mostró dúctil como exigían el ambiente y las circunstancias. Se levantó y pronunció estas escuetas palabras: «Señor ministro y señores extranjeros, señores civiles y militares. No soy más que un modesto soldado que obedece al mando, así que no tienen más que dar la orden y serán puestos en libertad los presos y sobreseídos los expedientes, pero si tiene que salir de mí la orden perdonarán que no lo haga, porque cuando la di Para castigarlos, fue por considerar indispensable imponer la disciplina en el ejército; sin disciplina no hay ejército y sin ejército no podemos ganar la guerra.» El orador se sentó luego de pronunciar estas palabras. Un gran silencio siguió a la alegría y cordialidad que reinaba en el ambiente. Pronto se organizó el desfile general sin que se oyeran comentarios. Jurado se quedó el último para ahorrarse la violencia de despedidas forzadas. El había dado un rotundo no a una petición formulada por el ministro Hernández, representante del Partido Comunista. Nadie aguardaba que pudiera existir un militar que saliera en defensa de mantener la disciplina antigua en las filas del ejército. Miaja se perdió la ocasión, o prefirió callar, de ponderar la labor que los militares profesionales realizaban para el bien de la causa republicana. Pero había abandonado ya el papel de intermediario entre los políticos y los militares, que desempeñó bien hasta el momento, para convertirse en el obediente servidor de las disposiciones del Partido Comunista. Sólo hubo una excepción entre todos los asistentes. El mismo Jurado lo contó: «Cuando ya se puede decir que no quedaba nadie, se me acercó un señor alto y bien portado —que me dijeron después que era un coronel o general ruso muy importante (¿Goriev?)—, que extendiéndome la mano me dijo en español "muy bien" y otras palabras en ruso que no entendí, pero que comprendí en ese lenguaje que tienen los militares de todos los ejércitos del mundo. Confieso que en el momento me llenó de satisfacción, pero después me dio vergüenza como español que otros, que indudablemente pensaban como él, no se atrevieran a manifestarlo ni apoyarme en público.»

El corto discurso pronunciado por Jurado le cerró muchas puertas. Aquellos días se decía que para premiarle su éxito de Guadalajara iba a ser ascendido a coronel y se le darían destacados puestos de mando. El ascenso no lo deseaba por pertenecer a la escala cerrada de Artillería : los puestos de responsabilidad no le interesaban si se le privaba de la libertad de acción y debía someterse a los dictados de los intereses de partido. Dejó hablar su conciencia y su mente de hombre ducho en cuestiones militares. Su opinión de aquellas jornadas se encierra en estas líneas: «Era indispensable tener un ejército con que ganar la guerra, que si la perdíamos como estaba seguro que iba a ocurrir, de no tomar drásticas sanciones contra los que no cumplían las órdenes, y se variaba la orientación político-militar, nuestro final sería un desastre. Desgraciadamente se prefirió lo último.»

En aquellos días se esforzaban los comunistas en la gran maniobra de apoderarse de todo el aparato militar para controlar así los destinos de la República. Stalin había decidido el reemplazo de Largo Caballero, que se mostraba indócil a los consejos de expertos soviéticos, por otro personaje que prestara oído atento a los deseos moscovitas. En los dos bandos en lucha en la guerra civil se seguían caminos totalmente opuestos: mientras Franco hacía que los militares ocuparan las funciones que correspondían a los civiles, en la zona republicana se veía a los civiles desempeñar el papel que correspondía a los militares. Según Jurado, la consecuencia fue lógica con los hechos: «Ganaron la guerra los que hicieron política militar para la guerra; la perdieron los que hicieron política partidista, dejando la guerra en segundo lugar.»

El caso del coronel Jurado sirve para aclarar muchos aspectos del drama de tantos militares que el 19 de julio se mantuvieron ajenos por completo al alzamiento militar que inició Yagüe en Marruecos. Al lado de la República permanecieron más de 500 generales, jefes y oficiales que no fueron utilizados en sus funciones castrenses, por temor a que podían traicionar al régimen republicano. De todos ellos únicamente se utilizaron aquellos que fueron indispensables a la organización militar, en Escuelas, Estados Mayores y servicios y en algunos casos excepcionales para mandos superiores. El militar profesional fue perseguido y vigilado en forma desconsiderada. El Gobierno, por miedo a los incontrolables, no los protegió ni los utilizó debidamente. Así resultó, que más de un miliciano, salido de presidio por delitos comunes, se tomaba el derecho de juzgarlos y aplicar la justicia por su mano con la mayor impunidad. Aquellos que se vieron perseguidos no les quedó otro recurso que afiliarse a los partidos políticos, lo que equivalía a contar con un aval que les abría las

puertas a los cargos subalternos o en la retaguardia, en ocasiones a las órdenes de milicianos. De esta manera se perdieron los servicios de muchos jefes y oficiales que por sus conocimientos militares estaban en condiciones de mandar unidades superiores. Otros se suicidaron o asqueados se pasaron al bando adversario. Jurado, que en propia carne vivió la tragedia de tantos compañeros suyos, expresó su pensamiento así: «Dudo que pueda haber oficialidad de ningún ejército, que pasara por las dificultades y persecuciones que conocieron los profesionales leales a la República, que llevaran el cumplimiento de su deber y amor a España con el valor y sacrificio que en ejemplo sin igual dieron los militares leales.»

En la Batalla de Brúñete, que se libra al mando del general Miaja y con Rojo como jefe de Estado Mayor, vemos a Jurado al frente del XVIII Cuerpo de Ejército, pero pronto es sustituido por el coronel Casado. Más tarde interviene en la batalla de Teruel al mando de la artillería antiaérea. Sus servicios se vuelven a utilizar después de la entrada de las tropas de Franco en Barcelona: ascendido a general se le pone a la cabeza del Grupo de Ejércitos de Cataluña, para desempeñar el papel nada lucido de hacer la retirada hasta los Pirineos e internar luego las tropas en territorio francés. Refugiado en Francia, primero, encuentra más tarde en Uruguay donde exiliarse acompañado de su familia. Cuando le conocí, en una de sus visitas a Buenos Aires, por intermedio de mi amigo Francisco Galán me llevé la sorpresa de hallarme en presencia de un ser que por su figura, sus gestos y expresiones podía pasar por prototipo del militar español retirado. De sus labios escuché el primer relato coherente de lo que fue la Batalla de Guadalajara. Luego me envió el texto de la conferencia que sobre el tema pronunció en Montevideo en marzo de 1954, con motivo de cumplirse el 17 aniversario del acontecimiento bélico. Habíamos convenido que lo visitaría en su residencia uruguaya para continuar la charla y mostrarme los recuerdos que conservaba de la guerra. Desgraciadamente no pudo concretarse porque falleció luego de una larga enfermedad. Sin embargo, mi contacto con él y el texto de la conferencia que me dio me permitieron entender bien lo que fue realmente la Batalla de Guadalajara. El hecho me interesaba porque históricamente era el segundo ensayo de guerra relámpago que se realizaba y que terminó, como hemos visto, con un rotundo fracaso. Posteriormente se llevará a cabo un tercer ensayo de *Blitzkrieg*; fue en Aragón cuando las fuerzas del general Yagüe, partiendo de las cercanías de Zaragoza avanzaron en veinte días hasta conquistar las primeras casas de Lérida. En este tercer ensayo participan tanques, aviones, artillería, camiones e infantería. Todo se mueve sincronizadamente: la aviación actuó para separar la retaguardia enemiga de los combatientes de primera línea; los tanques abren el frente adversario y en su rápido avance son seguidos por la infantería, que utiliza los camiones como medio de transporte; cuando se presenta un obstáculo está la artillería para intervenir. Si Guadalajara fue un fracaso, Aragón en cambio fue un buen anticipo de la táctica que la Wehrmacht pondrá en juego en Polonia y que valdrá a Hitler su resonante victoria. Jurado, como hombre y militar, era una figura talmente interesante y los expertos militares harían bien de profundizar su estudio, pues por lo que ha visto el lector hasta ahora, la Batalla de Guadalajara merece figurar en buen lugar en los manuales castrenses.

En relación con Guadalajara y Jurado, lo singular es el poco interés que el tema ha despertado entre los que vivieron de cerca el hecho. Es verdad que tenemos las páginas que dejó Vicente Rojo, pero son de tipo técnico y desprovistas de todo el aspecto humano. Dolores Ibarruri, que visitó la zona y animó a los combatientes republicanos, dedicó menos de dos páginas en sus memorias al triunfo de la República y sólo se acuerda de Líster para atribuirle todo el éxito de la operación. Señala que para contener el ataque del C. T. V., «fueron situadas en los puntos vulnerables dos brigadas de las fuerzas que mandaba Líster, una brigada de internacionales, más otras dos brigadas suplementarias que constituían las principales reservas del mando republicano». La Pasionaria no tiene una sola palabra para los consejeros soviéticos que la festejaron cuando se presentó en el frente de combate, según cuentan ellos. Tampoco menciona para nada a Jurado, responsable de la dirección de las tres etapas que tuvo la batalla, cosa que se comprende porque no puede contar para ella quien se negó a recibir el carnet de afiliado comunista. Igualmente no cita a Cipriano Mera, el jefe anarquista de la división integrada por cenetistas, porque para ella únicamente existían los anarquistas para hacerlos responsables de todo lo malo que se producía en el campo republicano. Sin embargo, el olvido mayor de La Pasionaria debe considerarse la falta de referencia a Valentín González («El Campesino»). El junto con ella fueron las dos figuras comunistas más populares durante la guerra; las barbas de El Campesino y los gestos teatrales de la Pasionaria se convirtieron en grandes mitos en el campo republicano. La prensa comunista contemporánea de los hechos presentó a Valentín González como el gran héroe de Guadalajara, pero cuando Dolores Ibarruri escribió «El Único Camino» se había convertido El Campesino en un traidor a la causa de la Unión

Soviética y se le condenó a la pena del silencio: de los libros editados en Moscú y en las memorias de los comunistas sobre los sucesos españoles se suprimieron todas las referencias a este personaje tan singular de la guerra civil. El caso no fue nuevo, porque en la misma Rusia se dejó de citar el nombre de León Trotsky hasta el extremo que en ciertas historias, sobre todo en los últimos años de Stalin, no se mencionó el papel que jugó en el triunfo de la revolución bolchevista, cosa que parecía imposible que se pudiera dar, ya que Lenin de no contar con la gran colaboración de Trotsky difícilmente hubiera triunfado. Pero de igual manera que hoy nadie se ha olvidado de quien creó el Ejército rojo y fue asesinado en México, tampoco desaparecerá la figura de Valentín González, ya que nadie podrá arrancar su nombre y hechos de las páginas de los que lo conocieron y trataron cuando recorrían las ensangrentadas tierras españolas y que ahora figuran en la galería de escritores de renombre universal. Hemingway, Malraux, Dos Passos contribuirán a que el nombre y hechos de El Campesino no caigan en el olvido. Prácticamente es imposible lograr que se hunda en el olvido quien se convierte en todo un personaje por el arte de un escritor.

CAPITULO XII. LA NO INTERVENCIÓN

El revés sufrido por el C. T. V. en Guadalajara tuvo enormes repercusiones en el seno del Comité de No Intervención, pues los representantes de Roma y Berlín se encontraron en las manos unas cartas bien distintas de las que pensaban jugar para alcanzar una victoria definitiva. La figura más destacada del organismo que funcionaba en Londres para aplicar la política de presunta neutralidad de las grandes potencias en la guerra civil española era, sin duda alguna, el conde Diño Grandi. El y Balbo eran los dos principales personajes fascistas que estaban en condiciones de codearse con el Duce. Así se comprende que estuvieran alejados de Roma: uno en Libia y el otro en Londres, donde desempeñaba las funciones de embajador. Con su negra barba y su movilidad latina, Grandi fue uno de los astros que más refulgió en el mundo diplomático de la capital británica en los tiempos de Baldwin y Chamberlain. Sus opiniones tenían siempre importancia por su gran conocimiento de la política exterior, ya que antes de ser enviado a Londres ocupó el sillón ministerial en que se sentaba en 1937 el conde Ciano. Se sabía que no estaba de acuerdo con la política de alianza con Hitler que practicaba Mussolini. Sin embargo, al empezar la Segunda Guerra Mundial y retornar él a Roma se le confió la cartera de Justicia y a la muerte de Costanzo Ciano, pasó a la presidencia de la Cámara del Fascio y de las Corporaciones. Con buenas relaciones con la Casa de Saboya y ciertos contactos con sus viejos amigos londinenses, Grandi fue el elemento más activo en determinar el voto contrario a Mussolini en la reunión del Gran Consejo Fascista del 24 de julio de 1943, votación que dio pie para que el rey Víctor Manuel despidiera al Duce de la jefatura del Gobierno y se procediera a su detención. El tribunal fascista de Verona, en enero de 1944, lo condenó a muerte en contumacia. Sin embargo, más afortunado que Ciano, pudo asistir al final del fascismo y de la guerra para permanecer luego totalmente retirado de la actividad política.

Si Grandi en 1943 se mostró un hábil y audaz conspirador, en marzo de 1937 conoció un fracaso extraordinario en sus funciones de diplomático. La culpa no fue totalmente suya, pero se reconoció que había dejado de actuar con la prudencia que debe conservar todo participante en las lides internacionales y, finalmente, perdió el control de sus nervios. El 8 de marzo el Comité de No Intervención, reunido en sesión plenaria, aprobó el plan elaborado, luego de minuciosas negociaciones, destinado a ejercer un control internacional tan efectivo «que cortara a España todos los suministros exteriores después de entrar en vigor». Una Junta integrada por representantes de Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania y Rusia, con incorporación posterior de Polonia, Grecia y Noruega, se encargaría de la aplicación del control. Para presidir el organismo se designó al vicealmirante holandés van Dulm. Ciento treinta observadores bajo la jefatura del coronel danés Lunn se destinaron a la frontera de los Pirineos, del lado francés. Otros 550 observadores, a las órdenes del contraalmirante holandés Olwer, supervisarían en los puertos el cargamento de las naves con destino a puertos españoles. El patrullaje naval sería confiado a Gran Bretaña, que vigilaría la costa norte de la Península desde la frontera francesa hasta Cabo Busto; la costa sur, desde el Cabo de Gata a la frontera portuguesa; y, por último, los confines de las islas Baleares. Francia controlaría las costas desde Cabo Busto a la frontera portuguesa, las aguas del Marruecos español, Ibiza y Mallorca. Alemania era responsable de la costa oriental desde Cabo de Gata a Cabo Oropesa. Finalmente, Italia ejercería la vigilancia desde Cabo Oropesa a la frontera francesa; Menorca también correspondía a la actividad de patrullaje italiano.

En la sesión plenaria del Comité de No Intervención del 8 de marzo sabían los delegados presentes que mientras aprobaban el plan para evitar que nuevos suministros bélicos llegaran a poder de ambos bandos beligerantes españoles, desde Sigüenza habían iniciado una marcha *relámpago* unas divisiones motorizadas legionarias italianas que en muy pocas jornadas ocuparían Guadalajara y cerrarían definitivamente el cerco de Madrid, comenzado en los primeros días de noviembre de 1936. Grandi, además de recibir de Ciano instrucciones de mostrarse «positivo», pues todos los embarques italianos a España habían terminado, conocía los planes del general Roatta y estaba convencido que cuando el Comité de No Intervención se reuniera nuevamente para abordar la cuestión de la retirada de los voluntarios extranjeros que luchaban en España, podría anunciar que el triunfo del C. T. V. no sólo significaría la caída de la capital española, sino también la desaparición de todo control internacional, por innecesario, sobre las fronteras hispanas. La carta de la derrota del bando republicano, Grandi estaba seguro de tenerla en la mano, y de esta manera se lanzó a fondo el 8 de marzo con la seguridad de coronar triunfalmente un maquiavélico y bien trazado plan diplomático. El derrotado en tan sagaz juego tenía que ser el embajador Ivan Maisky, un veterano y astuto ruso considerado como de los primeros diplomáticos de la Unión Soviética.

Sobre sus espaldas le había caído la tarea de defender al Gobierno republicano español, pero con la necesidad de evitar todo choque con el representante alemán, que era Joachim von Ribbentrop, quien pronto, de la embajada londinense, saltaría al Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich. Maisky actuaba con frecuencia de vocero de la política internacional del Kremlin. En plena batalla de Guadalajara, el 13 de marzo, habló Maisky ante el segundo Congreso nacional de Paz y Amistad con la Unión Soviética, reunido en Londres. Aquellos que aguardaban que el diplomático ruso aprovecharía la presencia de las cuatro divisiones del C. T. V. para denunciar los manejos de las potencias fascistas que, si bien en el seno del Comité de No Intervención, se comprometían a prestar su colaboración a las medidas de control destinadas a evitar la entrada de material bélico y combatientes en España, en la práctica buscaban con un cuerpo de ejército italiano decidir la guerra civil con la ofensiva de Guadalajara, se encontraron que Maisky hablaba de la diminuta Caperucita Roja española acosada no por un solo lobo, sino por una manada entera y desde los cuatro puntos. Tenía que mostrarse prudente porque aquel día 13 de marzo eran pocos los que opinaban que las fuerzas populares republicanas podrían superar la grave crisis creada por el rápido avance del C. T. V. y Maisky estaba bien informado, pues en la batalla intervenían, como hemos visto, los consejeros militares soviéticos que desempeñaban funciones importantes. Prefirió hablar de los peligros de guerra que iban aumentando, no sólo en términos generales, sino especialmente contra la Unión Soviética. Expresó: «Es suficiente mencionar el acercamiento germano-japonés, que, de acuerdo a las informaciones más de confianza a nuestra disposición, equivale prácticamente a una alianza germano-japonesa contra la Unión Soviética.» Seguidamente advirtió que a medida que aumentaba el riesgo de guerra, los rusos tenían la satisfacción de saber que «nuestra preparación y nuestro poder de resistencia también iban aumentando. Señaló que Rusia tenía sólo que defender dos fronteras —en el Oeste y en el Lejano Oriente—, y añadió: «No violo ningún secreto militar si digo que durante los últimos años estas dos fronteras se han convertido en invulnerables debido a las grandes fortificaciones, a los grandes ejércitos bien equipados con todos los adelantos de la guerra, y una inmensa fuerza aérea. Al mismo tiempo, nuestra preparación económica está fuera de cuestión.»

Después de afirmar que la Unión Soviética era fuerte suficientemente para rechazar cualquier ataque contra su territorio por parte de una potencia extranjera, o una combinación de potencias, recordó que Moscú quería y trabajaba por la paz. Subrayó que daría la bienvenida a Alemania y el Japón si retornaban a la Liga de Naciones y lo hacían realmente decididas a trabajar por la paz. Ante los estadistas mundiales se presentaban dos caminos. El primero consistía en vigorizar a la Liga de Naciones, reforzando la seguridad colectiva y organizando la resistencia activa al agresor por parte de las naciones que querían la paz; el segundo era el llamado «localización de la guerra» y la constante retirada ante el agresor, «el camino de la sumisión ante el hecho consumado, con la esperanza que finalmente el lobo feroz no devorará a la Caperucita Roja». Concluyó Maisky Que en un número de ocasiones importantes, «incluyendo el de España, la Unión Soviética ha demostrado claramente su decisión y preparación para defender activamente la causa de la paz y la democracia».

El 16 de marzo se reunió nuevamente el Subcomité de No Intervención. Maisky poseía ya información de que el avance del C. T. V había sido detenido y que se estaba organizando una contraofensiva republicana. Podía, por lo tanto, pisar terreno más firme que cuando tres días antes tuvo que hacer piruetas en su discurso ante los amigos británicos de la Unión Soviética. En las muchas paradojas que se registraron durante la vida del Comité de No Intervención, aquel 16 de marzo figuraba en el orden del día el siguiente punto: El Sub-comité se ocupará de la posibilidad de operar la retirada de España de las personas de nacionalidad distinta a la española, «que toman parte en el conflicto actual de este país». Hay que reconocer que el tema no podía ser del agrado de Grandi, pues la posición que debía tomar dependía forzosamente de lo que ocurría en la batalla entonces en curso en Guadalajara. No se arredró el italiano y declaró, inesperadamente, que no podía participar en la confección de un esquema detallado de evacuación de los combatientes extranjeros de España hasta que no se resolviera el problema del «oro español». Una cosa poco tenía que ver con la otra, pero el consejero de la embajada alemana, Woermann, que sustituía a Ribbentrop en aquella sesión, inmediatamente se adhirió a la posición adoptada por el italiano y la sesión se levantó. Una semana más tarde, el 23 de marzo, volvió a reunirse el Subcomité, y desde el comienzo se vio que los participantes a la sesión habían abandonado su acostumbrado rostro de personaje aburrido pero con sonrisa cínica y acompañado de ademán cortés, para convertirse en hombre de carne y pasiones. Había terminado la contraofensiva victoriosa del Ejército Popular español y los periódicos londinenses, en destacados titulares, hablaban de «huida» de los

legionarios italianos y ponían en duda el verdadero valor del ejército italiano. Maisky entró con amplia sonrisa y mirada picara. Grandi no disimulo que estaba irritado en extremo: los informes que había recibido de Roma le obligaban a modificar totalmente la posición que pensaba adoptar: lo que sonriente hubiera sido hablar de la retirada de los triunfantes legionarios del C. T. V., bruscamente se había transformado en oponerse a dicha retirada porque el Duce jamás admitiría que regresaran derrotados a Italia a los que envió a vencer en tierras españolas. ¡Difícil papeleta tenía Grandi!

Maisky, con su larga experiencia y serenidad, vio que el panorama se había modificado radicalmente como consecuencia del fracaso del C. T. V. en Guadalajara. Si el 8 de marzo Grandi había dado su aprobación al Plan de Control de las fronteras peninsulares, lo hizo en la seguridad que la intervención de las cuatro divisiones fascistas significaba el final de la guerra civil española; el 23 de marzo, dos semanas más tarde, los que tenían que ser vencedores se habían convertido en vencidos, y Mussolini exigía que se les diera la oportunidad de vengar su derrota. «Maisky, quien observó el estado de ánimo en que se encontraba Grandi, intentó arrancar del italiano la confesión o declaración de que Roma no retiraría su C. T. V. Se trata de la página más interesante de toda la historia del aburrido Comité de No Intervención. Demos la palabra a Maisky:

«Al final de la sesión, cuando Plymouth volvió a referirse a la evacuación de los combatientes extranjeros que se encontraban en España, el embajador italiano, demudado, declaró en el acto: "Ahora no es oportuno examinar este problema".»

—¿Por qué no es oportuno? —pregunté con la mayor ingenuidad.

—Porque el Comité —replicó Grandi— debe examinar antes cuestiones más urgentes relacionadas con la aplicación del plan de control que hemos aprobado.

—A mi juicio —objeté—, no tenemos nada más urgente e importante que la evacuación de España de los llamados "voluntarios".

»Grandi intentó demostrar con palabras prolijas y rebuscadas que los "voluntarios" desempeñaban un papel absolutamente insignificante en la guerra española y que la parte soviética planteaba este problema sólo con fines propagandísticos. Observé que hablaba muy enardecido y dije: "¡Pica, pica!" Y deseando echar leña al fuego, fijé en el embajador italiano una mirada penetrante. Grandi no la resistió, se removió en el asiento y trató de volverme la espalda. Pero yo, sin retirar la mirada, le pregunté lentamente, haciendo pausas y recalcando la entonación de cada palabra:

—¿Debemos comprender al embajador italiano en el sentido de que Italia y Alemania se niegan a retirar de España sus «voluntarios», a pesar del acuerdo del Comité?»

Y de nuevo, el temperamento italiano jugó a Grandi una mala pasada. Perdió los estribos y exclamó de golpe:

—¡Si quiere conocer mi opinión, le diré que ni un solo voluntario italiano abandonará España hasta que Franco no conquiste la victoria...! (Actas, t. II, págs. 74-75).

«Era la confesión pública que tratábamos de conseguir», escribirá Maisky. Tras la mesa del Subcomité se hizo un silencio muy significativo. Plymouth intentó luego convencer a Grandi de que era necesario evacuar con la mayor rapidez a los combatientes extranjeros. Cordin apoyó a Plymouth. Cartier se despertó súbitamente, asustado por el tono elevado de las voces, y preguntó, como de costumbre:

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata?

Y Palmatierna lanzó, con un aparte: . —¡Ruindad y más ruindad!

«Aquel mismo día relaté a unos periodistas conocidos lo ocurrido en la sesión del Subcomité. Y a la mañana siguiente, los periódicos aparecieron con la noticia sensacional: Italia se niega a sacar de España sus «voluntarios». Quedó denunciada ante el mundo entero la perfidia de las potencias fascistas, que acababan de aprobar el plan de control y evacuación de los combatientes extranjeros de la península ibérica. La campaña en favor de la República española adquirió nueva fuerza.

»El 24 de marzo se celebró una sesión plenaria del Comité, sigue contando Maisky. Ribbentrop y Grandi armaron un nuevo escándalo con motivo de la "filtración" de informaciones secretas en la Prensa; pero yo mantuve la mayor serenidad, como si todo aquel alboroto no tuviera nada que ver conmigo, y el asunto terminó una vez más en aguas de borrajas. Fracasaron también los intentos de

Grandi de desmentir fuera del Comité la autenticidad de la frase que se le escapó el 23 de marzo en la sesión del Subcomité: el embajador italiano no pudo presentar ninguna prueba que corroborase su mentís. Sólo después de todo eso, deseando dar satisfacción a Grandi de alguna manera, Plymouth propuso que en lo sucesivo se levantase acta taquigráfica no sólo en las sesiones plenarias del Comité, sino también en las del Subcomité.

»Mas volvamos a la sesión plenaria del 24 de marzo, sigue relatando Maisky. Unos días antes, el 13 de marzo, el Gobierno republicano español había enviado a los países europeos una nota haciéndoles ver que el Gobierno italiano, en contra del acuerdo del Comité de prohibir el "voluntariado", enviaba a nuevos miles de "voluntarios" en ayuda de Franco. Recibí de Moscú la indicación de plantear urgentemente este problema en el Comité. Por desgracia, Moscú se retrasó un tanto y me vi imposibilitado de presentar mi propuesta en consonancia estricta con las normas de procedimiento establecidas. Hube de tomar a Plymouth "al abordaje".

«Después de que el Comité aprobara casi sin discusión los nombramientos de personal dirigente de la organización de control, declaré al presidente con el aspecto más inocente:

—Quisiera hacer una breve comunicación.

—¿Sobre qué? —preguntó temeroso Plymouth.

—La cuestión se refiere a lo que estamos discutiendo —respondí—, y pasé en el acto a exponer nuestra queja por el incesante envío de fuerzas armadas italianas a España.

»Plymouth intentó pararme, aduciendo que no había sido advertido previamente de mi intención; pero yo, sin hacer caso de sus objeciones, seguí hablando.

»El presidente cuchicheó con los secretarios y en su rostro apareció la expresión de desconcierto habitual cuando aquéllos le daban consejos diametralmente opuestos. Esto se animó y, ya sin ningún obstáculo, proseguí mi discurso hasta el fin. Como resumen, formulé las propuestas concretas del Gobierno soviético: enviar inmediatamente a España representantes del Comité para investigar en qué medida eran justas o injustas las acusaciones hechas por el Gobierno legítimo de España contra el Gobierno italiano.

»Apenas terminé mi discurso, Grandi estalló:

—¡La comunicación provocadora que acaba de hacer el representante de la Rusia comunista recibirá la respuesta que merece del Gobierno fascista de Italia!

»Ribbentrop y Monteiro apoyaron a su colega. Los demás callaron. Corbin acudió en auxilio del desconcertado presidente: propuso que la declaración soviética pasase a examen del Subcomité Y nadie se opuso.»

La farsa de la No Intervención continuó sin que se llegara una sola vez a lograrse el objetivo que se fijó con su creación: hacer que los extranjeros se retiraran de la Península y dejaran que los españoles solos, sin intervención foránea, resolvieran sus pleitos. Los críticos han lanzado toda clase de burlas sobre la desdichada campaña de No Intervención por entender que nada se hizo para poner fin o bien disminuir la tragedia de la guerra civil. Sin embargo, la política de No Intervención adquiere realmente importancia cuando se la analiza desde el punto de vista de lo que se toleró bajo el amparo de una gran comedia diplomática. Manuel Azaña escribió «La velada en Benicarló» en los tiempos de los acontecimientos de Guadalajara, pues el libro está fechado en abril de 1937 y en Barcelona. Entre los personajes que el autor presenta dialogando figura Garcés, que siempre adopta la posición azañista, es decir, que expone el pensamiento del que fue presidente de la República. Al referirse a los factores adversos a la causa republicana, Garcés dice: «Enumerados por orden de importancia, de mayor a menor, los enemigos de la República son: la política franco-inglesa; la intervención armada de Italia y Alemania; los desmanes, la indisciplina y los fines subalternos que han menoscabado la reputación de la República y la autoridad del Gobierno; por último, las fuerzas propias de los rebeldes. ¿Dónde estarían ahora los sublevados de julio, si las otras tres causas, singularmente la primera, no hubiesen obrado a su favor?»

Sorprende, a primera vista, que Azaña conceda mayor importancia a la política practicada por París y Londres respecto a Madrid, que la ayuda militar que Roma y Berlín concedieron al general Franco. El que fue toda su vida gran francófilo recuerda: «Si Francia e Inglaterra nos hubieran respetado el derecho de comprar armas en sus mercados, el papel militar y político de la U. R. S. S. habría sido aquí igual a cero.» Y poco después acusa: «Los burgueses de Francia firman con la U. R. S. S. un pacto cuya utilidad depende del auxilio militar que la Unión Soviética podría prestarles,

pero se asustan cuando su aliada comunista nos provee de material para defendernos de aquellas mismas potencias, contra las cuales se dirige el pacto.»

Si nos detenemos a meditar la observación de Azaña y nos dedicamos a anotar una serie de hechos, llegaremos a la conclusión de que efectivamente estuvo en manos de Londres la suerte de la República. Lo curioso es que un fino espíritu como George Orwell apuntó a Gran Bretaña como responsable de lo ocurrido en España en un ensayo que publicó en 1953 y tituló «Looking Back on the Spanish War». El autor, que tenía simpatías por los hombres del P. O. U. M. y luchó en el frente de Huesca, y cuyas experiencias y observaciones le sirvieron para su gran obra «1984», en su mencionado ensayo escribió: «En 1936 era evidente a cualquiera, que si Gran Bretaña hubiera solamente ayudado al Gobierno español, con armas, aunque únicamente por valor de unos millares de libras esterlinas, Franco hubiera fracasado y la estrategia alemana habría sido severamente perturbada. Entonces no se necesitaba ser un clarividente para prever que la guerra entre Gran Bretaña y Alemania se acercaba; también se podía predecir qué ocurriría dentro de un año o dos. Ello en gran parte significa que en la forma cobarde e hipócrita de la clase gobernante británica se hizo todo lo que pudo para entregar España a Franco y a los nazis.»

Desde ángulos bien diferentes estos dos finos observadores enjuiciaron bien el tema de la No Intervención en la guerra civil. A lo largo de este capítulo hemos detallado hasta qué extremos llegaba la farsa que unos diplomáticos de gran jerarquía representaban en el escenario londinense. Y si estamos de acuerdo con la opinión de Azaña y Orwell es oportuno que nos detengamos un poco en la figura de lord Plymouth, responsable del montaje y presentación del famoso Comité de No Intervención. Educado en Eton y el Trinity College, Cambridge, era el producto clásico de la aristocracia inglesa que se dedicaba a las funciones públicas. Tenía cuarenta y siete años cuando fue nombrado para presidir el Comité formado para controlar la neutralidad en la guerra española. Ivor Miles Windsor-Olive, llevaba también el nombre ilustre de barón de Windsor, título que un antepasado recibió cuando acompañó a Enrique VIII en su expedición a Francia en 1513. La familia fue adquiriendo extensa propiedad, principalmente al sur del País de Gales. Ocupó muchos puestos y en 1936 fue promovido, como conservador y miembro de la Cámara de los Lores, a subsecretario de Relaciones Exteriores para que actuara de portavoz del Ministerio en el organismo parlamentario. Lo que le destacó y le dio figura de primera categoría fue la presidencia del Comité Internacional para la aplicación del acuerdo sobre la No Intervención en España. Plymouth se convirtió de esta manera en un típico personaje de la Inglaterra de Chamberlain, la que se hundió con la Segunda Guerra Mundial. También se puede ver en él un cultivador de lo que se entiende por «Pérfida Albion». El embajador soviético Maisky relató en sus memorias una conversación privada que sostuvo con él en los tiempos de la No Intervención. Ante la insistencia del ruso para que Londres modificara su política respecto a España, Plymouth le manifestó: «Nuestros intereses británicos no corren ningún peligro serio aun en el caso de que triunfe Franco. Cualquiera que sea el desenlace de la guerra, España saldrá de ella completamente arruinada. Necesitará dinero para restaurar su economía. ¿Y de dónde podrá recibirlo? En todo caso ni de Alemania ni de Italia, que no lo tienen. La España arruinada podrá recibir dinero sólo de Londres. Quienquiera que figure al frente de España después de la guerra, tendrá que dirigirse a nuestros bancos. Y entonces llegará nuestra hora. Sabremos ponernos de acuerdo con ese futuro Gobierno de España sobre todo lo que necesitamos : compensaciones financieras, garantías políticas y militares. ¡No, nuestros intereses no sufrirán, cualquiera que sea el desenlace de la guerra!» Los cálculos de Chamberlain, Hoare, Halifax y Plymouth, entre otros, no se cumplieron, pues Franco, como dice Maisky, «no acudió a la City a rendir pleitesía al becerro de oro» y al término de la Segunda Guerra Mundial pasaron los Estados Unidos a ocupar en la Península las posiciones que tenían Inglaterra y Francia y que tanto Londres como París pensaban que no perderían gracias a la política de No Intervención puesta en las manos del aristócrata Plymouth.

Retomando el hilo de los acontecimientos señalaremos que la derrota experimentada por Grandi en el Comité de No Intervención, a consecuencia de la batalla de Guadalajara, estuvo lejos de ser aprovechada por los defensores de la España republicana. Una magnífica oportunidad se presentó con la celebración en Londres, los días 10 y 11 de marzo, de una conferencia con representantes del laborismo inglés y de las internacionales socialistas. Algunos confiaban que de esta reunión socialista saldría la muerte de la política de No Intervención y, por tanto, la posibilidad de que Francia y Gran Bretaña suministraran directamente armas al bando republicano. Sin embargo, pronto se vio que de las buenas palabras no se pasaría al terreno de los hechos. Los laboristas ingleses, junto con la Federación Internacional de Sindicatos, dieron un apoyo general a la demanda española de acabar con la No Intervención, pero en la conferencia no se especificaron las medidas

que se adoptarían para que el término de la No Intervención se convirtiera en una realidad.

Pietro Nenni, que había tomado parte en la Batalla del Jarama, se trasladó a Londres para defender como jefe del Partido Socialista italiano los intereses republicanos. Tenemos el texto de su brillante intervención en la conferencia y conviene citar algunos extremos para comprender la densidad de los misterios que envolvían la política de No Intervención. Para acabar con el Comité de Londres era menester contar con el apoyo total de Francia. Sin embargo, Nenni recordó que «la política de no intervención y la de control, pasan por ser la política del gobierno de Frente Popular francés, la política de Blum. Por una parte, estamos legítimamente preocupados en no añadir obstáculos a las dificultades del Frente Popular francés; por otra parte, nuestros adversarios, o incluso nuestros vecinos, están listos para hacer de cada una de nuestras críticas, una flecha contra León Blum». Después de este preámbulo, Nenni se dedicó a defender a su amigo francés: «Si se acepta la definición desalentadora, pero cierta, según la cual la política es el arte de lo posible., podemos decir que Blum ha hecho, hasta ahora, lo que ha podido dentro "de una situación dada, es decir, después de diez años de capitulación ante el fascismo, cuyas consecuencias ha padecido sin tener la responsabilidad de las mismas. Por otro lado, sabemos que la política de no intervención — como otra política cualquiera— es el resultado, no del libre arbitrio de un hombre, de una formación política o de un gobierno, sino de la relación de fuerzas en el interior del país y sobre el plano internacional.» En otras palabras, vino a decir Nenni que Blum tenía las manos atadas y se formuló la pregunta: ¿qué se puede hacer? En lugar de responder pidiendo el término de la política de No Intervención y la venta de armas francesas e inglesas al bando republicano, Nenni expresó: «Ante todo, intensificar la agitación para que la opinión mundial adquiera, cada vez más claramente la conciencia de que la guerra de España es una guerra europea; en segundo lugar, luchar por restablecer a la España republicana en todos sus derechos; en tercer lugar, movilizar a las masas para boicotear, por todos los medios, la intervención fascista, para exigir de los Gobiernos y de la Sociedad de Naciones, la no intervención de los fascistas en España. Esta propaganda es indispensable en todos los países y sobre todo aquí en Gran Bretaña, donde parece que la política gubernamental está inspirada por la voluntad precisa, categórica, de dejar vía libre a la victoria fascista en España.»

Todo lo que se decía y programaba en Londres no podía traducirse en realidad debido a la falta de unidad entre la Internacional Socialista y la Internacional Comunista. Nenni se refirió a esta desunión en el plano internacional y defendió la conveniencia de un entendimiento de los socialistas con la Unión Soviética. Dijo: «Ya lo sé: hay los procesos de Moscú que han planteado a muchos de vosotros y a muchos entre nosotros también, un doloroso caso de conciencia. Pero hay también la ayuda de la Unión Soviética a España, que debería tener un peso decisivo sobre nuestra conciencia y nuestra orientación. Y hay más; en toda una serie de países, la clase obrera está condenada a la derrota sin la acción fraternal, sin la acción común de socialistas y comunistas, y sin el Frente Popular que está condicionado por la unidad de acción de los partidos obreros y marxistas. En la nueva situación que se perfila en Europa, ninguna actitud constructiva es posible sin el concurso de la Unión Soviética.» Y Pietro Nenni, quien en 1946 establecería con Togliatti el «pacto de unidad» entre los comunistas y los socialistas en Italia, finalizó su discurso de Londres en marzo de 1937 con estas palabras: «Que España sea lo uno o lo otro —que sea una obra de edificación del socialismo, según su genio particular, o que sea un cementerio de libertad— no depende solamente de su pueblo, sino también de nosotros. He venido aquí, sobre todo, para deciros que vuestra responsabilidad está en juego, tanto como la del pueblo español, de sus organizaciones y de su Gobierno.»

Cuando en 1945, terminada la Segunda Guerra Mundial, algunos simplistas afirmaban que el régimen franquista había sido obra de Mussolini e Hitler y que desaparecidos éstos se debía reimplantar el régimen republicano, se olvidaron que la cuestión no era tan sencilla, ya que si bien se habían hundido el Reich nazi y la Italia fascista, subsistían el espíritu de los Plymouth, Blum, Nenni, y tantos otros que también, a su manera, habían dado la razón a Manuel Azaña, cuando en su libro de 1937 puso como principal causa de los males de la República la política de No Intervención practicada por Inglaterra y Francia. Los efectos de la Batalla de Guadalajara no se pudieron aprovechar por los republicanos a causa del Comité de No Intervención de Londres. Y así sucedió que el 3 de mayo al recibir Mussolini en Roma la visita del ministro alemán de Relaciones Exteriores, barón von Neurath, el Duce comunicó al representante de Hitler su decisión de continuar prestando su ayuda a Franco, y propuso la celebración a comienzos de junio, en Roma, de una reunión con la asistencia de representantes autorizados del Reich para examinar la situación y tomar las decisiones oportunas. Y de esta manera Guadalajara terminó convirtiéndose en un gran

triunfo republicano sin consecuencias de importancia para el mañana. Se debe terminar recordando la opinión del general Vicente Rojo, quien en 1962 escribió: «Internacionalmente, la Batalla de Guadalajara tuvo repercusiones negativas para nuestro Gobierno, por la reacción que suscitó contra la República.»

CAPITULO XIII. LA CAÍDA DE LARGO CABALLERO

Stalin se mostró satisfecho del resultado obtenido por el Ejército popular español en Guadalajara, porque el éxito se debió en gran parte al material y a los técnicos soviéticos que intervinieron en la batalla. Hemos explicado detalladamente cómo la contraofensiva desencadenada contra el C. T. V. fue obra de las divisiones españolas mandadas por el comunista Líster y el anarquista Mera, que contaban con un poderoso apoyo artillero, tanques y aviación que manejaban los consejeros militares soviéticos. Stalin había alcanzado uno de los objetivos principales que buscó con su intervención activa en la guerra civil española: demostrar a Hitler y a las potencias capitalistas que la Unión Soviética era evidentemente un factor de primer orden en el tablero político mundial, con el cual se debía contar. Además de obtener este éxito psicológico en el campo internacional, todas las circunstancias eran propicias para que la intervención soviética en España resultara un excelente negocio, manejada por las hábiles e inescrupulosas manos del señor del Kremlin. En primer lugar, y con gran efecto en las masas proletarias del mundo, se presentó Stalin como el único defensor de un pueblo que luchaba en defensa de su libertad democrática, atacada por las potencias fascistas. Por primera vez en diez años se veía a unos hombres empuñar las armas para detener el avance del fascismo. Rusia corría en su ayuda, mientras las grandes democracias, como Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, se lavaban aparentemente las manos. En el terreno práctico, la Unión Soviética demostraba la eficacia de sus aviones y tanques cuando se enfrentaban con los pertrechos italianos y alemanes que hicieron acto de presencia en la lucha. Además, mientras existiera la guerra civil española en el Oeste europeo, eran mínimas las posibilidades de que Hitler pensara en llevar a término sus conocidos planes de expansión territorial en el Este para cumplir con su política de *Lebensraum*. Finalmente, todo este despliegue de actividades que aumentaban el prestigio de la Unión Soviética nada costaba a las arcas del Kremlin; todo lo había abonado Madrid por anticipado con el oro enviado a Rusia.

Stalin, desde el Kremlin, no sólo seguía atentamente la marcha de los acontecimientos militares en la Península, sino que su mano movía los resortes de la política en el campo republicano. Pronto se dio cuenta que una intervención rusa en España debía utilizarse para «poner orden» en las filas del comunismo español, para liquidar a los poumistas catalanes, que permanecían fieles a Trost-ky; minar el movimiento socialista, que controlaba la U. G. T., y aplastar definitivamente a los incómodos y peligrosos anarcosindicalistas. Mientras los militares soviéticos se batían bien y fueron elementos preponderantes en las batallas del Jarama y de Guadalajara, toda una legión de agentes del Comintern y de la N. K. V. D. operaba activamente en la retaguardia. La misión que se confió a todo este ejército de infiltrados comunistas era acabar con toda organización que se negara a marchar por el camino que había trazado Stalin. El Partido Comunista español y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, de poca importancia el primero en las elecciones de febrero de 1936, y creado el segundo después del triunfo del Frente Popular, se convirtieron en los instrumentos que utilizaron los soviéticos para imponer la línea política fijada por Moscú. Las decisiones del Partido Comunista español eran tomadas por el Buró Político, en cuyas sesiones estaban siempre presentes los agentes moscovitas como Co-dovila, Togliatti, Stepanov, Guéré, Duelos, Marty y otros. El que fue ministro del Gobierno de Largo Caballero, Jesús Hernández, que como titular del Politburó participó en todas las reuniones importantes comunistas, ha descrito minuciosamente la dictadura despótica que los comunistas foráneos ejercían sobre sus camaradas españoles: «El Buró Político era un buzón de recepción de mandatos transmitidos desde Moscú. El Buró Político era el retablo de maese Pedro, cuyos muñecos movía la mano habilidosa del señor del Kremlin.»

El sistema que tenía que imperar en España no podía ser otro que un simple calco del que existía en 1937 en la Unión Soviética. Las ideas de Lenin y, sobre todo, las de Trostky tenían que ser completamente olvidadas. No existía otro comunismo que el que Stalin había introducido a sangre y fuego en Rusia. Y las líneas principales del comunismo estaliniano se fijaron en el discurso que el 4 de febrero de 1931 pronunció ante los funcionarios de la industria sobre la misión de la economía. Stalin señaló entonces que la Unión Soviética tenía que convertirse en un país industrial, en lugar del agrario que había sido hasta entonces; en unos pocos años tenía que superar el retraso en que se encontraba en materia de producción industrial respecto a las potencias capitalistas. En el camino de la industrialización desapareció la igualdad remunerativa, uno de los postulados principales de la revolución leninista. Stalin, apoyándose en Marx, pero deformándolo, afirmó que los obreros tenían que ser remunerados de acuerdo con su rendimiento y no según sus necesidades, y calificó al «igualitarismo» de desviación ultraizquierdista, pequeñoburguesa y

antimarxista. El móvil de su ofensiva contra la igualdad remunerativa era doble: incitar a la población trabajadora a producir más y, al mismo tiempo, corromper con privilegios materiales a la nueva casta de funcionarios y dirigentes. Verbalmente los rusos continuaron llamándose camaradas, pero en la práctica desapareció el principio de igualdad, al introducirse el trabajo a destajo, los salarios de acuerdo con el rendimiento, la rehabilitación de los ingenieros burgueses y el restablecimiento de la dirección y responsabilidad personal, en sustitución a la dirección y responsabilidades colectivas. Los obreros soviéticos a partir de entonces dejaron de tener voz y voto en las fábricas, para convertirse en simples complementos de las máquinas que decidían adquirir y montar los ingenieros y directores. Esta desigualdad remunerativa se extendió a todos los órdenes de la vida: el ingeniero tenía mejor vivienda, mejor comida, mejores vacaciones y, cuando era posible, utilizaba el automóvil de la empresa.

La revolución que en una amplia zona de España triunfó en julio de 1936 se hizo a base del colectivismo, es decir, que se aplicó el credo que se venía predicando entre la clase obrera y que existía en todo corazón humilde con estas dos consignas: «La tierra es de quien la trabaja»; «La propiedad es un robo». El Partido Comunista español y el Partido Socialista Unificado de Cataluña llevaron a cabo una verdadera contrarrevolución cuando, después de aniquilar al P. O. U. M. y anular a la F. A. I., enviaron a Lister con sus fuerzas de choque a la zona de Aragón para suprimir, por la fuerza, las colectividades agrarias, mientras se encomendó igual labor a Valentín González El Campesino en relación con las que funcionaban en Castilla.

Largo Caballero, que había colaborado con la dictadura de Primo de Rivera hasta desempeñar funciones oficiales, después del fracaso de la revolución de Asturias de 1934 se inclinó por una solución revolucionaria. A fines de 1935 y principios de 1936, Largo Caballero postulaba, contra Prieto y el ala centrista del socialismo, una fusión del Partido Socialista con el Partido Comunista, o por lo menos, de no ser posible una fusión formal, sí una íntima colaboración y marcha conjunta. Y resultó que al estallar la guerra civil se convirtió Largo Caballero en el hombre favorito de Moscú. Stalin y sus asesores estaban convencidos que podrían servirse del viejo líder socialista para llevar a buen término sus planes sobre España. Todos los partidarios de la Unión Soviética hacían su elogio. Tenemos el caso de Alvarez del Vayo, amigo incondicional de los rusos. El 23 de agosto visitó a Mijail Koltsov, el corresponsal de *Pravda* y considerado eminencia gris de Stalin, que acababa de llegar a Madrid. Recuerda el ruso en su Diario: «Vayo habla del "viejo" Largo Caballero con veneración. Todos los días en el frente, con los combatientes; los soldados le adoran; las delegaciones asedian constantemente la Unión General de Trabajadores; le invitan a que hable; se ponen a su disposición. ¡Es el auténtico jefe de las masas! ¡Y qué habilidad para las cuestiones militares! El viejo se ha convertido en un verdadero estratega. Es infatigable, y figúrese: ¡tiene sesenta y siete años! Ha de entrevistarse con él cuanto antes. El se alegrará. Aconséjele que, por las fiestas de noviembre, vaya conmigo a Moscú; le agradecerá que se lo diga.»

Cuando, en septiembre de 1936, fue nombrado Largo Caballero jefe del Gobierno se abrieron automáticamente las puertas de la ayuda soviética a la República. Durante los primeros meses sus relaciones con los representantes soviéticos fueron muy cordiales, no sólo en su forma externa, sino a través de los hechos. El embajador Rosenberg tenía entrada libre en el despacho de Largo Caballero y siempre eran aceptadas las sugerencias que hacía. Era evidente que el Partido Comunista se servía de la figura de Largo Caballero, al que llamaba el «Lenin español», para ir apoderándose de todos los resortes del poder. La propaganda soviética presentaba entonces al líder soviético como el único español capaz de conducir las armas republicanas a la victoria. Pero los halagos de que era objeto no consiguieron que Largo Caballero cerrara los ojos a la realidad y a las injusticias que se cometían. Así se fue enterando, según sus propias palabras, «que en algunos frentes se tenía una preferencia irritante con los que eran comunistas para darles calzado, ropa, tabaco y alimentos; los demás eran cenicientas de las brigadas. Eso, cuando no se les fusilaba por la espalda. Del mismo modo supe que en algunos hospitales a los no comunistas no les atendían, medicinaban ni alimentaban debidamente; las atenciones eran para los comunistas afiliados o para los futuros neófitos. También confirmé que se habían nombrado comisarios de Guerra sin mi firma, que era trámite obligado». Los comunistas se aprovechaban de la posición de privilegio que les ofrecía la ayuda soviética en armas y técnicos para distribuir los cargos entre sus afiliados. El mismo Largo Caballero contó: «En el llamado Quinto Regimiento y en los frentes, los ascensos de clase se otorgaban a los comunistas. La prensa comunista ensalzaba los hechos de guerra de los comunistas y silenciaba los realizados por los otros; en las operaciones se destinaba a los lugares de mayor peligro y en los que se podía obtener menos éxito a los no comunistas.» Todos estos hechos obligaron a Largo Caballero a modificar su actitud respecto a la posible fusión del Partido

Socialista con el Partido Comunista. En un principio había creído que tal fusión redundaría en beneficio del Partido Socialista, pues con el ingreso de los miembros comunistas, pocos en número y menos en capacidad intelectual, se quitaría de encima un contrincante; ahora, sin embargo, se dio cuenta de que quien corría peligro de ser absorbido y anulado era el propio Partido Socialista, en beneficio del Partido Comunista. Como solución posible entendió Largo Caballero que para controlar los desmanes soviéticos era menester orientar las relaciones entre la U. G. T. y la C. N. T. encaminadas a unificar las dos centrales sindicales con miras a la constitución de un gobierno sindical. ¿Qué podrían hacer los rusos ante un bloque formado por los trabajadores y campesinos españoles?, preguntaban los amigos de Largo Caballero encargados de trabajar por la unificación de ugetistas y cenetistas. La respuesta no tardó en llegar por boca de José Díaz, el secretario del Partido Comunista, quien habló en Valencia el 8 de marzo, día del comienzo de la ofensiva del C. T. V., para denunciar la maniobra y afirmar rotundamente que los intentos «serían sencillamente catastróficos».

Largo Caballero había dejado de ser el instrumento útil que los soviéticos creyeron poder manejar a su antojo. Fue entonces, aprovechando la crisis provocada por la pérdida de Málaga, cuando se decidió obligarle a abandonar el poder. Los comunistas querían a un hombre suyo en la Subsecretaría de Guerra para poder controlar todavía mejor el aparato militar. Se pidió a Largo Caballero que se deshiciera del general Asensio, al que culpaban de la derrota de Málaga. Los ministros en los Consejos planteaban la misma cuestión, pero Largo Caballero exigía pruebas para obrar en consecuencia. El Comité comunista llegó a presentarse en el despacho del jefe del Gobierno para reclamar oficialmente la destitución de Asensio. También falló la gestión, y, finalmente, el tema dio pie a un incidente diplomático. Lo ha contado Largo Caballero: «Otro día, nada menos que el embajador de Rusia, señor Rosemberg, acompañado de Alvarez del Vayo, me visitó para pedir lo mismo que el Comité del Partido. Esto me pareció demasiado. Me levanté de la silla y, en tono nada diplomático, le rogué que saliera y no volviera a hablarme más del asunto. Quedé solo con Alvarez del Vayo. Le increpé por estar haciendo el juego a los comunistas en un momento y en un asunto tan grave como acusar a un general sin pruebas, ni siquiera indicios, y además yo tenía la prueba de todo lo contrario, esto es, de su lealtad y honradez. Sólo se le ocurrió contestar que cuando la gente lo decía, aun siendo injusto, debía echársele. ¡Buena teoría! ¿Pero qué gente lo decía? Los comunistas y nadie más.»

Largo Caballero pidió a Moscú la retirada del embajador Rosemberg. La pugna con los soviéticos había estallado, y en la partida que jugó no pudo contar con el apoyo de las figuras principales del socialismo. Nenni, por su carácter de secretario del Partido Socialista italiano, poseía información de primera mano sobre los acontecimientos que se desarrollaban en la zona republicana. El 3 de marzo tuvo en Valencia una larga conversación con Prieto sobre la unidad de acción entre el Partido Socialista y el Partido Comunista. Escribió: «El problema estaba sobre el tapete desde hacía algunas semanas; Prieto era partidario de la fusión e impelido a ello por los intereses inmediatos de la España republicana. La no intervención, decía, nos estrangula. Quizá nuestra unidad la incitaría a hacer algo. También desde el punto de vista de la política interna, Prieto consideraba útil la fusión de los partidos, reconociendo en ello un medio apropiado para hacer frente a la indisciplina de los anarquistas.» Prieto mantenía las mejores relaciones con el embajador Rosemberg, hasta el punto que le dedicó algún tiempo para acompañarle en visitar los alrededores de Madrid. Con el general Smushkévich (Douglas), jefe de la aviación soviética en España, observaba asimismo un trato cordial. Pero sus confidencias las reservó para Mijail Koltsov, el corresponsal de *Pravda*, con quien empleaba este tono que sólo puede darse entre verdaderos periodistas. Antes de ser nombrado Largo Caballero para la jefatura del Gobierno, un día le preguntó el ruso a Prieto: «¿Y qué piensa usted de Largo Caballero?» Y con brutal sinceridad contestó el español: «La opinión que me merece es de todos conocida. Es un tonto que quiere pasar por listo. Es un burócrata frío que hace el papel de fanático arrebatado; es un desorganizador y un enredón, que se finge burócrata metódico. Es un hombre capaz de echarlo a perder todo y a todos. Nuestras divergencias políticas constituyen el meollo de la lucha en el partido Socialista español en los últimos años. Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre, mejor dicho, es el único hombre apropiado para encabezar un nuevo gobierno.» «¿Y usted?» «Yo estoy dispuesto a formar parte de dicho Gobierno —expresó Prieto—, ocupar en él cualquier puesto y trabajar, a las órdenes de Caballero, en lo que sea. Otra salida no existe para España, ni existe tampoco para mí, si hoy quiero ser útil al país.»

En los seis meses que transcurrieron de esta charla entre el español y el ruso la opinión de Prieto se había modificado a medida que aumentaban sus ambiciones de poder. El se creía capaz

de contar con inteligencia y fuerza necesaria para lograr lo que no podía realizar Largo Caballero: servir los intereses de la República aparentando colaborar con los comunistas. Pero sobreestimó sus propias fuerzas o bien despreció la capacidad de maniobra de los agentes de Stalin. El resultado fue que contribuyó a derribar a Largo Caballero y no recibió en pago la herencia a la que creía tener derecho.

En los primeros días de febrero de 1937, Largo Caballero, como ministro de la Guerra, había ordenado a su Estado Mayor el estudio de una operación sobre Mérida. La operación se iniciaría atacando Peñarroya, para apoderarse del ferrocarril de Córdoba a Extremadura y, al penetrar en esa región, cortar las comunicaciones con la región de Madrid. El objetivo que se buscaba era obligar al enemigo a retirar parte de las fuerzas con las que operaba en el norte de España, para aliviar en la medida posible a las fuerzas republicanas que operaban en aquella región y que se encontraban en situación sumamente difícil y aislar Andalucía del resto de la zona nacionalista. El Estado Mayor tenía la seguridad absoluta de que esta importantísima operación sería coronada por el éxito. El frente enemigo estaba casi desguarnecido y el terreno ligeramente organizado para la defensa. Para esta operación se esperaba poder reunir 40.000 combatientes.

Largo Caballero dio a conocer el proyecto a los rusos, que le visitaban diariamente para hablar de la guerra y facilitarle información sobre el envío de armamento. Consideraron bueno el plan y no tardaron en proponer nombres de jefes de brigada, todos ellos comunistas, para los mandos de las unidades que debían operar. Pero el Estado Mayor y Largo Caballero ya tenían designadas las personas para dichos mandos. Se procedió a la preparación de los depósitos de material, intendencia, sanidad, etcétera. «Encargué —cuenta Largo Caballero— que pidieran al jefe efectivo de aviación una nota escrita del número de aparatos que se podrían emplear, y contestó que podíamos contar con diez aviones. ¡Para cooperar a una ofensiva de un ejército de cuarenta mil hombres, diez aparatos!; lo interpreté como una manifestación de represalia por no haber facilitado mandos a los comunistas. Estábamos cansados de ver cómo a éstos se les enviaba a donde podían recoger laureles, y a los demás, a donde recibieran balas del enemigo.»

Y las desventuras del jefe del Gobierno republicano no terminaron aquí. Pidió al general Miaja dos brigadas ya fogueadas y entrenadas, a cambio de otras dos nuevas, puesto que en el frente de Madrid reinaba la calma y no se operaría. Reunió Miaja a los jefes y comisarios del Cuerpo de Ejército, les dio a conocer la petición del ministro de la Guerra y pronunció un discurso diciendo que se le trataba como un ordenanza. A continuación propuso que se contestase que la operación debía hacerse en el frente de Madrid. Rojo redactó el documento que se envió a Valencia, en el que se negaba veladamente al pedido.

Largo Caballero planteó el asunto en el primer Consejo de Ministros, declarando que o el general Miaja se sometía a las órdenes del ministro o era destituido. Los comunistas no dieron importancia al asunto, y a los dos días Miaja se ponía incondicionalmente a las órdenes del ministro. El inicio de la operación se había fijado para el 16 de mayo.

Paralelamente a los preparativos para la ofensiva de Extremadura estaba en marcha un plan para provocar un levantamiento en Marruecos. Los trabajos en curso consistían en liberar a Abd-el-Krim, que los franceses tenían cautivo en la isla de Reunión, y llevarlo al Rif con el propósito de amotinar a los marroquíes contra el general Franco, aprovechando el descontento que existía en las tribus debido al reclutamiento de rifeños para luchar en territorio español.

Y al margen de las actividades de Largo Caballero existía también la misión que personalmente confió Azaña a Julián Besteiro para que aprovechara su viaje a Londres, como representante de la República a la coronación del rey Jorge VI, a fin de solicitar la intervención de Gran Bretaña en una gestión de una paz que pusiera fin a la guerra civil. Azaña sugería que, después de la prevista retirada de los combatientes extranjeros del territorio español, las grandes potencias debían imponer una solución para poner fin a la lucha fratricida. La idea que presentó Besteiro a Edén fue favorablemente acogida por el secretario de Relaciones Exteriores. Los embajadores británicos en Roma, Berlín, París, Moscú y Lisboa recibieron instrucciones de solicitar a los ministros del Exterior en dichas capitales la opinión respectiva sobre la sugerencia de Azaña. Pero cuando llegaron a Londres las Primeras reacciones ya había salido Largo Caballero del Gobierno y su reemplazante, el doctor Juan Negrín, no estaba dispuesto a salirse de la ruta que le señalarían desde Moscú.

Se abandonó la proyectada ofensiva de Extremadura, no se continuaron los trabajos para sacar a Abd-el-Krim de Reunión y se perdió interés en lograr que las grandes potencias restablecieran la paz en España. El coronel Segismundo Casado, que intervino en la elaboración de los planes de la

ofensiva de Extremadura, lamentó que Largo Caballero no hubiera conseguido formar un gobierno sin participación comunista, y escribió: «¡Qué diferente hubiera sido el rumbo de la guerra! Habríase realizado la ofensiva de Mérida, y es indudable que la situación hubiera permitido hacer una paz ventajosa para todos los españoles.» Es oportuno recordar aquí que en el curso de las entrevistas que en enero celebraron Mussolini y Goering en Roma el Duce señaló al jefe de la Luftwaffe que para el conflicto español había dos salidas: el triunfo militar completo por parte de Franco o «la posibilidad de un compromiso entre los dos bandos españoles, con exclusión de los extremistas». Guadalajara, que se esperaba que sería el triunfo militar completo, terminó con un desastre para las armas y el prestigio del fascismo italiano. Hablar de compromiso después de Guadalajara no fue posible, porque Mussolini necesitaba una reivindicación. Pero en Extremadura hubieran estado los italianos al margen de la lucha, y entonces cabe preguntar: ¿hubiera sido posible restablecer la paz?

No entraba en los cálculos de Stalin que la paz reinara nuevamente en la Península. Toda su política de ayuda a la República se atuvo exclusivamente a sus intereses de política exterior, que en el caso español consistía en una resistencia a ultranza por parte de Madrid con el objeto de prolongar la guerra en la Península e impedir que Hitler se lanzara contra Rusia, a no ser que se llegara a pactar con Hitler. Prieto cometió el gran error al favorecer la caída de Largo Caballero de no darse cuenta que los enemigos de la República no eran precisamente los anarcosindicalistas, sino los comunistas; también creyó que pasaría a ocupar la jefatura del gobierno que abandonaba el anciano líder socialista, y sobreestimó su inteligencia y habilidad en un juego que tenía que ser imposable: aprovecharse de los soviéticos en favor de los intereses republicanos. Se olvidó que los agentes moscovitas juzgan y actúan de acuerdo con una lógica materialista, sin asomo de sentimentalismo. Cuando en el Buró Político se debatió quién sería el sucesor de Largo Caballero, Togliatti puso término al debate de la siguiente manera: «Es un problema práctico sobre el que invito a los camaradas a reflexionar. Creo que deberemos proceder a elegirlo por eliminación. ¿Prieto? ¿Alvarez del Vayo? ¿Negrín? De los tres, Negrín puede ser el más indicado; no es anticomunista, como Prieto, ni tonto, como Alvarez del Vayo.» Más tarde, cuando se hizo el ofrecimiento a Negrín, éste, como reparo, declaró: «Pero yo no soy comunista.» Y Jesús Hernández recuerda la respuesta que se le dio: «Es mejor así. De ser usted comunista no podríamos proponerle para el cargo de Presidente del Consejo. Queremos un Presidente amigo de los comunistas. Nada más, pero nada menos.»

Juan Negrín, nacido en Canarias, que hizo sus estudios en Leipzig y dominaba varios idiomas, era catedrático de Fisiología en la Universidad de Madrid. Había ingresado en el Partido Socialista en 1920 y elegido diputado en 1931, 1933 y 1936. Pertenecía al ala derecha del socialismo y se mostró incondicional de Prieto. Su papel en la organización partidaria nada tuvo que lo destacara. Pero como ministro de Hacienda negoció la entrega del oro del Banco de España a la Unión Soviética, como pago anticipado del material bélico que se enviaría. Esta función le puso en íntimo contacto con los principales agentes soviéticos, y éstos descubrieron que en él había pasta para la función a que se le destinaba: ambicioso, erotómano insaciable, vanidoso, mal orador, pero dotado de una gran energía. Negrín encarnaba el tipo del oportunista capaz de prestarse a todas las maniobras sucias con tal de hacer carrera política. Largo Caballero lo definió así: «Hombre de pocos escrúpulos, de espíritu aventurero y donjuanesco, y con una osadía sin límites.»

Con Negrín en el timón de la nave republicana se siguió disciplinadamente el rumbo que se le marcaba desde Moscú. Nada se intentó, al margen de las directrices soviéticas, para encontrar al pleito español una solución que ahorrara sangre y destrucciones. El Partido Comunista se apoderó de todos los resortes de poder, mientras los agentes soviéticos procedían a una terrible depuración entre los elementos foráneos revolucionarios que no aceptaron la tesis de que Trotsky era un traidor y que sólo Stalin trabajaba por el bien de la clase proletaria. Rusia, que en las batallas del Jarama y Guadalajara demostró que disponía de excelente material bélico y de expertos militares para alcanzar unos éxitos, con excepción de Brúñete, no se esforzó en repetir esfuerzo alguno para mejorar la posición militar republicana. Hacia el final de 1937, y durante todo el año 1938, la ayuda soviética fue netamente inferior a las necesidades del Ejército rojo. Nada de positivo se hizo para corregir este desequilibrio. La polémica sobre la ayuda prestada por Rusia a la República española ha continuado a lo largo de los años. En noviembre de 1971 el veterano Pietro Nenni viajó a Pekín y celebró una entrevista con el primer ministro chino, Chou En-Lai. Según una información publicada el 20 de noviembre de 1971 por el órgano del Partido Socialista italiano, *Avanti*, Chou En-Lai habló de los «errores cometidos por los soviéticos» durante la guerra civil española. Stalin, según el estadista chino, concedió «un apoyo escaso a los republicanos españoles». Esta crítica de Chou En-Lai indignó a otro veterano de la lucha en tierras españolas, Vittorio Vidali, ex senador del

Partido Comunista italiano y que sobresalió como «Comandante Carlos» en la formación del Quinto Regimiento que intervino en la defensa de Madrid. Vidali, en *L'Unitá*, órgano del Partido Comunista italiano, dio una lista de lo que fue la ayuda soviética a la República. Es oportuno reproducirla: aviadores soviéticos, 772; tanquistas, 351; consejeros militares, 222; especialistas de artillería, 100; especialistas de la Marina, 72; ingenieros y técnicos, 339; intérpretes, 204; aviadores militares, 800; tanques armados de cañones y ametralladoras, 360; vehículos blindados, 120; cañones, 1.550; ametralladoras, 15.000; fusiles, 500.000.

No es posible establecer hasta qué punto estas cifras responden a la verdad. Pero es conveniente reproducir la lista para que los aficionados a las estadísticas puedan comparar lo que fue el material bélico soviético en relación con el italiano que tuvo a su disposición el C. T. V. Es éste un punto que hay que tener en cuenta para ver lo que hizo y lo que pudo hacer en España el señor del Kremlin.

CAPITULO XIV. SANTANDER Y TORTOSA

La ofensiva de Santander, llevada a cabo en agosto de 1937, fue aprovechada por la propaganda fascista para intentar rehabilitar a las fuerzas armadas italianas, luego del desastre de Guadalajara. El general José Díaz de Villegas definió en su historia de la guerra, la campaña con las siguientes palabras: «Las operaciones sobre Santander constituyen mucho mejor una maniobra que una batalla propiamente dicha.» Para el aviador Jesús Salas Larrazábal, Santander fue «un paseo militar». Después de la pérdida de Vizcaya se sabía que la guerra en el Norte estaba decidida, y que a los defensores de Santander y Asturias sólo se les pedía resistir todo lo posible para evitar que las unidades nacionales que intervenían en la campaña pudieran ser enviadas a otros frentes de lucha. Pero las órdenes de resistir «hasta el último hombre» que daba el Gobierno de Valencia no fueron acompañadas de envíos de material bélico ni de expertos militares capaces de organizar la defensa. El terreno montañoso de Santander y Asturias era especialmente indicado para llevar a término una resistencia eficaz y ceder poco a poco el terreno al adversario. Pero nada podía esperarse de un ejército sin armas, desorganizado y con moral baja. La prueba es que la «maniobra» empezó el 14 de agosto y el 26, doce días más tarde, hacía su entrada en la capital montañesa el general Dávila al mando de sus tropas. El C. T. V. participó con tres divisiones (Littorio, XXIII de Marzo y Llamas Negras), al mando del general Ettore Bastico, en la ofensiva. El peso de la maniobra estuvo a cargo de las I, IV y V Brigadas de Navarra, que, a las órdenes del general Solchaga, se abrieron camino hacia Torrelavega con el objetivo de cortar la retirada de los republicanos hacia Asturias. El 24, la I Brigada de Navarra entraba en las primeras horas del día en Torrelavega, y virtualmente cesó la resistencia en la gran bolsa que se formó al cortarse el camino de la retirada hacia Asturias. La entrada, dos días más tarde, en la ciudad de Santander se realizó sin ninguna dificultad.

En toda la «maniobra» de Santander el papel principal corrió a cargo de la aviación. Salas Larrazábal facilita las siguientes cifras: setenta aviones de la Legión Cóndor, ochenta aparatos de la aviación legionaria italiana y sesenta máquinas nacionales. El mismo autor hace seguir estas cifras de un comentario claro: «La superioridad aérea local de los nacionales era abrumadora, casi de tres a uno (en caza esta proporción se reduce a menos de la mitad); su despliegue aéreo era de una potencia ligeramente superior a la de Brúñete, y enfrente, en vez de las trece escuadrillas de caza gubernamentales que allí lucharon, sólo había cuatro en Santander.» El aporte de la aviación fue decisivo, porque por primera vez los cazas emplearon la táctica de atacar los objetivos terrestres. El ensayo estuvo a cargo de Adolf Galland, uno de los grandes astros de la Luftwaffe, que mandaba la escuadrilla «Mickey Mouse». Hasta las operaciones de Santander los cazas eran utilizados principalmente para acompañar a los aparatos de bombardeo con la misión de defenderlos en caso de ser atacados por máquinas enemigas; alguna vez intervenían para ametrallar algún punto terrestre. La escuadrilla de Galland recibió la orden de rehusar en todo lo posible los combates aéreos, para limitarse a los ataques contra objetivos terrestres. Esto no era del agrado de los pilotos alemanes, que se habían formado para el duelo aéreo, donde podían demostrar su capacidad y coraje. «Cuando cumplíamos la misión de sostener a la infantería —escribirá Galland— nos sentíamos casi culpables por utilizar procedimientos desleales. Sin embargo, recordará el as alemán, nuestra «aviación de asalto» era enormemente popular entre la infantería nacional. «Eramos su apoyo más precioso. Servíamos para todo: abrir el camino a las columnas de asalto, impedir la llegada de refuerzos enemigos, neutralizar las posiciones de artillería, aplastar el huevo en todo contraataque. Las cosas marcharon de tal forma que los franquistas no montaron la menor operación sin nuestro concurso.» Y de aquella campaña de Santander opinó Galland: «Los republicanos no contaban con nada serio para oponernos. Su artillería antiaérea era insignificante, a excepción de aquellas concentraciones operacionales, como en Brúñete y Teruel. Pero cinco años más tarde los pilotos alemanes debieron darse cuenta que el Ejército rojo también supo aprovecharse de la experiencia española, llevando el desarrollo de la aviación de asalto hasta un nivel terrible. Todavía hoy, los antiguos combatientes del frente del Este se acuerdan de ello.»

Bajo ningún aspecto pudo considerarse la caída de Santander como una victoria gloriosa de las armas italianas. Pero en Roma no se interpretó de esta manera, y con fecha 25 de agosto leemos en el *Diario* de Ciano: «Santander ha caído hoy bajo los golpes de nuestras legiones. He dado la noticia al Duce en el aeropuerto, mientras aguardaba a los aviadores de la carrera Damasco-París. Ha estado feliz. Me ha dicho que hoy esperaba que le daría una buena noticia. Gran victoria la de hoy. Creo que los prisioneros pasarán de 50.000. Recuerdo las jornadas de Guadalajara. Muchos comenzaban a vacilar.»

Un día más tarde, Ciano escribía: «La victoria de Santander ha tomado grandes proporciones. No es el principio del fin —que aún está lejano—, pero para la España roja es un golpe duro.» Y el 27 seguía tan entusiasmado que telegrafió al general Bastico para pedirle que guardara los cañones y banderas tomados a los vascos. Envidiaba a los franceses por la Galería de los Inválidos y a los alemanes por su Museo Militar, y concluía: «Ningún cuadro vale una bandera tomada al enemigo.»

Si Mussolini y Ciano se entusiasmaron con la entrada del C. T. V. en Santander, no puede sorprender que la prensa italiana exaltara el hecho como una gran victoria nacional. «No se juega con la Italia fascista», proclamaba la *Tribuna*. El *Popólo d'Italia* y el *Giornale d'Italia* ponían de relieve los lazos entre la victoria de las tropas fascistas en Santander y los objetivos del neoimperialismo italiano en el Mediterráneo. Virginio Gayda superó a todos los aduladores y sostuvo que «el poema que cantará la nueva gesta se escribirá, esta vez, en italiano y consagrará el nuevo imperio romano, fundado por Mussolini, como el principio de una nueva epopeya mediterránea».

Con lirismo se quería borrar lo que pasó en Guadalajara. Cuando hoy releemos los documentos oficiales, después de tantos años transcurridos, nos parece imposible que se intentara jugar tan descaradamente con la buena fe de los italianos. Y específico italianos porque estos textos no se publicaron en la Prensa de Burgos, pues no es difícil imaginarse cuál hubiera sido la reacción de los combatientes de las Brigadas navarras de haber leído, por ejemplo, el texto del telegrama que el general Bastico, en funciones de comandante en jefe del C. T. V., envió a Mussolini, y que decía: «En este momento —trece de la tarde—, a la cabeza de mis tropas, entro en Santander. Los legionarios están todos orgullosos de haberse excedido en la misión que se les había confiado. Os dicen, por mi conducto, toda la satisfacción de haber llevado a la tierra española amiga el ideal de la patria y de haber combatido, para la mayor gloria de la Italia fascista, en nombre de S. M. el Rey-emperador y del Duce.» Y este último contestó: «La victoria corona el heroísmo de los legionarios italianos, reconocido y exaltado no sólo en Italia, sino en el mundo entero. El pueblo italiano ha seguido la batalla con pasión y con la certidumbre de la victoria. A vuestros generales, de las columnas, a los oficiales y a todos los legionarios, mis felicitaciones entusiastas. ¡Italia está orgullosa de sus combatientes en tierra española!»

Se podrían llenar varias páginas de la literatura que apareció en las publicaciones italianas de finales de agosto de 1937. Todos parecían participar en un concurso de lirismo. Así, el general Teruzzi, jefe de Estado Mayor de la milicia fascista, telegrafió a Mussolini: «Todos los camisas negras han cumplido enteramente y heroicamente su deber. La consigna del Duce ha sido ejecutada. Deseo aseguraros, una vez más, que los camisas negras tienen siempre el mismo aire guerrero, forjado por vuestra voluntad.» Y en su esfuerzo de acabar con el mito de la derrota de Guadalajara, la agencia Stefani dio una información complementaria sobre la operación de Santander, que publicó toda la Prensa italiana y algunos diarios alemanes y portugueses. Decía lo siguiente: «La toma de Santander es debida a la participación colectiva de doce generales italianos que han establecido el plan estratégico de encercamiento, organizaron los servicios y guiaron las tropas al asalto. Fueron: Pastico, que forma parte del Estado Mayor italiano y que se supone es el autor del proyecto cuya ejecución ha conducido a la victoria de Santander; Fruschi, que fue comandante de la división libia durante el conflicto ítalo-etíope; Faragrossa, jefe de la Intendencia en España, y que ha sido el asistente del general Baistrocchi, ex subsecretario de Guerra durante la campaña de África oriental; Roatta, ex jefe del Servicio de Informaciones en el Ministerio de la Guerra; Teruzzi, inspector de los "camisas negras" en España y ex jefe del Estado Mayor de la Milicia; Porti, Piazzoni, Bergonzoli, Grancisci, Bissaccianti, Verladi y Manca.»

Nada logrará frenar el lirismo de los comentaristas militares fascistas. Y después de dedicar páginas y páginas al tema llegarán a la conclusión que la acción sobre Santander fue la aplicación típica de la doctrina militar italiana, donde se puso de manifiesto el prestigio, la técnica, la eficiencia y el valor indómito de las armas de Italia. Y subrayará el 21 de enero de 1938 un comentario publicado en *Popólo d'Italia*, debido a la pluma o inspirado directamente por Mussolini: «Amigos y enemigos de todos los paralelos y meridianos: les decimos, y la historia de los últimos años lo confirma, que tales cualidades son de primerísimo orden; y, si viene el caso, se acordarán.»

Terminada la batalla de Teruel, que duró desde diciembre de 1937 hasta febrero de 1938, Franco preparó la que sería su más brillante campaña: sus divisiones, desde Aragón, avanzarían hasta el Mediterráneo, con el objetivo de dividir la zona republicana en dos partes y dejar aislada totalmente Cataluña. La operación comenzó el 9 de marzo y conoció tres fases: primero, ataque al sur del Ebro hasta alcanzar la línea Caspe-Alcañiz; segundo, ataque al norte del Ebro para proteger el flanco izquierdo de las fuerzas que avanzaron hasta Alcañiz, y tercero, llegada al mar por Tortosa-

Amposta. Nos ocuparemos exclusivamente de la tercera fase, por intervenir en ella el C. T. V., al mando del general Berti. Las unidades motorizadas legionarias se colocaron al sur de Caspe, donde se había establecido la I División de Navarra, al mando de García Valiño, y a la derecha tenía el Cuerpo de Ejército de Galicia, que actuaba a las órdenes del general Antonio Aranda.

La posición ocupada por el C. T. V. era la más ventajosa para alcanzar la meta fijada a la gran causa cuya partida se iba a dar. De toda la guerra puede decirse que estas operaciones adquirieron un significado casi deportivo. ¿Quién llegará primero al Mediterráneo?, se preguntaba el gran público. Los tres candidatos eran García Valiño, Berti y Aranda. Roma tenía, naturalmente, su gran favorito, pues la llegada del C. T. V. al Mediterráneo se hubiera aprovechado para ensalzar la gloria del fascismo y las virtudes del Nuevo Imperio Romano. Los servicios de Prensa que funcionaban en Burgos pronto se dieron cuenta que la propaganda italiana jugaba sucio en la cuestión, pues anticipaba la caída de las poblaciones republicanas antes de que tuvieran lugar para atribuírselas al C. T. V. Ocurría que cuando el Cuartel General de Burgos daba su parte de guerra diario, éste había perdido una buena parte de su valor, porque la agencia Stefani, desde Roma, había comunicado el nombre de los puntos ocupados por las tropas nacionales y atribuido el mérito del avance a los legionarios fascistas. Fue menester buscar alguna manera informativa para contrarrestar la competencia desleal que se hacía en el campo informativo. Finalmente, se decidió que desde el puesto de mando de Franco el coronel Barroso daría un anticipo de comunicado a Luis María de Lojendio, que actuaba de enlace entre el cuartel general y los servicios de Prensa de Burgos, que éste telefoneaba y se distribuía inmediatamente entre los corresponsales de Reuter, Havas, United Press y Associated Press, con el propósito de que en Londres, París y Nueva York se viera que en la Batalla de Levante intervenían fuerzas nacionales además de las divisiones del C. T. V. Algo se logró en esta pugna informativa, pero los que escuchaban la radio de Roma y leían los grandes diarios de Milán y Turín seguían teniendo la impresión que los legionarios fascistas eran los héroes extraordinarios de la gran batalla que se libraba. Para tener una idea de cómo Mussolini y Ciano consideraban que aquella operación era cosa de ellos basta repasar las hojas del *Diario* de Ciano de los meses de marzo y abril de 1938. El 10 de marzo, al día siguiente de haberse desencadenado la gran ofensiva, Ciano ya registra que «las tropas voluntarias se baten maravillosamente». Las referencias a la lucha que se libra en el Levante mediterráneo son copiosísimas. El 20, escribirá: «La ofensiva prosigue bien: heroica y victoriosa.» El 28 hay una nota discordante: «En España, bien los españoles y más lentamente nosotros, que hemos atraído sobre nuestra fuerza la mayor concentración enemiga.»

El 30 de marzo, García Valiño, con la I División de Navarra, realiza una audaz marcha que lo lleva de Maella a Gandesa y a la sierra de Caball. En Gandesa, el 3 de abril, enlazan García Valiño y el C. T. V. El entusiasmo de Ciano crece, pues, con fecha 2, anota: «Hoy las líneas rojas han sufrido un nuevo desastre. Gandesa fue ocupada por los legionarios. Tortosa es la próxima meta. Cuando entremos, los rojos quedarán divididos en dos, con las piernas quebradas.» El 3, se limita a registrar que la ofensiva de los legionarios continúa con ritmo arrollador. Pero el 5 cambia Ciano de tono: «Delante de Tortosa hemos encontrado resistencia imprevista. Pero pasaremos.» Un día más tarde acepta que la resistencia de los defensores de Tortosa es dura, y anota: «El Duce ha telegrafiado a la aviación de las Baleares para que atacara fuertemente a las tropas españolas. Franco no quiere el bombardeo de la ciudad, pero en este caso el juego vale un cirio.» Se comprende que Ciano y Mussolini se mostraron molestos y perturbados, pues el fantasma de Guadalajara seguía rondando por las calles de Roma. Ciano, en su apunte del 19 de marzo, al expresar su confianza en el éxito de la nueva ofensiva en que participaba el C. T. V., recordó tétricamente: «*Un anno ja passai la mia piu bruta giornata: Guadalajara* (Hace un año pasé mi peor jornada: Guadalajara).» La gran ilusión de que Berti y sus hombres fueran los primeros en alcanzar las aguas mediterráneas comienza a perderse. Ciano registra en sus Memorias que hay desacuerdo entre los mandos español e italiano y que si bien la marcha de los legionarios se ha reducido, las cosas españolas, en conjunto, marchan bien. El 11 de abril, Berti informa que las tropas preparan nuevas bases de ataque, y añade Ciano: «Esperamos que se pueda alcanzar el mar.» Pero el 15 escribe: «Hora 21. Recibo la noticia que los nacionales han alcanzado el mar Mediterráneo e informo al Duce.»

¿Por qué no se cumplió la gran ilusión de Mussolini y Ciano de ver al C. T. V. llegar en primer lugar al Mediterráneo y poder así saborear la gloria después de tantas amarguras? Es una historia curiosa, que merece ser estudiada por los que se ocupan de la psicología de las masas. Hemos dicho que el 3 de abril habían enlazado en Gandesa los navarros de García Valiño y los italianos de Berti. Las divisiones republicanas 35 y 45 habían cedido el arco del Ebro, y todo parecía indicar que

las tropas motorizadas del C. T. V. alcanzarían sin dificultades Tortosa y Amposta. Pero sucedió que la División XI, la veterana de Guadalajara que mandó Líster, y que contribuyó decisivamente a la derrota de Roatta, hizo su aparición y cerró el paso a las unidades del C. T. V. que se disponían entrar en Tortosa. La resistencia republicana fue creciendo, y el sueño de Ciano y Mussolini de ver a sus legionarios llegar en primer lugar al Mediterráneo se esfumó.

Tengo dos versiones sobre este interesante y curioso episodio. La oficial la resumió excelentemente Salas Larrazábal: ante la resistencia que ofrecían los defensores de Tortosa decidió Franco cambiar sus planes. Sacó del flanco izquierdo del avance las divisiones I (García Valiño) y 55 (Adrados) y una brigada de la 105, dejando allí el resto de la 105 (Santiago) y la de Caballería (Monasterio). Estas fuerzas se trasladaron al flanco derecho, donde Aranda (Cuerpo de Ejército de Galicia) había ocupado el día 4 de abril Morella y se comprometía a llegar al mar. El asalto final comenzó el día 12 y se ejecutó con gran precisión. El día 14 se ocuparon San Mateo y La Jana, y el 15 (día de Viernes Santo) llegaron al mar las divisiones IV de Navarra (Camilo Alonso Vega), I (García Valiño) y 83 (Martín Alonso) por Vinaroz, Ulldecona-Alcanar y Benicarló, respectivamente. El día 19, las fuerzas de García Valiño llegan avanzando desde el Sur a la línea del Ebro, en el tramo que va de Tortosa a su desembocadura, y enlaza con el C. T. V. y la división 15 (García Escámez). Los defensores de Tortosa abandonan la lucha, y los honores de la ocupación de la plaza se los dividen García Valiño, García Escámez y el coronel Gambará, que estaba al mando de los legionarios italianos que durante dos semanas estuvieron detenidos sin poder entrar en la ciudad del Ebro.

La segunda versión refiere que Tortosa no fue tomada por los nacionalistas cuando el primer ataque sobre la ciudad porque los combatientes de la XI División comunista de Líster, desmoralizados como estaban después de retroceder más de cien kilómetros, al enterarse que los requetés navarros de García Valiño habían sido reemplazados por legionarios italianos, el espíritu de Guadalajara se despertó nuevamente en los hombres de Líster, que lanzaron un contraataque que obligó a las unidades del C. T. V. a retroceder varios kilómetros. Fue entonces cuando García Valiño, en lugar de continuar su ataque frontal contra Tortosa, fue retirado y pasó a apoyar el avance de Aranda hacia el Mediterráneo. Este cambio en los planes fue la causa de la pugna entre los mandos español e italiano a que se refirió Ciano, como hemos visto antes. La gran ilusión de los fascistas de ser los primeros en llegar al Mediterráneo se deshizo ante la decisión y el arrojo de los combatientes de Líster. La verdad de lo que pasó en Tortosa fue contada por varios periodistas extranjeros, entre ellos por Jerome Tharaud, el famoso escritor y miembro de la Academia Francesa, que simpatizaba con el bando nacional español. Por cierto que su crónica sobre Tortosa le costó terminar con las buenas relaciones que mantenía con Mussolini. A fines de 1938 se dirigía Tharaud a Djibuti como enviado especial de *Paris Soir* cuando al aterrizar el avión en que viajaba a Genova, a pesar de llevar todos sus documentos en regla y su pasaporte visado por la Embajada italiana en París, la policía fascista le obligó a interrumpir su viaje y le condujo a la frontera francesa. Unas semanas antes, Tharaud publicó en *Le Figaro* un artículo en el que no ocultaba que había dejado de ser persona grata en las esferas de Roma. En el curso de un reciente viaje a la Ciudad Eterna, solicitó ser recibido por Mussolini, a quien había entrevistado ya en varias ocasiones, siendo siempre acogido con cordialidad. Un funcionario de Relaciones Exteriores le manifestó que no había interés en recibir a monsieur Tharaud y que no insistiera. El motivo fue la crónica que escribió sobre la batalla de Tortosa. Al relatar lo que le había sucedido en Roma, el escritor francés añadió que en uno de los viajes que había hecho recientemente el Duce a través de Italia, se erigieron en su honor tribunas, en cuyos ángulos se erguían figuras simbólicas de victorias de las armas fascistas. «Una de esas figuras —decía Jerome Tharaud— simbolizaba la victoria de Tortosa.» La caída en desgracia del escritor francés en las altas esferas fascistas fue consecuencia de cometer el error de fijarse en la realidad de las cosas y no prestar bastante atención a las informaciones que aparecían en la Prensa italiana. Esta se esforzaba por todos los medios en pretender demostrar que la derrota de los ejércitos republicanos en el Levante era principalmente obra del C. T. V. Basta recurrir nuevamente al *Diario* de Ciano. Con fecha 19 de abril anotó: «Triunfalmente en España: Gambará, con una audaz maniobra, ha tomado Tortosa por la espalda y ha liquidado la resistencia roja.»

Intervenir en las cosas de España tuvo resultados desastrosos para Napoleón, según reconoció cuando, derrotado, se hallaba prisionero de los ingleses. Mussolini prefirió no hablar de sus errores cuando expuso su pensamiento al médico alemán Zacharias, en 1944, durante la corta vida que tuvo el régimen republicano fascista que se instaló en el norte de Italia bajo la protección de las armas alemanas. Habló de la ingratitud de España y sentó la tesis siguiente: «Creo que esta guerra jamás habría estallado si Inglaterra, desde su inicio, hubiera debido calcular sobre una participación

de España, porque ante una España beligerante muy pronto habría debido sacrificar la puerta del Mediterráneo: Gibraltar.» Esta tesis puede servir de disculpa, pero la verdad que cada vez adquiere mayor relieve histórico es que Mussolini no comprendió que Málaga, Guadalajara, Santander y Tortosa constituían formidables pruebas de que la Italia fascista no estaba moral y militarmente preparada para participar activamente en la Segunda Guerra Mundial y se lanzó ciegamente a la aventura. El embajador Cantalupo se ajustó mejor a la realidad cuando en junio de 1948 señaló que la intervención en España quitó a Italia, en gran parte, la libertad de acción internacional; es decir, que la privó de la facultad de decidir en plena independencia si debía intervenir o no, y en qué momento, en la guerra mundial». Los alemanes y los rusos aprovecharon la guerra española para ensayar y mejorar sus armas, poner a punto nuevas técnicas bélicas, tanto en tierra como en el aire, y, punto descollante, permitir a sus futuros generales hacer ejercicios militares en verdaderos campos de batalla. Goering reconoció en Nuremberg que la participación del Reich en España significó diez años de progreso para la Luftwaffe. Mussolini, en cambio, no corrigió su máquina militar de acuerdo con las enseñanzas recibidas en la Península. Según él, el esfuerzo realizado por el C. T. V. contribuyó a debilitar el potencial de guerra de Italia. Puede sostenerse, ajustándose a la realidad, que los hechos de los primeros seis meses de beligerancia italiana en la Segunda Guerra Mundial sirvieron para ratificar que lo ocurrido en Guadalajara no fue un caso raro, pues se repetiría en Grecia y el Norte de África, con lo que se demostró que bélicamente hablando la Italia de Mussolini estaba lejos de significar una aportación de peso para su aliada, la Alemania de Hitler. Este, encerrado en su refugio berlinés poco antes de suicidarse, expuso el que sería su último juicio sobre su amistad con el Duce. Expresó: «La alianza italiana prestó más servicio al enemigo que a nosotros. Mi sentimiento hacia la persona del Duce no ha cambiado..., pero lamento no haber escuchado a la razón, que impuso sobre mí una amistad brutal respecto a Italia.» La voz de la razón que aconsejaba no fiarse de la Italia fascista como aliado militar, la escucharon otros, que habían visto con toda claridad lo que se podía aguardar de la moral combativa de los italianos. España se salvó porque escuchó la voz de la razón, y creo que es conveniente escribir algo sobre el tema, basándome en recuerdos y apuntes.

CAPITULO XV. HENDAYA Y BORDIGHERA

La Italia fascista declaró la guerra a Gran Bretaña y Francia el 11 de junio de 1940. En el curso de la semana que siguió quedó totalmente derrotado el ejército francés por el exclusivo empuje de las fuerzas armadas alemanas. El 17 de junio se constituyó el Gobierno presidido por el mariscal Petain, quien sin pérdida de tiempo pidió al alto mando alemán que le diera a conocer las condiciones que imponía el vencedor para un cese de las hostilidades. Hitler, entonces, se apresuró a invitar a Mussolini a una reunión, que se celebró el 18 en Munich, para estudiar las condiciones que se debían imponer a Francia. Mussolini pensaba en unas condiciones sumamente duras, que se referían, entre otras cosas, a la ocupación de Túnez y de Córcega, así como la entrega de toda la flota. Pero Hitler actuaba como vencedor absoluto en el terreno de batalla, pues las fuerzas italianas prácticamente no se habían movido de las posiciones que ocupaban y habían entrado en la guerra sólo siete días antes. Hitler veía la solución del problema francés en función de los intereses alemanes, bastante diferentes de lo que entendía Mussolini como intereses italianos. El botín de guerra estaba en manos del alemán y era éste quien debía proceder a su reparto. Así logró Hitler que Mussolini aceptara que la flota francesa continuara en sus bases hasta saber cuál sería el resultado de la guerra que proseguía con Gran •Bretaña. En la entrevista de Munich estuvo Hitler acompañado de Von Ribbentrop y del general Keitel; los compañeros de Mussolini fueron Ciano y Roatta, el general de Guadalajara, que ahora desempeñaba las funciones de segundo jefe del Estado Mayor italiano. Un día más tarde, el 19 de junio, se reunieron Ribbentrop y Ciano. Este expuso cuáles eran las aspiraciones mínimas de Italia: Niza, Córcega, Túnez y la Somalia francesa. También habló de Argelia y Marruecos, subrayando la necesidad italiana de tener una salida directa al océano Atlántico. Respecto a Marruecos, hizo Ribbentrop alusión a las ambiciones ya históricas de Alemania, y recordó las pretensiones que España abrigaba sobre el Marruecos francés. Ciano añadió a su lista de aspiraciones la independencia en el Mediterráneo, que debía traducirse en la desmilitarización de las bases inglesas, lo que se lograría devolviendo Gibraltar a España y la cesión de Malta a Italia. Concretó Ciano: «Nuestra aspiración era de reemplazar a Inglaterra en el tratado anglo-egipcio y en el condominio sudanés.» La lista de las demandas italianas era realmente extensa, pero ninguna determinación se tomó, porque en la mente de Hitler existía la esperanza de que Londres, al final, se decidiría a negociar la paz con Berlín. Por lo tanto, era prematuro tratar del reparto de los despojos del Imperio británico, que conservaba las armas en la mano y dispuesta a defender sus posesiones.

El 22 de abril, Francia firmó su armisticio con Alemania; el 24 lo hizo con Italia. Pero el 22, Churchill había dicho: «El Gobierno británico cree firmemente que, ocurra lo que sea, la Gran Bretaña estará en condiciones de continuar la guerra hasta una conclusión victoriosa, sea el que sea el teatro de la guerra, en el mar, en el aire o sobre la tierra. Cuando Gran Bretaña haya vencido hará suya la causa del pueblo francés, a pesar de la actitud del Gobierno de Burdeos.» De Gaulle efectuó su primer llamamiento para continuar la lucha al lado de Londres, y algo nuevo surgía en el horizonte. En Munich, Hitler había asegurado a Mussolini que la Unión Soviética no movería un dedo; pero el 29 de junio Moscú enviaba un ultimátum a Bucarest, exigiendo que los rumanos devolvieran inmediatamente la posesión de la Besarabia. La guerra, en lugar de terminar, entraba en una nueva fase, en la cual Mussolini debería abandonar el tablero diplomático para luchar en los campos de batalla. Y era menester luchar porque Churchill y los ingleses no sólo se negaron a negociar con Berlín, sino que el fracaso de la Luftwaffe en la batalla aérea contra Gran Bretaña, ocurrido en septiembre de 1940, obligaba a un aplazamiento de los planes de invasión de la isla inglesa.

Al no poder derrotar a los ingleses en su propia casa, Hitler, de igual manera que sucedió con Napoleón, buscó vencer a su adversario en otros escenarios. Mussolini, que hasta septiembre tuvo que limitarse a un papel de secundón, casi sin voz ni voto, vio llegar la ocasión para participar en las grandes decisiones. Desde junio había insistido en la necesidad de asegurar la intervención de España en el conflicto, lo que permitiría cerrar el Mediterráneo a los ingleses. Hitler no había prestado demasiada atención a esa idea, porque, concentrado en los planes de invasión de Gran Bretaña, estaba convencido que era prematuro preocuparse de cosas innecesarias, como era la cuestión mediterránea, que quedaría automáticamente resuelta con la derrota inglesa. Pero en septiembre pasó a figurar en primer término, para la continuación de la guerra, la conquista de Gibraltar y el cierre del Mediterráneo. Las condiciones formuladas por Madrid no se ajustaban a los intereses alemanes e italianos, sobre todo respecto a Marruecos, pues tanto Alemania como Italia querían contar con bases en el Atlántico. Además, se requería una ayuda militar y económica adecuada,

pues España sólo disponía de petróleo para unos meses de guerra y trigo para ocho, a base de cálculos optimistas. Finalmente, según Franco, la intervención debería verificarse después de desembarcar los alemanes en Gran Bretaña, «para evitar una entrada en guerra demasiado prematura, dicho de otra manera, una duración de la guerra insostenible para el país, que se convertiría así para nosotros, en ciertas condiciones, una fuente de peligros». Berlín y Roma tenían mucha prisa en lograr la entrada de España en la guerra; Franco, en cambio, quería ver las cosas claras antes de comprometerse definitivamente. Serrano Súñer, como representante suyo, visitó Alemania e Italia y conferenció con Hitler, Mussolini, Ribbentrop, Ciano y otras altas figuras. No se llegó a un acuerdo porque fueron surgiendo temas que era menester resolver para superar todas las dificultades. A las exigencias de ayuda militar y económica se agregó la cuestión de las Canarias. Franco expuso a Hitler y Mussolini no estar seguro, con los medios de que disponía, poder defender las islas contra un ataque eventual de la flota británica o, al menos, asegurarse el abastecimiento indispensable. Para reconquistar Gibraltar se corría el riesgo de perder las Canarias, de igual manera que la juventud española no entendería fácilmente que después de la guerra sostenida contra el comunismo se entregaran bases desde las cuales podrían actuar los submarinos alemanes. Serrano Súñer se marchó de Berlín sin concretar nada, mientras los militares alemanes opinaban que era indispensable que en un término de cuatro semanas quedara resuelta la cuestión española para operar en el Mediterráneo.

Franco y Serrano Súñer estaban bien informados de lo que pasaba en Roma. Sabían que existían desavenencias entre el Führer y el Duce, pues el segundo se sentía molesto de ser tratado como un secundón. Por amor propio, y a fin de demostrar que estaba en condiciones de obrar por su cuenta, Mussolini, a mediados de octubre, decidió la agresión contra Grecia sin consultar previamente con Berlín. Desde la capital italiana comunicaban sus impresiones, dos magníficos informadores: Agustín de Foxá, en funciones de secretario de la Embajada, y José Antonio Giménez Arnau, que actuaba de agregado de Prensa. Sabían que estaba decidida la agresión italiana a Grecia y conocieron el pesimismo del mariscal Badoglio, quien preveía que si la lucha se prolongaba vendría el rápido agotamiento de los pocos recursos italianos. Los tres jefes del Estado Mayor se pronunciaron contra el ataque a Grecia, por entender que las fuerzas eran insuficientes y que la Marina no estaba en condiciones de llevar a cabo desembarcos importantes. Ciano sostuvo que el momento político era favorable, ya que Grecia estaba aislada y que los turcos y los yugoslavos no moverían un dedo en su defensa. Por otra parte, la ofensiva italiana en Libia rumbo a Egipto estaba detenida en Sidi-el-Barrani y el mariscal Graziani comunicaba que se precisarían dos meses de nuevos preparativos para continuar el avance. Todo indicaba que algo no andaba bien en el Mediterráneo y que el gran proyecto de Mussolini de convertir el gran mar europeo en una posesión italiana sería difícil de llevar a término. El plan del Duce consistía en la conquista de Egipto por el Oeste, a fin de apoderarse del canal de Suez, al mismo tiempo que el ejército italiano que se encontraba en Albania descendería sobre Salónica y Corinto. Era la maniobra clásica de la tenaza, aplicada a los dos extremos de la parte oriental del Mediterráneo. Graziani, como hemos visto, estaba detenido en Sidi-el-Barrani; pronto los hechos en Grecia probarían que las esperanzas de Ciano no se cumplían y los generales italianos no podrían vencer la resistencia griega.

Este es el panorama que poseía Franco cuando el 23 de octubre se entrevistó con Hitler en Hendaya. El alemán no quiso comprometerse sobre las reivindicaciones formuladas por España, y el español se negó a fijar una fecha para su entrada en el conflicto mundial. Hitler se entrevistaba al día siguiente con el mariscal Petain, en Montoire, y se mostró sumamente ambiguo con Franco con miras a lograr la colaboración de Francia en su lucha contra Inglaterra. ¿Cómo podría comprometerse Hitler a entregar a España el Marruecos francés y Orán y pedir luego que la Francia de Vichy se sumara a la coalición antibritánica?

El tema de la libertad de movimiento de Franco en sus negociaciones con Hitler y Mussolini lo debatí más de una vez con Foxá. El excelente poeta y amigo fue expulsado de Roma por las autoridades fascistas a causa del enojo que provocó en Mussolini la lectura de los informes que él enviaba a Madrid. Foxá, descuidado siempre, no se fijó que su secretaria sacaba una copia más de sus despachos, copia que iba a parar a los servicios de contraespionaje italianos. Y el gran enojo del Duce se debió sobre todo cuando leyó un escrito en que Foxá hablaba de los amores que sostenía con Claretta Petacci, por entender que esto lo desacreditaba ante los ojos de Franco y Serrano Súñer. El poeta y diplomático fue enviado a Finlandia para ocupar el puesto de ministro que estaba vacante, y como se pasaba semanas enteras en Berlín, esto me dio la oportunidad de debatir y analizar aspectos de la guerra que estaba en curso. Recuerdo que a una pregunta mía Foxá contestó así: «Guadalajara nos salvó de que España se convirtiera en un protectorado italiano,

como ocurrió con Albania.» Luego fue desarrollando la tesis de que Mussolini, que con frecuencia confundía los sueños con la realidad, de haber triunfado Roatta y el C. T. V. en Guadalajara, y provocado la caída de Madrid, habría exigido acatamiento absoluto a los deseos y las demandas de Roma. «De no haberse producido la catástrofe de Guadalajara —me puntualizaba Foxá—, en lugar de las súplicas que escuchó Franco de labios de Mussolini, en la histórica entrevista de Bordighera, el Duce se hubiera limitado a dar órdenes como las que se dictan a los vasallos, es decir, como las que recibió el rey Zogu de Albania, cuando decidió atacar a Grecia. Además, Guadalajara creó un complejo en la mente de Mussolini, que le impulsó a no reconocer que sus fuerzas armadas habían sido derrotadas y a inclinarse siempre por las soluciones de fuerza sin meditar si su aplicación se hallaba al alcance de su brazo.» Esta es la explicación que escuché de un hombre de gran talento como Agustín de Foxá, y creo que sería oportuno que se publicara el texto de los informes que redactó en Roma y que fueron enviados a Madrid. Es probable que de su examen saldrían conclusiones definitivas, las cuales ahora únicamente se pueden formular como suposiciones, ya que se carece del correspondiente documento.

La sombra de Guadalajara pesó sobre todo lo que emprendieron las fuerzas armadas fascistas. Los generales españoles, en su mayoría, y los expertos militares alemanes que vieron de cerca la actuación del C. T. V. no abrigaron buenas esperanzas sobre los resultados que alcanzarían las armas italianas. En la entrevista que el 4 de octubre celebraron Hitler y Mussolini en el Brennero se estudiaron todas las cuestiones pendientes. Naturalmente, se trató de la campaña italiana del Norte de África, y el Führer, recordando que el Duce ofreció hombres y aviones para participar en la invasión de Inglaterra junto a los alemanes, ahora se mostró dispuesto a prestar su apoyo para la campaña contra Egipto. Mussolini le contestó que para la segunda fase de la lucha, que consistiría en el ataque contra Marsa Matruk, estaban cubiertas todas sus necesidades. Sin embargo, para la tercera fase, la marcha hacia Alejandría, aceptaría la ayuda alemana en forma de autos, tanques y aviones Stuka. Daba por descontado que los ingleses defenderían encarnizadamente el delta del Nilo, por la importancia que la posesión tenía en todo el imperio británico y porque una derrota en Egipto se traduciría en grandes repercusiones en el Cercano Oriente y en la India. La tercera parte de la ofensiva estaba prevista para mediados de noviembre, y para asegurar el éxito le bastarían de 50 a 100 tanques de 30 toneladas. Hitler, para saber exactamente lo que pasaba en el Norte de África, encargó al general Wilhelm von Thoma, gran experto en la guerra motorizada por su larga permanencia en España durante la guerra civil y luego comandante de los tanques en el Estado Mayor del mariscal Von Rundsted en la ofensiva de Dunkerque, de estudiar la situación en el terreno. Von Thoma se entrevistó con Graziani y pronto llegó a la conclusión que el problema principal residía en el abastecimiento de las tropas destacadas en Libia, no solamente a causa de las dificultades creadas por el desierto, sino porque prácticamente la flota británica controlaba el Mediterráneo. Propuso, que las fuerzas que enviara el Reich tenían que ser blindadas. Señaló que por lo menos se necesitarían cuatro divisiones blindadas para asegurar el éxito, y que el problema del abastecimiento se podría resolver retirando de Libia el número máximo posible de soldados italianos y dejando la ejecución de la empresa militar en manos de los alemanes. Badoglio y Graziani rechazaron sustituir los soldados italianos por alemanes; ellos querían conservar para Italia la gloria de la conquista de Egipto. Cuando Von Thoma presentó el 3 de noviembre a Hitler el resultado negativo de su encuesta y los medios requeridos para obtener un triunfo en el Norte de África, se encontró que el Führer se molestaba. Von Thoma contará al final de la guerra: «Hitler estimaba que los italianos eran capaces de conservar el terreno en Africa con una pequeña ayuda alemana. Esperaba demasiado de ellos. Yo los había visto "combatir" en España a nuestro lado. Hitler parecía juzgarlos por lo que contaban sus jefes, lo mismo que yo había escuchado las veces que comía con ellos.

Cuando me pidió mi opinión sobre ellos, yo le repliqué: "Yo los he visto en los campos de batalla y no solamente en los casinos de oficiales." Y añadió: "Los italianos son buenos obreros, pero no sirven como combatientes; no les gusta el ruido".»

La opinión de Von Thoma no fue escuchada. Se esperaba lo que pasaría cuando empezara Graziani la segunda etapa de su ofensiva, fijada para el 15 de diciembre. Pero ésta no se produjo porque el 8, siete días antes, desencadenaron los británicos su ofensiva, que acabó con todos los planes de Mussolini. En la noche del 7 al 8 de diciembre, el general Wavell, que mandaba las fuerzas imperiales de Oriente, pasó a la ofensiva sobre un frente de unos 40 kilómetros, que iba de Sollum a Sidi-el-Barrani. Contra todas las esperanzas, la operación se transformó en un éxito grande y rápido. Preparada en los días precedentes por el bombardeo incesante de los aeródromos y las rutas, la maniobra de desbordamiento y cerco fue ejecutada brillantemente. Los elementos

motorizados británicos actuaron con tal maestría que provocó la caída de Sidi-el-Barrani, que Graziani había transformado en un campo poderosamente fortificado, dotado de artillería de campaña y algunas piezas pesadas, material antiaéreo y antitanque. Tres generales y más de 6.000 soldados se entregaron. El día 12 se anunció que la cifra de prisioneros se elevaba a 20.000, ó sea dos divisiones destruidas y capturadas. Se trataba de la primera victoria en lucha terrestre que se apuntaban los ingleses.

Wavell prosiguió su avance, precedido por la aviación, que bombardeaba los convoyes y concentraciones, acompañado de la flota, que cañoneaba la ruta de la costa. Es una variante de la *Blitzkrieg* aplicada por los británicos entre el desierto y la costa, en la que intervienen las tres armas. El ejército de Graziani en menos de dos semanas perdió una décima parte de sus efectivos y abandonado un material importante: cañones y municiones, tanques, camiones, carburante, víveres, etc. El ejército británico había recorrido más de 1.300 kilómetros en el desierto. Fuerte Capuzzo es rodeado. El puerto de Bardia se encuentra bajo el fuego de los cañones de la flota británica, igual que Tobruk y Trípoli. Se espera que Bardia resistirá, pues el general Bergonzoli, el popular «Barba Elettrica» de Guadalajara, encabeza la defensa y dispone de medios para que los ingleses no tengan una tarea fácil. Pero bastaron dos horas de ataque de las fuerzas inglesas y australianas para que se entregara Bardia. Bergonzoli pudo escaparse y vagó durante cinco días antes de entregarse a un coronel británico. Hospitalizado en El Cairo, recibió a un grupo de periodistas aliados y explicó la causa de la derrota sufrida: «Nunca creíamos que las fuerzas blindadas británicas fueran capaces de cruzar el desierto con la velocidad con que lo hicieron. Por su parte, nuestras fuerzas aéreas no dieron señales de estar cerca.» «Barba Elettrica» no se mostró demasiado apenado, pues contó que el Duce lo había tenido sumamente ocupado primero con Abisinia, luego con España y ahora con la guerra mundial. Se merecía, por lo tanto, el descanso que no había tenido desde 1935. Para completar su biografía diremos que como prisionero de guerra pasó de Egipto a la India, para ser trasladado a los Estados Unidos. Con sus recuerdos, y rodeado de sus trofeos, se estableció en Novara, donde falleció en 1973, a la edad de ochenta y nueve años.

La superioridad de la RAF en Libia es absoluta. Los aparatos británicos atacaban continuamente a las fuerzas terrestres italianas que se encuentran en franca retirada; con Bergonzoli fueron diez los generales capturados en las dos semanas de lucha. Mussolini carecía de solución para evitar la catástrofe. El 19 de enero, Hitler y Mussolini se reúnen en Berghof para tratar urgentemente de poner remedio a lo que acontece en el Mediterráneo. El Führer comunica al Duce que a partir de ahora los alemanes lucharán en Libia y que procede a enviar sus tropas al norte del África para salvar la situación. En marzo de 1941 Rommel, al frente de su Afrika Korps, empieza a montar la ofensiva decisiva que promete abrir el camino para alcanzar el Canal de Suez y conquistarlo para el Eje. Se ha dejado de hablar de la empresa como obra exclusiva del Nuevo Imperio Romano. Y a esta humillación para Mussolini se une el descalabro sufrido en la guerra contra Grecia. Con el apoyo de la RAF y de la flota británica, los griegos no sólo detuvieron el avance de las divisiones italianas, sino que contraatacaron y la lucha se libraba en territorio albanés. En la noche del 11 de noviembre, la aviación naval inglesa atacó el golfo de Tarento, donde se había refugiado una parte de la flota italiana y resultaron con grandes averías tres acorazados, dos cruceros y dos naves auxiliares. Hitler decidió entonces encargar a la Wehrmacht resolver la cuestión griega, cosa que le obligaba a intervenir en los Balcanes con el incremento de la desconfianza de la Unión Soviética sobre la eficacia y el futuro del plan de amistad germano-ruso.

Todas las fechas indicadas en el curso de este capítulo se deben tener muy en cuenta para relacionarlas con la negativa que dio Franco al almirante Canaris, que el 7 de diciembre le visitó en Madrid por encargo de Hitler para que concediera la autorización para que las tropas alemanas cruzaran la frontera pirenaica a fin de llevar a término la conquista de Gibraltar, operación que debía comenzar el 10 de enero de 1941. La negativa de Franco se la comunicó Hitler al embajador italiano Alfieri cuando lo recibió el día 8 de diciembre. Precisamente, en la noche del 7 al 8 pasaron al ataque las unidades motorizadas británicas de Wavel en el norte de África, lo que contribuyó evidentemente a restar importancia y actualidad a la negativa de Madrid.

En la entrevista decisiva del 7 de diciembre, Canaris, en viaje especial a Madrid, manifestó el deseo de Alemania de emprender el ataque contra Gibraltar en un breve plazo. En consecuencia el Cuartel General alemán preveía la entrada en territorio español de las tropas alemanas a partir de enero de 1941. Franco respondió que esto era imposible, por lo menos en la fecha citada, y probablemente también en una fecha más alejada. España carecía de combustibles y de víveres, y no podía correr el riesgo de la pérdida segura de las islas Canarias, ni soportar una guerra que

durara más de seis meses. Ante tal argumentación, Canaris pidió entonces que el general Franco indicara él mismo una fecha. Pero Franco rehusó bajo el pretexto de que el alejamiento de las dificultades que se oponían a una pronta intervención de España en el conflicto no dependía solamente de España sino de otros países, entre ellos la misma Alemania, que se había comprometido a enviar armamentos, combustibles y trigo y no había cumplido todavía sus promesas.

La reacción de Berlín a la negativa de Franco seguramente habría sido otra de no haberse modificado la situación en el Mediterráneo debido a los graves contratiempos que en Grecia y Libia sufrieron aquellos días las armas italianas. Sabemos bien que Hitler no tenía reparos para hacer saltar los obstáculos que surgían en la realización de sus planes. Hay la sospecha que Berlín contaba ya con un candidato para que reemplazara al Caudillo y respondiera afirmativamente a los deseos expresados por el Cuartel General del Führer. Pero nada se podía intentar en España sin resolver los problemas griego y africano. Así, el 19 de enero de 1941, después de la reunión en que Hitler anunció a Mussolini que enviaba fuerzas alemanas para combatir a los ingleses en Libia y Egipto, se entrevistaron Ribbentrop y Ciano. El alemán comunicó a su colega que las relaciones con España se habían enfriado sensiblemente en los últimos tiempos.

Opinaba que los españoles se habían acercado a Inglaterra a fin de obtener ventajas inmediatas de orden económico y material. No creía tampoco que España pudiera intervenir en la guerra al lado del Eje antes del comienzo del derrumbe inglés. Pero consideraba de importancia decisiva la intervención española, porque ello permitiría la ocupación de Gibraltar, y el control de África del Norte, destinado a paralizar toda tentativa eventual de sedición francesa. Según Ribbentrop por parte alemana estaban agotadas las posibilidades de convencer a Franco. Por ello, y a fin de resolver favorablemente la situación, era menester un encuentro personal entre Franco y Mussolini. Ciano anotó sobre el tema en su Diario: «A nosotros se ha confiado la misión —creo bastante dura— de *riportare all'ovile il figliol prodigo spagnolo*.» El 12 de febrero tuvo lugar la entrevista en Bordighera entre Franco y Mussolini. Se conoce bien y al detalle cómo se desarrolló el diálogo entre el español y el italiano; es un documento de todo primer orden. El lenguaje empleado por el Duce siempre fue sumamente moderado. «El problema español corresponde resolverlo a los españoles», dirá; para añadir seguidamente lo que dijo a Hitler: «Hablaré, pero no haré presión.» Y en tono humilde hace su petición: «Pido solamente que las tropas alemanas puedan tomar Gibraltar.»

Cada vez que he revisado la literatura oficial relacionada con Bordighera, en mis oídos han resonado las palabras que en Berlín me dijo Foxá: «De no haberse producido la catástrofe de Guadalajara, en lugar de las súplicas que escuchó Franco de labios de Mussolini en la histórica entrevista de Bordighera, el Duce se hubiera limitado a dar órdenes como las que se dictan a los vasallos, es decir, como las que recibió el rey Zogu, de Albania, cuando decidió atacar a Grecia.» Guadalajara tuvo muchas consecuencias para el Duce y el fascismo; probablemente no se hubiera creado en Mussolini el complejo de querer demostrar que contaba con unas fuerzas armadas de primerísimo orden y, por lo tanto, su política en la Segunda Guerra Mundial habría sido menos bélica. ¡Si Mussolini hubiérase mantenido neutral!, han exclamado muchos italianos, entre ellos grandes personajes del fascismo. Pero él quiso permanecer fiel a la consigna que muchos años antes lanzó a los ex combatientes reunidos en Perusa: *Chía ha del ferro ha del pane*, y resultó que le falló el hierro y se quedó sin pan. Se olvidó de que «quien siembra vientos recoge tempestades» y terminó pagando su pecado de orgullo a un precio terriblemente trágico. Los mismos dioses que lo encumbraron, lo castigaron más tarde al abandonarlo a su, cruel destino. Y abandonado por todos, únicamente tuvo el consuelo de verse acompañado hasta la muerte por la mujer que todos creían que era frívola e interesada y que se reveló abnegada y fiel en la terrible jornada del 28 de abril de 1945, en la que Benito Mussolini fue ejecutado por un grupo de guerrilleros mandado por el comunista y ex miembro del Batallón «Garibaldi» que intervino en Guadalajara, de nombre Walter Audisio, que en la resistencia italiana fue conocido con el apodo de «coronel Valerio». Lamentable el final del Duce, con la impúdica exhibición de su cuerpo y el de Claretta en una estación de servicio de gasolina en Milán, que estaba a medio construir y donde unos días antes los alemanes habían fusilado a quince rehenes. El hombre que veintitrés años antes había conquistado el poder para el fascismo, con la sola idea de que su movimiento significaba orden público, paz social y prosperidad, desaparecía en el momento en que su país conocía el caos, la ruina y la derrota. Quien demostró estar dotado de una extraordinaria inteligencia para toda clase de maniobras en el campo político, desaparecía en forma, trágica porque se olvidó que su mejor arma era la negociación y cayó en el error de creerse un genio militar capaz de resolver victoriosamente los conflictos en el campo de la violencia. Pero en su camino, luego de la aventura de Abisinia, tropezó con la derrota de

Guadalajara y cayó en un círculo vicioso que lo llevó al gran abrazo con Hitler y a unir su destino al hombre que creyó haber fundado el Reich milenario que tenía que dictar su voluntad a la humanidad. El resultado de todo fue una prueba más de que quienes se creen semidioses acaban por ser castigados como simples mortales pecadores. Y así se comprende que la gran mayoría de oficiales italianos que cayeron prisioneros en la Segunda Guerra Mundial expresaran: «Esta no era nuestra guerra. Era la de Mussolini, que nada tenía que ver con el pueblo italiano»

CAPITULO XVI. AQUELLOS PERSONAJES...

Antes de poner fin a esta obra el autor considera conveniente ocuparse del destino que conocieron algunos de los que fueron figuras destacadas. Serán unos rápidos esbozos.

Cipriano Mera actuó de manera decisiva en la acción emprendida por el coronel Casado para poner fin a la guerra. De los cuatro cuerpos de ejército que a comienzos de 1939 intervenían en la defensa de Madrid, sólo el IV se escapaba del control comunista. Estaba formado por las divisiones 12, 17 y 33 y lo mandaba el teniente coronel Mera, anarquista. La lucha que estalló en Madrid entre los comunistas y los «casadistas» fue decidida por Mera el 5 de marzo de 1939, cuando a la cabeza de sus fuerzas militares anarquistas bajó de Guadalajara y dominó en Madrid a las unidades comunistas que se oponían a que Casado buscara poner fin a la guerra. Mera creía, como Besteiro y Casado, que el gobierno Negrin actuaba al dictado de la Unión Soviética y era un crimen continuar una guerra perdida totalmente con sacrificio de nuevas vidas y ocasionando más ruinas. Fue Mera el único jefe de los cuatro cuerpos de ejército de Madrid que se comportó con toda lealtad hacia el Consejo Nacional de Defensa; sus hombres actuaron con tanta energía que los tres cuerpos de ejército comunistas debieron capitular. Sin la actuación del anarquista Mera en las últimas jornadas del Madrid republicano, los propósitos de Casado y Besteiro hubieran terminado con un fracaso.

Mera al término de la contienda se refugió, como tantos otros, en el norte de África. A fines de 1941 debía partir hacia México a bordo de una nave que salía de Casablanca. Pero la policía no permitió que se embarcara y a primeros de 1942 se supo que había sido concedida su extradición por el sultán de Marruecos y se hallaba preso en Madrid. Indalecio Prieto encabezó la protesta con un vibrante artículo que apareció en muchos diarios de la América hispana y los gobiernos del Uruguay y México hicieron varias gestiones en su favor. Sin embargo, parecía que sólo un milagro podría salvar la vida de Mera. ¿Qué consejo de guerra no dictaría la última pena al culpable de los conflictos laborales provocados en Madrid por la C. N. T. hasta el extremo que el gobierno de Casares Quiroga lo mantenía preso cuando estalló la guerra civil el 19 de julio? ¿Quién no lo encontraría culpable por su actuación a la cabeza de grupos anarquistas que recorrieron las provincias de Guadalajara y Cuenca para terminar con los «focos fascistas»? Y, ¿su intervención en la defensa de Madrid? Pero Mera también era el hombre de Guadalajara, que se convirtió en el prototipo del *heroísmo español sin color* y puso luego su brazo armado para acabar con el negrismo al servicio de la política internacional de Stalin. Sin embargo, en septiembre de 1940 había muerto en la cárcel de Carmona el profesor Julián Besteiro, contra quien el fiscal había pedido la pena de muerte y resultó condenado a cadena perpetua. Y Besteiro fue uno de los primeros responsables de la actuación del Consejo Nacional de Defensa. A la vista de este precedente resultó más extraordinario lo que ocurrió con Mera: no hubo fiscal capaz de pedirle la pena de muerte, y en 1945 salía de la cárcel para pasar los Pirineos y fijar su residencia en París. Allí se ha ido ganando la vida ejerciendo su profesión de albañil; jamás se le ha visto hacer gestos teatrales y ha llevado una vida modesta y reservada como aquellos castellanos de otros tiempos que cuando se apartaban de la vida pública se daban orgullosamente por satisfechos por entender que habían cumplido con el deber que les dictaba la conciencia.

Si Mera es el hombre reservado y enemigo del periodismo sensacional, el revés de la medalla lo encontramos en Valentín González («El Campesino»). Durante la guerra civil la propaganda comunista aprovechó sus barbas y sus hazañas para transformarlo en una de las figuras más populares de la época. Luego entró en la Unión Soviética, donde fue recibido como un héroe; más tarde se escapó de Rusia y se convirtió en un enemigo a muerte del stalinismo. Su aventura extraordinaria fue contada en su *Vida y muerte en la U. R. S. S.*, publicada en 1951 y que se constituyó en un *best seller* mundial, traducida a varios idiomas. Y abandonando el comunismo parece que volvió a sus primeros años de anarquista, pues se mostró típicamente español y anárquico cuando declaró su guerra personal contra Stalin. Donde había oportunidad de gritar contra los crímenes que se cometían en la Unión Soviética, allí estaba presente Valentín González para aportar su testimonio. En 1950 el escritor francés David Rousset, preso en el campo de concentración hitleriano de Buchenwald, propuso que se formara una comisión internacional para realizar una investigación sobre todos los campos de concentración que existían en el mundo. El semanario comunista *Les Lettres* afirmó que en Rusia sólo existían correccionales y que Rousset falsificaba sus testimonios. El escritor francés se querelló contra la revista y pidió indemnización por daños y perjuicios. En enero de 1951 tuvo lugar en París la vista de la causa, lo que dio motivo a uno de estos espectaculares procesos de los que parecen tener la exclusiva los franceses. El

Campesino con sus revelaciones y gestos se transformó en uno de los principales testigos de cargo; un observador escribió: «Es algo increíble; la Unión Soviética juzgada por un español.» Sus declaraciones impresionaron a la opinión mundial. «No lamento haber luchado contra el fascismo», decía, «pero lamento firmemente haber deseado establecer un régimen comunista en España. La Unión Soviética fue la desilusión más grande de mi vida.» Contó dramáticamente ante el tribunal que «seis mil camaradas españoles fueron conmigo a Rusia. Cuando escapé en 1948, solamente quedaban 1.200. Los demás habían perecido». El Campesino y otros testigos convencieron al tribunal que *Les Lettres* había injuriado realmente a Rousset, y el semanario fue condenado a pagar los daños causados por perjuicio y a publicar en sus páginas el texto de la sentencia. Y Valentín González continuó su «guerra» recorriendo varios países de América para pronunciar conferencias y tuvo el honor de ser recibido por algunos presidentes. Los comunistas no sabían qué hacer para silenciar a El Campesino. Su audacia no tenía límites. Así, entre otros muchos casos, el 7 de mayo de 1953 en la plaza principal de Pavía, frente a las oficinas del Partido Comunista italiano, se colocó una tribuna para que hablara desde ella Valentín González. Lo hizo concentrando el fuego de su enconada oratoria contra los dirigentes comunistas italianos Palmiro Togliatti, Luigi Longo y Giuseppe de Vittorio, personajes que conoció y trató en los tiempos de Guadalajara. Pronto, desde un altavoz colocado en otro extremo de la plaza se inició una contraofensiva verbal denunciando una cantidad de crímenes que había cometido El Campesino. El mitin público se transformó en motín, con enérgica intervención de la policía, que efectuó detenciones.

Durante unos años, los que precedieron a la muerte de Stalin, Valentín González se convirtió en una de las grandes figuras que intervenían en la lucha contra el comunismo. Se hizo entonces todo lo posible para desacreditarlo y conseguir su silencio. Líster, su camarada de credo comunista y que lo tuvo a sus órdenes en la Batalla de Guadalajara, sólo se acordó de él en sus memorias para presentarlo como un cobarde. Cuenta varios episodios para demostrar que estaba dominado por el miedo y era incapaz de manejar a sus soldados. Líster llegó a escribir: «Quedó claro que a esa mezcla de bestia y loco no le cabía en la cabeza no ya una división, sino ni siquiera una compañía.» Y como no se pudo destruir al personaje empleando toda clase de denuncias y ataques, se decidió aplicarle una medida que tenía que molestar precisamente a quien le gustaba exhibirse en público. Por decisión de Moscú fue silenciado el nombre de Valentín González, El Campesino, en todos los libros en que se tratara de la guerra española. Y la consigna fue tan rígida que cuando en la Cuba de Fidel Castro se publicó un libro con todos los escritos que Pablo de la Torriente envió desde España, automáticamente se suprimo en los textos el nombre de El Campesino. En unos lugares se le sustituye por un vulgar «capitán» o «responsable de la columna»; en otros, donde no fue posible reemplazar la persona se recurrió simplemente a la supresión del párrafo. Lo esencial era borrar de la historia el paso por ella de El Campesino, pero la persecución no alcanzó las páginas que le dedicaron Hemingway, Malraux, John Dos Passos y otros que se ocuparon de él por entender que se trataba de una de las figuras más singulares que conocieron durante los tiempos de la guerra civil. Por otra parte, siempre que se hable de Guadalajara forzosamente se le tendrá que mencionar para poder entender la reacción del Ejército Popular ante el avance del C. T. V. Líster en ningún momento de su vida ha modificado la conducta que se trazó cuando visitó la Unión Soviética antes del triunfo del Frente Popular y del 19 de julio de 1936. Pertenece a la categoría de altos funcionarios del aparato mundial que funciona en Moscú, como lo fueron Togliatti, Ulbricht, Longo, etc. Sabe perfectamente el valor que tiene la obediencia y la misión que siempre corresponde a un general del Ejército rojo. Nada ni nadie logrará torcer su línea de conducta.

Quien conoció los mayores apuros al término de la Segunda Guerra Mundial fue el general Mario Roatta. Hemos visto que el fracaso que tuvo a la cabeza del C. T. V. no le cortó la carrera militar que le valía su amistad y confianza de Mussolini. Hasta enero de 1942 cubrió las funciones de jefe de Estado Mayor del Ejército, a las órdenes del general Cavallero, que había reemplazado al mariscal Badoglio en la jefatura del Ejército. Se le confió entonces el comando del Ejército italiano que ocupaba Croacia. En junio de 1943 fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército y continuó en dicho cargo durante el Gobierno de Badoglio que se formó luego de la caída de Mussolini. Todavía desempeñaba las mismas funciones cuando el 8 de septiembre firmó Italia su armisticio con los aliados. Más tarde fue relevado del cargo ante la insistencia de los yugoslavos que lo acusaban de haber cometido crímenes de guerra durante su permanencia en Croacia.

Roatta compareció, junto con otros 14 personajes fascistas, ante un tribunal romano en enero de 1945. A todos se les acusaba de haber ayudado a Mussolini a mantenerse en el Poder. Su posición personal la expuso ante sus jueces: «No soy fascista ni antifascista. Soy un soldado y, por tanto, consideré que mi deber era servir a la patria sin tener en cuenta el color político del Go-

bierno.» Al preguntársele por sus condecoraciones, demostró su apoliticismo pues recordó que en la Primera Guerra Mundial había sido condecorado por los franceses como premio al valor, y que en la Segunda Guerra Mundial recibió la Cruz de Hierro de los alemanes. Pero sus declaraciones ante la justicia no se prolongaron porque el 5 de marzo desapareció del hospital Virgilio, donde se le atendía por una lesión al corazón. Su huida provocó una gran tensión política porque se acusó al Gobierno que presidía Bonomi de favorecer la impunidad de los culpables de los grandes daños que ahora sufría Italia. Los carabinieri encargados de la custodia de Roatta fueron detenidos y posteriormente el general Tadeo Orlando, jefe del cuerpo y ex miembro del Estado Mayor de Roatta, fue separado del cargo. La indignación provocada por la fuga del general se debía al odio que existía contra el Ufficio d'Informazione, el Servizio Secreto del Ejército, más conocido por S. I. M. Durante el fascismo este organismo fue utilizado como instrumento de la política de Mussolini. A Roatta se le acusaba de haber planeado el asesinato en Francia de Carlo Rosselli y de su hermano Nello. Carlo había luchado en Huesca al comienzo de la guerra civil y estaba considerado como una de las figuras intelectuales descolantes del antifascismo, a la altura de Nenni, Saragat, Pacciardi, etc. Fueron asesinados cuando en los medios italianos de Francia hacían propaganda a favor de la causa de la República española. Pero lo que precipitó sobre todo la fuga de Roatta fue la posibilidad de que se accediera a la demanda de Tito, quien solicitaba su entrega para que pudiera ser juzgado como criminal de guerra a causa de su gestión como comandante de las fuerzas armadas italianas en Croacia.

Para protestar contra la inoperancia del gobierno Bonomi en el caso de la fuga de Roatta tuvo lugar en la tarde del 6 de octubre una gran concentración popular patrocinada por comunistas, socialistas, democristianos y elementos de izquierda. Los sindicatos decretaron un paro de actividades, con excepción de los servicios públicos esenciales, para asegurar el éxito de la manifestación. En la reunión, celebrada en la plaza del Coliseo, algunos oradores se pronunciaron contra el monarca y el público lanzó gritos de «¡Muera el Rey!». Terminado el acto, varios millares de romanos se dirigieron, enarbolando banderas rojas, hacia el Quirinal, residencia real, con el propósito de asaltarlo. Los carabinieri que custodiaban el palacio abrieron fuego y un civil perdió la vida mientras resultaron con heridas dos soldados británicos y un civil. Estallaron bombas y se registraron tiroteos. La policía militar aliada hizo acto de presencia con su «jeeps», pero los soldados norteamericanos no descendieron de los vehículos. Después del sangriento incidente frente al Quirinal, los manifestantes trasladaron el cadáver del compañero muerto hasta el palacio de Viminale, sede del primer ministro Bonomi. Allí irrumpieron a través del cordón de carabinieri que protegía el edificio e instalaron una capilla ardiente, con carteles y banderas. Entre tanto, una comisión compuesta por dos socialistas, dos comunistas, dos miembros del Partido Acción, un guerrillero, un general afiliado al Partido Republicano y dos veteranos de guerra, se personaron ante Bonomi para exigirle la renuncia de su cargo. Este contestó que en el consejo de ministros que se celebraría al día siguiente se trataría el tema de las responsabilidades políticas y se adoptarían nuevas medidas para «intensificar la lucha contra los vestigios del fascismo».

Roatta no reapareció. Circularon versiones, desmentidas luego, de que se había refugiado en la Ciudad del Vaticano o bien asilado en la embajada española en Roma. La radio de París y varias emisoras europeas dieron la información de que el general fugitivo había sido capturado en el sector de operaciones del V Ejército norteamericano y que los aliados lo protegían a cambio de que comunicara los secretos que conocía de su tiempo de jefe del S. I. M. La información también fue desmentida y algunos diarios italianos hablaron de una organización clandestina destinada a proteger a los camisas negras y que contaba con 20.000 miembros. Finalmente, el 12 de marzo el tribunal dictó sentencia y condenó a Roatta «in absentia» a prisión perpetua. Pasó un año y nada de concreto se supo sobre el fugitivo. En junio de 1946 se anunció que en su escondite había escrito un libro de memorias que titularía «Ocho millones ^de bayonetas», y que pronto algunos fragmentos aparecerían en el diario *Indipendente*. El caso Roatta fue perdiendo interés y el 6 de marzo de 1948 el más alto tribunal del país anuló la condena a prisión perpetua que pesaba sobre él por entender que no existían pruebas en apoyo de las acusaciones que se formularon en su contra. La misma corte absolvió igualmente en la misma oportunidad a otras figuras destacadas del fascismo: Fulvio Suvich, ex secretario de Guerra; Ferruccio Benini, subsecretario para Albania, y Francesco Jacomoni, lugarteniente del Duce en Tirana. Y pasaron los años y la figura de Roatta fue perdiendo importancia y actualidad hasta que falleció el 6 de enero de 1968 a la edad de ochenta y un años. Entonces algunos comentaristas señalaron que el general forzosamente fue un hombre hábil porque con el peso en su historial del jefe del C. T. V. derrotado en Guadalajara, logró conservar la confianza de Mussolini, a quien traicionó en julio de 1943 para servir a las órdenes de Badoglio y realizar la

filigrana de participar en la firma del armisticio de Italia con el bando anglo-norteamericano el 8 de septiembre de 1943, en funciones de jefe de Estado Mayor del Ejército italiano. Hizo méritos para figurar en una galería moderna de *condottieri*.

Una suerte bien distinta conoció el general soviético Vladimir Y. Goriev, el militar ruso que dejó muchas simpatías entre los españoles que lo trataron. Su papel fue realmente importante, porque actuó de coordinador entre los técnicos militares soviéticos y las fuerzas republicanas. En la defensa de Madrid sirvió en el Estado Mayor de Miaja y muchos son los que consideran que la resistencia de la capital fue la obra combinada del español Vicente Rojo y el ruso Goriev. Rojo no le regateó méritos: «Fue un valiosísimo auxiliar en las horas difíciles de la Batalla de Madrid, así como durante las Batallas del Jarama y de Guadalajara.» Y de los campos de lucha del Centro pasó al Norte para ver si reeditaba en Vizcaya los éxitos que logró en Madrid. Tal pretensión era imposible de conseguir porque en el Norte no peleó ninguna brigada internacional, mínima fue la aportación de armamentos soviéticos y pocos fueron los consejeros soviéticos que actuaron. Pero Goriev continuó la lucha hasta el último momento. Gijón se convirtió en el último reducto republicano en el Norte y contra la voluntad y la orden expresa de Indalecio Prieto, entonces ministro de Marina y que ha explicado detalladamente el episodio, se retuvo en el puerto de El Musel al destructor «Ciscar» para que en él pudieran huir Goriev y los últimos rusos que le acompañaban. Pero el «Ciscar» fue hundido por la aviación nacional, y el general ruso, para no caer prisionero de Franco, no le quedó otra salida que replegarse a las montañas, sumándose a los guerrilleros asturianos. El alto mando del Ejército rojo no podía abandonar a su suerte a un experto militar de la categoría de Goriev y se organizó su salida de Asturias. Como anticipo de hechos similares que se darían en la Segunda Guerra Mundial, se envió un avión que aterrizó en un campo improvisado y evacuó al general. Ehrenburg que cuenta el episodio comentó con alegría: «Fueron rescatados por un avión soviético. Parecía un milagro. ¡Goriev estaba a salvo!» Con Goriev había adquirido Stalin un experto militar con gran experiencia en el campo de la técnica moderna, de igual manera que Hitler aprovechó los conocimientos en tanques adquiridos por el general von Thomas, como ya hemos visto. Pero el ruso desapareció un día y su nombre se añadió a los miles y miles de oficiales de las tres armas que cayeron para siempre en la terrible depuración que se inició en junio de 1937 con la ejecución del mariscal Tukhachevsky y otros generales y mariscales del Ejército rojo.

Cuando el coronel Francisco Galán llegó a Moscú, luego del episodio de Cartagena y la partida de la Flota republicana rumbo al norte de África, buscó, como cosa natural, a su gran amigo el general Goriev, con quien había intimado por haber luchado los dos juntos en Santander y Asturias. Cada vez que preguntaba a un ruso por su amigo se le contestaba con un enérgico «Nyet». Vio que algo especial ocurría, pero fue insistiendo hasta que una intérprete le dijo un día en tono confidencial: «Por favor, coronel, no insista más en su pregunta.» Varias veces me relató este episodio como algo que le obcecaba en la vida, porque, como me decía: ¿Quién podía imaginarse que el magnífico Goriev, el mejor militar ruso que pisó tierra española, sería fusilado por orden de Stalin? Tanta impresión la causó la muerte de Goriev, que se afaná en salir de la Unión Soviética y marcharse a América del Sur, por entender que no podía aceptar un sistema que practicaba una tan inhumana depuración y que se deshacía de un valor extraordinario como fue el general soviético que luchó en España.

Goriev, como se sabe, no fue el único militar ruso que mandó fusilar Stalin cuando regresó de España a la Unión Soviética. Cayeron el tanquista Pavlov, el aviador Schmutchkievich, y tantos otros expertos. Y a esta lista hay que añadir la formada por los escritores y diplomáticos, a la cabeza de ellos Mikhael Koltsov y Antonov Ovsenko. Este último, que ejerció las funciones de cónsul soviético en Barcelona, figura en la historia de la revolución bolchevique como el jefe que en octubre encabezó el asalto al Palacio de Invierno de Petersburgo, que se tradujo en la victoria de Lenin y Trotsky. Pero todos estos rusos habían cometido el doble pecado de ser antifascistas, cuando en el Kremlin se especulaba ya con un posible entendimiento con la Alemania de Hitler, y considerar que el trotskismo no era la organización contrarrevolucionaria subvencionada por la Gestapo y los magnates del petróleo, como se intentó demostrar en los sensacionales procesos de Moscú que terminaron con la vida de los viejos bolcheviques compañeros de Lenin. Como un verdadero déspota, no aceptaba Stalin que sus subordinados discreparan de las consignas que él formulaba. Como reencarnación de aquellos déspotas que nos presentan los viejos historiadores griegos, Stalin —según Nikita Khrushchev— era desconfiado en extremo. «Por todas partes veía a enemigos, espías y gente que practicaba un doble juego.» No vacilaba en suprimir a todo aquel que consideraba un posible enemigo, fuera hoy o mañana. Las depuraciones llevadas a cabo dejaron al Ejército rojo con mandos incapacitados, que según Khrushchev fue la causa principal de las

derrotas soviéticas cuando en 1941 lanzó Hitler la Wehrmacht al ataque de Rusia. «En este tiempo —dirá Khrushchev en su famoso discurso secreto de 1956— los cuadros directivos, que en España y el Lejano Oriente adquirieron experiencia militar, fueron casi totalmente liquidados.» Goriev y otros muchos fueron rehabilitados y en el citado discurso fue mencionado Antonov Ovsenko como modelo de víctima inocente de la depuración.

Para tener una idea de la barbaridad que significó el fusilamiento de Goriev basta fijarse en el caso de dos de sus camaradas que lucharon también en España: Malinovski y Rodimtsev. Estos generales, que adquirieron fama y gloria en la guerra de la Unión Soviética con la Alemania hitleriana, los hemos visto desfilar cuando hemos tratado de las Batallas del Jarama y de Guadalajara. Unas líneas sobre ellos.

Radion Malinovski partió de España rumbo a Rusia en abril de 1938. Tres veces había sido llamado por Moscú, pero logró en los dos primeros casos que se le prolongara su permanencia en la Península. A ello se debió probablemente que escapara a la depuración ordenada por Stalin en 1937 y 1938 que diezmó el cuerpo de oficiales soviético. Cuando en junio de 1941 atacó Hitler a la Unión Soviética, Malinovski era comandante del Sexto Ejército en la parte sur del frente. Logró realizar una costosa retirada a través de Ucrania. En 1942 se le confió el comando del sector sur del movimiento de pinza que dejó a las fuerzas alemanas cercadas en la gran batalla de Stalingrado, librada en el Volga. Fracasado el último avance alemán, en 1943 Malinovski recibió el mando del segundo frente ucraniano y expulsó a los ejércitos alemanes de Rumania y Hungría. Sus victorias le valieron el rango de mariscal en 1944. Participó, en la fase final de la contienda, en la captura de Viena y Praga. Finalizada la guerra mundial, rápidamente fue destinado al Lejano Oriente y participó en la campaña de doce días contra los ejércitos japoneses en Manchuria. Hasta 1956 permaneció en el Extremo Oriente, cuando, de repente, fue elegido miembro del Comité Central del Partido Comunista y designado comandante en jefe de las fuerzas terrestres de la Unión Soviética. Un año más tarde, cuando Khrushchev se creyó bastante poderoso para deshacerse del mariscal y gran héroe de la guerra, Zhukov, se dirigió a su viejo compañero de las campañas ucranianas, el mariscal Malinovski, para ofrecerle el puesto de ministro de Defensa. Durante diez años ocupó el cargo y fue el vocero del poderoso Ejército rojo; unas pocas veces habló de los encantos de un mundo que viviera en paz sin preocuparse de los armamentos; la mayoría lo hizo para acusar de «agresión y barbarie» a los Estados Unidos, especialmente después de iniciarse la guerra de Vietnam. Pero quien tomó parte en tantas batallas y escapó de la depuración staliniana tuvo que aceptar la ley de la existencia y el 31 de marzo de 1967 murió víctima de cáncer a los sesenta y ocho años.

Rodimtsev, el consejero militar de Líster en la Batalla de Guadalajara y conocido con el apodo de «Pablito», en el curso de los cinco años siguientes se convertiría en una de las figuras militares más populares de Rusia. En mayo de 1941, un mes antes del conflicto bélico germano-ruso, el coronel Rodimtsev salió a relucir en forma destacada en la Prensa soviética. Fue con motivo de la ceremonia de graduación en las academias del Ejército rojo. Al acto se le dio mucha importancia, debido a la presencia de Stalin, Molotov, Vorochilov, Khrushchev, Bulganin, Kalinin y otras altas figuras del régimen. El coronel Rodimtsev habló en dicha reunión en nombre de las fuerzas armadas rusas y dijo: «Juramos ejecutar la orden del camarada Vorochilov de aplastar cualquier agresor en su propio territorio.»

Dieciséis meses más tarde conocía la Unión Soviética una de sus grandes crisis militares. El ejército de von Paulus se había lanzado a la conquista de Stalingrado. Había discrepancias sobre si la ciudad podría resistir el formidable ataque. Durante las dos primeras semanas de septiembre de 1942 la prensa soviética mantuvo cierta reserva sobre el futuro de la ciudad del Volga que llevaba el nombre de Stalin. No se sabía lo que pasaría. Pero en la noche del 14 al 15 de septiembre empezó a cruzar el río y entrar en la ciudad sitiada la división de Rodimtsev, que se haría pronto famosa. Los 10.000 hombres pasaron el Volga con sus antitanques, pero toda la artillería de la División quedó en la orilla izquierda. Rodimtsev ordenó a dos de sus Regimientos de infantería «limpiar de alemanes el centro de Stalingrado», y otro fue enviado a ocupar la altura Mamai y atrincherarse allí. El día 15 la lucha fue sumamente dura; la estación de ferrocarril cambió varias veces de bando. Por la altura de Mamai lucharon rusos y alemanes hasta el mes de enero. La 13 División de Rodimtsev tenía la orden de resistir hasta el momento en que las nuevas unidades soviéticas que se iban concentrando al Norte y Sur de Stalingrado pudieran pasar a la ofensiva. Nada se había previsto para la retirada y los rusos se mantuvieron firmes; solamente eran evacuados los heridos graves. Rodimtsev únicamente recibió un refuerzo de 2.000 hombres. El comportamiento de los nuevos defensores de Stalingrado se tradujo en un cambio en la propaganda soviética. El 20 de septiembre ya se empezó

a hablar del «Stalingrado heroico». La verdad y la leyenda se mezclaron y *Estrella Roja*, el órgano de las fuerzas armadas, el 22 de septiembre, hablaba de un artículo sumamente detallado de la técnica de la lucha casa por casa. Alemanes y rusos luchaban sangrientamente para disputarse la posesión de un piso y hasta de una habitación. Las descripciones recordaban los relatos que en 1936 se dieron sobre las luchas libradas en la Ciudad Universitaria de Madrid, que el mismo Rodimtsev debió presenciar. Durante cuatro meses el nombre del general apareció en los diarios como prueba del tesón y heroísmo ruso en la guerra contra los invasores alemanes. Su nombre era sabido por el pueblo y pronunciado con admiración. Cuando finalizó la batalla de Stalingrado, toda clase de honores llovieron sobre Rodimtsev. El se daba por satisfecho de haber cumplido con su deber, igual que hizo en Guadalajara. Tal vez, en relación con él, débese recordar la frase que Líster le dedica en sus memorias: «Cuando muchos años más tarde —en mayo de 1965— nos vimos de nuevo en la Reunión de Veteranos en Moscú, lo encontré tan español como en los días de Madrid».

Muchas cosas han pasado a lo largo de los años transcurridos desde la Batalla de Guadalajara. Sin embargo, los hombres que se batieron en las llanuras o montañas de la meseta castellana merecen ser recordados, con sus grandezas y pequeñeces, en las páginas de la historia. El esfuerzo realizado para hacerlas revivir queda compensado por la creencia de haber contribuido a la ilustración de las nuevas generaciones sobre algunos aspectos de la guerra civil que sostuvieron sus padres y abuelos. Es menester saber bien lo que es una lucha fratricida para no recurrir a hechos que engendran la violencia. El progreso de una nación únicamente puede lograrse en la paz y conviviendo todos sus habitantes.

TÍTULOS PUBLICADOS EN LA COLECCIÓN

¡A éstos, que los fusilen al amanecer!, por Domingo Pérez Moran.

Habla un aviador de la República, por Juan Lario Sánchez.

La muerte de la esperanza, por Eduardo de Guzmán.

Cien capítulos de retaguardia, por Eduardo Domínguez Lobato.

Memorias de un artillero, por José Carrasco Canales.

Arde Guernica, por Vicente Talón.

Chantaje a un pueblo,

por Justo Martínez Amutio.

¡Teníamos que perder!, por J. García Pradas.

El año de la victoria, por Eduardo de Guzmán.

Así empezó...,

por el Marqués de Valdeiglesias.

Mi exilio,

por Ramón López Barrantes.